LUCIA MIRANDA.

NOVELA HISTÓRICA

POR

EDUARDA MANSILLA DE GARCÍA.

BUENOS AIRES.
IMPRENTA DE JUAN A. ALSINA, MÉXICO, 635.

1882.

LUCIA MIRANDA.

AL LECTOR.

Al publicar una nueva edicion de mi LUCIA MIRANDA, esa obra de mis años tempranos, he creido no deber hacerle sufrir trasformacion alguna. Los defectos, como las cualidades de esta novela, son inherentes á la juventud de su autor, DANIEL entónces, hoy ya en plena posesion de su nombre verdadero.

No me parece justo ni prudente, que el artista maduro, retoque las producciones de su edad juvenil, porque, á decir verdad, entrando en esa tentadora senda, nunca acabaríamos de pulir y aún de borrar; pues si bien es un axioma que « para saber pintar es forzoso saber borrar, » no obstante, hay tambien que dejarle á una produccion artística ese sabor primero, ese *zest,* como dicen los sajones, que constituye su fisonomía verdadera.

Mi opinion respecto de LUCIA y lo que en ella habia que corregir, se ha fortificado con la del gran publicista CALEB CUSHING: ahí va la carta que me dirigió en Washington, despues de leerme. El lector verá, que, gracias al concurso de mi simpático editor, ha sido atendido el *want of editorship* de mi benévolo crítico yankee.

« WASHINGTON, Febrero 4 de 1870.

« *Querida Mrs. García:*

« Estoy muy grato á Vd. por el préstamo de LUCIA, que he leido con gran placer. Se ve que la obra es de un autor jóven; pero que posee cualidades de invencion y de imaginacion, unidas á ese gran vigor de concepcion y de descripcion gráfica, que en tan alto grado distingue la más madura obra de PABLO.

« LUCIA, sufre más por negligencia en la edicion, que por defecto de composicion. Déjemela Vd. dos ó tres dias más, permitiéndome sugerirle la idea de hacer una edicion, en la forma y tan cuidada como la de su PABLO.

« Pero Vd. se dirá, ¿cómo puede Mr. Cushing tener tan completo conocimiento de mi PABLO, recien publicado? Respondo: primero, por haber leido un ejemplar que acabo de recibir de París, y segundo, por recorrer el que tiene en su poder Mrs. Horney. Algunas de las páginas de la traduccion inglesa, con las correcciones indicadas por Vd. pueden quedar bastante bien; y casi tuve tentaciones de hacer otras yo: han cometido algunos errores graves; pero despues de pensarlo, me dije: *Je n'ose pas.*

« Siempre su respetuoso

C. CUSHING. »

« *Señora Eduarda M. de García.*

EXPOSICION.

An hunc laborem mente laturi, decet
Qua ferre non molles viros?
Feremus; et te, vel per Alpium juga,
Vel occidentis usque ad ultimum sinum
Forti sequemur pectore.

HORACIO á MÆCENAS.

Una mañana del mes de Setiembre del año de 1530, poco rato despues de la salida del sol, á unas pocas cuadras de la orilla del rio Carcarañal, confluente del Paraná, veíase un grupo de gente, que se movia con direccion á la ribera. Componian el grupo unos cincuenta ó sesenta soldados españoles, cuatro ó cinco jefes, que así lo parecian por su traje, algunas mujeres, y una porcion de indios, vestidos con plumas de colores.* Soldados, jefes, mujeres é indios, caminaban lentamente, como si tuviesen muy poca prisa por llegar al embarcadero, donde estaban un bergantin y una carabela, prontos para hacerse á la vela.

* GUEVARA. Historia del Paraguay.

Sebastian Gaboto, que cinco años ántes, habia fundado en aquel mismo lugar el fuerte del Espíritu Santo; de vuelta de su expedicion al Paraguay, iba á separarse de una parte de sus compañeros.

Gaboto, fué el primer Europeo, que penetró hasta esas remotas regiones; y en los sangrientos encuentros que sostuvo contra los Agaces, dueños hasta entónces del rio, perdió gran parte de su gente. Cuando los intrépidos Españoles, lograron por fin vencer, penetrando en el interior del Paraguay, hasta la laguna de Santa Ana, de los alrededores vinieron los Carrios á solicitar la paz, ofreciendo á los conquistadores los frutos de su territorio. Gaboto, que era de un carácter amable y bondadoso, logró captarse la buena voluntad de estos indios, gente mansa y hospitalaria. Pero lo que más llamó la atencion de los Españoles, fué que aquellos indios, llevasen colgadas del cuello, grandes chapas de plata, que daban muy gustosos, en cambio de cuentas de colores, abalorios y pedazos de vidrio.

Como Gaboto no podia entenderse con los naturales, por falta de intérprete, juzgó, por el poco aprecio que éstos hacian de la plata, que aquel metal debia ser allí muy abundante; y por esta razon dió al rio, el nombre de rio de la Plata. Resolvió en seguida volverse aguas abajo, hasta el fuerte del Espíritu Santo, no pareciéndole prudente, seguir internándose con la poca gente que le quedaba.

De vuelta al fuerte, halló la guarnicion, que allí dejara, reducida á sólo veinte hombres, por haber perecido los demas, en un encuentro contra los indios charrúas. Viendo el descubridor los pocos recursos, que le quedaban, determinó volverse á España, á dar cuenta á Cárlos Quinto de sus nuevos descubrimientos y á buscar auxilios, para poder continuarlos.

En la mañana, en que empieza nuestra narracion, el buen Gaboto, como sus contemporáneos le han llamado, salia para la Península, con unos pocos hombres, debiendo el resto quedar, para guarnecer el fuerte, al mando de don Nuño de Lara.

Los que han reprochado á Gaboto, la idea de dejar esa pequeña guarnicion, en un país desconocido y en medio de feroces enemigos, olvidan, que entónces, cada uno de aquellos hombres, por su intrepidez y constancia, tenía el temple de un héroe; y que además, contaban segura la próxima vuelta de Gaboto, *el cual, por su parte,* deseaba conservar aquella poblacion, como un punto de apoyo, para sus futuras operaciones y como un testimonio permanente, del arrojo y decision de sus compañeros.

En las inmediaciones del fuerte, estaban acampados los indios timbúes, gente humana, cariñosa y de carácter hospitalario; buena para amiga, pero terrible para enemiga. Con ellos hizo Gaboto una alianza, contra los Charrúas, y se decidió por fin á emprender su viaje.

Así que la comitiva hubo llegado á la orilla del rio, Gaboto, tomando á parte á don Nuño de Lara, su amigo y compañero, le dijo: « Habeis reflexionado, amigo mio, sobre los inconvenientes de dejar á Lucía en estos desiertos? Yo la llevaré conmigo á España, y á mi vuelta, si ella lo desea, volverá á juntarse con su marido. Y vos, don Nuño, persistis aún en la resolucion de quedaros? ¡Despues de cinco años de estar siempre juntos, me cuesta tanto dejaros! Veníos conmigo, y quizá de esa manera, logremos convencer á Lucía. »

Don Nuño le respondió: « Lo que me proponeis, querido Gaboto, es imposible. Lucia no quiere abandonar á su esposo, y yo no podré nunca separarme de ellos. La pobre niña ni áun ha querido venir con nosotros, á acompañaros hasta los buques, temiendo vuestras instancias en presencia de Hurtado, que con vehemencia le ha rogado, se volviese á España. Ella dice siempre: « Con él vine, con él he de volverme. » Ya veis, amigo mio, que es necesario separarnos; espero, sea por corto tiempo; y entretanto os prometo venir á esperaros todos los dias en este mismo lugar, así que pasen seis meses. Adios, pues, el Cielo os guie. »

Don Nuño de Lara abrazó á Gaboto y se separaron.

Gaboto, visiblemente conmovido por las palabras de su amigo, abrazó á don Sebastian de Hurtado, á Luís Perez de Vargas, y al alférez Oviedo. En

seguida, volviéndose á Marangoré, cacique principal de los Timbúes, que con cincuenta de los principales de su tribu, habia ido para despedirse de él, le dirigió estas palabras: « Marangoré, ilustre hijo del sabio Carripilun, ahí te quedan los españoles, que has jurado auxiliar y defender: te los confio hasta mi vuelta. En nombre del rey de España, mi amo, te intimo los trates como á tus propios hermanos. Á tu padre dirás, que espero hallarle todavía á mi regreso. Adios. » El indio, poniendo su mano en la de Sebastian de Hurtado, que quedaba de segundo jefe, respondió: « Te los entregaré cuando estés de vuelta, amigo. » *

Pronto ya Gaboto á subir al bote, se volvió á los que quedaban en tierra, diciéndoles: « ¡Hasta la vista, hermanos! Dios nuestro Señor permita, que nos volvamos á ver. »

El viento favorable que soplaba del Norte, puso en poco rato fuera del alcance de la vista, el bergantin y la carabela. La gente que desde la orilla les miraba, con esa dolorosa avidez con que se sigue siempre á un objeto querido que se aleja, se volvió tierra adentro mustia y cabizbaja, luego que para siempre se ocultaron, en una de las muchas vueltas que hace el tortuoso rio.

* Esta es la fórmula que usaban ellos, cuando prometian cuidar de alguna persona. GUEVARA.

Dejemos al pobre Gaboto, seguir su penoso viaje para encontrar al fin tantos desengaños. Cuando llegó á España, acababa de salir de vuelta otra vez para el Perú, Hernando Pizarro, con plenos poderes de la Corona; acompañado de centenares de nobles y plebeyos, que voluntarios se alistaban bajo su bandera, movidos por los maravillosos presentes de oro, plata y piedras preciosas, que su hermano Francisco habia mandado al rey de España.

Gaboto nada obtuvo para seguir sus descubrimientos; y aunque le dieron el empleo de piloto mayor del Reino, murió oscuro y desgraciado, conservando siempre fijo en su mente, el recuerdo de aquellos valientes compañeros, que habia dejado á orillas del Carcarañal.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

Dixele : non vos quejedes
Que non sois vos el primero,
Nin sereis el postrimero
Que sufre del mal que avedes.

MARQUES DE SANTILLAN.

Don Nuño de Lara, hidalgo de nacimiento, pertenecia á una familia muy rica y opulenta de la provincia de Valencia, pero la suerte que le hiciera nacer de padres nobles y ricos, hízole un pobre segundon, como vulgarmente se llama, á los que nacen despues del primogénito. La dura ley de los mayorazgos, que sacrifica los demas hijos en provecho del mayor, obligó al jóven Nuño á dedicarse á la profesion de las armas.

En 1491, cuando los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, pusieron cerco á la ciudad de Granada ; Nuño de edad de veinte años, se portó bizarramente en los combates de la Vega, haciéndose notar del intrépido Gonzalo de Córdova, que le tomó desde entónces á su lado y le instruyó en el arte de la guerra, cobrándole especial afecto.

Cuando el Gran Capitan pasó á Italia, don Nuño continuó haciéndose digno de la proteccion que aquél le dispensara; contribuyendo no poco con su valor y natural despejo, á las jornadas de Barletta y Seminara.

En Calabria, contrajo estrecha amistad con don Alfonso de Miranda, jóven hidalgo, pobre y valiente como él, que se habia hecho soldado casi por idénticas razones que su amigo. Durante las gloriosas campañas de Italia, don Nuño y don Alfonso combatieron siempre juntos, prontos en toda ocasion, el uno á auxiliar al otro. En la batalla de Cerignola, Miranda salvó la vida á su amigo, con gran riesgo de la propia; y por último, para dar una idea más completa de la union, en que siempre se mantuvieron estos dos amigos, baste decir, que en el ejército, los llamaron los inseparables.

La fatalidad hizo, que estos bravos, modelo de amistad y valentía, no pudiesen juntos gozar del espléndido triunfo, que despues de tantas luchas obtuvieron las armas españolas, sobre los Franceses y Napolitanos, asegurando por fin á los reyes de España el reino de Nápoles.

Don Alfonso murió en un encuentro, casi á las puertas de la ciudad, poco ántes de la conclusion de la guerra, recomendando á su amigo, que de vuelta á España, buscase á su hija Lucia, niña de pocos años, que en Murcia habitaba, al cuidado de

unas pobres gentes. Don Alfonso más de una vez confió á don Nuño, las penas que desde su entrada en el mundo, contribuyeron á dar á su carácter esa sombra de melancolía, que se hacía visible en todos los momentos de su vida. Á los veintiocho años, habia conocido en Murcia á una jóven de orígen morisco, hija de padres artesanos, que desde el primer momento se hizo dueña de su corazon, nuevo hasta entónces al fuego de las pasiones.

La jóven á su vez amó á don Alfonso, con el afecto impetuoso y ardiente, con que aman las almas apasionadas, que llevan en sí la dolorosa intuicion de una corta vida. La hermosa Lucia se abandonó sin reparo, á los trasportes de aquel amor; huyó de la casa paterna en pos de su amante, el cual, viéndose dueño de la que tanto amaba, no advirtió imprudente, que precipitaba en el más escabroso de los senderos, al tierno objeto de sus amores.

Por último, y como prueba del perdon, que el Cielo ofrecia á la delincuente, Lucia murió á los diecinueve años, despues de dar á luz una niña, tan bella como su desgraciada madre.

Don Alfonso, que durante dos años, parecia no haber vivido sino para su idolatrada Lucia, sintió al golpe de tan dolorosa pérdida, esa cruel sensacion de abandono y aislamiento, que experimenta el viajero cuando, alejado por muchos años de su ciudad natal, vuelve á la patria, buscando la casa paterna en

el mismo lugar que á su salida, para hallarla mústia ya y silenciosa, por la huella que allí imprimió la muerte. El infeliz jóven, abatido y sin fortuna, sin más familia que un tio, á quien hacia muchos años no veia, y con el cual ninguna amistad tenía, pensó mil veces en la muerte como en un refugio; pero la vista de la pobre huérfana, alejó de su mente tan tentadora imágen. Decidiendo, por fin, hacerse soldado, no ya con la esperanza de hallar la muerte en los combates, sino con la generosa idea de alcanzar fortuna, para llenar cumplidamente sus deberes de padre.

Pronto á marcharse, confió la nueva Lucia al cuidado de una buena mujer. Dióle los pocos doblones que le quedaban y marchó á reunirse al ejército de Italia, donde trabó tan estrecha amistad con don Nuño de Lara.

CAPÍTULO II.

La pauvre mère, hélas! de son sort ignorante!

V. HUGO.

Cuando el Gran Capitan, despues de haber dado fin á su campaña de Nápoles, fué nombrado Condestable de aquel reino, don Nuño, valiéndose del favor que éste continuaba dispensándole, obtuvo licencia para volverse á España á cumplir la sagrada promesa, hecha al malogrado amigo. Á su llegada, se dirigió á Murcia, en busca de las pobres gentes que se habian encargado de la niña y halló á Lucia, hermosa criatura de dos años, ocupando en aquella modesta habitacion, el lugar de una propia hija.

La llegada de don Nuño, causó grande alarma á los esposos, que al oir la sentida relacion de la muerte de Miranda y la promesa que á éste hizo don Nuño ántes de morir, de cuidar de Lucia, y adoptarla por hija, juzgaron que aquel desconocido venía á arrebatarles su tesoro. Miéntras don Nuño habló, marido

y mujer, sentados á poca distancia, le escucharon con creciente alarma; hasta que por último, viendo que se detenia para recobrarse de la emocion, que le causara el recuerdo doloroso de los últimos momentos de su amigo, Mariana, abrazando á Lucia, que dormia sobre sus rodillas, dijo con voz, que queria hacer dura, y no era sino lastimera: «¡Mi hija! ¡Mi hermosa Lucia! ¡Nadie la separará de mi lado!» y echó á llorar.

Durante largo rato, los tres guardaron silencio. Mariana ahogaba el llanto, por temor de despertar á su querida hija; don Nuño, absorto en sus penosos recuerdos, ausente su pensamiento de aquel lugar, no reparaba en el llanto de la mujer ni en el abatimiento del marido, sacándolos al fin de este estado, la inocente causa de tanto duelo. La niña despertó alegre y satisfecha, y tendiendo sus bracitos al anciano labrador, con suma gracia le dijo: «¡Padre, padre!» Mariana al oir las palabras de Lucía, sin reparar que ésta no podia ni entenderle, exclamó con voz trémula, interrumpida por sus lágrimas: «¡Quieren llevarte, ángel mio! ¡Hija de mi alma! Pero ántes que separarme de tu lado, me matarán.»

La inocente criatura, viendo la afliccion de su madre, sin entender sus palabras, pero afectada por la agitacion de un semblante, que siempre le sonreia cariñoso, soltó tambien el tierno llanto, y fué á refugiarse en brazos de su padre.

Esta pequeña escena, sacó á don Nuño de su distraccion; y acercándose para besar á la niña, que se habia consolado ya con las caricias del viejo Pablo, dijo para sí: « ¡Qué hermosa es! ¡Cómo debe parecerse á su madre! ¡El Cielo permita sea más dichosa. »

El anciano Pablo respondió, como si le hubiesen sido dirigidas á él esas palabras: « ¡Dichosa es, que la amamos tanto! Y cómo no amarla; ¡pobre niña! ¡nunca verá á su madre, sino en el Cielo! »

Como Mariana tenía un corazon bueno y generoso, pasado aquel primer arranque de desesperacion, dijo á don Nuño: « ¡Ah señor! Si supiéseis cuánto nos ama y lo mucho que de ella cuidamos, no la llevaríais léjos de nuestro lado. ¡Pobrecita Lucia de mi alma! ¿Quién cuidará de mi hijita? »

« No os aflijais, buena mujer », respondióle don Nuño con ternura. « No tengo la intencion de llevar conmigo á vuestra hija adoptiva. »

Mariana, sin dejarle continuar, corrió á abrazar á Lucia, diciéndole: « Ven, hija mia, ven á saludar á este nuevo padre, ponte guapa, no escondas la cara, cielo mio », y arreglaba afanosa á la hermosa niña, los sedosos cabellos que sobre las espaldas le caían en largos rizos

El buen Pablo, que hasta entónces habia guardado cierta reserva, se levantó del banco que ocupaba, tendió su tosca mano á Lara, y enjugando una importuna lágrima, que corria por su mejilla, le dijo:

« Yo tambien he sido soldado, caballero; bien sabia que un valiente, no podria tener la crueldad de entregarnos á la desesperacion ! Dios os premie tanta generosidad. »

« Amigos mios », repuso el de Lara, « no quiero que me esteis gratos, por un servicio que yo recibo de vosotros : venía dispuesto á rogaros continuáseis cuidando de Lucia, hasta mi definitiva vuelta á España ; y conociendo ahora el afecto que le profesais, ¿ cómo no pediros con el más vivo reconocimiento, sigais amando y protegiendo este ángel ? » Mariana al oir tales palabras, exclamó con alegría : « Bendito sea ! La Vírgen del Amparo le conserve por luengos años ; bien me parecia que con esa cara, no podia ser tan malo. »

Pablo convidó á don Nuño á comer, y éste aceptó gustoso su cordial invitacion, afanándose Mariana para obsequiar á su huesped. La comida fué muy abundante y sustanciosa. Hízole don Nuño los honores, con un apetito de soldado, segun el dicho de Pablo, lo que encantó á Mariana, que no quiso por nada sentarse á la mesa, y decia riendo con los ojos llenos de lágrimas : « Dejadme en paz, por Dios, que todavía no me ha pasado bien el susto. »

Don Nuño se despidió de aquellas honradas gentes, prometiendo escribirles de vez en cuando, para pedirles noticias de su nueva hija, á quien abrazó cariñosamente por repetidas veces.

Poco rato despues de la partida de su huesped, Mariana, que se ocupaba de levantar la mesa y volver todo á su lugar, halló sobre el banco, que habia ocupado éste, un bolsillo con algunos doblones; al punto la honrada mujer tomó á Lucia en brazos y echó á andar á toda prisa en direccion á la ciudad, repitiendo: «¡Jesus me valga! ¡Pobre jóven! ¡Encontrarse ahora sin su dinero!»

A poca distancia de la casa halló á su marido, que volvia de acompañar á don Nuño; oyendo el cual las exclamaciones, con que la buena mujer insistia, para que tomase el bolsillo y se fuese al punto á entregarlo á su dueño, le dijo: «Querida Mariana, guarda ese bolsillo, que pertenece á nuestra Lucia; ese jóven tiene un corazon noble y generoso y no ha querido exponerse á una negativa de nuestra parte.» Mariana exclamó con acento conmovido: «¡Vírgen Santísima! No se me habia ocurrido; tienes razon, como siempre, mi viejo Pablo, el Señor proteja en todas ocasiones á ese virtuoso jóven.» Pocos momentos despues reinaba el más completo silencio en la habitacion de los virtuosos esposos.

El sueño tranquilo, que siempre acompaña á los que tienen una conciencia pura y la seguridad de haber llenado sus deberes durante el dia, protegió con su benéfica influencia á los sencillos habitantes de aquella modesta casa.

CAPÍTULO III.

> Que si acortas y ciñes tu deseo,
> Diras, lo que desprecio he conseguido,
> Que la opinion vulgar es devaneo.
>
> RIOJA.

El curso de nuestra narracion nos llama ahora á Nápoles, en donde encontraremos de nuevo á don Nuño de Lara, desempeñando las funciones de primer gentil-hombre de cámara y teniendo además el mando de la guardia de Palacio.

Don Nuño, sigue siendo cada vez más digno de los nuevos honores, con que el Condestable paga su adhesion y bizarría. Querido de sus compañeros, admirado y respetado de sus inferiores, el capitan don Nuño, es uno de los oficiales que más atrae las miradas de las jóvenes Napolitanas.

Escuchemos el diálogo de algunos oficiales de gradacion inferior, en una de las antecámaras de Palacio; y podremos decir, hasta qué punto, podian influir con nuestro bravo capitan la hermosura y gallardía de las graciosas Napolitanas.

Dirigiéndose, un jóven teniente de alabarderos, de cara risueña y elegante figura, á otro oficial, de fisonomía franca y abierta, que estaba perezosamente reclinado en el alfeizar de una ventana, le dijo: «¿Sabes que la bella Nina, hizo tanto caso de tí anoche en el baile, como yo de los galanteos de la tia Gerónima? ¡Vaya! ¡vaya! Que si así me tratasen á mí, ¡voto á Sanes! no era el hijo de mi madre, el que volvia á mirarle más á la cara.»

«Por eso yo, mi buen Castañar,» repuso Sandoval con indolencia, «pasé toda la noche mirando su gracioso talle, sin hacer caso de su cara.»

«¿Cómo?» exclamó el jóven teniente. «¡Lo tomas con tanto descanso! Yo en tu lugar . . . . . »

«Sí, tú en mi lugar, irias hoy mismo sin pérdida de tiempo, á casa de la signora Nina Barberini, y con voz de trueno le dirias: «Sois una coqueta sin corazon, teneis una alma de serpiente;» y de este jaez cuanto te ocurriese de más expresivo; á lo que ella responderia maliciosamente: «*Caro signor,* sois muy poco amable hoy; volved mañana, cuando haya pasado *il mal di capo.*»

«Por eso yo, para evitar tan graciosa respuesta, espero á que pase el chubasco, con la mayor calma posible. Ó querríais acaso, que anoche á la salida del palacio del duque, buscara querella á nuestro amigo Nuño, á pretexto, de que la signora Nina ha pasado, gran parte de la noche dirigiéndole sus más

seductoras miradas, dando motivo con tan ridícula queja, á que el bueno de don Nuño me dijese, con sobrada verdad: « ¿ Tengo yo la culpa de que á una mujer caprichosa se le antoje mirarme, como si yo fuera obra de arte ? »

« No dudo », repuso Castañar con ironía « que el capitan don Nuño, te diese tan humilde respuesta, conociendo como conozco su habitual indiferencia con las bellas. Pero por lo que á mí toca, no creo en las protestas de tan huraña virtud. Haz lo que gustes. » Y el jóven teniente, ciñéndose la espada, dejó la antecámara.

Dos ó tres oficiales, que escuchaban el diálogo de los amigos, dijeron cuando hubo salido. « Qué diablos tiene este loco contra el capitan ? ¡ Vaya un enfado ! »

« Dejadle que se desahogue », respondió Sandoval. « No veis que está enamorado de la Nina ! Pobre Castañar, no sabe en qué manos ha caido ! »

CAPÍTULO IV.

Mas ¡ ay triste ! que apénas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Cuando las velas tiendo sin recelo.

HERRERA.

La signora Nina Barberini, era una de esas criaturas, á quienes la fortuna parece complacerse en tratar como á una verdadera hija mimada. Á los veinticinco años, poseía una de las más bellas fortunas de Nápoles, un nombre ilustre y la más hermosa figura de mujer, que en aquella tierra clásica de la belleza podia verse. Viuda á la sazon, de un marido anciano, con quien sólo vivió seis meses, la bella Napolitana no conocia más ley ni norte, que el capricho de su voluntad absoluta.

Inconstante, variable como el bello cielo de su patria, á mujer alguna parecia convenir mejor el dicho del poeta inglés: « Pérfida como las ondas ». La inconstante Nina, durante los dos años que llevaba de viudez, contaba entre sus conquistas, á cuanto de

más bello y distinguido poseía la brillante corte del condestable; y aún se aseguraba, que el mismo Gonzalo, habia quemado en vano su incienso á la esquiva deidad.

Muchos eran los que se alababan, de haber obtenido grandes favores de la hermosa Nina; pero en realidad, los que más dichosos se decian, eran precisamente aquellos, que no divisaron jamas, ni la más ligera sombra de esperanza. Algunos, como Sandoval, se complacian admirando sus gracias, sin pretender alcanzar más de lo que ella voluntariamente quisiera concederles. Otros, como Castañar, no se contentaban con amarla de léjos, sino que buscaban sin tregua, ocasion de desahogar su mala voluntad, contra el dichoso mortal, que atraia las miradas de la peligrosa viuda.

El dia siguiente del baile, que en honor de la signora Nina diera el viejo duque Palmarosa, uno de los numerosos aspirantes á su mano; nuestro amigo don Nuño recibió un billete concebido en estos términos:

«La signora Nina Barberini, desea una entrevista con el capitan don Nuño de Lara, en su palacio, á la hora que más le plazca.» No es fácil pintar el asombro, que en don Nuño produjera este billete. Para poder comprenderlo, es necesario saber, que no frecuentando Lara la sociedad, ni estando por manera alguna al corriente de lo que en tales casos era costumbre responder, juzgó desde luego conveniente

consultar á su amigo Sandoval, ántes de dar respuesta á tan extraño billete.

En los momentos, en que se disponia á salir en busca de su experto amigo, entró éste con su acostumbrado buen humor y desenvoltura, gritándole desde la puerta: «¡Salud al preferido de las gracias, ó tú, dichoso rival del irresistible Palmarosa!» Don Nuño, que habitualmente, sufria con mucha calma las chanzas del alegre jóven, le dijo con impaciencia: «Ya veo que vosotros me habeis tomado para vuestra burla, cuidad por quien soy, de no insistir en tan groseras chanzas, porque de lo contrario podria pesaros. ¡Vive Dios!»

«¿Cómo es eso, Nuño?» repuso Sandoval con tono grave. «¡Acaso te han instruido ya las malas lenguas de Palacio de las niñadas de ese chiquillo de Castañar! Duéleme, amigo mio, dés tanta importancia á mi pobre teniente.» «No se trata ahora de Castañar,» agregó don Nuño, algo más sereno; «mira» y le enseñó el perfumado billete.

Sandoval tomó el billete, y despues de haberlo leido, dijo calorosamente: «¡Nuño, Nuño, cómo es posible que todavía estés ahí, y no hayas volado á echarte á los piés, de la más encantadora de las criaturas! ¿No sabes que yo diera toda mi sangre, por haber recibido tan celeste invitacion?» Y observando que la fisonomía de Lara cobraba cada vez una expresion más colérica, «¡Ah! ya comprendo, mi incomparable Nuño;»

exclamó, « tomas esto como una broma de mis compañeros. Te juro á fe de caballero, que ninguno de nosotros hubiera sido capaz, de tal villanía. Este billete es realmente de la Barberini; conozco su letra, hé aquí sus armas. »

Don Nuño tendió la mano á Sandoval diciéndole: « Perdóname, amigo mio, soy muy desgraciado, no sé lo que por mí pasa. ¿Qué puede quererme tan orgullosa dama? Tú sabes bien, cuán enemigo soy de esta clase de intrigas y cuánto desprecio me inspiran esas seductoras criaturas, que en nombre del amor y de la constancia, destrozan sin reparo el corazon del hombre, secando con su influencia cuanto posee de más grande. ¡Oh! ¡Estoy decidido, no iré! »

« Nuño, » replicó Sandoval, « escucha la verdad de mis labios. Sabes con cuánta frecuencia me he burlado de tu alejamiento sistemado, de cuánto hay para mí de mejor y más bello sobre la tierra; conociendo, sin embargo, la exquisita sensibilidad de tu corazon, no he tratado jamás de combatirte seriamente. Bien sé que no podrias resistir, los frecuentes y rudos golpes á que se expone, el que, como yo, se embarca en el mudable y peligroso mar de las conquistas amorosas. Pero esta vez, amigo mio, no puedes cerrar los brazos á la fortuna, que con tanto abandono y seguridad se te ofrece, á trueque de ser tachado por tus mejores amigos y aún por tu propia conciencia, de sequedad de corazon y egoísmo. ¿Por qué temer

tanto á la felicidad? Veo ya venir á tu mente el recuerdo importuno de las insípidas conversaciones de nuestros cortesanos. ¡Cuál se alaba de conseguir hoy todo! ¡Cuál de alcanzarlo mañana! Desprecia, Nuño, tan ruines como falsos asertos, y cree á tu amigo; ese corazon que tan franco y confiado se te entrega, no lo dudes Nuño, ese corazon es digno de tí. Sígueme, quiero yo mismo introducirte en el santuario. Ea, mi bravo capitan, al asalto, que el enemigo se nos rinde á discrecion, y fuera mengua, huir sin razon ni gloria, de tan seguro triunfo.»

Don Nuño siguió á Sandoval, casi sin darse cuenta de lo que hacia, arrastrado sin saberlo, fascinado por el ardoroso entusiasmo de su amigo, que durante todo el camino no cesara un momento de hablarle de la Nina, con el más vivo interes, contándole mil rasgos verdaderamente sublimes, de la vida de aquella extraña criatura.

CAPÍTULO V.

Á present j'ai senti, j'ai vu, je sais, qu'importe.

V. HUGO.

El palacio de la signora Barberini, estaba situado en la calle de Toledo, y á poco andar llegaron á él los dos amigos. Nuño, despertando como de un sueño, dijo: « Enrique, ¿qué haces de mí? Déjame, aún puedo retroceder. »

No tuvo Sandoval tiempo de contestarle; un lacayo se presentó, diciéndoles: « Tengan sus señorías la bondad de pasar al jardin: la signora espera. »

Sandoval, que era muy conocido de todos en el palacio, dijo al criado con tono amistoso: « Buenos dias, Pietro, puedes dejarnos, yo guiaré á este caballero ».

Despues de atravesar un magnífico patio de arquitectura griega, enlosado de mosaico; y un bosque de naranjos y acacias, llegaron por entre una olorosa calle de mirtos; á un gracioso laberinto de plantas y arbustos de todas clases, colocados allí caprichosamente sin simetría. Algunas estátuas representando las estaciones, obras maestras de los mejores escultores

de la época, daban á aquel lugar un tinte misterioso y poético, que conmovia dulcemente el espíritu.

Nada más bello y armónico, que aquel conjunto formado por la naturaleza y las más hermosas creaciones del hombre: don Nuño aspiró con delicia esa atmósfera de perfume y poesía.

Hallaron los amigos á la encantadora Nina, formando un ramillete de rosas blancas, que un gracioso pajecillo cortaba de los muchos rosales de esa clase, que allí habia. Eran éstas sus flores favoritas; llevaba siempre una rosa blanca en los cabellos. Más bella que nunca, sencillamente adornada con un ligero traje blanco, con mangas flotantes, que parecian desprenderse como alas, aquella Nina en nada se parecia á la altiva y deslumbradora deidad del palacio Palmarosa.

Don Nuño, embelesado de tal cambio, seducido por la gracia y cortesía, con que la hermosa les tendió su mano, sintió desvanecerse toda sombra de desconfianza. Sandoval, tomando una de las rosas, dijo sonriendo á Nina: « ¿ Puedo conservarla ? »

« Hoy ménos que nunca, » respondió la hermosa, con acento conmovido: y volviéndose luego á don Nuño, que escuchaba en silencio, agregó con una sonrisa melancólica: « Espero que algun dia, vos amareis tambien mis rosas blancas. »

En seguida, invitóles á entrar á un lindísimo belvedere de mármol blanco, situado en medio del jardin.

Era éste una maravilla artística, tanto por la elegancia de su corte, cuanto por la delicada y escogida variedad de sus adornos. El interior, adornado con altos y bajos relieves, representando escenas mitológicas, tenía en el centro una fuente de jaspe azul, sobre la cual, el agua que subia hasta el techo, se derramaba serpenteando juguetona, por entre un caprichoso grupo de Nereidas y Tritones. Pero lo que más atraía la atencion, era una Diana cazadora, representada en el acto de herir á Acteon, y para la cual la misma Nina habia servido de modelo. La pureza de contornos de su cabeza, verdaderamente clásica, á la que podia tan sólo reprocharse, esa exquisita regularidad que se nota en los perfiles griegos; la graciosa esbeltez de su talle y un no sé qué de suave y virginal, que se exparcia en toda su persona, como un perfume divino, de tal manera convenian á la imágen que el poeta sueña para la púdica diosa, que aquella Diana, tenía el doble sello del genio y la divinidad. Pero á esa figura tan bella y artística, le faltaba, sin embargo, lo que en ese momento y en todos los momentos, hacia resaltar la superioridad del modelo sobre la copia: la luz del pensamiento, la vida, la inteligencia. Los ojos de Nina, fijos en ese momento en el hombre que amaba, y que amaba con todo el ardor de un primer amor, despedian una luz tan viva y centelleante, que don Nuño se sentia subyugado, vencido por el irresistible encanto de aquellos ojos; y

mudo, extático, abria su pecho á la revelacion magnética de una nueva vida.

Sandoval, comprendiendo lo que pasaba por su amigo, que apénas pronunciaba una que otra palabra, hablaba con Nina del baile de la noche anterior, referia con su gracia habitual mil incidentes, tratando de conservar al de Lara, en ese dulce estado en que la vida parece refluir toda al corazon.

Nina les pidió viniesen aquella misma noche á una lectura á que sólo asistirian los amigos íntimos, y se despidió con un « Hasta luego », tan franco y amistoso, que acabó de seducir á don Nuño.

CAPÍTULO VI.

Ed altro disse ma non l'ho in mente.

DANTE.

Cuando los amigos dejaron el palacio Barberini, Sandoval exclamó de buen humor: « Vaya, Nuño, que para ser tu primera campaña, te has portado como en Granada. » « Enrique, » respondió don Nuño, « no sé si me he portado bien ó mal; creo por el contrario, que he debido hacer muy triste figura, con mi aire severo y mi jubon descolorido; pero te pido como á mi mejor amigo, me inicies en el arte de hacerse amable, que tú posees en sumo grado. ¡ Cuánto envidio esa facilidad que tienes, de dar á todo, un carácter de alegría y novedad, al cual bien lo veo, yo no alcanzaré nunca, por más que quiera! ¡ Qué hermosa es! Bien lo decias, esa mujer es buena. ¡ Cómo se revela en todas sus palabras, hasta en sus movimientos, la delicadeza de su corazon! Imposible que llegue jamas á amar á un soldado brusco y desagraciado como yo. Este aire de tristeza, que se ha

hecho ya mi compañero inseparable, me alejará siempre de tan graciosa criatura. ¿Qué hacer? »

« Pobre Nuño, ¡qué á prisa has recorrido la inmensa distancia, que ayer noche hacia de tí el hombre más tranquilo é indiferente de todo Nápoles! Compláceme sobre manera, ver que no me habia equivocado sobre la sensibilidad de tu corazon. Díme, ¿comprendes ahora que hayas podido vivir tanto tiempo sin amar? »

« Acaso puedes comparar la vida que sientes ahora, con ese letargo prolongado y enfermizo, en que tan tristemente se consumian tus mejores años. Hoy te quiero más que nunca, á pesar de que, como sabes, eres mi rival. »

Don Nuño repuso con aire de tristeza: « ¡Oh, sí, y rival muy temible! »

« Más de lo que tú piensas, » contestó Sandoval. « No olvides que has entrado al palacio Barberini, llamado allí por la misma Nina. »

« No lo niego; pero cuán desengañada debe estar en este momento, de lo que en mí esperaba hallar. Creo que no he hablado tres palabras. ¡Soy un necio! »

Esta conversacion tenía lugar á orillas del mar; los jóvenes habian hecho un rodeo, y en vez de dirigirse á Palacio, á donde les llamaba su servicio, continuando por la calle de Toledo, tomaron una callejuela traviesa, tratando de evitar la importunidad de los

muchos paseantes. Despues de un rato de silencio, Sandoval dijo de improviso á su amigo Nuño: « Habia prometido no decirte algo, que, sin embargo, voy á comunicarte, para que no desesperes tanto. Hace más de dos meses, que Nina te sigue á todas partes; te vió por vez primera el último dia de la fiesta de San Genaro, ¿y, acaso recuerdas, cuánto te insté esa noche, para que vinieses conmigo al baile de máscaras de Palacio? ¡Ay! desde entónces perdí toda esperanza de ser amado, pues ella me confió la impresion, que le habia shecho á pesar de tu *aire serio* y tu *traje descolorido,* rogándome con instancia, le contára cuanto sabia relativo á tu historia y á tus proyectos. ¡Vieses con qué atencion, escuchó los detalles de la vida retirada y esquiva que llevas en la Corte! Encantándose de saber, que á pesar de tus treinta años, aún no habias tenido ningun amor y la firme intencion que hacias, de permanecer siempre fiel á tus proyectos de aislamiento y retiro. Á mi vez, Nuño, yo me propuse observar tambien los rápidos progresos que el amor hacia, en el corazon de la indiferente Nina. Víla poco á poco alejarse del bullicio de las fiestas, prefiriendo á todo lo que ántes fuera su principal encanto, el momento de hablar de tí y escuchar de mi boca, los merecidos elogios que me dictaba la justicia que hice siempre á tus méritos. Haciéndome no sólo prometerle, no decirte una sola palabra de su amor, sino pidiéndome como una

gracia no desvaneciese los rumores, que acerca de sus amorosas relaciones conmigo en la Corte se acreditaban. Anoche á la salida del baile, me dijo muy triste: « Creo que nunca me amará, ni siquiera ha reparado en mí. » Y yo, que á la verdad, estaba alarmado viendo tu completa indiferencia, en aquella noche, le respondí aunque dudando del éxito de mi consejo, te escribiese el billete que me mostraste esta mañana, creyendo que si no acudias á la cita, entónces sería tiempo de desesperar. Ya ves, Nuño, que por mucho que te pese, eres el más feliz de los mortales! »

Don Nuño, que escuchara silencioso la relacion de Sandoval, exclamó con acento conmovido: « Bendita sea tu inspiracion, mi generoso Sandoval! Te juro que si no hubiese visto jamas á Nina, como la he visto esta mañana, entre sus flores, con su sencillo vestido blanco y sin más galas que su belleza de cuerpo y de alma, nunca, nunca me hubiera ocurrido la posibilidad de amarla. »

Los amigos despues de esta conversacion, se separaron á la puerta del palacio del Condestable.

CAPÍTULO VII.

Si pudiese perderse la esperanza,
Oh! cuán breve sería el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

HERRERA.

El palacio Barberini, cuyo exterior singularmente contrastaba con los demas palacios napolitanos, por la extremada sencillez y ausencia completa de adornos, estaba interiormente decorado con ese lujo de pinturas al óleo, frescos, estatuas y mosaicos, que constituian casi el único adorno de los vastos y desnudos salones de los grandes señores de esa época. El perístilo, en el cual, segun la costumbre romana desde los primeros tiempos del imperio, habia tan sólo unas tres estatuas al natural, representando tres personajes de la familia Barberini, que se habian distinguido por sus hazañas militares en el siglo anterior, tenía á cada lado una vasta escalera de mármol blanco, que conducia á los departamentos y salones del primer piso. Por la escalera de la derecha, se

llegaba al salon de las pinturas, en donde habian grandes cuadros del Ticiano y de Giulio Romani; en seguida, atravesando cuatro salones, cubiertos de estatuas, vasos etruscos y jarrones, de cuanto entónces habia de más bello y precioso, se entraba por último á un saloncito más pequeño, adornado con tapices persas, en el cual hallaremos á la dueña del palacio, rodeada de unos pocos amigos íntimos, que debian asistir á la lectura de dos cantos del Dante y un soneto de Luigi Alamanni, jóven florentino recien llegado á Nápoles, que empezaba á llamar la atencion.

Cuando Don Nuño llegó al palacio, en la misma noche de aquel dia, que marcó para él un cambio tan completo en la vida de los sentimientos, la lectura habia empezado ya, y apénas si pudo percibir de léjos la lijera inclinacion de cabeza, que le hizo Nina y que parecia decirle: « Quedaos ahí y escuchad. » Sandoval, no pudiendo venir tan temprano, pues su servicio le retenia aquella noche en Palacio hasta más tarde, habia prevenido á su amigo, que quizá no podria hablar á Nina hasta concluida la lectura, siendo allí costumbre observar, durante ese tiempo, religioso silencio.

En los varios intérvalos que hubieron de conversacion, Don Nuño permaneció en el sitio apartado que ocupó desde su entrada, sin que nadie viniese á turbar las meditaciones en que el melancólico jóven

parecia sumido. La Nina, rodeada siempre de las solícitas y constantes atenciones de aquellos, que ella llamaba sus amigos íntimos, no parecia apercibirse del aislamiento del pobre Nuño, que volvia de contínuo sus miradas impacientes hácia la puerta, con la esperanza de ver entrar por ella á Sandoval.

Las personas que formaban el círculo íntimo de la signora Barberini, eran todas extrañas á la sociedad frecuentada por don Nuño, compuesta tan sólo de oficiales españoles y de uno que otro Italiano, de los que habian servido bajo las órdenes del Condestable. La Nina, con su corazon de artista, poseyendo en sumo grado esa gracia en el decir y esa alegría bulliciosa y casi infantil de las Napolitanas, se complacia siempre en la sociedad de los artistas y de los hombres espirituales de su época, de manera que el grave y silencioso Español, se sentia oscurecido, perdido en aquella atmósfera brillante de animacion y cultos chistes.

El de Lara, que, como sabemos, no tenía muy aventajada idea de sí mismo, y que como todos los espíritus reconcentrados, caía en horribles ataques de desconfianza, dejó el palacio Barberini, en una disposicion de espíritu muy opuesta á la que en aquella misma mañana, le mostraba los objetos con un tinte risueño y animador. Nina no le parecia ya sino una mujer frívola y vana, que gozaba en atormentarle, dándole esperanzas que no tardaba luego

en desvanecer, con la más culpable indiferencia. Y en cuanto á Sandoval, su mejor amigo, su salvador y cuanto habia de más generoso hasta entónces, era sólo una pobre víctima de los sortilegios y amaños de la astuta Italiana.

CAPÍTULO VIII.

> Ya te conté el estado tan dichoso
> A dó me puso amor, si en él yo firme,
> Pudiera sostenerme con reposo.
>
> GARCILASO.

Cuando á la mañana siguiente, el de Lara halló á Sandoval bajando una de las escaleras de Palacio, que con su buen humor acostumbrado le pedia noticias de la tertulia de la hermosa Nina, Nuño le contestó con una forzada sonrisa: « Pasé allí ameno rato, y apénas eché de ménos tu grata compañía, » agregando en seguida, haber decidido aquel mismo dia marcharse á España, pues acababa de recibir una carta, que le traía la noticia de la muerte del anciano Pablo, y deseaba ir cuanto ántes, á ocuparse por sí mismo de la educacion de su hija adoptiva.

Sandoval, tomándole del brazo replicó gravemente: « Léjos de mí, amigo mio, la idea de apartarte de tan virtuosa tarea; pero ántes de ocuparte de los asuntos de España, juzgo necesario, concluir con los

de Nápoles, que á la verdad no dejan de valer la pena. Ven, que Nina nos espera, para que vayamos á dar un paseo por la bahía, hasta Capri. Iba en tu busca; el dia no puede ser más hermoso. »

Don Nuño, que, como sabemos, se hallaba muy poco dispuesto á ceder á la influencia mágica, que ántes ejerciera sobre él Enrique, dijo, tratando de desasir el brazo que aquél le tomára: « No puedo acompañaros; así como anoche fuí yo por vos, id hoy vos por mí. » « Ya veo, » repuso Sandoval, « que no me perdonas el chasco, pero qué quieres, cada uno tiene sus asuntos particulares; y como ahora, hasta tú nos das mal ejemplo. Pero es largo de contar, ya te lo diré; á propósito, Nuño; creo, fuera de chanza, que á pesar de tus protestas, has debido pasarlo bastante mal anoche; es necesario, sin embargo, me perdones por no habértelo advertido y haber faltado á mi compromiso. »

« Es cierto que . . . . »

« Sobre todo, » interrumpió Sandoval, « aquello de no poder decir ni una sola palabra á la dama de tus pensamientos, que parecia ocuparse tanto de tí, como del último vaso de los que forman su magnífica coleccion etrusca. Vamos, ahora me explico la expresion dura y descontenta de tu cara. ¡Por Santiago! ¡Nuño, vuelve en tí! recobra la perdida confianza: ¿habrás de ser siempre el mismo? ¡Ea! sígueme, y sobre todo, escucha, incorregible adalid. »

Don Nuño, encantado por haber encontrado quien le convenciese á tan poca costa, siguió á Sandoval, que continuó de esta suerte: « Piensa, amigo mio, cuán necesario es no ser demasiado exigente, con la inconstante Nina; ten en cuenta no es justo sacrifique aún sus antiguas y preferidas distracciones á un amor, que hasta este momento no ha hecho sino atormentarla. Es fuerza, Nuño, convengas conmigo, en que sólo un corazon generoso y apasionado es capaz de sacrificarse así, por quien en pago de tanto abandono, le ofrece sólo desconfianzas y amarguras. Interroga tu corazon, mi buen Nuño, ¿qué has hecho tú hasta ahora, para merecer este amor que ha venido como una buena hada, á ofrecerte tesoros y delicias sin cuento? ¿Fastidiarte? ¡Oh! eso es muy poco. ¿Dudar y desconocer cuanto por tí se hace? Eso es demasiado, Lara, para quien como tú posee un corazon fuerte. Escucha aún mi último consejo y concluyamos tan enojosa plática *caro mio.* Á las mujeres, pobres ángeles, que nos dan cuanto poseen de más precioso, es necesario siempre sacrificarles algo, y muy especialmente nuestra vanidad. »

CAPÍTULO IX.

Ce qui sort à la fois de tant de douces choses
Ce qui de ta beauté s'exhale nuit et jour
Comme un parfum formé du souffle de cent roses
C'est bien plus que la terre et le ciel : c'est l'amour !

V. HUGO.

En el embarcadero encontraron los dos jóvenes á Pietro, el criado de confianza ; y poco despues apareció Nina, que habiendo dado cita á Enrique para medio dia, les dijo con cierta impaciencia : « Cómo os habeis hecho esperar, signor ! ¡ En verdad que ya me marchaba sola ! » Y en seguida, volviéndose á Sandoval, agregó : « Segura estoy de que la culpa es vuestra, perezoso y que así como faltásteis anoche á la lectura, hubiéseis faltado hoy al paseo, á no ser por vuestro amigo. ¿ No es verdad ? Quiero recompensaros, Lara, castigándole : os tomo hoy por mi caballero y le abandono á él sin reparo, á la primera muchacha bonita que hallemos al desembarcar en Capri. » Sandoval, sin replicar, cruzó los brazos sobre el pecho, bajó la cabeza, y con aire mohino fué

á sentarse en la proa de la barca, dejando á don Nuño cerca de Nina, libre ya de decirle sin ser oido, lo que pasaba por su corazon.

El dia era uno de los más bellos de Nápoles. El cielo azul, ese cielo que rivaliza en color y tersura con las límpidas aguas del Golfo; el sol que baña con su luz rojiza los objetos que acaricia, en ese suelo bendito de su predileccion, que jamas abandona, se reflejaba contelleante en el mar, que se estremecia de placer, al sentir el amoroso contacto del astro rey. La tibieza de la atmósfera, el perfume de los miles de naranjos y acacias, el suave movimiento de la barca, que impelida dulcemente por los remos, parecia tocar apénas con su quilla la superficie de las aguas, el silencio apénas interrumpido, por una *canzonetta* napolitana, que cantaba á media voz el *barcajuolo,* todo, todo habla en favor de aquel amor naciente, en el corazon de don Nuño y que amenaza ya hacerse su exclusivo dueño. ¿Cómo explicar la influencia que hasta en nuestros afectos ejercen los objetos que nos rodean? ¡Cuántas veces un sentimiento, cuyo gérmen apénas rozára el corazon, se desarrolla profundo y poderoso, al contacto sólo del tibio rayo de la luna sobre nuestra frente! ¡Bendita ley de unidad y amor, que confunde á la creatura con la esencia de su sér!

Don Nuño, sentado á los piés de la que ama, embriagado y sin encontrar palabras con que decirle lo que el corazon siente, besa con ardoroso entusiasmo

las manos que Nina le abandona, con esa sonrisa del amor en sus primeros albores y que no se repite jamas!

El sol se ocultaba ya tras la cadena de montañas que ciñe á Nápoles, cuando la barca llegó á la orilla de la isla de Capri.

Sandoval, que dormia prosaicamente, mecido por el movimiento, despertó repentinamente, y acercándose á los dichosos amantes les dijo: « Hemos hecho ya la paz, *miei dolci amici;* supongo ahora que la signora no tendrá inconveniente en que desembarquemos, para ocuparnos de tomar algun refrigerio, los que no estamos ligados por voto alguno, al niño travieso de la graciosa diva, que reina en Cyterea. »

« Caro Sandoval, » respondió Nina, « tan bueno y generoso; no me perdono el haberme olvidado así de vuestro apetito; pero en la villa, Gina nos espera. »

La villa Aldobrandini, propiedad del padre de Nina, era una lindísima habitacion, rodeada de árboles por todos lados. Su arquitectura, no ofrecia nada de particular; pero lo que daba á este lugar un encanto extraordinario, era la cantidad de flores, de todas especies y un lujo extraordinario de arbustos y plantas raras, de todas las zonas. Hasta en el terraso habia grandes jarrones, conteniendo enredaderas de colores vivísimos, que se descolgaban caprichosamente, sobre los muros y parecian estrecharlos tiernamente con sus flores y sus hojas: aquella encantadora

morada era un verdadero templo de Flora. Luego que hubieron merendado, en un lindísimo salon octógono, que estaba colocado en medio de un bosquecillo de granados, Sandoval, que á fuer de hombre de mundo, comprendia la necesidad que tenian los nuevos amantes, de decirse esa serie de pequeñeces, verdaderamente sublimes, que en el catálogo de los goces amorosos, tendrá siempre para las almas puras un lugar preferente, recordó á Nina su amenaza, advirtiéndole, iba en busca de la preciosa ninfa que debia consolarle.

Una vez que ésta volvió á quedarse á solas con su amante, le dijo: « Voy á cumpliros la promesa que os hice ántes, contándoos la historia de mis rosas blancas; y como esta historia está tan íntimamente ligada con la de mis padres, vais á saber al mismo tiempo, cuanto yo misma sé sobre mis primeros años. »

CAPÍTULO X.

And playfully as on my head
Her white hand rested, smiled, and said.

MOORE.

La villa Aldobrandini, pertenecia hace veintiocho años, á la noble y opulenta familia de este nombre, que se componia tan sólo de dos personas, la signora Giulia, viuda Aldobrandini, y Giuliano su hijo, jóven de pocos años, heredero de inmensos bienes.

Á poca distancia de la villa, á orillas del mar, habia una pobre casucha de pescadores, que habitaban en terreno perteneciente á la villa, y desde tiempos muy lejanos, tenian por sola condicion de arrendamiento, la obligacion de surtir de pescado á la villa. La casucha del pescador, así como la opulenta villa, habia pasado de padres á hijos; en la época que empieza esta historia, la ocupaban Matteo y su mujer Marta, que hacia más de diez años estaban casados y á pesar de las frecuentes y devotas súplicas, de la

buena mujer y de su marido, aún no habian conseguido ningun hijo. Matteo, más de una vez se lamentó con sus compañeros, de la cruel necesidad en que se veia, teniendo que abandonar la humilde choza, que por tantos años habia pertenecido á sus padres, por no tener ningun heredero de su derecho.

Mucho tiempo hacia, que la villa no era visitada por sus dueños, pues desde la muerte del anciano Aldobrandini, ni la viuda ni el hijo, que vivian en Roma habian venido á pasar allí, los tres meses de verano, como ántes acostumbraban. Matteo rogó muchas veces á un brutal intendente, que de la villa cuidaba, hiciese saber á sus patrones la triste perspectiva que á su muerte aguardaba á la pobre viuda, que tendria inmediatamente, que dejar la casucha y mendigar un asilo en los últimos dias de su vida; pero, ya sea mala voluntad del intendente ó fuese que realmente sus avisos no llegaban, siempre que humildemente preguntaba al Sr. Carulla, si habia recibido alguna respuesta favorable, éste le respondia con marcada insolencia: « Ya podeis iros preparando, porque aunque nada me dicen, mucho temo . . . » y el cruel intendente, sin concluir la frase, daba al triste Matteo un rudo golpe en el corazon. Pasaban las semanas y los meses, la opulenta morada permanecia cerrada, y el pobre pescador, sintiéndose cada dia más sin fuerzas y próximo el momento en que no podria ya aventurarse solo en su pequeña barca, se consumia

lentamente, habiendo perdido ya toda esperanza.

Un dia que Matteo, sentado á la orilla del mar, sacaba de la red una abundante pesca, hecha en pocas horas, preparándose para llevarla á la ciudad, luego que el terrible Carulla hubiese escogido lo que más le convenia, vió venir hácia á él á su querida Marta que, con paso ágil y semblante alegre, le llamaba repetidas veces, diciéndole con voz agitada: « Matteo, Matteo, deja las redes, ven á echarte á los piés de la Madonna! Santísima Vírgen, has escuchado mi voto! Tendremos un hijo. » « ¿Un hijo, Marta? » exclamó el pescador soltando su red. « ¡Qué es lo que me dices, pobre Marta, ¿has perdido la cabeza? » « Qué no has oído, » repuso Marta, « ¿dudas del milagro, que la Santísima Madonna de las Rosas por nosotros hace? Es ella, quien nos manda este consuelo en los últimos dias de la vida; ven, mi querido Matteo, vamos á ofrecer de nuevo nuestro hijo á la Vírgen, Madre de Nuestro Señor. »

La esposa contó en pocas palabras á su marido cómo hacia más de tres meses, una amiga le habia aconsejado fuese todos los dias á llevar un ramillete de rosas blancas á una Madonna, llamada de las Rosas, que en una de las callejuelas de la ciudad habia, y cómo, por un milagro de esta Santa Madonna, se hallaba en cinta.

Los buenos y sencillos esposos, con esa fé viva que se encuentra tan sólo en las naturalezas incultas,

fueron juntos á dar gracias á la Madonna, sin olvidar un hermoso ramillete de rosas blancas, que el mismo Matteo puso en el nicho de la bendita Signora.

Muy pronto se exparció por la isla, la noticia de aquel milagro, muy especialmente cuando vieron al viejo Matteo, que parecia rejuvenecido de diez años, montar en su barca, cantando alegremente su cancion favorita, acompañada de la continua interrupcion: *un bambino, un bambino;* y el viejo pescador remaba con una fuerza que parecia exponer la barquilla á zozobrar.

Una noche de tormenta, que los esposos dormian tranquilamente, á pesar del viento que amenazaba la fragilidad de la casucha y del agua que caia á torrentes, Marta despertó sobresaltada, diciendo á su marido: « Matteo, Matteo, es necesario vayas á la villa á traerme una rosa blanca, que ha abierto esta misma tarde y que el viento y la lluvia van á deshojar sin piedad. » El pescador, que queria muchísimo á su mujer, viendo que se trataba nada ménos que de las benditas rosas, que tanto habian hecho por ellos, se vestia apresuradamente diciendo: « Voy al punto, mi pobre Marta á traerte la rosa . »

En los momentos en que el buen hombre se preparaba á salir y abria la puerta de la cabaña, una ráfaga de viento y de lluvia, que azotó su cara, le hizo notar el tremendo temporal; entónces, volviéndose á Marta, que habia vuelto á quedarse dormida,

dijo, viendo el sueño tranquilo de su mujer: « Estaba soñando con sus rosas, ¡pobres rosas! mañana no habrá ni una sola en su tallo! »

El dia siguiente amaneció sereno y despejado; los esposos se ocuparon como tenian de costumbre, Marta arreglando la cabaña y cosiendo el pequeño ajuar que para su hijo preparaba, y Matteo salió en su barca á hacer su provision de pescado. Cuando al caer la tarde, el esposo volvió á la cabaña, encontró á Marta con una criaturita en los brazos, rodeada de algunas mujeres de pescadores de los alrededores.

« Es necesario que te conformes con lo que la Madonna nos concede, » le dijo su mujer, « es una niña, en lugar del niño que pedimos; bien lo sentia yo anoche, al ver la pobre rosa deshojada; ¡pero mira qué hermosa es! » Lleno de júbilo, Matteo, estrechaba entre sus brazos á la madre y á la hija, y llorando decia: « Bendita niña ¡qué hermosa es! Que me conforme, ¡vaya! como que me alegro tantísimo de que sea una niña. Ya vereis, amigos, qué guapa será y qué fiesta haremos para la boda. Apuesto á que más de un galan . . . . ¡Pero así no más mi bella rosa no concede sus favores! » Marta viendo la alegría de su marido, confesó á sus amigas que, ella, por su parte, tambien se alegraba mucho de que fuese una niña, pues de ese modo la llamarian como su Patrona, María de las Rosas.

Pasaron cinco años, durante los cuales la vida de

los dichosos esposos fué siempre igual y serena; la niña María crecia robusta y hermosa, acariciada por todos y querida de cuantos la veian, y muy especialmente, de un pobre niño huérfano, hijo de una hermana de Marta, que habia muerto poco tiempo hacia y que los esposos habian recogido y cuidaban como si fuera propio. El niño Pietro, era la criatura más buena y de mejor carácter que podia verse; ayudaba á su tio en la pesca, acompañándole en la barca, y á su vuelta traia siempre á su querida María Rosa, los pescaditos más pintados y graciosos, que caían en la red, cuidando de no maltratarlos, para echarlos en un pequeño pocito, que él mismo habia hecho, á la orilla del mar, y conservar allí los pececitos, que la graciosa niña queria muchísimo y alimentaba con miguitas. La mayor parte de las veces, éstas eran del pan de Pietro, que guardaba siempre, una pequeña porcion de su racion diaria, para tener el gusto de ofrecerlo á la olvidadiza María, cuando llegado el momento de visitar su pequeño mar, la niña decia tristemente: « Lástima, Pietro, que he olvidado guardar unas miguitas para los pobres pececitos hambrientos! »

Los compañeros de Matteo, que mucho le querian por su buen carácter y conocida honradez, y que además, le consideraban como el decano de los pescadores de la isla, le habian pedido muchas veces no se aventurase en el mar, en los dias de tormenta,

temiendo que las débiles fuerzas del niño Pietro, no bastaran á librarle del peligro, especialmente en los meses de invierno. Matteo prometia siempre á sus amigos; pero confiando en su antigua destreza y en lo mucho que conocia su barca, desafiaba en los dias más ventosos y nublados, las iras del mar furioso, en compañía del valiente niño.

Una mañana tempestuosa, del mes de Febrero, el pescador dijo á su jóven compañero: « Prepara las dós redes, hijo mio; hoy la pesca será muy abundante, porque los pescados que saben, que la tormenta está cercana, se dirigen todos juntos á abrigarse en el fondo de la vuelta pequeña, y allá iremos. »

Cuando Marta oyó estas palabras, dijo á su marido: « Matteo, si la tormenta está cercana ¿por qué te embarcas? No seas imprudente, mi viejo Matteo, déjalo para mañana, te lo pido. » Á lo que éste respondió: « Que la tormenta tardaria aún más de cuatro horas, y que no internándose demasiado, tiempo tendrian de sobra; además, que llevaban la vela y estarian pronto de vuelta. » Marta acompañó á su marido hasta la barca. María Rosa, que iba tambien tomada de la mano de su madre, dijo á Pietro despues de abrazar á su padre, como lo hacia todos los dias: « Á tí no te toca hoy, porque ayer no me trajiste lo que tú sabes. » El niño replicó dulcemente: « Me conformo, aunque no tengo la culpa, hermanita. » Y la generosa niña, viendo su aire triste, le besó

cariñosamente, diciéndole: « No olvides, *mi Pietrino, mis azules.* »

La barca estaba ya muy léjos, y María Rosa gritaba aún á Pietro, con toda la fuerza de su voz: « *¡ De los azules. de los azules !* »

CAPÍTULO XI.

Ce bruit vague
Qui s'endort
C'est la vague
Sur le bord.

HUGO.

Apénas habia pasado una hora, desde que el pescador y el niño se ausentaron, cuando Marta, que con constante agitacion, sacaba la cabeza por la ventanilla de la cabaña, vió á lo léjos y en direccion al mar, un relámpago cruzar el horizonte. La pobre mujer, al ver aquel indicio seguro, de la próxima tormenta, se santiguó diciendo: « La Madonna ampare á mis pobres pescadores. » Pocos momentos despues se oyó un trueno lejano y una ligera ráfaga de viento agitó los cabellos de la inquieta mujer; la niña María entró repentinamente, diciendo: « Madre, el cielo se pone negro, y el mar se encrespa, ¿no oyes cómo suena? » « Si, hija mia, » respondió su madre, « ven á rezar conmigo una oracion á tu divina Patrona, para que vuelvan tu padre y tu hermano, cuanto ántes. »

La madre y la hija se arrodillaron delante de una Madonnina de bulto, groseramente tallada en madera, que estaba colocada dentro de un nicho, en uno de los ángulos de la casucha; en seguida Marta, que oia el ruido creciente de las olas agitadas y el zumbido del viento, que acompañaban truenos cada vez más cercanos, dijo á María Rosa, que sin saber lo que habia que temer, se sentia instintivamente conmovida por la agitacion de su madre y por el sacudimiento de los elementos: « Ven, hija mia, ven conmigo á casa de Bertuccio; es necesario que el bueno de tu padrino, salga en su barca, á ayudar á tu padre que debe estar luchando, en este momento, con la fuerza del viento que lo aleja de la costa. Aunque no, hija mia, quédate tú aquí, mirando siempre hácia el mar, por si descubres á lo léjos la barquilla, vayas en seguida á avisármelo. » Y la buena mujer, con el corazon oprimido, se dirigió á la cabaña de Bertuccio, su mejor amigo, segura de que éste se lanzaría al mar, tan luego como supiese el peligro, que Matteo y Pietro corrian.

Cuando Marta llegó á la casa de Bertuccio, caian ya gruesas gotas de agua, y el pescador, no bien supo lo ocurrido, le dijo: « Voy al punto á preparar mi barca: sentaos, buena Marta, descansad un momento. » Pero llamando á un lado á su mujer, agregó, sin ocuparse del peligro que él mismo iba á correr: «Deténla aquí cuanto puedas, Michelina; sólo Dios puede

volvernos á Matteo; » y salió sin que Michelina se opusiese, ni con una sola palabra, al cumplimiento de aquel sagrado deber, que tan caro podia costarle. Ejemplo muy comun, que ofrecen en toda su grandeza y sublimidad, las naturalezas sencillas y verdaderamente cristianas, de los habitantes de las costas del mar. . . . .

La lluvia caía á torrentes, el viento habia cesado; el mar parecia más tranquilo, los truenos eran cada vez más débiles y lejanos. Marta y Michelina oraban en silencio, desde la salida de Bertuccio.

Esos dos corazones afligidos, no habian encontrado palabras más elocuentes que aquellas que dirigían á la madre del Salvador: al consuelo de los afligidos.

De repente, entraron en la cabaña cuatro pescadores, de aquellos que hacia muchos años no salian ya al mar; seguidos de sus mujeres y de sus hijos; la lluvia, que aumentaba cada vez más, habia empapado sus vestidos. Sin decir una palabra, todos vinieron á arrodillarse al lado de las dos esposas, frente á la imágen de la Madonna, compañera inseparable de la casa del pescador napolitano. Marta comprendió lo que significaban, el silencio y recogimiento de los recien llegados, y sin interrumpir su plegaria, permaneció arrodillada y echó á llorar silenciosamente, deshecho el corazon en llanto. El anciano Giacomo entonó la plegaria, que acostumbran rezar sobre el lecho de los agonizantes, y una vez concluida, dijo á

Marta con acento paternal: « Abraza á Michelina, Matteo está en el Cielo. Bertuccio, nuestro bravo Bertuccio, arriesgando su propia vida, arrebató á las olas el cadáver de tu marido. »

Las dos mujeres se abrazaron y en seguida se dirigieron todos á casa de la viuda.

Cuando entraron en la choza, encontraron á María Rosa, sentada al lado del cadáver de su padre, esforzándose con sus manecitas en calentar las yertas manos del anciano, que parecia dormido por la serenidad y dulzura de su expresion; á poca distancia Bertuccio y algunos otros jóvenes pescadores, se ocupaban del niño Pietro, cerca del cual ardia un buen fuego, dándole fricciones y aplicándole unos paños empapados en agua hirviendo. María Rosa, viendo á su madre acercarse silenciosamente á besar la frente de su viejo Matteo, le dijo: « Cuida, madre, de no despertarle, que debe estar muy cansado! »

CAPÍTULO XII.

Si por ventura alguno te dijese,
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile tú, Filis, que engañarte quiere.

GARCILASO.

La muerte, al imprimir su huella en la dichosa morada de los sencillos esposos, dejó sentir la duradera influencia de su fatal contacto. Desde la catástrofe, que privó á Marta de su antiguo compañero, y á la inocente niña, de tan amoroso padre, la dicha parecia haber huido, para siempre, de aquel lugar.

Maria Rosa, desde el dia en que vió llevar á su padre dormido (segun su inocente creencia) en brazos de Bertuccio y de sus amigos, perdió la alegría, y sus bellos colores, insistiendo siempre con su pobre madre, en que era necesario fuesen á sacar á su padre, de aquel lecho tan frio. ¡Pobre Marta! Sencilla é inculta naturaleza, todos los dias, al escuchar las inocentes preguntas de su hija, sentia renovarse las heridas de su corazon. Pietro, apénas convalesciente, al cabo de un mes, de la fiebre que le ocasionó el terror

del peligro que habia corrido y el frio del agua del mar, se pasaba horas y horas, sentado cerca del hogar, con los ojos fijos en la llama, distraido y absorto. De vez en cuando, la voz de María Rosa, que preguntaba á su madre, cuándo volveria padre, rompia el silencio, hasta entónces no interrumpido, en las largas y penosas veladas del invierno.

No era posible, sin embargo, que la niña continuara siempre con tan dulce esperanza. Un dia que habiendo ido á la ciudad, con dos hijitas de su padrino Bertuccio, pasaban cerca del cementerio, María Rosa, dijo á sus compañeras, que eran algunos años mayor que ella: « Es preciso que entremos un momento aquí, para que yo vea si puedo despertar á mi querido padre, que hace tantos dias y noches está durmiendo. » Las niñas entraron al cementerio, y como ninguna de ella, supiese el lugar en que habia sido puesto el cadáver de Matteo, la mayor preguntó á María Rosa, cómo harian, para saberlo.

Á lo que ella contestó, que aunque no sabia en dónde le habian puesto, le sería muy fácil buscarlo, pues no tenía sino mirar un momento, para reconocer al instante los cabellos blancos y los ojos tan negros y brillantes, de su buen padre.

Las niñas, echaron á andar, por entre las modestas tumbas de aquel pobre cementerio; y cuando al cabo de un rato, María Rosa les dijo, con su sonrisa inocente y candorosa: « ¿ Vosotras estais ciertas de que

este es el lugar en que han traido á mi viejo padre? » « Vaya que si lo estamos, » respondieron las niñas; « pero me parece que á este paso, no encontraremos nunca al tio Matteo. »

En este momento, la menor de las dos hermanas, exclamó con una expresion de asombro y desagrado muy marcados: « ¡ Mirad ! » y les enseñaba allí á sus piés, dos cráneos y varios huesos, que parecian pertenecer á dos cadáveres recien desenterrados.

La mayor de las chicas, que sabia bien lo que eso era, dijo, afectando una superioridad verdaderamente fatal, en este instante: « Eso es un difunto que está ya podrido; apostaria á que á estas horas no está el tio Matteo mejor parado. » La inocente María Rosa, con los ojos fijos en aquel repugnante espectáculo, último vestigio de lo que fué jóven y bello quizá, escuchó las terribles palabras de la niña, que venian á revelarle un mundo de crueles realidades, en cambio de sus dulces ilusiones. Y comprendiendo, adivinando, el misterio de la muerte, que tan de improviso se revelaba á su temprana razon, herida por la luz de aquella revelacion, en su más asquerosa y repugnante manifestacion, cayó al suelo, perdiendo el sentido, yendo las frescas y puras galas de su cuerpo de niña, á juntarse con los descarnados y amarillentos huesos de los dos cadáveres. Viendo las niñas, el desmayo de su compañera, y creyéndola muerta, huyeron despavoridas.

Desde entónces, la pobre María Rosa, presa durante dos años de una fiebre nerviosa, que destruyó su naturaleza robusta, quedó sujeta á continuas alucinaciones y vértigos, que para los rústicos habitantes de la isla, eran éxtasis misteriosos, á los cuales prestaban ellos algo de divino. La niña crecia débil y enfermiza, ausente siempre de espíritu. Nunca más pronunció el nombre de su padre, todo su amor, toda su delicia, se concentró en la *Madonna de las rosas blancas.*

Seguida de Pietro, que no la abandonaba un instante, habiendo renunciado para siempre al mar, que ántes amaba tanto y que tornárase para él, un objeto de horror, María Rosa, bella como las mismas rosas, con que diariamente adornaba el altar de la Madonna, gracias al encanto de su persona y á la dulzura y apacibilidad de su genio, penetraba en la villa por el lado del jardin, para hacer sus ramilletes y para acariciar y cuidar allí de sus rosas tan queridas. Se la veia como una blanca aparicion, en las noches de luna, con su sencillo traje blanco, con los largos cabellos flotando sobre la espalda y con los ojos fijos en el cielo, dirigirse á la villa en busca de sus hermanas, como poéticamente les llamaba.

El mismo Carulla, aquella naturaleza brusca y egoísta, cedió á la influencia de tan dulce criatura; y no sólo consintió, en que Bertuccio desempeñase la obligacion de pescador de la villa, conservando la

pobre Marta la casucha, sino que permitia, á toda hora y sin reparo, que la niña viniese al jardin, donde habia, como hasta ahora, tantos rosales blancos.

Las jovencitas de la isla, viendo á María Rosa silenciosa y tranquila, no tomar parte, ni en sus danzas ni en sus juegos, con la cabeza adornada siempre, con una corona de sus queridas rosas blancas, venir á depositar todos los dias un ramillete en el nicho de la Madonna y pasarse largas horas de rodillas, con los ojos fijos en el cáliz de esas flores, en donde ella parecia leer, con misteriosa avidez, algo de dulce y celeste, que se comunicaba á su semblante pálido como la luna de Diciembre, la llamaban la *vergi-nella;* creyendo ver en ella algo de puro y virginal, que la asemejaba á la misma Vírgen que adoraba.

Gran sensacion causó un dia en la isla, saber que al cabo de tantos años, habia por fin llegado á visitar la villa, el noble y opulento heredero.

Todos á porfia, ponderaban sus méritos y gallardia; cual lo decia el más hermoso, cual el más brillante y apuesto caballero de su tiempo, causando no poco escándalo el que una tia vieja, llamada la Mónica, dijese de improviso y sin miramiento alguno: « Guárdeos Dios de sus méritos y virtudes, que tengo para mí, que el tal Giuliano es un truhan sin más ley que su deseo, ni más Dios que su soberana voluntad. »

Las muchachas más bellas y coquetas de la isla,

haciendo grande alarde de cuanto de más hermoso y rico poseian, se presentaban á cada paso en la suntuosa villa, con el pretexto de ofrecer frutas y dulces de todas clases; todas volvian haciendo grandes y exagerados elogios de la cortesía y sabrosa galantería, con que el apuesto y generoso señor, recompensaba esos sencillos dones; y algunas de ellas, usando de la modestia natural, que hubiera en tal caso debido servirles para lo contrario, contaban, cómo, á haberlo consentido ellas, habrian retardado más y más su vuelta á la ciudad.

La buena Marta, que más que nadie, debia ocuparse de la llegada del brillante huésped, fué tambien con su sobrino Pietro á ofrecer su homenaje á su patron, al cual, sin embargo no viera, por hallarse á la mesa, con varios de los jóvenes amigos que le acompañaban.

María Rosa, ajena como siempre á todo lo que á su alrededor pasaba, no oyó siquiera el nombre de aquel Giuliano, que debia tener con ella, la pura y casta *verginella,* más que ver, que con sus robustas y alegres competidoras de la ciudad. Fija siempre su mente en la mística contemplacion de sus rosas blancas, pasaba en los jardines de la villa largas horas, durante las cuales sus oidos no escuchaban ni el choque de los vasos, ni las alegres carcajadas, que resonaban en sus brillantes salones, atenta siempre á la dulce armonía que del cáliz de sus rosas se

exhalaba. ¡Pobre María! imágen fiel de la rosa blanca, que en la noche que precedió á su nacimiento, el huracan en pocas hora deshojara.

¿En dónde estabas tú, fiel Pietro, amante silencioso, fiel compañero, guia y amparo de la inocente Rosa blanca?

Apénas una semana permaneció el brillante y disoluto Aldobrandini, en la villa, habitacion predilecta de su noble padre, volviéndose á Roma, donde los placeres de todo género le ofrecian su copa embriagadora y deleitosa.

La vieja Marta, próxima ya al sepulcro, sentia cada dia disminuirse la luz en sus pupilas, amenazadas de cataratas, y Pietro veia con creciente melancolía, sin saber á qué atribuirlo, el cambio tan raro que se habia operado en la vida de la sencilla María Rosa. Desde la época en que Giulio Aldobrandini visitó la villa, María, más silenciosa que nunca, dejó de recojer sus rosas blancas, contentándose sólo con recibir de manos de su hermano, el ramillete de rosas, que éste le traia todos los dias. María, iniciada siempre de improviso en los misterios de la existencia, naturaleza sensible y delicada, mal pudiera resistir el duro embate de las tempestades de la vida; María Rosa, la casta y blanca rosa, la *verginella* del prado, dió á luz el dia 5 de Mayo una niña, sin que su endeble cuerpo pareciese sentir el menor choque, al cumplirse en él, el doloroso y sagrado misterio de la maternidad.

« Esa criatura, que entraba en la vida sin más amparo que el de Dios, esa criatura era yo, » dijo Nina, enjugando sus bellos ojos. El niño Pietro, á quien habeis visto hoy, ya viejo, conducir mi barca, es quien más de una vez me ha contado, siempre con la más viva emocion, los detalles tan tristes de la historia de mis padres. Infeliz Pietro! amaba á María Rosa, con un cariño más vivo que el amor de hermano! Aquella desgracia le hirió en lo que poseia de más caro: su amor. Y Marta, que despues de la pérdida de su marido, parecia insensible ya á los golpes de la suerte, habiéndose agotado en ella, por decirlo así, las fuerzas del sufrimiento, recibió en sus brazos á la inocente criaturita, diciendo: « Hágase tu santa voluntad! ¡Pequé! ¡El Señor nos mire con ojos de piedad! » María Rosa, para la cual la maternidad no tenía ni goces ni dolores, resistió aquella crísis, sin parecer experimentar algun sufrimiento: como si no comprendiera lo que por ella pasaba.

Veíase á orillas del mar á la madre, ciega ya completamente, con un grueso rosario, cuyas cuentas pasaba una á una, moviendo apénas los labios, teniendo á su lado á su hija María Rosa, que con los ojos fijos en el cielo y con semblante sereno, daba el pecho á la pobre huérfana, á quien alimentaba y cuidaba maquinalmente, cantando incesantemente estas coplas:

Vírgen Soberana
Madre del Señor,
Cubre con tu manto
A mi dulce amor.

Olas agitadas,
Que dormis al son
Del rápido viento,
Callad vuestra voz.

No sea despierto
Vuestra agitacion,
Al ángel que guarda
La Madre de Dios.

Únicas palabras que dijo, despues del nacimiento de su hija.

Pietro, cuya mision era velar por estas dos infelices, no me lo ha dicho él ¡pobre amigo! pero lo sé por cuantos han conservado un recuerdo, de tan desgraciada familia, hizo con ella veces de padre y de hermano. Su corazon generoso y amante, le inspiró la idea, de adoptar por hija, á la pobre criaturita desamparada.

La muerte visitó nuevamente la modesta choza, María Rosa espiró el mismo dia en que su hija cumplia un año. ¡Pobre madre mia! Volóse su alma al Cielo, cuando su cuerpo habia desempeñado ya la mision santa de criar á la hija, que sin embargo, no pareció nunca reconocer. La muerte, como la vida de tan extraña criatura, fué dulce y sin sufrimientos, espiró al lado de su madre, con su hija en brazos, pronunciando el nombre de la Madonna.

Los habitantes de la isla, para quienes María Rosa fuera siempre la *verginella,* hicieron en honor suyo una fiesta fúnebre, cuya costumbre se observa hasta ahora, en el aniversario de su muerte. María Rosa fué conducida al cementerio, al lado de su padre, por doce de las jóvenes más bellas y virtuosas de la isla, las cuales, con una corona de rosas blancas sobre la cabeza, entonaban las sencillas coplas á la Madonna de las Rosas, que fuera hasta el último momento el refugio y amparo de aquella alma virginal!

Mi buena suerte quiso, Nuño, que la signora Giulia Aldobrandini, viniera poco tiempo despues á la villa, con motivo de la muerte de su hijo Giulio, acaecida en un duelo, casi al mismo tiempo que mi pobre madre.

Aquella buena señora, al oir lo que vagamente se contaba de nuestras desgracias, llamó á Marta, la tomó bajo su proteccion y me adoptó por hija, en nombre de su hijo y como expiacion á sus faltas.

Ya sabeis que me instituyó su única heredera; pero lo que no sabeis, Nuño mio, es que fuera para mí la mejor y más buena de las madres.

La vieja Marta, sobrevivió muy poco á su hija; pero murió contenta, viendo la suerte de su Nina asegurada, confiando al mismo tiempo á Pietro, que todas sus desgracias, habian sido ocasionadas por el abandono, con que su viejo Matteo dejó deshojar aquella rosa blanca.

Pietro, á quien mi nueva madre cobró mucho

afecto, pues aquel gran corazon se le revelara muy luego, fuése con nosotros á Roma, á donde me condujo la signora Giulia, para que allí recibiese la educacion que á mi nuevo rango correspondia. El pescador no quiso consentir jamas en dejar el traje, ni la humilde condicion á que pertenecia, contentándose sólo, como hasta ahora, con seguirme á todas partes, llamándome cuando nadie nos escucha, su hija, su querida hija, y haciéndome participar del gran amor que á mi pobre madre tenía. Ya veis, amigo mio, cuán íntimamente ligadas con mi historia están esas rosas blancas. ¿Cómo no amarlas? ¡Son mis hermanas! ¡Son para mí la imágen de mi buena madre!

Concluyo, diciéndoos, que la signora Giulia, ántes de morir, me rogó consintiese en unir mi suerte á la del noble y distinguido anciano cuyo nombre llevo. Aquel bueno y generoso Barberini, á quien amaba yo desde mis primeros años como á un padre, y que era íntimo amigo, de mi madre adoptiva, me dijo al recibirme de manos de la signora Giulia:

« Hija mia y no más que mi hija; estad tranquila, nada temais, poco tiempo me queda ya de vida, y mal que le pese á mi sobrino, vuestra y sola vuestra, será toda mi fortuna. » « Hé aquí, amigo mio, » agregó Nina con sonrisa melancólica, « la historia de mi humilde nacimiento y el orígen de mi rango presente, ya veis, como la suerte que presidió á mi nacimiento, sigue siempre formando á mi alrededor el

mismo círculo de aislamiento que en la cuna me recibió. Héme de nuevo huérfana, viuda y sola. »

« Basta ya de soledad, alma de mi alma, » exclamó don Nuño, echándose á los piés de su amada. « Vuestro es mi corazon, tomad mi vida; ¿acaso no sois vos el astro refulgente, que con sus rayos disipó para siempre las tinieblas de mi alma? ¿Acaso no os pertenece ya? Nina, amor mio, este amor obra sólo de vuestros divinos encantos, fuente pura y cristalina, que en medio de la aridez de una vida estéril y descolorida, el cielo pone en mi camino, mujer, ángel, ¿qué puedo hacer por tí? Dilo, dilo, Nina; y aunque me pidas la muerte; hoy que empiezo recien á vivir, luz de mis ojos, me verás ciegamente obedecerte; habla, Nina, ¿qué exiges de mí? »

« Que me ames, » respondió la hechicera Nina, rodeando su cuello con los brazos é imprimiendo un amoroso beso en su morena frente.

Pocos momentos despues, los enamorados amantes visitaron á la luz de la pálida luna, el lugar donde estaba ántes la casucha de los pescadores. Allí, en recuerdo de su madre, Nina habia hecho levantar una pequeña capilla, en donde se veia dentro de un nicho á la misma Madonna de las Rosas, que habia pertenecido á la buena Marta. Los amantes oraron juntos á los piés de la Madonna, pidiéndole protegiera su amor, y Nina dejó como siempre el ramillete de rosas, que esta vez, su amado le ayudó á recoger.

Don Nuño, al salir de la capilla, alumbrada siempre por una lamparita que ardia en honor de la Madonna, y que al mismo tiempo servia de faro á los pescadores, que le llamaban *la luce santa,* sintió oprimírsele el corazon. Ya fuese el recuerdo de la melancólica historia de María Rosa, ó el efecto de la luz pálida y amortiguada de una luna espirante, los jóvenes volvieron silenciosos y melancólicos á la villa.

¿ Sería acaso un presentimiento ? ¡ El corazon de los que aman, tiene extrañas intuiciones !

Al dia siguiente, volvieron á Nápoles. Don Nuño habló con Pietro en presencia de Nina, y el buen Pietro derramó gruesas lágrimas, cuando el enamorado Español le dijo, con tono respetuoso y conmovido: « Buen Pietro, me concedeis la mano de vuestra hija Nina ? »

Pietro abrazó á Nina, y con la voz embargada por el llanto, contestó: « Hacedla dichosa, caballero, su madre os mira desde el Cielo ! »

CAPÍTULO XIII.

Bien pronto se exparció por la ciudad, la nueva del casamiento de la altiva Nina Barberini, con el noble y cumplido don Nuño de Lara, primer gentilhombre de cámara, capitan de la guardia de Palacio y para quien el Condestable acababa de pedir al rey, el título de conde de Cerignola.

Todo Nápoles, hablaba de las fiestas, que, á no dudarse, en honor de los esposos daria el Condestable, que decian ser el padrino y el viejo duque Palmarosa, el cual, al verse fuera de combate, habia renunciado *cristianamente* á la mano de Nina, y no la llamaba sino su *cara fanciulla.*

Sandoval siempre el mismo, se complacia malignamente burlando al descontento Castañar, y á tantos otros, de los que componian la numerosa falanje, de desahuciados adoradores de la hermosa.

Entretanto, los amantes, léjos de las agitaciones del mundo, no vivian sino el uno para el otro. Don Nuño, visitaba todos los dias á Nina en su palacio. Daban frecuentes paseos por la bahía, acompañados

siempre de Pietro, que muy pronto se apasionó del bravo capitan, á quien llamaba su hijo. Sandoval no consintió jamas en acompañarles, á pesar de las instancias de ambos amantes, diciéndoles: « Pese á mí, si me divierto lo más mínimo en vuestra compañía. »

El palacio Barberini, siendo el que debian habitar los esposos, estaba entregado á los pintores y artesanos, de todo jénero que prometian dejarlo listo en el término de un mes, habiéndose reservado Nina tan sólo dos pequeñas habitaciones en el fondo del jardin. Allí recibia á su Nuño, allí hablaban de de sus proyectos, de sus dulces ilusiones, que dentro de poco dejarian de serlo, tornándose en dulce y halagüeña realidad. Nina, con esa gracia inefable que ella sola poseía, enseñaba á don Nuño el italiano, que éste apénas entendia. Leian juntos sus poetas favoritos, el Dante y el Petrarca, alegres y serenos, si bien el enamorado Nuño se quejaba de continuo, de lo poco que adelantaban los trabajadores; amenazando á Nina con robársela y llevarla á su casita de soltero si no acababan éstos, pasado el mes.

Y no se crea que nuestros amantes, poseidos tan sólo de la dicha, olvidaban ingratos á Lucia, ni á su buena madre. Nina derramó lágrimas al relato de la triste historia, de los desgraciados amores de Miranda, y sabedora del cariño con que los pobres

aldeanos adoptaron á Lucia, escribió una carta á la buena Mariana, en los términos más afectuosos.

Prometiendo don Nuño á su novia llevarla á visitar esa España, que ella ansiaba tanto conocer, luego que hubiese trascurrido un mes de su casamiento, « Lucia, » decia Nina, « será mi hija, yo le serviré de madre; huérfana como yo y desgraciada, Nuño mio, haremos para con ella las veces de Providencia! »

Dichosos y muy dichosos amantes, quién pudiera jamas imaginar, que el infortunio, semejante al ave de rapiña, que espia su presa tras las vistosas y lozanas flores, se ocultara bajo las engañosas y falsas apariencias de una dicha que concluir tan rápidamente debia! Maldito patrimonio de desdichas que alcanza á todos los humanos! ¡Ay! del que fia imprudente en una hora de tregua!

CAPÍTULO XIV.

Pulvis et umbra sumus.

HORACIO.

Apénas una semana falta ya, para que Nina y Nuño cambien el transitorio nombre de amantes, por el duradero y sagrado nombre de esposos. Los trabajos del palacio tocan á su fin. Nina, que ve llegar el tan deseado instante, siente, sin embargo, esa vaga melancolía, que se insinúa en el corazon, cuando prontos á cambiar un presente dichoso, por ese porvenir envuelto siempre en las densas nubes de la duda y que la esperanza nos señala, revistiendo sus más preciosos colores, echamos una mirada pesarosa á ese ayer tranquilo y ya pasado, que nos abrirá las puertas de un mañana, que trae consigo ilusiones, esperanzas y tambien dudas. Don Nuño, presa de esa inquietud, que se aumenta más y más á medida que nos acercamos al logro de nuestras más caras esperanzas, se queja de la lentitud de las horas, duerme apénas.

El tiempo que ántes, al lado de Nina, pasaba tan

rápido, parécele cada dia más lento y tardio en su pasar. No goza ya en el presente; ingrato y descontentadizo, desdeña el bien que posee por el que tarda en llegar. Terrible condicion del hombre! Siempre anhelando dichas sin fin, y siempre destinado á ver que la esperanza, en tanto que nos halaga y nos promete, conserva sólo su brillo y esplendor!

Es de noche, los amantes están en el belvedere del jardin; mucho rato hace que callan. « Amigo mio, » dice de improviso Nina, « hacedme el gusto de abrir esa ventana, siento un extraño calor, el aire está muy sofocante, me laten las sienes. » Don Nuño, acercándose, responde cariñosamente: « Vida mia, ven apóyate en mi brazo, el aire del jardin disipará tu malestar. » Despues de dar una pequeña vuelta, Nina agrega con melancolía. « Perdóname, mi querido Nuño que te prive de tu Nina, por esta noche; me siento muy abatida, creo que necesito reposo. » Condújola don Nuño, hasta su habitacion, y allí, despues de estrecharla más de una vez contra su corazon, dejóla entregada al cuidado de su fiel Gina, prometiendo venir el dia siguiente, muy temprano.

Cuando á la mañana siguiente, don Nuño se presentó en el palacio, más temprano que de costumbre, deseoso de saber el estado de la que amaba, halló al doctor Saccone, médico amigo de Nina, que salia de sus habitaciones. El doctor, que estaba al corriente del próximo enlace y que era además un

excelente hombre, le dijo, viendo la inquietud que se pintaba en el rostro del jóven: « Tranquilizaos, signore, Nina tiene fiebre, pero no creo que esto retarde vuestra próxima boda; sin embargo, todo depende de vos, la he recomendado tranquilidad y el más absoluto silencio; así, es necesario que hoy os priveis ambos de la dicha de veros; á mas de eso he prevenido muy especialmente á Gina, y no sólo á Gina, de cuyo corazon sensible desconfio, sino á Pietro, que por más que hagais, no cederá, tratándose de la salud de su querida Nina. Con que, mi capitan ó mejor dicho, *signor conte,* venid conmigo, que lo que es por hoy, habeis de contentaros sólo con hablar de ella.

En vano insistió don Nuño; el doctor Saccone, con una tenacidad verdaderamente profesional, se lo llevó consigo, á pesar del mohino y descortés silencio, en que el jóven se encerró.

Imaginad vosotros, los que habeis amado con todo el calor de un alma ardiente, qué sería del pobre don Nuño, cuando al cabo de tres dias mortales, hallára siempre cerradas para él las puertas de las habitaciones de Nina. Ruegos de todas clases, nada, ni aún las amenazas más extrañas y disparatadas, lograron ablandar al inflexible Pietro, el cual, viendo la agitacion y demencia del infeliz amante, le decia tan sólo, con voz templada y triste: « ¿ Quereis matarla? El médico no responde de su vida, sino á cambio de que no os vea. »

« ¡ Por Dios, Pietro ! mi buen Pietro, » insistia don Nuño, « dejadme tan sólo que la vea de léjos ; dejadme que vele su sueño, no la hablaré, me contentaré con enviarle millones de besos. ¡ Ah, Pietro, si supiéseis ! En nombre de María Rosa, en nombre de ese amor ! »

« ¡ Oh ! callad, callad, don Nuño, no invoqueis tan terribles recuerdos ; desechad esa idea. Mala influencia, evocais amigo mio ; Dios se apiade de nosotros. »

Todo fué en vano, don Nuño no se movia ya del palacio ; pasábase los dias, entónces verdaderamente siglos, recorriendo los vastos y suntuosos salones, prontos para una dicha, que parecia ya tan remota á su corazon lacerado. Sandoval acompañaba á su amigo, siempre que su servicio se lo permitia, logrando, gracias á la elasticidad de su bello carácter y buenas prendas, que don Nuño tomase algun reposo y no se abandonara enteramente á la desesperacion.

El doctor, á quien durante los ocho dias que duraba la enfermedad de Nina, don Nuño no vió sino dos veces, le dijo una noche, que insistia como siempre, por quedarse en el palacio :

« Tengo encargo especial de la signora Nina, que estará dentro de poco completamente restablecida, de pediros cuideis de vuestra salud y que os vayais esta noche á casa á dormir, lo más tranquilamente posible; justamente aquí viene vuestro amigo

Sandoval, lleváoslo signor Enrico, y no lo dejeis hasta verle en su cama, como que tiene calentura. Vaya, vaya, don Nuño, tomaos una buena taza de agua de yerba del monte y guardaos del aire. »

Á pesar de la promesa que don Nuño hizo á Sandoval, de quedarse en cama, todo el dia siguiente, hasta que acabado su servicio, él viniese para acompañarle al palacio Barberini, y á pesar del agudo dolor de cabeza que sentia, se fué muy temprano, á saber, si era llegado al fin el momento, de concluir con tanta angustia.

Halló á Pietro sentado cerca de la entrada del belvedere, con la cabeza entre las manos, sin reparar siquiera, en la presencia de don Nuño, que le decia sorprendido, viéndole léjos del sitio en que acostumbraba á impedirle el paso: « ¿ Cómo es eso, Pietro ? ¿ Quiere decir que ya no os oponeis á que pase adelante, decidme ? » Pietro, enseñándole un semblante alterado por las lágrimas, le respondió, poniéndose de pié: « No, don Nuño, hoy tampoco la vereis, pero seguidme. » Hízole entrar, le convidó á que se sentara frente á la estátua de Diana, y entregándole allí una carta, le dijo con acento conmovido: « ¡ Valor, amigo, valor ! »

El infeliz don Nuño, presintiendo que aquella serie de sufrimientos, tocaba ya á una crísis, más dolorosa quizá, miró á Pietro sin abrir la carta, y dijo, tratando de leer hasta el fondo de su alma: « ¡ Muerta ! »

« Para vos, » murmuró apénas Pietro, enseñándole la carta, « leed, » y lo dejó solo frente á la estátua.

Don Nuño creia soñar. Aquel *para vos,* que al mismo tiempo que abria honda huella en su corazon, lo libraba de la horrible aprension de la muerte, produjo en su alma un extraño miraje. Huyó de su memoria el presente, olvidó sus temores, sus angustias. Solo, ante aquella imágen tan bella, de la que amaba, rodeado de los mismos objetos que vió el primer dia, en que Nina se reveló á su corazon, como la estrella misteriosa que debia guiarle en el sendero de la vida, se creyó de nuevo trasportado á aquel dia, el más bello de su vida. Feliz y más dichoso que nunca, allá en su mente, aparecieron por un raro fenómeno, esos infinitos goces purísimos, que al lado de su amada gustara, confundiéndose dichas pasadas y goces soñados. Fijos los ojos en la imágen, que con sólo la magia de su semejanza, levantara en su mente aquel tumulto de fantásticas visiones, don Nuño en pocos momentos vió como en un cristal, reflejados hasta sus más íntimos ensueños de amante. Parécele, sin embargo, de improviso, que de los apagados ojos de la estátua, sale una luz, que comunicándosele, lo abrasa lentamente, haciéndole sufrir agudos dolores. Huyeron ya las gratas visiones, el blanco mármol se torna en blanco sudario, la inmovilidad de la estátua, en rigidez de

muerte. Cierra los ojos Nuño; vago terror se apodera de su alma, estremécese su cuerpo devorado por la fiebre, y la realidad, más cruel que nunca, se presenta á su memoria en su más completa desnudez. Abre la carta; era de Nina; la sangre toda refluye á su corazon; ¡pobre Nuño! Aún entónces, la esperanza brilla á lo léjos para él, cual fuego fátuo sobre una tumba amada.

Hé aquí el contenido de aquella carta, que debia herir de un golpe y para siempre, su esperanza.

«Nuño mio: En nombre de tu amor, de ese amor que tantas veces me pintaste grande y generoso como tu alma. En nombre de esas horas felices y serenas, por mi mal y el tuyo, bien lejanas ya. En nombre de esos encantos, que fueron tu delicia y son hoy mi más cruel tormento. En nombre de la cruda pena que desgarra mi alma, perdona, Nuño, la fatal sentencia que impongo á nuestro amor.

Ya no nos encontraremos nunca, aquí en la tierra. Nunca más tus ojos tan bellos, tan amantes, volverán á fijarse en los mios, apagados y sin brillo, para leer en mi alma y beber en la fuente de mi amor sin tasa. Pasaron para siempre y sin remedio, las ilusiones suaves y doradas, que nuestros corazones soñaron realizar! ¡Ay! ¡Nuño mio! quién creyera en aquella noche, la última, que confiado y amante me estrechaste contra tu pecho, que debiera ser siempre mi refugio; el horizonte de mi vida, el círculo

amoroso de tus brazos; que yo misma, con dureza sin igual, é inhumano rigor, te apartara para siempre de mí! ¡Para siempre! Comprendes, Nuño, que pueda haber pronunciado tal palabra, latiendo aún mi corazon, más enamorado que nunca y presa aún el alma de la magia de aquellos dulces ensueños, que fueron nuestra vida por tantos dias? Pasaron, ¡alma de mi alma! pasaron, y en su vuelo, arrebataron crueles la flor de mi hermosura. ¡Triste de mí! que apénas soy la sombra de mí misma, marchitas y sin color, las galas con que ufana, á tus enamorados ojos me mostraba; perdí para no recobrarlos jamas, aquellos encantos, que empezaron á serlo para mí el dia que los ví reflejados en tus ojos. Apénas queda ya de tu bella Nina, una imágen borrada y sin color.

Ántes la muerte, ántes sufra yo mil vidas consumidas en el destierro de un claustro frio, léjos para siempre de tí, que eres la vida de mi vida . . . . ¡Oh! no, jamas; cómo pudiera yo resistir al primer golpe de tus ojos, al posarse frios y sin amor en aquel rostro en que ántes la juventud y la belleza, se disputaban el imperio de tu corazon. El negro velo de la muerte, hubiera marchitado ménos las rosas de mi tez, que no lo hizo la inclemente y torpe huella de la peste. Adios para siempre, Nuño. Tronché muy en mi daño tu esperanza, válgame mi propia pena en tan duro trance. ¿Comprendes, cuánto hay

de terrible en imponerte un sacrificio, que va más allá que las fuerzas humanas? ¿Perdí acaso la vida del corazon, el fuego del amor? ¡Oh! basta, basta! Nuño, llora, llora mi triste suerte. Mira ese frio mármol, contempla la inmóvil rigidez de esa figura sin vida; he ahí tan sólo lo que resta en el mundo de la que fué ántes tan bella, tan amada. No sufras Nuño, no te agites, calma la tempestad del alma, si puedes, Nuño mio: aquel amor fué sueño; aquella imágen, peregrina ilusion que pasó. Cuando en las horas solitarias de tu existencia desheredada, vuelvas tus miradas á esos dias, que fueron los únicos de vida para tu corazon, alza los tristes ojos al cielo y allí verás reflejada la imágen que guardas en tu pecho. Nina no existe ya, lo qué queda de mí, el soplo efímero que alimenta aún mi cuerpo desfigurado, va á confundirse con la nota lastimera, que envian las almas desgarradas aquí abajo, al trono del Eterno. Adios otra vez, mi dulce amigo, único amor de mi corazon. ¡Cómo pensar que aquella rosa blanca que tanto amé, fuera el símbolo fatal de mi viudez! Pobre corazon mio, cuán desgarrado y sin fuerzas va á ampararse del maternal cariño de la Madonna. Nina y María Rosa son ya una misma, la fatalidad confundió nuestras almas. Vuelvo á la esencia que me dió vida; nací de la amargura y hoy la apuro en todo su rigor. Basta ya. Espero aún en las puertas del infierno, confio en tu corazon que

es todo mio, y sé me conservarás hasta el gran dia, en que libres nuestras almas, vuelen al cielo de Francesca y de Paolo. Vuélvete á España, no abrigues la falsa esperanza de volver á verme jamas. Mal que mi alma se destroce al sentir mi dolor y el tuyo, adios, perdóname. »

Cuando el infeliz don Nuño hubo leido la triste despedida, de la cruel, cuanto desventurada amante, halló á su lado á Pietro, contemplando su dolor en silencio. Herido tambien por la inflexible Nina, que no consintió en llevarle consigo al monasterio, donde aquella misma mañana, se habia ligado al altar con votos perpétuos.

Don Nuño, con la razon extraviada por el dolor, exclamó amargamente: « Su madre me la ha arrebatado, Aldobrandini, es él, tiemble el pérfido al furor de mi brazo. ¡Venganza! ¡Venganza! » El desgraciado amante, convulso y fuera de sí, cayó sin sentido en brazos de Pietro.

Un mes pasó el infeliz don Nuño entre la vida y la muerte; el golpe que le hiriera tan certero en el corazon, á no ser por la natural robustez de su cuerpo avezado á las fatigas, le hubiera causado la muerte; pero la fatalidad le reservaba aún sus más amargos frutos.

Cuando el brillante y afamado capitan de Lara, futuro conde de Cerignola, se presentó en el palacio del Condestable, pidiendo una licencia especial para

retirarse á España, nadie reconoció en el decrépito y abatido Nuño, al dichoso y envidiado amante de la seductora Barberini. El sufrimiento físico encorbó su cuerpo y apagó el brillo de sus ojos; la muerte de su más cara esperanza, inclinó su frente y encaneció sus cabellos. ¡Pobre don Nuño! Objeto de envidia no ha poco, ¿quién al verle tan cambiado y abatido, no sintiera amarga pena, contemplando los estragos que hizo el dolor en él? ¿Quién no vertiera lágrimas por la perdida dicha de aquellos desgraciados amantes? ¿Quién no temblara por el bien que alcanzó y el bien que espera?

Don Nuño se embarcó para España, acompañado de su fiel amigo, que no lo abandonara un instante despues de su terrible desgracia. Don Enrique, fiel á la noble mision que su corazon le imponia, acompañó á su amigo hasta el navío Isabel, que debia conducirle á Cádiz. La despedida de estos buenos amigos, á quienes la fortuna preparaba caminos muy opuestos, fué triste y silenciosa. Don Nuño, cuya alma herida de muerte no era susceptible ya de emocion alguna, estrechó contra su corazon, hecho cenizas, al entusiasta y ardiente Sandoval, rico de porvenir y de esperanza.

Muy pronto y para no volver jamas, ante sus ojos, confundiéronse en el horizonte lejano, los últimos rastros de la coqueta Nápoles, ciudad de palacios y jardines, de cielo azul y trasparente, cuna de amor

y poesía, centro de dichas y contento, donde la lujosa y opulenta luz del sol, que tan mal se aviene con los que sufren, parece, con su influencia de vida, alejar para siempre el infortunio de su bello suelo. Nápoles, más hermosa y engalanada que nunca, insensible al duelo de aquel corazon destrozado, que cual ave herida, que al nido materno se acoge, se dirigia al suelo de la patria; se ocultó para siempre á sus ojos anublados por el llanto, sin que la más ligera nube velase compasiva el despiadado brillo del sol radiante.

CAPÍTULO XV.

Non ebur, neque aureum
Mea renudet in domo lacunar.

HORACIO.

Diez años han pasado, desde el dia en que dejamos á don Nuño de Lara á bordo del navío Isabel, en direccion á España, su tierra natal. Durante el trascurso de este tiempo, las cosas han cambiado de faz completamente. El rey Fernando acaba de morir. El año de 1516 empieza apénas, y ya con la muerte del rey Católico, se preparan para la España, esa serie de trastornos y luchas internas, que expusieron más de una vez la corona del futuro emperador Cárlos V.

El cardenal Jimenez, hombre de un carácter singular, dotado de una rara energía, á la par que poseia una inteligencia poco comun y vastos conocimientos, es nombrado regente, y contiene con la más grande habilidad, las exageradas y crecientes pretensiones de la nobleza castellana. Este eminente hombre de

Estado, presenta un raro ejemplo en la historia, de la más grande habilidad y energía, unidas á una vida austera y religiosa, exenta de toda ambicion personal. Sin embargo, el cardenal Jimenez en los últimos dias de su vida, experimenta la ingratitud de aquel monarca, por quien sacrifica sus más caras aspiraciones al estudio y á la vida retirada. Y en cambio de los bienes inmensos, que á la España y muy principalmente á su rey hiciera, obtiene tan sólo abandono y desagradecimiento, que le causan la muerte. Pero no fué este solo hombre verdaderamente superior, el único que alcanzó males por servicios prestados: la ingratitud que parece inherente á los que mandan, sumió tambien en el olvido al Gran Capitan Gonzalo de Córdova. Poco tiempo ántes de morir el Católico Fernando, con brutal dureza, intimóle dejase á Nápoles, quitándole el mando de aquel reino, en donde el esfuerzo de su brazo alcanzó á las huestes españolas tan espléndidos triunfos. Tambien aquel noble guerrero, despues de prestar á su patria señalados servicios, murió solo, en desgracia, olvidado de todos aquellos á quienes durante los largos años, eclipsó con su gloria.

Terrible ley de la naturaleza: todo nace á la vida, y cuando parece que la fuerza y juventud que nos alimentan, deben prolongarse indefinidamente, el más leve soplo abate nuestras fuerzas y convierte muy luego en polvo nuestro vigor.

Don Nuño de Lara, tan desgraciado un dia, ha recobrado un tanto, sin embargo, las fuerzas del espíritu. Su corazon sensible y tierno, templado nuevamente al calor de suaves afectos, si bien no se levanta ya, brioso y ardiente cual un tiempo fuera, cede á lo ménos, dócil y cariñoso, al impulso que le imprime un amor enteramente nuevo.

Existia á mediados del año de 1516, en Murcia, una modesta casita de aspecto triste, y poco risueño, como lo eran en general las casas españolas en aquella época; su fachada negrusca y desairada, adornada tan sólo con una serie de ventanas pequeñas, á guisa de troneras, dábanle más bien aspecto de jaula que de casa; nada de artístico, ni de gracioso, presenta exteriormente. Penetremos en su interior, merced á nuestra hada protectora. Es de noche, es decir, empieza apénas la noche, pues poco ha, tocaban todavía la oracion, las campanas de la iglesia vecina de Nuestra Señora del Cármen. En un cuarto, á que ahora llamaríamos sala, pero que entónces, si bien servia para el mismo uso que actualmente hacemos de ella, prestaba á las gentes que vivian modestamente, más servicios que no lo hacen al presente nuestras raquíticas salas del siglo XIX.

Arde en el vasto hogar, un alegre fuego de sarmientos, al rededor del cual están sentados, una mujer ya entrada en años, con una rueca en la mano, hilando pausadamente un copo de algodon, tan blanco

como sus cabellos, y un hombre, á quien, si se atiende á lo marchito y descarnado de su rostro, podria dársele hasta sesenta años, á pesar de que sus ojos negros y brillantes, parecen demostrar que aquella vejez es prematura. Á poca distancia del fuego, cerca de una mesa, sobre la cual hay un mal candil, que si no fuera por la asistencia que le presta el fuego de los sarmientos, que ostentan una llama azulada y vivísima, podria creerse, más sirve para alumbrar las tinieblas, que para disiparlas, se ve una niña que demuestra apénas entrar en la juventud. Su figura no presenta nada de notable, por que es pequeña y delgada, más de lo que generalmente lo son las jóvenes españolas á los trece años. De color trigueño y rostro ovalado, sostiene su cabeza con una de sus manos, cuyo brazo se apoya en la mesa.

Sus cabellos negros y lustrosos brillan por intérvalos, al reflejo dudoso é interrumpido del candil. Con los ojos bajos, y fija la mirada en un gran libro, forrado de pergamino, que absorbe completamente su atencion, parece no reparar en la escasez de la luz; como si sus rasgados y negros ojos no necesitaran de mayor luz para ver, que el rayo luminoso que exhala su alma temprana y reflexiva.

« Oye, hija mia, » dijo de repente la mujer anciana, dirigiéndose á la niña, « no parece sino que te has empeñado en gastar tus hermosos ojos, leyendo

todo el santo dia; pase de dia, ¿pero y de noche? »

« Jesus me valga; Lucia, hija mia, bien decia yo, ¿no adviertes que el candil se apaga? no se diria sino que, ¡válgame Dios! este fray Pablo, es quien tiene la culpa. » Lucía, al oir aquel torrente de palabras, se levantó sin replicar, tomó el candil de sobre la mesa, desapareció con él por una pequeña puerta que habia en un lado, y volvió en breve á continuar su lectura, con el candil un tanto más brillante.

La vieja Mariana, dirigiéndose entónces al hombre que tenía en frente, el cual, absorvido en sus pensamientos, seguia distraido las caprichosas evoluciones de la llama, agregó impaciente: « Llamadla vos, señor don Nuño, ya veis cuán poco caso hace de su vieja madre. »

Don Nuño, pues no era otro, pasó la mano por la frente, como para disipar un pensamiento importuno, y dirigiéndose en seguida á la atenta Lucia, que ocupada exclusivamente de su lectura, no reparaba el mal humor de Mariana, le dijo cariñosamente: « Ven, Lucia; ¿no ves que Mariana está celosa de tu libro? Ven, hija mia, ¿qué no me oyes? »

La jóven, levantándose como á pesar suyo, se acercó á don Nuño, y con voz suave pronunció estas palabras: « Me llamásteis, padre? » « Sí, hija mia, » respondió don Nuño, « pero mejor dicho no soy yo, sino vuestra madre, quien . . . . ¡Mirad! ¡Pobre Mariana! llora, y por causa vuestra. »

Viendo Lucia que la pobre vieja se esforzaba por secar sus lágrimas, con el copo de algodon que tenía en las faldas, vino cariñosamente á echarse de rodillas frente á la anciana, diciéndole con ternura al mismo tiempo que la rodeaba con los brazos: « Madrecita mia, ¿por qué lloras? ¿Qué tienes, por qué te aflijes así? » Mariana guardó silencio, contestando don Nuño por ella: « Si hubieses atendido á lo que te estoy diciendo, picarilla, sabrias que tu madrecita tiene celos de ese libro, que lees con tanta atencion, y que de buena gana ella arrojaria al fuego. » « ¡Jesus me valga! » exclamó Lucia, echando una mirada protectora á su libro querido. « ¿Qué diria entónces fray Pablo? » « Diria lo que gustara, » interrumpió Mariana, llorando, « pero yo no puedo consentir, en que todo un bendito padre franciscano, en vez de dirigir tus pensamientos á las cosas santas de nuestra religion, te traiga ese libro hereje, perdiendo así su alma y la tuya; sobre qué causa de ese maldito libro, ya no haces caso de mí, y que . . .» « Madre, madre, » exclamó la sensible Lucia, llorando tambien, « ¡yo no hacer caso de vos, que recogísteis á la pobre huérfana y me cuidásteis como hija vuestra! ¡Ah! ¡Qué habeis dicho!» y la jóven deshecha en lágrimas, se abrazó de Mariana.

En ese mismo instante se presentó en la puerta de la habitacion que daba á la calle, un religioso con hábito de San Francisco, el cual, con tono varonil y

acento suave, que contrastaba con el timbre robusto de su voz, dijo:

« El Señor sea con vosotros, amigos mios. » Despues de lo cual, vino tranquilamente á sentarse, en un sillon vacío, que frente al hogar habia y que parecia estar allí con ese solo objeto, vista la facilidad, con que el buen religioso, sin decir aquí estoy, ni pedir permiso, se acomodara en él, como quien sigue una costumbre de mucho tiempo. Y por cierto, acertara quien tal suposicion hiciera, pues hacia ya muy cerca de ocho años que aquel sillon prestaba su modesto servicio al infaltable fray Pablo.

La llegada tan oportuna del religioso, puso término á la penosa escena, cuya causa, él tan inadvertidamente produjera. Cuando algunos momentos despues de haberse sentado, fray Pablo, que habitualmente esperaba á que la tia Mariana rompiese el silencio, haciéndole una serie de preguntas indiferentes sobre los acontecimientos del dia, á que él pacíficamente respondia y siempre dándole noticias, para ella de suma importancia, acerca de los bautismos y casamientos habidos y por haber, que á él, en su calidad de cura de aquella parroquia incumbian. Viendo el buen religioso, que Mariana hilaba silenciosamente y que nadie parecia notar su llegada, se decidió, contra su costumbre, á ser el primero en hablar.

« Mi buena Mariana, » dijo, « ¿qué mala yerba

habeis pisado hoy, que ni siquiera reparais, estoy aquí, deseando deciros las grandes novedades que ocurren? » Sin interrumpir su tarea, Mariana, respondió secamente: « Guardadlas para vos, padre mio, yo no peco por curiosidad. »

Viendo entónces fray Pablo, como hombre entendido, que aquella calma encubria una próxima tempestad, se volvió á don Nuño, que seguia siempre distraido, agregando: « He recibido cartas de mi hermana, y tengo que pediros un consejo. ¿Pero, qué es de Lucia? » agregó luego, notando que la jóven no estaba en la habitacion, donde se reunia todas las noches, la pequeña familia.

« Lucia, » respondió Mariana, « está en su habitacion, ¡pobre niña! al Cielo pongo por testigo, que muy á pesar mio la he regañado. » « Cómo, » dijo fray Pablo alarmado, « ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible que mi querida discípula haya dado motivo para que la riñais? Esplicadme, don Nuño. »

Mariana, sin esperar á que don Nuño hablase, replicó: « Sí, fray Pablo, vuestra discípula, ó mejor dicho, vuestro diabólico libro, hace que Lucia me haya perdido todo el cariño que de niña me tenía, cuando á todo, preferia las bellas historias del rey moro, que yo le contaba. Bien me parecia, cuando os empeñábais tanto en enseñarle á leer, que más daño que provecho, sacaria ella de esa enseñanza. Como si una mujer necesitara de leer para ser buena

y honrada y como si ella hubiese jamas de decir misa. ¡Ah! fray Pablo, bien me lo decia el corazon, ya no piensa sino en ese maldito libro, y ni come ni duerme; y lo que es más, con sus ojos tan bellos y . . . . ¡válgame Dios! habrá de quedarse ciega. » Y la buena mujer tornó de nuevo á llorar.

Fray Pablo, que viera en ese momento á Lucia asomar la cabeza por la puerta entreabierta, llamóla con la mano, diciéndole: « Ven acá, hija mia, pide perdon á tu madrecita. » « Perdóname, Mariana, » agregó en seguida, « haya alejado involuntariamente de tí, á tu hija querida; pero ya que me hablas de la bella historia de ese famoso rey moro, creo que me perdonarás más fácilmente, cuando Lucia nuestra hija, ¿no es verdad que tambien me concedeis á mí, su viejo padrino, el derecho de quererla como á tal? te lea todos los dias esas bellas historias, en que tambien hay reyes moros y nobles castellanos, que habrán de ser muy de tu agrado. ¿Acaso la viuda del valiente Pablo mi tocayo, que de Dios goce, podrá no interesarse por los heróicos hechos del bravo Cid Campeador? Ven, Lucia, que Mariana te promete escuchar la lectura de tus romances favoritos. »

Mariana, á quien ya conocemos, exaltada y violenta, pero al propio tiempo razonable y dócil, una vez pasado su primer ímpetu, consintió gustosa en la lectura de los romances, diciendo: « Que me place de

esa manera, pues así, picarilla, al mismo tiempo que piensas en el famoso libro, habrás por fuerza de pensar en la madre vieja, que te escucha; dáme un abrazo, y vos, fray Pablo, contadnos al punto esas novedades, ó mejor dicho, habladnos de esa carta de vuestra hermana. ¿Se halla siempre en Búrgos? Y su hijo á la fecha debe ser todo un moceton, como que habrá de contar muy cerca de quince-años, ¡Jesus me valga! y como quien dice, nacido de ayer. »

Fray Pablo, aprovechando la interrupcion de Mariana, contestó: « Precisamente, la carta de mi hermana es casi toda referente á ese truhan de mi sobrino, á quien dais quince años, siendo así, que acaba de cumplir diez y nueve. Su madre de buena gana haria de él un fraile como yo; pero por los tiempos que corren, no es eso tan fácil, como lo fuera en los bellos dias, de nuestra amada soberana, la Católica Isabel. Que entónces los nobles, se disputaban, á la par que las glorias ganadas en los campos de batalla, el derecho de vestir el santo hábito de nuestras órdenes religiosas, siendo así, que de una manera ó de otra, seguros estaban de complacer á nuestra santa y heróica reina; pero ahora, amigos mios, la nobleza desenfrenada, no se cura ya de tan santas como nobles aspiraciones; unos y otros conspiran á cual mejor por dividir el reino, con tal que en la lucha, logren alcanzar la mayor parte. Y esto bien entendido, en desdoro de las atribuciones y prerogativas

de la Corona, hollando, osados, los preceptos más caros, que fueron ley de sus antepasados.

« Todo va mal en esta pobre España, don Nuño, los hombres de ahora, en nada se asemejan á vosotros, los que acompañásteis á los santos reyes en las jornadas de Toro y de Granada. Mi sobrino Sebastian, ¡pobre muchacho! que, como sabeis, tiene á quien salir en lo belicoso y bullanguero, y sino, que lo diga mi pobre hermana, viuda desde los veinte y cinco años. El caso es, que como en Búrgos y Valladolid es donde la insurreccion de los nobles ha estallado con mayor fuerza, mi buena hermana teme, y con sobrada razon, que su hijo, deslumbrado por las famosas promesas y patrañas de todo género, con que los amotinados tratan de disculpar su rebelion á su rey, ó mejor diré al regente; se plegue á los nobles y pierda al hijo como perdió al esposo. ¡Pobre hermana! quiere que yo me encargue de la direccion de su hijo y que le aconseje y amoneste, para que se decida por el tosco sayal, en vez de la brillante cota. Mucho temo, que con la sangre de Hurtado, que por sus venas corre, unida á los diez y nueve que tan sólo cuenta, y las influencias, que á no dudarlo, habrán dirigido sus pensamientos á más brillantes aspiraciones, no haga yo nunca de mi sobrino un fraile. »

« Pero, y en ese caso, qué pensais responder á la pobre madre? » preguntó Mariana.

« Ese es justamente, » replicó fray Pablo, « el consejo que venía á pediros. »

Don Nuño le contestó estas palabras: « Creo, amigo mio, ya que deseais saber mi manera de pensar, sobre el particular, que negaros á tomar con vos á vuestro sobrino, fuera por parte vuestra, grande imprudencia, atendido á lo grave de las circunstancias: pues mucho temo, que si aún no ha tomado parte en la contienda, no resista por largo tiempo á tan tentadora influencia, ese jóven, hijo de soldado. Llamadle á vuestro lado: ¿qué perdeis? si no haceis de él un fraile, no faltará, querido fray Pablo, quien por él y por vos, haga de ese bravo mozo un soldado, fiel á su rey y señor. Gracias á Dios, aún sé cómo se maneja una lanza y se sujeta un potro. »

« Bien dicho, don Nuño, » exclamó fray Pablo, « acepto, y pese á todos los novios de la parroquia, mañana mismo me pongo en marcha para Valladolid con tan fausta nueva: bien sabia yo que no os quedarias lerdo, para dar un buen consejo. »

« Ya lo creo, » interrumpió Mariana, « como que habla poco y bien. Pobre señora ¡qué gusto que va á tener! y podeis asegurarle fray Pablo, que su hijo tendrá en mí una madre, y que cuidaré de su ropa y le daré mi tisana si enferma; y tú, Lucia, lo querrás como á un hermano, por cierto; ¡oh! qué felices vamos á ser: ¡Pobre madre! Vaya, fray Pablo, que daria algo bueno por veros ya en marcha. »

« Voy á complaceros al punto, mi buena Mariana, » repuso éste, « voíme á hacer mis aprestos para mañana; descuidad, que yo tambien rabio por llevar á mi buena Justa, tan buena noticia. Hasta mañana, pues: el Señor sea con vosotros. » « Amen, » respondió Mariana; Lucia besó la mano á fray Pablo y le acompañó hasta la puerta.

CAPÍTULO XVI.

Partió fray Pablo de madrugada; don Nuño, que conservaba la costumbre de madrugar, desde el tiempo en que era soldado, fué el único habitante de la casa, de quien se despidió el buen fraile; prometiéndole estar de vuelta, ántes de quince dias, atendida la gran distancia que tenía que andar.

Es tiempo ya de decir, que don Nuño vivia en Murcia, casi desde el momento que llegó á España. Aunque nacido en Valencia, nada tenía en aquella ciudad que le atrajese especialmente, ántes por el contrario, fuera para él, motivo de grande pesar, saber que su hermano mayor, habia vendido casi todas las propiedades que allí poseia la familia de Lara, desde lejanos tiempos. Vivia modestamente con la poca renta que tenía, proveniente de una pequeña hacienda, que obtuviera por la muerte de su tio, que le instituyó heredero de su escasa fortuna. La casita que hemos conocido, en el anterior capítulo, pertenecia á la parroquia y fray Pablo, mediante un módico alquiler, se la habia cedido.

La fatalidad, que parecia haber sido madrina del desamparado Lara, hizo, que la desgracia en que cayera el Condestable don Gonzalo, su protector y amigo, poco tiempo despues de su partida de Nápoles, le impidiera llevar á efecto, los generosos proyectos que éste en su favor habia hecho, pues ni áun siquiera obtuvo aquel título de conde de Cerignola, que para él al rey pidiera, y que tan merecido lo tenía.

Ya hemos visto, aquella pequeña familia, que bien podemos llamarle tal, pues Mariana amaba á don Nuño, como á un hermano, y en cuanto á él, ¿cómo pudiera ser indiferente, á los cuidados tan asíduos de aquella buena mujer, que á pesar de su natural inquieto é investigador, se habia abstenido siempre, con prudente reserva, de hacer la más pequeña alusion á un pasado, que tanta amargura dejó en su corazon?

Aquella tosca é inculta naturaleza, con ese instinto delicado, que poseen casi todas las mujeres, y que ha hecho que un escritor sensato y profundo, diga que entre ellas *forman el corazon del género humano,* sintió un interes profundo por las desdichas de don Nuño, que sólo se revelaba en su infatigable celo por servirle y serle útil, en todos los momentos.

En cuanto á Lucia, la vida de la casa, el lazo que unió aquellas dos almas, hermanas por la delicadeza en el sentir y en el amar, queria á su padre adoptivo con un cariño intenso, pero reservado y poco expansivo. Don Nuño, con los ojos siempre apagados y

distraidos, silencioso y poco comunicativo, si bien supo con su delicada y dulce condescendencia, hacerse querer de la anciana rústica é inculta, como de la tierna niña, inspiró á ambas, esa reserva solícita y tierna, que encubre generalmente el cariño de los que quieren con espontaneidad y abandono, á aquellos, que parecen haber agotado ya, en sí mismos las fuerzas afectivas del corazon.

Lucia, desde la edad de ocho años, tuvo la suerte de que fray Pablo viniese á Murcia, el cual le cobrara muy luego grande afecto, interesándose especialmente por su educacion y contribuyendo en poco tiempo, gracias á las buenas disposiciones de su discípula, á darle una cultura por lo general poco comun, en las mujeres del siglo XVI, pues la infeliz huerfanilla, á no ser por aquel buen anciano, no hubiera jamas alcanzado mayor grado de conocimientos, que á saber las letanías en latin y á remendar un jubon, con la maestría con que lo hacia la buena Mariana, excelente criatura; pero para quien, como ya hemos visto, áun la misma lectura era un lujo de conocimientos, superior á su comprension. Extraño por demas, es observar, cómo en las inteligencias más escasas y ménos cultivadas, suele hallarse las más veces una delicada sensibilidad y tacto de corazon, si puede así decirse, á la par que vemos con frecuencia, cometer las más torpes y crueles durezas, á los más aventajados en ideas y en cultura. ¡Compensacion

muy equitativa y racional, es ésta: luz en el corazon, que alumbra las tinieblas del espíritu!

La noche en que fray Pablo, faltaba, despues de tanto tiempo y por vez primera, á su tertulia habitual, hallábanse Mariana y don Nuño ocupando sus sitios acostumbrados. No habia más diferencia, sino que Lucia sentada en el sillon del ausente fray Pablo y con su libro en las manos, leia á la atenta Mariana y al distraido don Nuño, sin fatigar demasiado sus bellos ojos, gracias á la buena luz que el candil daba aquella noche, pues habia sido preparado con especial cuidado por Mariana, que impaciente esperaba, la lectura de aquellos encantadores romances, segun Lucia le aseguraba.

Al cabo de una media hora de lectura, durante la cual, Mariana más de una vez interrumpió á la jóven lectora, ya para rogarle leyese de nuevo algun pasaje, que le agradara especialmente, ya para aprobar ó desaprobar la conducta de alguno de los personajes, miéntras que don Nuño por el contrario, guardaba absoluta reserva. Mariana, ardiendo en deseos de charlar á su gusto, pidió á Lucia, dejara para la noche siguiente, la continuacion de aquella historia, que empezaba de una manera tan interesante, exclamando en seguida la buena mujer: «¡Qué guapo jóven debió ser ese Rodrigo! ¡Qué corazon de oro! Mira que aquello de resistir aquel tremendo apreton de manos sin pestañear, miéntras que sus hermanos...

tengo para mí, que los tales hermanos . . . . . y siendo mayores que él. . . . . ¡Vaya, vaya! y mira que traerse aquella cabeza cortada, desde tanta distancia! ¡Jesus me valga! no fuera yo capaz de tal hazaña, ni por todo el oro, que diz que en esa famosa India, se halla en más abundancia, que aquí la *yerba loca!* Deja el libro, hija mia, no fatigues más la vista. »

Lucia cerró su libro; y volviéndose á don Nuño, le dijo con su acento tan suave: « ¿Y vos, padre? Acaso no habeis prestado atencion á mi lectura, aunque bien, que para vos, tales hazañas, no deberán ser tan portentosas, como para mi buena madre, que como sabeis, no peca por animosa? »

« Te engañas, hija mia, » replicó don Nuño, « presté sobrada atencion á tus romances, que á nadie más que á un soldado, interesan, las heróicas proezas de ese gran Cid Campeador! »

« Entónces, padre mio, bien pudiérais decirnos, como entendido en la materia, cómo es que aquel jóven de pocos años, pudo tan felizmente vencer al terrible conde de Lozano, pues me parece que nada pueden los esfuerzos de un jóven débil y de poca edad, contra la maestría y robustez de un aguerrido soldado. »

« Cierto es, hija mia, » repuso el de Lara, « que mal puede compararse el astuto y feroz milano al inocente y tímido palomo; pero advierte, mi buena Lucia, que Dios protege siempre las causas justas y dobla con su poder divino, las fuerzas de los que

combaten por la justicia y la verdad, convirtiendo de esa manera al humilde, en instrumento de su justa cólera, para abatir al orgulloso. »

« ¿Y cómo pudiera ser de otra manera? » interrumpió Mariana, « ¿acaso podríamos los débiles y pobres, sin su especial proteccion y amparo, oponernos á los caprichos y antojos de los fuertes, de los poderosos, de los que mandan sin ley ni valla, y que de buena gana nos convertirian, si á ello alcanzase su maldito poder, en bueyes para arrastrar sus carros ó en mulas para conducir sus cargas? ¡Vaya que no faltaba otra cosa! »

« Madre, » replicó Lucia, riendo, « ya veo que no sólo á mí, trastorna la cabeza el libro de fray Pablo, ¿de dónde habeis sacado tan extravagante ocurrencia, vos siempre tan justa y bondadosa? ¿Acaso podemos quejarnos sin injusticia, de la bondad de nuestros amigos y vecinos? Sin ir muy léjos, recordad, como, aquella amable señora, hace pocos dias, encontrándonos en la calle, fuera con nosotros tan afectuosa, tan amable, invitándonos á su casa y. . . . »

« Calla, calla, Lucia; gracias á tus lindos ojos, gracias á . . . . pese á mí, si jamas pones los piés, en esa cueva de víboras. Tú eres pobre, hija mia, y como á tal, no te convienen tan altas relaciones. Como que olvidé decirlo á fray Pablo . . . . »

« Está bien, madrecita, » repuso Lucia, « díjelo tan sólo por cálmar vuestro encono; en cuanto á mí,

soy aquí tan feliz con vosotros y con mi querido libro, ¿verdad que no debo ser ingrata con Rodrigo ni Jimena? Padre, ¡qué os parece esa pobre Jimena, tan desgraciada, sola en el mundo, cómo, sin embargo, pasa del infortunio más grande á la más completa dicha! Cuán cierto es, que la felicidad nos espera siempre cariñosa, para calmar nuestros males. Ved como Jimena, tan infeliz un dia, es luego y para siempre venturosa; no hay duda, padre mio, más deben ser los felices, que los desgraciados. Cuántos motivos tenemos de bendecir á la Santísima María, Madre nuestra, que vela tan asidua por nosotros! »

« Lucia, hija mia querida, » replicó don Nuño, « Dios te conserve siempre tan dulces ilusiones. Atiende, sin embargo, que aún no has dado fin á la historia de Jimena y de Rodrigo; no tardarás mucho, en ver de nuevo aparecer á la desgracia, como compañera inseparable del hombre. »

« Pero, padre, » exclamó la imprudente y confiada doncella, « ¿qué puede ser la desgracia, ni qué puede contra los que se aman y juran vivir juntos, los unos para los otros? ¿Acaso hay una dicha comparable á la de estar siempre con los que amamos? ¡Ay! para mí nada hay que prefiera á mi madrecita y á vos, mi padre querido, y tambien á mi padrino. Pobre fray Pablo, ¡en dónde estará á estas horas, echando de ménos su sillon y el calor del hogar! »

Cuando Lucia acabó de decir estas palabras,

notaron que don Nuño habia salido de improviso de la habitacion.

« ¿Qué es de mi padre? » preguntó la cariñosa niña á Mariana. « Salir tan repentinamente y sin responderme siquiera, ¿creis que se habrá enfadado? ¡Pero si yo nada dije que no sea la pura verdad! Con este frio y sin su capa, voy á llamarle. » Y se levantó apresurada.

« Siéntate, hija mia y escucha, » le dijo Mariana. « Sin saberlo, inocentemente, has causado más daño á don Nuño, de lo que alcanzas tú misma á imaginar; no ha podido resistir á las crueles palabras, con que desgarrabas su corazon. Tú, mi Lucia, no sabes, cuán desgraciado es ese pobre don Nuño. Quiero, hoy que veo estás ya en estado de comprenderme, sepas cuánto me ha referido fray Pablo, respecto á su terrible desgracia. » Mariana contó á Lucia la historia de aquellos desgraciados amores, agregando, que poco tiempo despues de su llegada á España, habia recibido don Nuño una carta, cuya letra no conocia, en la que se le anunciaba, que pronto recibiria la suma de tres mil ducados, que la abadesa del convento de la Madonna del Amparo, ofrecia en dote á su hija adoptiva Lucia Miranda. Agregando, que jamas se habia presentado nadie, que diese noticias de semejante dinero, lo que les hacia creer, habria sido robado, por la persona encargada de entregarlo.

Con creciente emocion escuchó Lucia la triste

historia de Nina; y enjugando las lágrimas, que de sus ojos brotaban, exclamó con acento conmovido: «¡Torpe de mí, que lastimé aquel corazon tan lacerado! Padre mio, cómo imaginar, que aquella tristeza y reserva continuas, fuesen causadas por la amargura de su vida pasada. ¿Y Nina? tan bella, tan dichosa. Pero no comprendo, madre, tan orgullosa como cruel resolucion; porque ya no era hermosa, destruir de un modo tan feroz, la esperanza de un corazon como el de mi pobre padre. No puedo suponer, ni por un instante, madre mia, que si por un accidente, semejante al de la desgraciada Nina, tu Lucia, que está bien léjos de ser hermosa como ella, perdiese las pocas galas, con que la adorna su juventud, tú, mi madre querida, dejaras por eso de quererme como me quieres, y de ser siempre mi apoyo y mi consuelo? »

« ¡Ah! Lucia, Dios nos libre de tan funesta desgracia, hija del alma, ven que te abrace, tú, tan bella, tan seductora. María Santísima nos mire con ojos de piedad. ¡Ah! hija mia, comparas mi cariño de madre, con el amor de los hombres. Bendita seas, inocente tórtola mia. »

El siguiente dia, cuando Lucia fué, como de costumbre tenía, á presentar su frente á don Nuño, para que le diese el beso de todas las mañanas, dejábase ver aún en su abatido semblante, que el corazon habia pasado por una de esas crueles exacerbaciones que sufren los que llevan en sí un doloroso recuerdo.

La jóven, despues que á su vez besó la mano de su padre adoptivo, le dijo: « ¿Quereis, padre mio, que os acompañe en vuestro paseo, hoy que el dia es tan hermoso? »

Consintió gustoso don Nuño, y ambos salieron con direccion á una pequeña hacienda, que á cosa de un cuarto de legua de la ciudad habia. Era aquella propiedad, de unas buenas gentes, que querian mucho á Lucia, y le llevaban todas las semanas, huevos, pichones y frutas de la estacion.

Así que los muchachos, tres robustos campesinos, hijos de la tia Paca, vieron venir de léjos á la jóven, apoyada en el brazo de don Nuño, empezaron á dar gritos de alegría, alborotando con su algazara á un enjambre de aves domésticas, que se paseaban tranquilamente por delante de la casa.

A los gritos de los muchachos, acudió la tia Paca, con una criatura que pareció ser de pocos dias de nacida, y saliendo al encuentro de los visitantes, dijo á uno de sus hijos: « Pronto, Juanito, una silla para la señorita. Venir desde tan léjos, ¡qué bondad! »

Lucia, sin atender á Juanito, que al punto sacó dos sillas cojas, ni á Miguel, que la saludaba con un mal gorro azul agujereado, que daba vueltas para todos lados, ni á Periquillo, el menor, que le tironeaba la manga del vestido para llamar su atencion, ni á las caricias del buen Fiel, que se deshacia en ahullidos y saltos, se llegó corriendo á la tia Paca, diciéndole:

« ¿Qué es lo que tienes ahí, Paca, ¿á ver, á ver? »

La tia Paca, poniéndole en brazos la criaturita, contestó: « ¿Que no veis, señorita? Es vuestra ahijada, es otra Lucia, que me ha nacido hace ocho dias, y me preparaba para llevárosla mañana, así que mi marido concluyera un trabajo muy urgente, que le han encomendado. »

Loca la doncella de contenta, miraba con delicia la criatura, que iba á ser su ahijada, diciendo á los muchachos que no cesaban de importunarla: « ¡Callad, chicuelos, no veis que vais á despertar á mi ahijadita! ¡Ah, qué hermosa es! Ved, padre mio, qué buena idea tuvísteis en venir hasta aquí. ¡Cuando madre lo sepa, qué alegría!

Los muchachos, dándose por desairados, echaron á correr hácia el campo, haciendo grande algazara con sus gritos de ¡viva la madrina!

Cuando hubieron almorzado, se despidieron de la tia Paca, prometiéndole, así que volviese fray Pablo, fijar el dia del bautismo.

En cuanto al padrino, Paca pidió á don Nuño acompañase á Lucia. Pero éste respondió, que aún no era necesario, ocuparse de tal cosa, visto que contaban ya con tan guapa madrina; y que esperarian á fray Pablo, para la conclusion de tan importante asunto.

Cuando de vuelta á casa, contó Lucia á Mariana lo ocurrido, la buena mujer, encantada de que á su querida hija, hubiera sido encomendada tan

importante mision, y deseosa además, de que hiciese á su ahijadita algunos presentes, para el dia del bautismo, comenzó á rebuscar en una vieja arca de nogal, en donde estaban enterradas, desde mucho tiempo atras, las galas, que vistiera el dia de su casamiento; y que desde la muerte del buen Pablo, yacian allí casi olvidadas, no habiéndose jamas atrevido á ponerlas á Lucia, á quien ella consideraba, como muy superior, á tan modestos atavíos. No porque la hermosa jóven, vistiese encajes y sedas, puesto que la escasez de su fortuna, no se lo permitia, sino por la circunstancia, de ser ya usadas.

Del vestido y zagalejo, cortó Mariana, una especie de capa ó albornoz, que debia servir para el famoso dia del bautismo; en seguida, de las vueltas y sobrepuestos, de la casaquilla ó basquiña, compuso un birrete y cuello muy complicados. Lucia, afanada por arreglar el ajuar para su hija, como ya graciosamente llamaba á la criatura, le ayudaba á coser y arreglar lo mejor posible, tan inconexas como extrañas galas. Y tanto en la ropa interior, para la chica, como en redecilla de cuentas rojas, con que la jóven madrina, pensaba tejer un tocado para la comadre; y en los gorros, que por fuerza, debia regalar á los muchachos, sin contar con el justillo, obra exclusivamente de Mariana, con que debia engalanarse el compadre, se pasó una semana tan ocupada, que ni siquiera tuvieron tiempo, para seguir la historia de

Rodrigo y de Jimena. De noche, atareadas madre é hija á cual más, pasaban la velada cosiendo y charlando, interrogando de continuo, al pacífico don Nuño, sobre el corte del birrete y el color ó ajuste, de tal ó cual pieza.

Entretanto, acercábase el dia, en que fray Pablo prometió volver; y á medida que el ajuar se concluia, la impaciente Lucia, deploraba más y más, la tardanza del buen fraile. Por fin, una mañana y cuando ménos lo esperaban, se presentó á la puerta de la casa, el tan deseado fray Pablo, sobre su mula alazana, seguido de un jóven, que montaba un hermoso caballo andaluz.

Así que aquél vió á Mariana y á Lucia, que de vuelta de misa, entraban en casa, gritóles: «¡Eh! ¡Sea Mariana! ¡Señorita Lucia, aquí me teneis ya de vuelta! Os presento á mi sobrino, don Sebastian de Hurtado.»

Madre é hija, saludaron cariñosamente á fray Pablo, que por nada quiso bajarse de su mula, pretestando que, como la pobre venía muy cansada, iba él mismo á llevarla á la cuadra y que se verian como siempre, despues de oraciones.

CAPÍTULO XVII.

Qué descansada vida,
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sábios, que en el mundo han sido.

F. LUIS DE LEON.

Hasta ahora, tan sólo conocemos de fray Pablo, la bondad y dulzura habitual de su carácter, tan manso como igual; necesario es, sin embargo, mostrarle por todas sus faces, puesto que, la que aún queda por conocer, pudiera bien ser para algunos, la más interesante. Fray Pablo, de quien poco sabemos respecto á su familia ó á sus antecedentes, pues él siempre que á ese respecto se le interroga, contesta que se llama fray Pablo á secas, ó si gustan, mejor, fray Pablo de la Órden del reverendo Padre San Francisco; desde que entró al convento de Oviedo como lego, que segun su misma relacion, fuera á los diez y ocho años, se aficionó apasionadamente del estudio de los idiomas muertos. Por fortuna

del jóven lego, habia en el convento, por aquella época un fraile Ambrosio, ya muy entrado en años, el cual era mirado allí, con la más alta consideracion y respeto, pues además, de que sus vastos conocimientos hacian ya de él un sabio distinguido, su acrisolada virtud, le colocaba en el rango de un santo.

Quiso la buena suerte de Pablo, que fray Ambrosio, descubriese en él grande aplicacion al estudio y singular deseo de instruirse, tomándole desde entónces, bajo su especial direccion y haciéndole en poco tiempo, partícipe, de los muchos conocimientos, que él mismo poseia. Distinguióse especialmente, en el estudio del griego y del hebreo, pudiendo al cabo de muy poco tiempo, leer á libro abierto, á Xenofonte y á Tucídides.

Gracias á la marcada proteccion, que fray Ambrosio le dispensaba, Pablo no dejó de atraerse algunas enemistades en el convento, enemistades que, durante la vida de su maestro, se revelaron tan sólo por una que otra pulla, sobre su loca aficion, al estudio de libros prófanos *é non santos;* pero sin que ésto, en nada alterase, ni la contraccion del maestro, ni la aficion del discípulo.

Gracias al conocimiento de aquellos idiomas, penetró en los más ricos tesoros de la literatura griega. Su alma temprana, se impregnó con el perfume de la filosofía de Sócrates y de Platon, confundiéndose

de tal manera en su espíritu, ese tinte eminentemente espiritualista, de las doctrinas de aquellos filósofos, con los divinos preceptos del hijo de María, que más de una vez, se halló el entusiasta fray Pablo á punto de decir una tremenda heregía, que tal hubiéranles parecido, á sus reverendos hermanos, las místicas y espiritualistas teorías, que vagaban en la cabeza de Pablo y que hacian de él, un perfecto modelo de virtudes evangélicas.

Fray Ambrosio, en los últimos tiempos, y cuando se hallaba ya cercano su fin, obtuvo, gracias á su valimiento, un permiso especial, para que su querido discípulo, saliese del convento y pudiese desempeñar en Murcia, las funciones de cura.

«Pablo, hijo mio,» le dijo el santo varon, «tú amas el estudio y sé que habrás de serle siempre fiel, en cualquier lugar en que te halles; pero no te engañes, hijo; el convento no te conviene. Á qué encerrarte para siempre, en este oscuro calabozo, en donde te verás perseguido sin tregua, por los envidiosos y émulos de todas categorías; no lo creas; muerto yo, que soy aquí el único que aprecio los tesoros de tu alma, estarás expuesto á todo. Ese estudio, tan grato á tu espíritu y á tu corazon, lo verás interrumpido, contrariado, de todas maneras, por aquellos que, no siendo capaces de comprenderlo, desdeñan el respetarlo. La tranquilidad no la hallarás aquí, no, Pablo; no te alucines y juzgues por lo que por mí pasa,

hoy que me ves ya próximo al sepulcro. Tú tienes aún muchos años, que esperar y sufrir, para alcanzar estas consideraciones, que ves prodigar, al que un dia fuera llamado, al tribunal de la inquisicion, delatado torpemente, por sus mismos hermanos. Huye, Pablo, hijo mio, de la engañosa paz de estos *sepulcros blanqueados,* aprovecha sin temor de la licencia que obtuve para tí; anda, hijo mio; cumple la santa y modesta mision de cura de aldea, acércate á los que sufren, á los pobres de espíritu; consuela, instruye; da luz á los que teniendo ojos no ven. Desempeña la mision de representante del Altísimo, como debes y puedes hacerlo tú, hijo mio, tan puro de cuerpo y de alma. Continúa deleitándote santamente, con el espectáculo de las grandes obras del hombre; difunde dulcemente y con arreglo á la fuerza de cada uno, ese alimento, ese pan del espíritu; recuerda siempre, mi querido hijo, á tu viejo maestro, cuando en las horas de descanso, te entregues al estudio de nuestro Homero y de nuestro Sófocles. ¡Vé, cumple cuanto te he encomendado y confia, que nos reuniremos de nuevo, allá arriba!»

Pocas horas despues de esta conversacion, espiró fray Ambrosio, en brazos de su discípulo amado.

Fray Pablo, obediente á sus mandatos, partió despues del entierro, no sin derramar lágrimas, al separarse de aquel lugar, en donde habia encontrado tan valioso protector y amigo. Escusado es decir, que

todos los habitantes del convento, le vieron marcharse, con la más completa satisfaccion.

Desde entónces, hallábase de cura, de la modesta parroquia, de nuestra Señora del Cármen, amado de todos y respetado como un santo; reuniendo en sí mismo cualidades, que pocas veces van juntas: la más austera virtud y la instruccion más completa, unidas á la sencillez y bondad de corazon, conjunto elevado y santo, que debe caracterizar, al sacerdote evangélico.

CAPÍTULO XVIII.

Todo me es permitido,
mas no todo me es conveniente.

SAN PABLO á los CORINTIOS.

Cuando fray Pablo se presentó en casa de su hermana, en busca de su sobrino, halló á la buena señora muy afligida, pues aquel mismo dia, su hijo acababa de anunciarle formalmente, hallarse muy poco dispuesto á vestir el santo hábito y de como siendo hijo de soldado, creia, que lo que mejor sentaba al nombre de Hurtado, fuera la profesion de las armas.

La madre, oyendo tal declaracion, en momentos tan terribles, pidió á su hijo, con las lágrimas en los ojos, esperase la venida de su tio.

No se hizo mucho esperar el buen tio, porque era tanta la agitacion que lo consumia, por llegar á tiempo, que el pobre viejo, anduvo aquella gran distancia, en el tiempo que hubiese empleado, el más apuesto jóven, de la corte del gran Cárlos V.

Rogó fray Pablo á su hermana le dejase, ante todo,

hablar á solas con Sebastian, á quien hacia más de ocho años no veia, deseando juzgar por sí mismo, las prendas de su sobrino, que segun el dicho de su madre, no era sino una cabeza loca, y alborotada, de la cual, nada bueno podia esperarse.

Sebastian, no conocia á fray Pablo y tenía, como casi todos los jóvenes de su época, gran respeto por los hombres de iglesia, si bien aquel respeto, se manifestaba acompañado de cierto tinte de despego y reserva, que no predisponia muy favorablemente al jóven, en favor de su tio, á quien, por otra parte, estaba acostumbrado á oir nombrar, con la más respetuosa admiracion, considerándole desde sus primeros años, como á un sér muy superior. Sin embargo, el jóven Sebastian, sin encogimiento ni falsa modestia, se proponia decirle la pura verdad. Y así fué, que, cuando aquél le interrogó dulcemente, sobre sus inclinaciones, respondió sin acortarse: « Tio, ya que me hablais con tanta bondad y deseais saber hasta mis ocultos pensamientos, voy á hablaros, con la franqueza, que mereceis. »

« Amo la libertad, quiero ser libre y no tener jamas que consultar á nadie, ni sobre mis acciones, ni sobre mis pensamientos. Detesto la hipocresía, que enseña á poner buena cara y á brindar nuestros servicios á aquellos que más aborrecemos! ¿Creis que con estas prendas, se pueda llegar á prior? »

« No, hijo mio, » le respondió sonriendo fray Pablo, « no serás fraile; continúa. »

« Aspiro á que el nombre de Hurtado, el nombre de mis mayores, alcance por mis propios méritos, el renombre y gloria, que no alcanzó por los esfuerzos de mi desgraciado padre. Quiero ser dueño absoluto de mis aspiraciones y que nadie tenga el derecho de oponerse á las inspiraciones de mi alma; quiero tener la libertad de hacer hoy lo que más me plazca, libre de no hacerlo mañana; y con vuestro permiso, tio, me agradan los libros de caballería y las amorosas trovas. De vez en cuando, me divierto en rimar, una que otra estrofa, miéntras me ocupo en dar lustre á la mohosa espada de mi padre. Ahora, decidme si creis, que con vuestra influencia, puedo obtener de mi madre, que me deje dueño de mí mismo; y yo respondo, en primer lugar, de mi agradecimiento y en segundo, del éxito de mi empresa, » y el ardiente jóven tendió su mano á fray Pablo, el cual, despues de estrechársela cordialmente, le dijo:

« Que me place, hijo mio; cuenta con mi apoyo; pero ante todo, veamos cómo podemos concertar nuestro plan.

« Amais la libertad, ¿y cómo no amarla? Es el don más precioso que nos hizo Dios, al poner en nosotros mismos, el poder de dirigirnos, segun nuestros propios sentimientos y aspiraciones. Pero cuidad,

hijo mio; que el hombre lleva en sí propio, el antagonismo á tan precioso don; hombres hay que por más libres, que quisieran aparecer, son por desgracia suya y mengua de la humanidad, viles esclavos y aduladores constantes de sus pasiones. No equivoquemos, hijo mio, si realmente deseamos ser libres, el desborde de nuestros apetitos y pasiones, con el santo poder de gobernarnos y encaminar nuestras acciones, á la justicia y á la verdad.

« Atended, Sebastian, una gran verdad que quiero revelaros; el hombre verdaderamente libre y poderoso, es aquel, que, dueño absoluto de sus sentimientos é instintos, los encamina y dirige al bien, como el fin y propósito, para que fueron depositados en su alma, por el Supremo Hacedor; y creedme, hijo mio, el más justo, es siempre el más libre.

« Esto, en cuanto al espíritu, pues para el logro de esas aspiraciones, que alientan al presente tu juvenil ardor, es necesario tambien, mi jóven amigo, tengais en cuenta de cuánta necesidad son para el guerrero ó el hombre de Estado, una serie de conocimientos y talentos, sin los cuales, fuera vana quimera imaginar, podriais jamas sobreponeros á los demas y alcanzar fama y honores. Me direis, que mucho se consigue en estos tiempos guerreros, con el esfuerzo de un brazo robusto y una voluntad firme; no os lo niego; pero quiero á mi vez, preguntaros, si es vuestro deseo, jóven é inteligente como sois, seguir

la sangrienta huella, que en pos de sí dejaron, esa serie de notables y afamados *matadores,* cuyos nombres son el espanto y horror de las edades, ó si aspirais al renombre y fama, que adquirieron en la historia, un Antonino, un Marco Aurelio. »

« Padre mio, » repuso el jóven con turbado acento, « necesario me es confesaros, mal que me pese, que hasta este momento creyera, que un jóven como yo, que se siente animado de tan noble entusiasmo y santas aspiraciones, con sólo lanzarse al mundo, con el fuego de su alma ardiente, con el corazon jóven y sin doblez y además de eso, el prestigio inevitable de un nombre intachable, pese á todos los bribones y traficantes de la tierra, seguro estaba de alcanzar glorias y fama; pero vos, padre mio, me hablais de estudios y conocimientos, que estoy léjos de poseer, á no ser que ponga en cuenta de tales, el mal latin que medio sé y uno que otro texto de los Santos Padres, aprendidos de mala gana, y olvidados de mejor. Ya veis, mi querido tio, que en cuanto á estudios, estoy en el A B C; como que á deciros verdad, ese reverendo don Angel, á quien mi buena madre, encargó especialmente la tarea de instruirme, es el modelo más completo de estupidez y vulgaridad, á quien á pesar de sus decantadas virtudes y cuarteles, aborrezco con todas las veras de mi alma. »

« ¿Y qué os parece, amigo mio, » preguntó fray

Pablo, con acento paternal, « la idea de veniros conmigo á Murcia, durante estas revueltas, que me pesaria aprobáseis, pues el primer deber de un noble y de un noble castellano, es sostener con todo el esfuerzo de su espíritu y de su brazo, los sagrados derechos del trono, que sus padres juraron respetar y mantener? Vuestra madre, Sebastian, que os ama entrañablemente, me ha pedido os lleve conmigo, con la idea de que os convierta. No os alarmeis, hijo mio, léjos de mí, la idea de atraer al seno de la Iglesia un mal sacerdote, que mal pudiera ser otra cosa, quien, como vos, se siente inspirado por tan opuestos móviles. Justo es, sin embargo, complacer á vuestra madre, á quien tanto debeis; y el modo de contentaros á ambos, hélo aquí. Venios conmigo á Murcia; no se hable más de hábito: basta ya de afliccion. Yo trataré, en el tiempo que esteis conmigo, de hacer de manera, que en breve adquirais, los suficientes conocimientos, para que podais libremente aspirar al puesto á que os dan derecho vuestros antecedentes y vuestras aspiraciones. Seguidme, quiero explicar á mi pobre hermana, cuanto hemos convenido, contando ya con vuestra aprobacion. Nada temais, conozco muy íntimamente á un viejo soldado, de aquellos que asistieron á la toma de Granada, y á bien que aquella fué una famosa jornada; éste me ha ofrecido, en el caso que consintiéseis en seguirme, poner á vuestra disposicion, el

vasto arsenal de talentos militares, que posee. Es un bizarro soldado, con quien habeis de simpatizar de fijo, á pesar de su aire un tanto grave y reservado. »

Respondió Sebastian, abrazando á fray Pablo: « Sois el rey de los tios; acepto gustoso vuestra hospitalidad; me constituyo ya en vuestro discípulo; y con vuestro permiso, aprovecharé las ofertas de ese bravo . . . . »

« Don Nuño de Lara, hijo mio, noble como vos. »

« Que me place; todo sale á medida de mi deseo; vamos á sacar de apuros á mi pobre madre. » Y el tio y el sobrino, salieron en busca de la afligida dama.

Aquella misma tarde, concertárase el viaje, quedando muy tranquila y satisfecha la madre.

La despedida fué ménos dolorosa, que en cualquiera otra circunstancia; la buena señora, estaba muy deseosa de ver á su hijo léjos de Valladolid, en donde las agitaciones eran cada dia más crecientes; y en cuanto al jóven, la idea del viaje y de ver caras nuevas, le tenía fuera de sí. Á pesar de que, al abrazar á su madre, se sintió conmovido y con marcado gesto de mal humor, limpió presuroso una lágrima, que asomó á sus ojos, pensando, sentaba mal en un hombre y sobre todo, en un guerrero, tal demostracion. Fray Pablo, á quien no se escaparon, ni las lágrimas del jóven, ni su mal humor, auguró favorablemente de aquel jóven corazon, tierno y fuerte.

Durante el camino, concibieron el uno por el otro, mayor inclinacion, que ambos ganaban, á medida que más íntimamente se conocian. Sebastian admiraba la inalterable bondad de aquel carácter, á la par que apreciaba, con ese tino especial de la juventud inteligente, los variados y amenos conocimientos del reverendo, dejando ver á su vez muy claramente, los tesoros de sensibilidad que poseia su alma, unidos á una fuerza de voluntad y sensatez, poco comunes en su edad.

Fray Pablo le aseguró, visto que se sentia inclinado al divino arte de la poesía, que merced al poco latin que ya sabia y al que no tardaria en adquirir, alcanzaria muy pronto á comprender, las bellezas infinitas del inmortal Virgilio, Horacio y demas escritores poéticos, que habian sido las fuentes puras, en que bebieron su inspiracion, los Garcilaso, los Menas y tantos otros felices imitadores de los poetas latinos, á quienes el jóven tenía especial apego. No se crea tampoco, que al hablar á Sebastian de sus proyectos de porvenir, olvidase á la sencilla Mariana, ni á la graciosa Lucia. ¡Cómo olvidar las más interesantes luces de aquel cuadro! ¡Cómo no recordar las amables ofertas de la una y el expresivo silencio de la otra!

Cuando se hallaban próximos á llegar, fray Pablo se dirigió á su jóven compañero y con tono amistoso le dijo: « Eh bien, camarada, puesto que vais ya á

dejar de serlo, para ser mi discípulo y siempre mi amigo, decidme, ¿en qué disposicion os hallais, respecto á las nuevas relaciones que vais á hacer, pues merced á mi charla, juzgo debísteis formar ya cabal opinion? ¿Qué pensais de la nueva familia? »

« Tio ó camarada, como gusteis, siempre sereis para mí, la imágen de lo bueno, de lo mejor; habeis de saber, aunque me tacheis de aturdido, que á ese don Nuño, le estimo ya con toda mi alma; que Mariana, es como si la conociera desde mi niñez y en cuanto á vuestra Lucia, espero será mi hermana querida y la amaré y la protejeré como á tal! »

El anciano, enternecido, nada respondió al entusiasta; pero éste comprendió que sus sentimientos eran aprobados, y como tal, se entregó á aquella lisonjera esperanza.

Qué hermoso espectáculo ofrece el corazon apasionado y amante del jóven, que, en alas de su fe y de su entusiasmo, se entrega confiado en brazos del sentimiento, y se afana y se apresura para estrechar la mano del amigo, cuyo semblante aún no viera y cuyo afecto, ya mide por la intensidad del propio. ¡Sublime confianza, bendita atraccion del corazon al corazon, del amor al amor, que sólo se encuentra en la juventud en toda su grandeza y sublimidad!

CAPÍTULO XIX.

Ah! que de verité
Dans un rayon d'amour!

HUGO.

Muy acertado anduvo don Nuño en el consejo que á fray Pablo diera, pues á todos fué provechosa y agradable, la venida de Sebastian.

Mariana, cobró desde luego al jóven, un cariño tan tierno, que segun sus expresiones, lo amaba como si fuera hermano propio de Lucia; teniendo don Nuño, á pesar de su natural reserva y esquivez, que convenir muy pronto con ella, en que Sebastian era verdaderamente modelo de jóvenes y muy especialmente, cuando comprendió, ser él la persona, á quien el recien llegado parecia esmerarse más en contentar. ¡Qué serie de preguntas! ¿Cómo se enjaeza un caballo, para el dia de pelea? ¿Qué arma es á la que debe darse la preferencia? ¿Quiénes fueron los que más se distinguieron en aquellas famosas campañas de Italia? ¡Felices de ellos, que alcanzaron tanta gloria, en tan corto tiempo! Viéseis cómo don

Nuño cambiaba de semblante y se entusiasmaba y parecia rejuvenecido, con el recuerdo de aquellos dias pasados. Cómo aquel corazon, muerto ya para las ilusiones, se sentia renacer al contacto de un corazon jóven y animoso. ¡Qué brios! ¡Qué vida! Mariana decia: « No parece sino que, este bello jóven, ha tenido el poder de resucitar á este nuevo Lázaro. »

¿Qué es de Lucia, entretanto? ¿Qué acogida ha hecho á Sebastian?

La bella Lucia, no fué la que ménos amiga se mostró con el recien llegado, que desde el primer momento acogió favorablemente sus tiernas ofertas.

« Hermosa mia, » le dijo Sebastian, tomándole las manos, « vuestro padrino, me habia dicho mucho en elogio vuestro; pero veo que sois un ángel. ¿Quereis llamarme hermano y amarme como á tal, si no os cuesta demasiado? Ruborizándose, Lucia le contestó: « Señor Sebastian, ó mejor, hermano mio, no gusto de cumplidos que no merezco, acepto vuestro cariño, seamos amigos. » Y la graciosa doncella presentó la frente á su nuevo hermano.

En poco tiempo, trabaron grande intimidad los dos jóvenes, poniendo Lucia al corriente á su nuevo amigo, de todas sus pequeñas confidencias. Hablóle de sus padres, á quienes no conociera, de los asíduos cuidados, que le prodigara Mariana, desde la infancia. Contóle la historia de los desgraciados amores de

don Nuño, sin echar en olvido á Jimena y á Rodrigo, descubriendo á su nuevo amigo en aquellas sencillas referencias, todos los tesoros de una alma virginal. La hermosa jóven, alabando las prendas del famoso Cid, se exaltaba al recuerdo de sus tempranas glorias. Y Sebastian exclamaba con singular ardor: « Por oir tales palabras de vuestra boca, dirigidas á mí, fuera yo capaz, hermana mia, de hacer el doble de lo que hizo ese Rodrigo, que tanto alabais. » Y el temerario mancebo, le pedia, le ordenase marchar al punto á conquistar tierras lejanas y á domeñar feroces enemigos. Pero ella, con inefable gracia, respondia: « Os ordeno, caballero, que os quedeis, y entretanto, no os encomiendo mayor tarea, estudieis vuestra leccion de latin y os apliqueis, para que podamos leer, gracias á ese latin, que no me parece amais con mucho entusiasmo, el libro que mi padrino dice ser tan superior á nuestros romances. »

« ¿Hablas de la Eneida, hermana? Por darte gusto, ya verás, muy pronto podré leerte algunos trozos, por cierto que si mi tio quisiera, nada más fácil con su ayuda, tú podrias . . . »

« No haré tal, » replicó Lucia, « estudia, aplícate, y en vez de irte con mi padre todas las tardes en esos fogosos caballos, á hacer esos ejercicios que me causan tanto miedo, bien pudieras adelantar en tus estudios. Pero no, como á todo preferis vosotros las armas, las lides. »

« Lucia, » interrumpió Sebastian, « ¿ cómo quieres que pueda ser afamado y poderoso como tu Cid, si no aprendo á tirar un rebote y á parar un corte ? ¿ Crees que con latines se derriban moros y se toman fortalezas ? Pero aquí viene don Nuño y Mariana ; tu madre parece muy contenta. » En efecto, Mariana apénas llegó cerca de Lucia, le dijo : « Mira, hija mia, qué feliz ocurrencia tiene don Nuño, quiere que Sebastian sea padrino de la criatura, en su lugar ; y dice que es mejor y más natural. Ya lo creo, madrina jóven y padrino, ¿ qué tal ? Como que pareceis ambos pintiparados el uno para el otro. »

« ¿ Y creis, madre, » respondió Lucia ,« que fray Pablo no se opondrá ? »

« De ninguna manera, » repuso Sebastian alegremente ; « estoy seguro de que mi tio lo tomará muy á bien. » « Gracias, amigo mio, » exclamó en seguida, dirigiéndose á don Nuño, « gracias, por cederme vuestro puesto, al lado de tan bella madrina ; sois mi mejor amigo, corro á prevenir á mi tio y á buscar algun presente para la ahijada. Supongo Mariana, me permitireis tambien, ofrezca á mi compañera algun obsequio, que me recuerde á su memoria. »

« Ciertamente, hijo mio ; es muy justo y acepto en nombre mio y de Lucia. »

No es necesario decir, que fray Pablo consintió de todo corazon, en la buena idea de don Nuño, y que

hizo cuanto pudo, para solemnizar aquel acto, por cuantos medios estuvieron á su alcance.

La fiesta, que tal fuera la ceremonia del bautismo, merece que le dediquemos un capítulo especial.

CAPÍTULO XX.

Cressâ ne careat pulcrâ dies notâ.

HORACIO.

Muy temprano, en la mañana de aquel dia, tan importante para la tia Paca, apareció ésta y su familia en casa de Mariana. El tio Colás, su marido, encargado del ceremonial y demas arreglos de la fiesta, venía cargado con canastos y atados de todos tamaños. Paca, traia á la jóven heroina de la fiesta, en brazos, y además en la mano que libre le quedaba, llevaba un gran envoltorio, en el cual venía su vestido de dia de fiesta, los zapatos, la manta y demas prendas para su traje de gala, con el cual debia cambiar la grosera saya de picote de todos los dias. Los muchachos, Periquillo, Miguel y su hermano, traian tambien sus muditas de ropa, muy envueltas y dobladas, en pañuelos de algodon pintado.

Así que Paca entró en la casa, empezó la faena, ocupándose desde luego Lucia en vestir á su ahijada las famosas galas; pero más era el tiempo que perdia

la madrina, admirando lo bien que la caian, que lo que adelantaba.

Entretanto, Mariana y la tia Paca, ayudaban á Colás, en compañía de los muchachos, á adornar el famoso carro, que debia, concluida la ceremonia de la iglesia, conducir á la madrina á la casa de Colás, en donde tendria lugar la colacion.

Cintas rojas, banderolas amarillas, flores del campo, ramas de adelfa, sauce y retamilla, eran los adornos que ostentaba orgulloso, en aquella solemnidad, el humilde carro de acarrear los granos y provisiones de todos los dias. Colás, con singular destreza, formó una especie de techumbre de ramas y flores, atadas y sujetas con lazos de colores, que daban al carro el aspecto de una gruta abierta, de variada vegetacion. El piso abundaba en hojas de naranjo y de romero, que exhalaban delicioso aroma. Una vez el vehículo pronto, lo que siempre tardó más de una hora, pues los muchachos charlaban más de lo que trabajaban, Paca y Mariana se ocuparon de sí mismas, no sin que ésta investigase ántes, con solicitud verdaderamente maternal, en qué podria ser útil á la bella madrina, á quien desde la víspera ella misma limpiara y arreglara prolijamente, desde la saya negra de sarga, hasta los pequeños zapatitos de color de pulga, que debia calzar en aquel dia.

Cuando Mariana pasó al cuarto de Lucia, encontróla ya peinada; sus cabellos negros y lustrosos,

arreglados en trenzas, por detras y por delante, hacian muy buen efecto. Las anchas trenzas de las sienes dibujaban perfectamente el gracioso óvalo de su rostro, y agregaban nuevo brillo, al que habitualmente poseian sus rasgados ojos. Mariana ayudó á su hija á vestirse y no la abandonó, para ocuparse de sí misma, hasta que vió prendida sobre su bella cabeza, el blanco velo flotante de blanquísimo linó, que la cubria de la cabeza á los piés y parecia envolverla como una nube. Muy bella estaba Lucia, con sus chispeantes ojos negros, su aire modesto y recogido, y esa sonrisa de contento que animaba su fisonomía, por lo general melancólica y reflexiva, dejando visibles por entre los frescos y rosados labios, los dientes más bellos de toda España.

« Cuida, hija mia, » dice Mariana, « no olvides ponerte el hermoso rosario de ébano y oro que te dió tu compañero. No, no lo lleves en la mano, así, al cuello. » Y la diligente madre, colgóle al cuello el rosario de ébano y oro, que Sebastian le habia dado la víspera.

Todo era agitacion y barahunda; los muchachos se disputaban en la cocina, las prendas más nuevecitas de su modesto ajuar; todos querian llamar la atencion y sobreponerse al orgulloso Miguelillo, á quien por fuerza tocaba ser el más guapo y engalanado, atendido á que él debia conducir el carro de la madrina. No poco costara al tio Colás, calmar

las desavenencias de los contendentes; pero lo que fué de un efecto magnífico, para contentarlos y hacerles olvidar su rencilla, fué la aparicion de Lucia, que con los birretes encarnados que para ellos habia hecho, puso fin á la contienda y cambió en alegría ruidosa y exagerada, el mal humor de los chicos.

Entretanto, la pequeña Lucia, dormia como un ángel sobre la cama de la jóven madrina, con su vestido nuevo y su gorra y zarandajas, sin cuidarse de sus galas, ni agitarse por mostrarlas.

Apénas se oyó el primer repique de campanas, cuando se presentó á la puerta Sebastian, en busca de la madrina, seguido de un numeroso cortejo de jóvenes de ambos sexos, vestidos de gala.

Mariana tomó en brazos la niña y rompió la marcha; luego venía Colas y su mujer con los muchachos, en seguida los jóvenes y niñas de todas edades, en graciosa confusion, formando grupo, y por último, Lucia y Sebastian, tomados de la mano, completaban aquella alegre y vistosa procesion.

Don Nuño, que debia preceder á los padrinos, segun lo habia dispuesto Colás, huyendo de mezclarse con aquellos alegres compañeros, se fué desde muy temprano á la iglesia, en donde el bizarro soldado, compañero del Gran Capitan, ayudó á fray Pablo á dar la última mano á la compostura del altar mayor. Por obsequio especial á tan distinguidos padrinos, debia celebrarse allí aquel sacramento.

El cortejo llegó á la iglesia; las campanas tocaban á todo vuelo; la pequeña capilla de Nuestra Señora del Cármen, merced al solícito cuidado de fray Pablo, iluminada á giorno, llena de flores y con sus imágenes adornadas con sus trajes de funcion, ofrecia lindísimo golpe de vista. Todos se arrodillaron en silencio, con excepcion de los padrinos, que subieron en compañía de Mariana, hasta las gradas del altar mayor. Lucia tomó en brazos á su ahijada. Fray Pablo, revestido con su más bello sobrepelliz, dió principio á la tocante ceremonia del bautismo, que debia sacar á la inocente criatura de las tinieblas del Limbo. Una nube de incienso, ocultó poco á poco aquel piadoso grupo, á los ojos de los devotos circunstantes; las sonoras y graves notas del órgano, que tocaba un hosanna, infundieron místico recogimiento en todos los corazones. En el momento en que, los padrinos, de rodillas, sostienen ambos con un brazo, á la criatura inocente, por la cual salen garantes, ofreciendo sus votos ante el Altísimo, miéntras que con la mano izquierda, toman un cirio ardiendo, como símbolo de purísima fé; Mariana, no pudiendo contenerse por más tiempo, soltando el llanto, exclamó: « Miradlos, Paca, miradlos; parecen dos desposados y vuestra hija un ángel, que une para siempre sus corazones. ¡Benditos sean por los siglos de los siglos! » « Amen, » respondió Paca, enternecida.

La ceremonia acabó; Mariana volvió á tomar á la

nueva catecúmena y la presentó á su padre. Colás la bendijo, diciendo: « Dios permita, que en todo seas como tu madre. »

Entretanto oíanse de la parte de afuera, los gritos de *vivan los padrinos.*

Condujo Sebastian á Lucia hasta la puerta de la iglesia, y allí, dejándola con las demas compañeras, fuése á repartir algunas monedas de cobre á los chicuelos, que gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: « ¡ Que vivan, que vivan los padrinos ! »

Lucia, Mariana, la tia Paca y dos vecinas más, amigas de Mariana, montaron en el engalanado carro, y las demas personas siguieron á pié, hasta la casita de Colás, en donde debia terminar aquel dia tan feliz, con la colacion.

El carro conducido por Miguelillo, lo tiraban dos mulas manchegas, propiedad del tio Colás, que tambien ostentaban profusion de cascabeles y cintarajos de todos colores.

Fray Pablo, don Nuño y Sebastian, escoltaban á pié el gracioso carro, en donde la bella madrina, con sus mejillas animadas por el más vivo encarnado, llevaba en brazos y con especial esmero, á su ahijadita, que con sus ojazos redondos, muy abiertos, parecia, como todos, admirar á tan fresca y galana madrina.

Una vez que llegaron á la hacienda de Colás, Paca y Mariana, sin el menor reparo y como es de

costumbre en la gente humilde, se despojaron de sus lujosos atavíos, para ocuparse de los aprestos culinarios; en tanto que los jóvenes, inventando juegos de sortija y de prendas, se divertian castamente, con las modestas jóvenes.

Llegó, por fin, el momento de sentarse á la mesa, que estaba colocada debajo de un emparrado. Las viandas, por no ser excesivamente delicadas, no dejaron por eso, de ser abundantes y bien sazonadas; como que la misma Mariana, fué quien asó el capon y preparó los pichones, sin olvidar los patos rellenos, de la tia Paca, ni el vino manchego, que no se escaseaba á nadie y que alegró más de una cabeza. Cuánta alegría y cordialidad! Hasta fray Pablo, hizo su brindis, en honor á los padrinos y á la nueva cristiana.

Llegó la noche, y todos los convidados, se volvieron á la ciudad alegres y satisfechos, prometiéndose recordar por luengos años, tan bella fiesta.

CAPÍTULO XXI.

Here s'a heart for every fate.

BYRON.

Todos los dias no lo son de fiesta; pues así como el solaz y reposo, son gratos al espíritu y al cuerpo, despues de las fatigas y tareas; así tambien, el hombre necesita del trabajo y del estudio, para mantener cumplidamente en sí mismo, el equilibrio de las fuerzas corporales, con las fuerzas espirituales.

Sebastian volvió á su latin, al estudio de la Historia, al cual muy especialmente, se esmeraba su maestro en dirigir su mente, como el mejor medio, de ensanchar las ideas y aleccionar el corazon, con el espectáculo incesante, de las perecederas glorias mortales, á las cuales los hombres de todas las edades han sacrificado todo, sin reparo ni tregua. Volviendo tambien á sus ejercicios ecuestres y lecciones de esgrima, siempre con el mismo teson y agrado, que desde el primer dia mostrara.

Lucia, tambien emprendió nuevamente las tareas, en que diariamente ayudaba á su buena madre, á

quien pedia siempre con filial amor, dejase á su encargo el cuidado de la casa y arreglo de pequeñas costuras y labores; que aquélla, á causa de su poca vista, debia ya no afanarse por desempeñar; puesto que tenía una hija, que le amaba tanto y deseaba de alguna manera, retribuir los solícitos y tiernos cuidados, que á su infancia prestara.

Todo volvió á la rutina diaria; fray Pablo, como de costumbre tenía, no faltó á la velada, el siguiente dia de la fiesta, que se pasó tan sólo en recordar, los agrados y contentamientos de la víspera.

Muy en breve y con motivo de su grande aplicacion y esmero, consiguió Sebastian, ayudado, no obstante, por su maestro, hacer una pasable traduccion de los dos primeros cantos de la Eneida, con que obsequió á su querida hermana.

Cómo pintar el inocente gozo de la buena Lucia, al ver aquel colosal trabajo, que tal á ella le parecia la modesta ofrenda, de su jóven amigo! Con cuánto ahinco y amor dedicóse entónces la tierna jóven á leer aquel famoso canto, en que el desgraciado héroe troyano, cuenta sus cuitas á la demasiado sensible Dido! Lucia, cuyo tierno corazon, sentia siempre los pesares agenos como propios y que se afanaba y desvivia, por socorrer á cuanto infeliz veia, derramó amargas lágrimas, al relato de las melancólicas quejas y sentidas imágenes, con que el piadoso Eneas, conmoviera el corazon, de la poderosa soberana de Cartago.

Fray Pablo, viendo cuánto gusto y delicado sentimiento mostraban ambos jóvenes, por aquellas bellas obras de la antigüedad, se complacia en dar pávulo á tan nobles aspiraciones, á la par, que se contentaba á sí mismo, con el contínuo recuerdo de sus amados clásicos.

El anciano les leía de noche, gracias al profundo conocimiento, que del griego tenía, las biografías más notables é interesantes, de la coleccion de Plutarco; y por cierto que era como para conmover el corazon más empedernido, el interesante cuadro que la modesta familia ofrecia, en aquellas útiles veladas.

Mariana, espíritu inculto, inteligencia escasa, con su rueca siempre en movimiento, seguia atenta y silenciosa, la lectura de aquellas páginas, que contienen en tan pocas palabras, el recuerdo imperecedero, de cuanto de más grande y portentoso, vió la humanidad en los tiempos antiguos. Don Nuño, no ménos atento y complacido, se agitaba de vez en cuando en su asiento, oyendo las hazañas de un Leonidas ó la audacia de un Temístocles. Miéntras que Lucia y Sebastian, siempre al lado uno de otro, cambiaban de contínuo sus tiernas miradas, en las cuales, ora pintábase el asombro, ora el más vivo dolor. Lucia, modesta flor de las playas españolas, paloma sin hiel, pura como las primeras brisas del céfiro, en noche primaveral, lloró más de una vez, con las tiernas

Sabinas y lamentó compasiva la triste suerte de la desventurada Veturia!

Así de esta manera y en tan provechosas lecturas, deslizabánse mansamente los dias, sin que nadie echara de ménos, riquezas y abundancia, de otros poseidas, que suelen ser ocasion, más bien de afan, que de ventura.

Los dias festivos, despues de la misa, va Lucia, con Sebastian y don Nuño, á visitar á la ahijada, que ya empieza á conocerles y distingue sus voces y les tiende sus manecitas. Y la madrina, no se cansa de repetir, que es bonita y entendida y que pronto hablará y dirá maravillas.

Como llevamos dicho, y con muy pequeñas alteraciones, tales cómo que la traduccion se acabó; no sin que fray Pablo, sensato y precavido, robara algunos párrafos al bellísimo cuarto libro; y que Lucia estaba cada vez más bella y Mariana más achacosa. Pasóse un año, durante el cual, Sebastian, escribia siempre á su amada madre, dándole noticias muy detalladas, sobre sus adelantos y estudios; y además, pintándole la vida, que allí llevaba, como la más grata y útil á su corazon, sin que ni uno ni otro, hablase jamas, de su vuelta á la casa materna.

CAPÍTULO XXII.

Un dia, que Sebastian habia salido con don Nuño, á dar el paseo que tenian de costumbre y durante el cual, hacian los ejercicios necesarios, al perfeccionamiento en el uso de las armas, que el jóven manejaba ya muy á gusto y satisfaccion de su maestro; recibió fray Pablo, una carta de Valladolid, en la cual le anunciaban, que su hermana estaba gravemente enferma y deseosa de ver á su hijo, cuánto ántes.

Alarmado con tan terrible anuncio, fuése al punto el buen anciano á casa de Mariana, á consultarla sobre el modo de dar aquella noticia al infeliz mancebo, que tan distante estaba, de pensar en la desgracia que le amenazaba. Lucia, no bien oyó la lectura de aquella carta portadora de tan ingrata nueva, dijo á fray Pablo, conteniendo las lágrimas: « Yo hallaré medio de decírselo, sin afligirle demasiado. ¡Ay, pobre madre! ¡Es preciso que él la vea ántes de morir! Si la distancia no fuera tanta, iríamos, madre, iríamos, ¿no es cierto? » « Bien veo que ni es

posible tampoco, que yo le acompañe, » agregó fray Pablo, « necesítase ir muy á prisa, y desgraciadamente aún me resiento del último viaje. »

« Nada temais, mi buen padrino, » díjole la prudente doncella, « mi padre no le dejará ir solo, estoy segura de ello; pero aquí están ya; yo le hablaré, iré con él fuera. ¡Pobre hermano, tan bueno, tan sensible! »

En ese momento, Sebastian y don Nuño entraron en la habitacion; la jóven hizo á su hermano una pequeña seña y ambos salieron, tomados de la mano.

Una vez fuera, viendo Sebastian que Lucia callaba le dijo con tono ceremonioso: « ¡Qué me quereis, misteriosa dama, que así tan de repente me llevais, no sé á donde! ¡Ah! pero con vos fuera yo hasta el fin del mundo, » y le besó respetuosamente la mano.

Ella guardó silencio y cuando estuvieron cerca de la iglesia, viendo, que el impaciente jóven, insistia por saber si queria confesarse con él, le dijo suavemente:

« No, hermano mio, no vengo á que me confeseis; vengo á daros un consejo solamente. »

« Habla, pues, oráculo mio. »

« Dime, Sebastian; ¿te acuerdas siempre de tu madre, que te quiere tanto y á quien hace más de un año, que no ves? Respóndeme la verdad, te lo pido, hermano mio. »

« Sí, » replicó el jóven, « aunque no acierto á dónde vas á parar, con tu aire grave y tus misteriosas preguntas. Sabe que me acuerdo y mucho; aunque nunca te lo he dicho, más de una vez, me he echado en cara, el haberme encantado de tal manera, en esta bendita ciudad, que ni siquiera pienso, en que algun dia será forzoso que me marche y me separe de mi tio y de don Nuño. »

« Y de mí, ingrato, » agregó Lucía, con acento conmovido; « ¡de mí, que soy tu hermana que te quiero tanto! . . . » En seguida, tomándole las dos manos, agregó con acento suave y fijando en él sus bellos ojos: « Es necesario que te pongas en marcha, mañana mismo; tu madre se queja ya de tu ausencia, prolongada por tanto tiempo; pobre madre; tiene razon, tú la olvidas, la olvidamos, Sebastian! »

« ¿Mañana? » exclamó el joven, « no; ¿á qué tanta prisa? más bien . . . . »

« No; mañana mismo partirás, amigo mio; mi padre te acompañará. La buena señora, escribe á fray Pablo, quejosa y resentida; ya ves que á su edad y tan sola, separada de tí, que eres lo único que le queda, bien poco exige de tí, que tanto le cuestas! »

« ¡Ah! Lucía, eres un ángel, » exclamó el jóven, besándola en la frente; « partiré mañana mismo; ¡pobre madre! Tienes el poder de leer mejor que yo mismo, en mi corazon y de hacer de mí, que nada valgo, lo que nunca sería sin tí, hermana de mi alma! »

Poco despues, los dos jóvenes entraron de nuevo en la habitacion; Lucia habló la primera, y dijo á fray Pablo: « Sebastian, á fuer de buen hijo, comprende que su buena madre tiene razon, en quejarse de su ausencia y está decidido á marcharse lo más pronto posible. »

« Sí, » agregó el jóven con vehemencia; « mañana mismo salgo, con vuestro permiso, tio. Madre mia, muy enfadada debe estar, pues no me escribe; yo haré que me perdone, le contaré cómo lo he pasado aquí con vosotros, que me habeis mimado tanto y me habeis hecho creer, que no me habia separado de su lado. Cuánto agradecerá lo que por mí habeis hecho; á mi vuelta, ya lo sabreis, quizá ella misma consienta en seguirme. ¡Oh! ¡qué dicha tan grande! ¡Todos reunidos! confio en mi ascendiente; vendrá conmigo, vendrá! »

Don Nuño, ofreció á Sebastian, acompañarle en su excursion; y de comun acuerdo, decidieron salir el dia siguiente de madrugada.

Mariana y Lucia se ocuparon esa misma noche, de arreglar la pequeña provision de ropa, que debian llevar los viajeros, y en seguida se separaron tristes y pesarosos, unos y otros, con la idea de la próxima despedida.

CAPÍTULO XXIII.

Est ce ton âme ou la mienne qui s'en va ?

HUGO.

Más de dos horas ha, que partió Sebastian. Lucia, inmóvil aún, en el mismo sitio en que por última vez su hermano querido, la estrechara contra su corazon, sigue con anublados ojos, el sendero por el cual se alejó el jóven, no sin volver más de una vez la cabeza, para divisar á su abatida Lucia, que casi sin derramar una lágrima, viérale partir. Aún le parece oir las pisadas del caballo que se aleja. No es ilusion, se levanta inquieta y sobresaltada. ¿Será que Sebastian vuelve, á abrazarla por última vez? Mas, ¡ay! fueron tan sólo los latidos de su pobre corazon, lo que causara su engaño. Así, cuando estamos seguros y cruelmente convencidos de que se fué sin remedio, aquel que al alejarse, se llevó consigo una parte de nuestra vida, amargamente nos complacemos, á despecho de las sugestiones de la razon, en figurarnos, al más leve soplo del viento, que aparece nuevamente á nuestras miradas, aquel que léjos, muy léjos ya, se

aleja tambien, con el corazon destrozado. Y, sin embargo, feliz mil veces el que se ausenta y ve á cada instante sucederse, cambiarse las personas, los objetos. La incesante marcha, el contínuo movimiento, la misma necesidad de velar su pena, á los ojos indiferentes, todo, todo contribuye á mitigar la fiebre del corazon, adormeciéndole casi á su pesar. Pero el infeliz que se queda, solo y desamparado, en los lugares, hace tan poco risueños, animados, por la presencia del objeto amado, halla á cada paso nuevo alimento á su amargura, en la flor que él amaba, en el libro preferido, en la melodía que juntos entonaron, cuando felices y confiados, se dejaban mecer blandamente, por las horas amigas que pasaron. Lucia, vírgen de corazon enamorado, aquel amor que es hoy su más cruel tormento, fuera hasta entónces, su delicia, su encanto. Ama Lucia; y ama con pasion; la ausencia ha venido á revelarle, cuánto era para su alma aquel hermano, tan necesario, indispensable ya, á su felicidad. En vano busca la herida tórtola, alivio á su duelo, en aquellas amables ocupaciones, tan gratas ántes. Los libros, aquellos libros, que todos los dias leian juntos, sentados uno al lado del otro, con las manos confundidas, con los ojos fijos en la misma palabra, en la misma letra, no puede ya Lucia, leerlos; sola, no ve, no entiende: fáltale su alma, su luz, su vida.

Fray Pablo, cuyo corazon no latiera jamás por los

amores de la tierra, cuya alma reconcentrada siempre, embebida en los tesoros del amor divino, pura y sin mancha, atravesó las tempestades de la carne y del mundo; comprendió, sin embargo, al ver aquella agitacion, aquel desasosiego en su pobre Lucia, que Sebastian era amado por la sensible niña, con el ardor de amante y no con el tibio fuego, del cariño fraternal. Quiso consolarla, llamóla á su lado, hablóle de Sebastian, pintóle con tierna solicitud la satisfaccion que es para un corazon verdaderamente puro y cristiano, cumplir con los deberes que la naturaleza nos ha impuesto. « ¡Pobre su madre! » dice; « ¡acaso ha muerto ya, sin estrechar contra su pecho, sin bendecir al hijo amado, al hijo de sus entrañas! Llora, hija mia; llora, sí, Lucia; llora por esa pobre alma tan combatida por la mala suerte. Perdió á su jóven esposo, cuando sólo hacia un año á que estaban casados; perdiólo, Lucia, no como nosotros perdemos hoy momentáneamente á nuestro Sebastian; sino por la muerte, que no devuelve jamas lo que arrebata. Hija mia, tú gimes, te agitas, sufres y crees que el tormento que hoy padeces no es comparable con ninguno. ¡Ay! tú no has visto morir, tú no conoces el tormento de ver cerrarse para siempre, para no abrirse jamas, los ojos tan bellos, tan amantes, que al cerrarse ya turbios y sin brillo, se vuelven todavía cariñosos, como buscando nueva vida en los nuestros. Tú no sabes; y guárdete el Señor de saberlo, por

mucho tiempo; qué siente el corazon, cuando, impotente y débil, comprende que todo el dolor, el tremendo dolor de la madre que ve espirar á su hijo; el martirio de la amante, que pierde en hora funesta al que ama; ni todos los dolores juntos y condensados de la humanidad, pueden en lo más mínimo, alterar la tremenda sentencia de la muerte. Llora, hija mia, llora por las madres que perdieron y perderán al hijo amado. Llora, como María lloraba al pié de la cruz; llora la pena de la esposa, del amigo; y llora por tí misma, que te verás más de una vez, combatida por las tempestades de la vida; llora, que el llanto es grato y dulce, al que sufrió y murió por amor. Alza tus ojos al Cielo, pidiendo misericordia para los que lloran sobre las tumbas. Ruega, hija mia, levanta el corazon al Padre comun, dispensador de dichas y amarguras, pídele que el hijo que corre en busca de su madre, llegue á tiempo para recibir su bendicion. Y espera, hija mia, confia; él te volverá á Sebastian y premiará con justa mano tus virtudes y tu candor. »

La sencilla jóven, escuchó atenta los consejos de fray Pablo; mucho bien hicieron á su corazon las palabras del anciano; calmóse su dolor, cesó su llanto: los dias y las tristes noches, estamparon, sin embargo, en sus mejillas, una palidez, que nunca, ni la felicidad ni el amor, fueron bastantes á disipar.

Pasábase horas y horas, con los ojos fijos en aquel

sendero, por el cual se alejó el hermano, que la ausencia cambiara en amante. Notóse desde entónces, un aumento de fervor en sus devotas prácticas, y más de una vez, Mariana, dulcemente la riñera, por aquel exceso de devocion, que acabaria, segun el decir de la buena anciana, por alterar su salud.

Confesábase Lucia con fray Pablo; acusóse la modesta jóven, con su santo padre espiritual, de la incesante preocupacion de su alma, pidiéndole le diese el medio de combatirla, si acaso eran contrarios á los preceptos que debia observar, una vírgen cristiana.

Pero fray Pablo, comprendiendo la mision santa del sacerdote cristiano, que ántes que propender al aislamiento de las almas, debe, segun la divina ley de amor, del que murió por un amor sin ejemplo, estrechar más y más los amorosos vínculos, que forman la armonía y la base de la sociedad, le contestó con acento inspirado:

« Hija mia, nada temas, escucha, atiende, la voz que de tu corazon nace. Le amas, hija mia, le amas como Raquel amó á Jacob, le amas como ama el querubin allá en los Cielos, la luz divina, que brota, crece y se exparce, envolviendo en su aureola, á los espíritus celestes que se nutren con su esencia. Ámale sin temor, confíale sin reparo tu jóven corazon, que es digno de poseerle; y así unidos y amantes, puros y castos, el Señor se complacerá benigno en bendeciros. »

Cuán dichosa Lucia, desde ese instante, soporta resignada el peso de aquella ausencia; entrégase sin embozo al libre campo de sus amorosos ensueños; segura de que ama y que su amor es santo, da rienda suelta á su creciente amor. Ama y espera.

CAPÍTULO XXIV.

L'ombre en mon cœur s'est épancheé.

HUGO.

A medida que Sebastian se aleja de los lugares en que encontró su alma tan nuevas como gratas atracciones, se siente agitado por una impaciencia extraña, que le hace hallar por demas larga, la distancia, que aún le falta que salvar, para llegar á Valladolid.

No puede darse cuenta, de la vaga aprension que, de repente, se insinua en su alma. Y aunque don Nuño, hasta entónces, nada le ha dicho, que pueda alarmarle, sin embargo, experimenta ese malestar indefinible, que se siente, en vísperas de sufrir un fuerte choque. Así como al acercarse la tempestad, y cuando todavía el sol brilla en el cielo, vénse pasar ciertas nubes opacas, que oscurecen momentáneamente su faz, hasta que llegado el fatal momento, le ocultan enteramente, deshaciéndose luego en lluvia; así parece, que el corazon sintiera, de antemano,

como una série de nubes pesadas y oscuras, que le oprimen y atormentan, hasta el instante en que estalla y se dilata por el esfuerzo del sufrir y que el llanto disipa las nubes, que dejaron allí su forma impresa, como en blanda cera.

No puede explicarse Sebastian, ahora que distante recuerda y como distraccion á su tormento, hasta el más insignificante detalle de su despedida, qué es lo que siente, cuando ve á su hermana, á quien tanto ama, insensible y fria, decirle adios, sin que á sus ojos bellos asome una lágrima. ¿Por qué se agolpan á su imaginacion tales ideas? ¿Por qué fuera Lucia la única persona, que le habló de tal viaje? ¿Qué extraña sospecha cruza por su mente? Aún no tiene forma fija, no le da nombre y, sin embargo, ya le atosiga, le mata; ápénas se ha separado, de lo que fué hasta entónces para su alma la imágen más pura y bella; aún siente en su pecho el delicado perfume, que allí dejaron los cabellos de la jóven, y ya duda y la acusa, y en su creciente agitacion, á medida que la luz disminuye en su corazon, más negros son sus pensamientos y extrañas sus sospechas. ¿Qué es lo que ha podido decidir tan repentinamente aquella partida? «Torpe anduve,» dice para sí, «en dar fé á tan extraño cuento. Mi madre me lo hubiera escrito; me ha engañado!» Y el insensato, huyendo de una idea, que hasta entónces le persiguiera cruel, se complace imprudente en buscar un

mal que no existe, despreciando el que tan de cerca le amenaza.

¡Débil corazon humano! El más bueno, el mejor, el más tierno y delicado, no escapará jamas á su fatal destino; insensato é injusto á la menor alteracion, al más ligero embate de la suerte, al más leve soplo de contrario viento, se desconoce, se cambia, se torna de dulce y placentero, en airado y odioso. ¡Triste destino el nuestro! ¡Oh! fuéramos siempre amigos apacibles, tiernos, si fueramos siempre dichosos. Nada hay que tuerza las fibras de nuestro corazon, como las penas. Corazones hay que, á haber sido ménos combatidos, hubieran sido un ejemplo de moderacion y dulzura.

Sebastian, ingrato y desconocedor, olvida ya las prendas tan conocidas y apreciadas por él mismo, de aquella á quien maltrata con torpe sospecha. Hombre, en fin, y cruel. Cuánto más grato á su corazon, no fuera, presenciar el tormento que interiormente desgarraba á la infeliz doncella; y abatida y sin color, deshecha en llanto, verla desesperarse, oponerse á su partida, pidiéndole faltase al más sagrado de les deberes! Sebastian es infeliz, Sebastian tiene fiebre; no puede, efecto de lo muy desgarrado que está su corazon, por lo que sufre, y lo que teme, apreciar la sublime abnegacion de la enamorada jóven, que suplica, intercede, por la madre, ocultando, bebiendo su llanto, por temor de abatir

á aquel que necesita de todo su valor para alejarse.

Lucia no es injusta como Sebastian, ella sabe comprender, que esa partida ha de destrozar tambien el alma de su hermano; nadie se lo dice; nadie le enseñó á amar tampoco; nadie, sino su propio corazon, le inspirara entregarse confiada y desarmada á aquel amor. Pero esa, es la superioridad infinita, de la mujer sobre el hombre; la mujer no se engaña jamas, en cuestiones de corazon, que son las únicas de su vida, miéntras que el hombre es ciego las más veces y necesita, que, la mujer le inicie, le conduzca, le lleve, le arrebate, casi á pesar suyo, á las tinieblas en que se halla sepultado su corazon, para darle en cambio, luz, vida, armonía, *amor*.

CAPÍTULO XXV.

Et moi, seul avec Marthe, en ce morne sejour,
J'allais, je revenais, du jardin à la cour.

LAMARTINE.

A medida que se acercaban á Valladolid, notando don Nuño el incesante malestar de su jóven compañero, creyó oportuno prepararle, por medio de algunas palabras preventivas, para el golpe que iba á sufrir, dejándole comprender, con mañosa delicadeza, que su madre, á la sazon se hallaba algo enferma, y que de consiguiente, era necesario se compusiese un semblante sereno, para no agitar ni mortificar con su dolor á la pobre enferma. Insistiendo con teson, sobre lo necesario é indispensable que es, para los corazones, saber sobreponerse con valor á las luchas y golpes que la suerte les prepara. Y que siempre, el hombre superior y cristiano, debe inclinarse resignado y obediente, ante las leyes del Altísimo. Pues así como es grande y digno, luchar con la fortuna y

disputarle palmo á palmo sus favores, no es ménos grande, ni digno de encomio, ver al fuerte y poderoso, acatar debidamente el poder, que no puede ni debe contrarestar.

En ésta y otras pláticas análogas, empleara don Nuño, el resto del camino; y el jóven que comprendia cumplidamente su intencion y buen deseo, le escuchaba sin replicar, sumido en profundo silencio.

Llegaron por fin á la ciudad: don Nuño insistió en apearse en una posada, que habia á la entrada, sin poder conseguir que su compañero se detuviese un momento á reposar; siendo tanta su ansiedad, que despues de darle muy á prisa las señas de su casa, se alejó de galope y sin escuchar siquiera sus últimas palabras.

Cuando Sebastian llegó á casa de su madre, sintió oprimírsele más y más el corazon. Las ventanas que sobre la calle daban, estaban completamente cerradas, á pesar de hacer el más bello dia de verano. El exterior de aquella casa, tenía algo de serio, de triste, que en ningun momento produjera tan cruel impresion en el ánimo del jóven. La puerta de calle estaba apénas entreabierta; y en el interior, parecia reinar profundo silencio. Bajóse lentamente de su caballo, que, regocijado al reconocer la casa donde se habia criado, relinchaba y golpeaba el suelo como para anunciar la llegada de su jóven amo. Nadie, sin embargo, parecia oir los conocidos

relinchos de Zadir: las ventanas permanecian siempre cerradas.

Las flores del patio, que eran el encanto de su madre, viólas Sebastian, no bien entrara, marchitadas, con los inclinados tallos y descoloridas hojas, como imágen de desolacion y abandono. En seguida, atravesando el vasto patio, llegó á la habitacion favorita de su madre, la halló desierta y con esa fria é inmóvil rigidez, que se imprime en los objetos, cuando han pasado dias enteros, sin que una mano amiga, acerque una silla, descorra una cortina, altere la simétrica colocacion de un libro, de un florero, ó esparza descuidadamente, sobre la mesa de la labor, los objetos que diariamente usa, y que son la imágen de sus gustos, de sus pensamientos, de su vida íntima. Todo era silencio y frio, en aquella habitacion, en donde el hijo habia recibido los últimos besos y la bendicion de su pobre madre. Inmóvil y aterrado, no se atreve á pasar adelante, como si temiese que algun horrible espectáculo se ofreciera ante sus ojos; y, sin embargo, aquella ansiedad es espantosa. El dormitorio, que seguia, conservaba ese mismo sello de inmovilidad y de falta de vida, que se ve tan claramente marcado en los cuartos no habitados; y que parecen perder con la ausencia de aquel, que les daba vida, toda relacion y armonía con los vivientes; como si un lugar en donde el silencio y la soledad reinan exclusivamente, fuera desde entónces, man-

sion inadecuada, para los que viven, para los que sienten, para los que aman.

Las cortinas del lecho, caidas por todos lados, ocultaban el interior: algo de sepulcral y espantoso, parecia agitarse al rededor de aquel lecho. El mismo silencio, la misma soledad; pero aún más desgarradora, más fuerte, helaban la sangre del corazon, en aquel frio aposento.

Sebastian, con los ojos fijos en el cubierto lecho, con la frente inundada de sudor, con pié vacilante, y sin atreverse á descorrer aquellas cortinas, que su corazon le decia, no velaban ya, sino la huella que allí dejara el cuerpo de su madre, sentia que su razon vacilaba, y no podia moverse de aquel sitio de horror. Haciendo, sin embargo, un esfuerzo supremo, se alejó del lecho, horrorizado; y huyendo con pueril espanto del desierto aposento, echó á correr hácia el interior de la casa, gritando: « Justina! Justina! Pedro! »

Á sus gritos, salió de la cocina la antigua criada de la difunta señora de Hurtado, que, viendo á Sebastian, y reconociéndole al punto, á pesar de la grande alteracion de sus facciones, le dijo, estrechándole entre sus brazos: « Cómo! ¿Por ahí habeis entrado? Necia de mí; dejé abiertas las puertas. »

El jóven, no pudiendo resistir por más tiempo á las crueles emociones por que acababa de pasar, se desmayó en brazos de Justina.

Inquieto don Nuño, por saber el resultado de aquel melancólico drama, así que hubo dejado su caballo en lugar seguro, se dirigió en busca de la casa de Sebastian, costándole, no poco, el encontrarla, pues aunque sabia el nombre de la calle, éste era el único dato que tenía; y á no ser por el pobre Zadir, que agobiado y cabizbajo, tascaba el freno frente á la casa, en donde nadie se acordaba de él, hubiera tardado mucho más en dar con su amigo. Cuando llegó, Sebastian vuelto de su desmayo, gracias á los cuidados de Justina y de Pedro, dormia tranquilamente.

Viendo don Nuño que el pobre jóven reposaba, gracias al cansancio del viaje, y á la misma intensidad del sufrimiento, que completamente abatiera sus fuerzas, se sentó á la cabecera de su cama, para que fuese su cara amiga, la que éste viera, al despertar, rogando en seguida á Justina, le contara cuanto habia acontecido, no sin indicar ántes á Pedro, fuese á desembargar de la montura y á dar de beber, al olvidado Zadir.

Corrió solícito Pedro á ocuparse del caballo, y cuando llegó á él, le abrazó con gran cariño, diciéndole: « Perdóname, mi querido Zadir, porque nuestro pobre amo ha sido causa de que me olvidase de tí; no te aflijas, te daré una buena racion de avena y yerba fresca. El inteligente animal, como si entendiese la disculpa de Pedro, relinchó

por dos veces, y siguió dócil al buen hombre, haciendo resonar sus huecas pisadas en el patio, y despertando los ecos dormidos por tantos dias, en aquella triste mansion.

CAPÍTULO XXVI.

Dícesme, Nuño, que en la Corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
Á que así te lo manda el ser quien eres?

ARGENSOLA.

Don Nuño, que seguramente, no era la persona más adecuada para distraer á un jóven y divertirle con variadas ocurrencias, fué, sin embargo, quien tuvo que tomar sobre sí, la difícil tarea de consolar á Sebastian. Lo que más afligia á éste, era la idea de no haber podido abrazar á su madre ántes de morir, y que aquélla hubiese muerto descontenta de su hijo, y acusándole quizá de ingratitud. En vano le hacia presente don Nuño que aquello del resentimiento de su madre, fuera tan sólo un pretexto, de que la discreta doncella se sirviera, como un medio de alejarle de Murcia, sin alarmarle demasiado y á destiempo.

Todo era en vano; Sebastian, sintiéndose culpable, de haber en aquellos últimos tiempos, descuidado el afecto de su madre, se pasaba los dias tristemente, sin querer salir de casa, dando alarma justamente

á don Nuño, pues la falta de ejercicio y su constante preocupacion, en poco tiempo, habian alterado visiblemente su robusta constitucion. Bien hubiera querido el de Lara volverse inmediatamente á Murcia, comprendiendo, por lo mucho que sabia amaba Sebastian á su hermana, y además, por ser ese el tema de conversacion, que únicamente tenía el poder de distraerle de sus negros pensamientos; que allí, rodeado del encanto, que ejercia sobre cuantos la veian, y muy especialmente sobre él la bella Lucia, muy en breve volveria á su espíritu la calma, de que tanta necesidad tenía.

No era posible, sin embargo, á pesar de los deseos del mismo Sebastian, alejarse tan pronto de Valladolid. Muerta su madre, que habia sido única y exclusiva tutora y curadora de los bienes de su hijo, los cuales, juntamente con los que á ella pertenecian, formaban una herencia considerable, era de necesidad ocuparse, de nombrarle un curador, que durante su menor edad administrara los bienes con provecho y honradez. De buena gana, Sebastian, que como jóven, tenía muy en poco los bienes de fortuna, considerándolos innecesarios, hubiera abandonado todo al cuidado y buen desempeño de don Buenaventura Aldarrias, afamado letrado, que á más de ser honrado y entendido en la materia, profesaba desde muy atrás, singular afecto y particular amistad, á la familia de Hurtado. Pero, el caso era que

don Buenaventura, por lo mucho que por el jóven se interesaba, ó sea, por el grande apego que los leguleyos tienen á sus fórmulas y eternas tramitaciones, se oponia á ello con calor, amenazando al jóven, con que se quedaria en la calle y perderia todo, si juiciosamente no observaba sus graves y prudentes consejos, permaneciendo en Valladolid, hasta el definitivo arreglo de sus asuntos.

Á no ser por don Nuño, Sebastian, que impaciente por demas, no queria ocuparse de nada, sino volar á Murcia cerca de Lucia, los consejos del buen Aldarrias, no hubieran sido ni escuchados.

Conviniéndose muy á guisa de éste, que don Nuño sería el tutor *pro forma,* segun gravemente decia don Buenaventura, pues temia que, con semejante tutor, el pupilo, hiciera siempre lo que mejor cuadrara á su inquieto natural. En seguida, él, don Buenaventura Aldarrias y Rohela, fué nombrado, ante jueces, escribanos y ministriles de todas categorías, y segun lo establecen y requieren las leyes, curador de los bienes del menor don Sebastian de Hurtado, hijodalgo de nacimiento y fiel vasallo de los reyes de España.

Acontecia precisamente por aquella época, á mediados del año 1518, que Valladolid estaba agitado como nunca, y conmovido por la espectacion de los importántes acontecimientos, que en breve debian allí desarrollarse. Las Cortes, iban por vez primera,

á ser abiertas por el nuevo rey Cárlos, lo cual, vista la efervescencia popular, las disenciones intestinas, que agitaban el reino y la circunstancia especial, de hallarse aún en vida, la desgraciada reina doña Juana la Loca, contribuia á complicar muy gravemente los sucesos y á conmover los espíritus.

De todos lados del reino, afluia gran cantidad de gente; nobles y plebeyos acudian, movidos unos y otros, por el atractivo de las fiestas, que tendrian allí lugar, para celebrar al nuevo monarca, que en todas partes habia sido recibido con vivo entusiasmo y señaladas muestras de simpatía; y tambien, por saber á qué atenerse; pues, á pesar de que su señoría don Cárlos, usaba ya el título de rey de España, ni las Cortes de Aragon, ni las de Castilla habian decidido aún, la árdua cuestion de los derechos de la reina Juana, tan amada de los Españoles.

De dia en dia, aumentaba visiblemente la poblacion, llenábanse los mesones, y apénas bastaban para dar alojamiento á la inmensa cantidad de gentes que por momentos llegaba.

Don Nuño, enemigo de fiestas y grandes reuniones, bien hubiera querido alejarse; pero don Buenaventura le habia juiciosamente advertido, de cuánto provecho podria ser, para su jóven pupilo, el espectáculo grandioso y para él nunca visto, del séquito de nobles caballeros, que acompañaban al rey y que debian seguirle despues á Alemania, á tomar parte

en la guerra, que infaliblemente tendria lugar, entre los pretendientes al trono imperial.

« Amigo mio, » decia don Buenaventura con ardor; « ¿pensais acaso, que pueda yo avenirme á vér al ilustre descendiente de los Hurtado, consumir sus mejores años en la inaccion y abandono más completos? Vos mismo, me habeis hablado de sus buenas disposiciones, para el duro arte de la guerra; ya lo creo, ni cómo pudiera ser de otra manera, si sus abuelos fueron todos nobles como quien más y bravos como leones! »

« Entónces, » replicó don Nuño, « os aseguro que Sebastian, no hace sino continuar dignamente, las bellas prendas de sus mayores, pues es caballero por los cuatro costados; y si bien no tuve nunca ocasion de juzgar de su coraje, creo, no obstante, no engañarme, creyéndole valiente y digno del nombre que lleva. »

« ¡Que me place, caballero, por las llagas del Señor! Y creis entónces, que habré de consentir en que os lo lleveis á Murcia y le enterreis vivo, y pase su vida estudiando esos latinejos, que si no ha de ser letrado ó fraile, pese á mí, de poco ó nada han de servirle. ¡Voto vá! Yo nada tengo de belicoso, pues á Dios gracias, mis señores padres, desde mi más tierna edad, me hicieron volver la vista á más serias y templadas miras. Pero eso no quita, que yo conozca, que por estos tiempos, que son tiempos guerreros,

más se alcanza con mandobles, que con retóricas. Vos mismo, don Nuño, habeis sido soldado; y por cierto que á nadie podreis envidiar ni brios, ni hazañas; ¿quién mejor que vos podrá comprender cuánto llevo dicho? Vamos, hablad á Sebastian, animadle, á que se pliegue á esta brillante nobleza, que rodea al rey nuestro señor (que será en breve, confio, mediante el amparo de Aquel, que espero alumbre con la luz de su ciencia los turbios ojos de nuestros diputados.) Pero ésto no hace al caso. Habladle vos, que le conoceis mejor, aseguradle que no le faltarán protectores, que le animen y levanten á los más encumbrados puestos. Por vida de Ciceron! que me ocurre una idea. ¿Y si vos le acompañáseis? ¡Vaya que para el lebrel acostumbrado á cazar en campos ásperos y quebrados, no habrá de ser ésta ocasion de quedarse atrás!»

«En verdad, señor Aldarrias,» respondió don Nuño, «que un dia amé las lides, las armas; pero hoy ya me veis, desencantado, viejo.»

«Vaya, vaya, no lo hagais por vos, hacedlo por él, por vuestra hija adoptiva, pues si mal no pienso, creo que Sebastian tiene á la chica, singular aficion, y no creo, conociéndoos, penseis en casarlos, así como quien dice, recien salidos del vientre de su madre; ea! mi bravo don Nuño, pensadlo bien, ó mejor, no lo penseis, consultad vuestro corazon, y seguro estoy de ganar mi causa! ¡Pobre muchacho, sin familia,

sin padre! Mirad si no fuese que yo no sé ni tenerme sobre una mula, ni aún disparar un mosquete, así como me veis, con mis sesenta y pico y mis piernas corvas y mi vientre, y qué sé yo . . . . . me teniais muy luego en marcha con Sebastian y toda esa briosa nobleza, en busca de aventuras y riesgos y gloria. ¡Ah! ¡ah! qué bonita figura no haria ¡ah! ¡ah!» Y el buen letrado reia á mandíbulas batientes.

Sebastian, que entraba en ese momento, dijo: «¿Qué teneis, señor don Buenaventura, que así os reis? Decidme qué es lo que tanto os divierte y quizá me hareis un servicio, pues me hallo hoy de muy mal talante.»

«No podeis llegar en mejor coyuntura, querido Sebastian;» contestó don Buenaventura, «porque, lo que en este momento hacia mi diversion, era el pensar, cuán bella figura haria yo, montado en un soberbio bridon, en compañía vuestra, (no os asombre) si mañana consintiéseis, porque á juzgar por el general entusiasmo y por los aprestos que los nobles hacen, supongo que á vos, mi jóven amigo, no habia de desagradaros, á pesar de todo, el ir mañana mismo en compañía de las autoridades, al encuentro del rey. ¿Qué os parece? ¿Estais dispuesto á que os presente al marqués de Luca, para que os lleve en su séquito? Ved que don Nuño, creo que . . . . vamos, hablad (que por algo hemos de empezar.)»

«¿Será posible,» exclamó Sebastian, de buen

humor, « acaso me sería fácil obtener entrada, en esa famosa cabalgata, en la que diz, irán tantas personas de distincion? Hace poco, Pedro me decia, haber oido contar, que nuestro pariente el jóven Ávalos, era uno de los que más aprestos hacia; y que habia comprado una jaca andaluza y que se extrenaria un traje completo de brocatela; y qué sé yo cuanta tontería de este jaez; pues, como sabeis, cuando Pedro la emprende por ese lado, no tiene cuando acabar. Á decir verdad, ya que de ello me hablais, os diré, me sería muy agradable poder, á mi turno, presentarme con esos soberbios nobles, como tengo derecho á hacerlo; y supongo, mi querido tutor, no habrán de ser nuestros dos potros, de los últimos; y tal digo, contando con vuestra compañía. Ciertamente ¿quién con mejor derecho que vos? ¡Buena idea habeis tenido, por cierto, seor licenciado! Creo que hoy es uno de los dias ménos tristes que he pasado, despues de la muerte de mi madre; ¡pobre madre! que tanto amaba á su soberana y bendita reina. Cuánto se alegraria de verme mañana, salir á recibir al nieto de su amada Isabel! ¡Que me place tan grata ocurrencia! »

Entretanto, don Nuño y don Buenaventura, muy satisfechos, viendo el uno lo acertado de sus miras y el otro, cuánto agradaron al jóven, se miraban en silencio, esperando á que Sebastian explayase todo su entusiasmo.

« ¡Ay! » agregaba, « cuando Lucia sepa, cuando la diga, cómo yo, su hermano, confundido entre grandes de España y nobles infanzones, precedido de trompetas, banderas y músicas; y Mariana, que no se cansará de preguntar: ¿Qué vestido llevaba el rey? ¿De qué color tiene los ojos? ¿Se parece á su abuela? Y yo, que todo ví, á todo contesto, de todo doy razon: quiénes acompañaban más de cerca al soberano; cuáles fueron sus palabras; y les hablo de las galas y atavíos y nada olvido por contentarlas, y Lucia que querrá la enseñe mi traje. Á propósito, amigos mios, es fuerza, pensar en todo lo necesario y procurárselo cuanto ántes; mañana de madrugada salen los magistrados, es ya más de mediodia, y como yo no cuento sino con el caballo, no sé qué hacer! »

Don Buenaventura respondió, que él se encargaba de todo, pues, gracias á su parentezco con la mujer del corregidor, conseguiria todo lo necesario y que sólo deseaba que ni él ni don Nuño, variasen de parecer.

« Nada temais, mi querido Aldarrias, os doy mi palabra de caballero y cuento que don Nuño . . . . »

« Podeis tambien contar con la mia; » agregó el de Lara, no pudiendo ya resistir, visto el entusiasmo de Sebastian.

CAPÍTULO XXVIII.

Espléndida cabalgata,
Caballeresco tropel.

ZORRILLA.

Llegó por fin el tan deseado dia. Sebastian y don Nuño, que la misma tarde en que tuvieron la conversacion con que concluye el anterior capítulo, fueron presentados por don Buenaventura al corregidor, pariente suyo, como ya llevamos dicho, por la mujer de aquél; obtuvieron fácilmente, gracias á la influencia del letrado y á la buena fama de don Nuño de Lara, un lugar preferente, como convenia á los servicios del uno y á la noble cuna del otro.

El espectáculo, que presentó la entrada del rey á los habitantes de Valladolid, quedó por luengos años grabado en su memoria, sirviendo siempre de tema á aquellos celosos Castellanos, su boato y magnificencia, cuando querian mentar los pasados dias de fiestas y régias pompas, que en un tiempo distinguieron aquella noble ciudad.

El cortejo real, compuesto de cuanto más noble y

apuesto poseian ambas Españas, atravesó la calle principal, hasta el lugar en donde debian abrirse las Cortes, en el órden siguiente:

Despues de los músicos y de los maceros de la villa, de sus alguaciles y de sus síndicos, cuya marcha cerraba el señor corregidor, respetable personaje, que parecia poseido de un fuego interior que coloreaba sus megillas, con vivísimo encarnado y daba á su delgada pantorrilla, cierta elasticidad inusitada; despues de los reyes de armas todos cubiertos de oro y terciopelo, despues de los palafreneros, los lacayos, los pajes, los mayordomos, los ugieres y de los gentileshombres, iba el rey Cárlos, ricamente vestido, con jubon encarnado recamado de oro y plata, llevando á su derecha, á su antiguo ayo Adriano y al infante don Fernando; y á la izquierda, los duques de Alba, Medinaceli y el marqués de Villena.

Seguia luego un numeroso séquito de jóvenes nobles y bizarros, entre los cuales, nuestros amigos no fueron de los que ménos graciosa figura hicieron; pues si su atavío no deslumbraba por el brillo ó riqueza de la materia de que se componia, la apuesta donosura del jóven y marcial continente de su compañero, atrajeron más de una mirada, así de graciosa dama, como de bravo soldado.

Su señoría el rey, en aquel dia, que estaba de Dios habia de ser feliz para muchos, obtuvo no solamente,

que las Cortes le confiriesen el título de rey, si bien en compañía de la reina, su madre y ésto con la expresa condicion de que el nombre de la señora reina, habia siempre de preceder al suyo, pues no habia ejemplo de que un hijo reinase en vida de su madre; sino que le concedieron, la suma de seiscientos mil ducados, pagaderos en el término de tres años.

En seguida, y con detrimento de los muchos preparativos, que en tal quedaron, su señoría, pues concluyó á lo que venía y estaba por demas impaciente por pasar á Alemania, á disputar el famoso título de emperador, que esperaba obtener con mejor derecho que sus rivales, tuvo á bien dejar á Valladolid, casi de incógnito y sin ruido, para pasar de allí á Aragon, á arreglar los mismos asuntos, que á Castilla le trajeron.

Por si no está demas, diré, que su señoría tuvo á bien nombrar á su amado preceptor Adriano, virey de Castilla, con detrimento de muchos nobles Castellanos, que á decir verdad, eran más acreedores á aquel favor que el buen Flamenco, lo que ya podeis imaginar, cuánto disgustaria á los celosos Castellanos.

CAPÍTULO XXIX.

C'était á l'âge ou nait l'amitié franche.

BERANGER.

Quiso la buena suerte de Sebastian, que en el cortejo, le tocara estar al lado de un jóven casi de su misma edad, noble como él, llamado Herrera, al cual, desde luego se aficionó muy especialmente, siendo desde las primeras palabras, recíproca la simpatía. ¡Qué identidad de ideas! Parecíale á Sebastian, á medida que le escuchaba, que el jóven leia sus pensamientos y se los repetia: ¡qué ardor! ¡qué brios! Y por cierto, que hasta en la belleza de las formas y gracia en el decir, habia entre los dos jóvenes algo de semejante; y á no ser por que Herrera era rubio y de ojos azules, hubiéraseles podido tomar por gemelos.

Herrera, cuya familia era de Sevilla, venía en compañía del duque de Medinaceli, pensando acompañar al rey á Aragon, y seguirle luego á Alemania; ardiendo en deseos de guerrear y vencer Franceses,

pues profesaba á los gabachos esa singular antipatía que aún existe en la gente baja española contra los Franceses: antipatía que de una y otra parte, si bien se atiende á las graves y repetidas ocasiones en que los dos pueblos se encontraron el uno en frente del otro, no es de extrañar, si de entónces acá, ha ido en aumento. Encantado con su nuevo amigo, invitóle á comer con algunos otros compañeros, en un meson muy afamado, llamado entónces de los Valientes.

Reuníanse allí, generalmente, los valientes y aún los que no lo eran, pues el tal meson, tenía la especialidad de que diesen muy bien de comer y que el vino fuera puro y las más veces, de buena calidad.

Aconteció que aquel dia habia reunida allí mucha gente, charlando, comiendo y bebiendo que era un gusto.

En vano insistió Herrera con don Nuño, que hasta la puerta de la posada les acompañó, para que entrase á comer con ellos, ó por lo ménos á hacerles compañía; pues el jóven, á fuer de discreto, estimó desde luego al viejo y reservado soldado, á pesar de su silencio y sequedad. Pero éste, hallándose por demas impaciente y deseoso de soledad, rehusó cortesmente tan amable invitacion, y desde la puerta se despidió de ambos jóvenes, encargando á Herrera no hiciese beber demasiado á su pupilo, á quien, no teniendo costumbre de hacerlo, tal exceso pudiera ser nocivo. Prometiéronlo muy formalmente los dos

jóvenes, despues de lo cual separóse de ellos don Nuño con direccion á casa de Sebastian, donde habitaba desde su llegada, habiéndole éste pedido viniese á hacerle compañía en aquel inmenso caseron, en donde estaba triste y desamparado.

Sebastian, de excelente humor, pues el ejercicio le habia dado singular apetito, estaba encantado de verse en compañia de aquel apuesto jóven, á quien todos parecian conocer y estimar; siendo así, que desde que entraron en el meson, no cesaban unos y otros de agasajarle, con bromas y buenas palabras, á las cuales respondia él con finura y desembarazo.

Sentáronse ambos jóvenes en una mesa, en donde habian ya varios otros, que, conociendo á Herrera, le invitaron á hacerles compañía; aceptó éste, presentando al punto á su nuevo amigo, que fué recibido con marcada cordialidad y agrado.

Como todos estaban allí de buen humor y bebian, segun conviene, no tardó la conversacion en hacerse animada y bulliciosa; y aunque era ésta la primera vez, que Sebastian se encontraba en semejante situacion, teniendo que comer, beber y charlar como el mejor, es fama que nuestro héroe se portara como tal.

« Decidme, don Sancho, » dijo un moceton moreno, algo regordete, que era uno de los que metia más bulla, dirigiéndose á otro jóven, moreno tambien, pero delgado de formas y cuya figura tenía un tipo aristocrático muy marcado: « Qué nos decis del

nuevo monarca, vos que sois entendido en la materia, pues los Zúñiga, creo que remontais vuestro orígen á los primeros monarcas godos, así como don . . . . »

« Ea, Jaime, déjate de citas, que no sabes hacer; y bromas á un lado, pregunta si has de preguntar, que á mí me sobra qué decir, sin atender á tus ocurrencias, » replicó aquel á quien llamaran Zúñiga.

« Pues, » respondió Jaime sin cortarse, « decidnos sin embarazo ni rodeos, ¿creis que el Aleman, Flamenco ó lo que sea, tiene trazas de . . . ? en fin, ya me entendeis. »

« Voto va! Jaime; » interrumpió Herrera. « ¿Á quién llamas Flamenco, Aleman? No acierto á creer que tu lisura, llegue á punto de dar tal calificacion al nuevo monarca; que si así fuera, por Santiago, te habia de enseñar á respetar á quien vale dos millones de veces mas que . . . . ; pero qué digo, ea, muchachos, no le hagais caso, está borracho. »

« ¿Cómo se entiende? » replicó de mal humor Jaime, á quien parecia verdaderamente convenir el epíteto de Herrera, pues su semblante encendido y sus ojos chispeantes muy claramente lo indicaban. « ¿Acaso vos, Herrera, tomais por vuestra la demanda? Por vida de mi abuela, no ví nunca gente más insolente y casquivana, que estos nobles señorones, como si, porque sus abuelos fueron más pícaros y logreros que los nuestros, ellos . . . . » No

tuvo tiempo de acabar su frase; tres ó cuatro de los que á la mesa estaban, gritaron con muestras de enojo: « Calle el menguado! »

« No es suya la culpa, » dijo con tono grave y sentencioso uno de los jóvenes, que, hasta entónces callado y silencioso, comia tranquilamente sin mezclarse en las anteriores conversaciones: « Vosotros le habeis dado alas; bien se os está, pues le admitis en vuestra compañía y le mimais y sufris sus groseras chanzonetas, con achaque de que es honrado y tiene chispa. Vaya, que si os acordáseis de lo que á vuestra cuna y alcurnia debeis, no os mezclaríais jamas con tan ruin canalla. Así va todo; por eso, yo, caballeros, beso á ustedes las manos y me largo. » Y el jóven rubio de la capa azul, se ciñó su espada y dejó la sala, sin decir una palabra más.

Entretanto, los demas jóvenes habian conseguido que callara Jaime y les pidiese disculpa por su acaloramiento y descompuestas palabras.

Luego que hubo salido el de la capa azul, Herrera, volviéndose á los amigos, les dijo: « Ya lo veis, el señor conde de la Entena, duque de los tontos y marqués de los más necios, pretende darnos una leccion. Más me cargan su tiesura y pretensiones, que las sandeces del plebeyo Jaime. Error del pobre Jaime fué llamar al rey Cárlos, Flamenco ó Aleman; pero error, amigos mios, que es necesario no se convierta para nosotros en triste verdad; pues ya habeis visto

figurar hoy en los primeros puestos, á esos miserables Flamencos y Alemanes, como si su señoría, por ser duque y príncipe Aleman, pretendiente al trono imperial, fuera por eso ménos rey de las Españas. Por Santiago, caballeros, que á fuer de nobles que somos, es necesario disputemos á esos ávidos Flamencos, el honor de rodear y custodiar á nuestro rey y señor. »

« Permitid, Herrera, » agregó Zúñiga, « no sea de vuestra opinion. En cuanto á que ese bendito conde es tonto, tonteria fuera dudarlo; pero en cuanto á la cuestion del rey y sus Flamencos, á quienes Dios confunda, distingo et sub-distingo, como dice fray Cosme. ¿Prefiere á sus Alemanes? Váyase con ellos en buen hora, que á Dios gracias, aún vive la reina su madre y quizás sin ir muy léjos, su hermano Fernando. »

« Lo que es en el español,» agregó Jaime, « es mucho más entendido que él, yo respondo. »

«Calla, Jaime,» replicó Herrera, « aún no es tiempo de que cortes tú el nudo. Pero lo que es, siguiendo vuestro raciocinio, Zúñiga, querriais acaso que esta pobre España, se ensangrentase nuevamente, dando á la Europa el triste espectáculo de dos hermanos, que se matan por disputarse el trono, que tan justamente pertenece al primogénito. Mirad, Zúñiga, que en cuanto á esa buena reina, esas paparruchas, sientan mejor allá en las Cortes, en donde, los señores diputados, por tal de poner dificultades y hacer

enredos, capaces son de jurar que la pobre señora se halla en su cabal juicio y con más lucidez y talentos, que tuviera jamás su discreta madre la Católica Isabel, que de Dios goce. Pero aquí entre nos, jóvenes nobles y amigos de la verdad, las cuestiones toman otro giro, pues no necesitamos ni de oposicion ni de mayoría. Y vos, mi señor Hurtado, » dijo Zúñiga, volviéndose á nuestro conocido, « decidnos vuestro parecer. ¿Qué pensais de tan grave cuestion? Hablad, que por más que á Herrera pese, tengo amor á las mayorías.» Sebastian, viéndose interpelado tan directamente, contestó con desembarazo: « Ya que quereis mi opinion, vais á oirla. No creais que en ello tenga pretension, porque mal sentara en quien, como yo, no conoce el mundo, ni la Corte, el querer aclarar tan difíciles é intrincadas cuestiones; pero yo, caballeros, en materia de franqueza, soy siempre el primero. »

« Eso es, » gritaron á una todos los jóvenes, « que hable! que hable! »

« Permitidme, » agregó nuestro héroe, animándose por grados, « que os pida no tomeis á ofensa lo que voy á decir, pues de lo contrario, no chisto; y quedareis con la curiosidad de oir mi opinion. »

« Hablad, hablad; » repitieron todos en coro.

« ¿Cuál es el primer deber de un noble? » preguntó Sebastian. « Sostener el trono, » respondió él mismo. « ¿Cuál es el medio de sostener el trono? Apoyar

al legítimo heredero. ¿Quién es el legítimo heredero? Su señoria el rey Cárlos. Vive su madre, dicen unos; á eso pregunto yo: ¿cuál es el soberano que ofrece más garantías á su pueblo, á sus nobles? Aquel que, viejo, imbécil, inhábil y sin cordura, sería ciego instrumento en manos de ambiciosos y favoritos, que no harian sino convertirlo todo en medios útiles para conseguir sus fines y llenar sus arcas; ó aquel que, jóven, inteligente y ambicioso, extienda su poder y engrandezca el trono, dando á la España nombradía y riquezas? »

Los entusiastas mancebos, no dejaron continuar á Sebastian; los bravos y palmadas ahogaron su voz.

Herrera, orgulloso de su nuevo amigo, impuso silencio, diciendo: « Dejadle continuar, dejad que acabe. »

Sebastian agregó:

« Los Flamencos y Alemanes le rodean, le siguen como aves de rapiña; desean apoderarse del poder, de los primeros puestos. Ahora decidme, ¿cuándo se ha dicho, que un Español, un noble Castellano, Aragonés ó de cualquiera parte que sea, cedió jamas el paso á Alemanes, Flamencos ó Tudescos? ¿Quieren apoderarse de nuestros derechos, de nuestros privilegios y riquezas? ¡Sus! camaradas, á ellos! ¿Por qué volveros contra un hombre solo? ¿Acaso faltan Flamencos ó Alemanes, con quienes habérselas? Á ellos, disputemos con las armas, con las virtudes, con los

méritos, los talentos, ese poder: (¡que no temais, no podrán jamas arrebatarnos!) y una vez que, puestos en balanza nuestros méritos y brios, con su avidez y lerdura, el rey vuelva los ojos á sus nobles Españoles, entónces y siempre, nuestro el triunfo será ¡sí, camaradas!»

Los jóvenes, levantándose uno á uno, vinieron á abrazar á Sebastian, ofreciéndole su amistad para toda la vida; y hasta el plebeyo Jaime, con su aire tosco y desairado, le dijo: «Señor de Hurtado, si todos los nobles, fuesen como vos, sin que esto envuelva injuria contra ninguno; plebeyos y nobles, nobles y plebeyos, viviríamos siempre en santa paz y perfecta union.»

Zúñiga, que era tan inteligente, como generoso y caballeresco, dijo, estrechándole la mano á Sebastian: «Mi querido Hurtado, á fuer de caballero y amigo vuestro, os digo, que me complazco en confesarme convencido por vuestro entusiasta y sensato juicio; me adhiero á vuestra opinion y requiero á todos mis camaradas, hagan otro tanto, pues lo habeis merecido. Los jóvenes llenaron sus vasos y bebieron por Sebastian y sus juiciosas ideas.

Herrera, propuso un nuevo brindis: «Brindo por que nuestro Sebastian, nos acompañe á Aragon y en seguida á Alemania, para que con su ejemplo y constantes consejos, consigamos ganar la causa, que tan valientemente nos propone.»

« ¡Que venga! ¡que venga! » gritaron todos á una, con tal brio y algazara, choques de vasos y botellas, que no dejó de alarmar á maese Ruiz, el honrado y robusto posadero, que más de una vez tuvo ocasion de deplorar el belicoso nombre que á su posada diera.

Los jóvenes insistian, para que Sebastian les empeñara palabra de tomar servicio con Medinaceli; unos le ofrecian recomendarle, otros, que llevaban todas las cosas con más exageracion y apuro, le aseguraban no ser ésto necesario, pues muy pronto iban á proclamar por la ciudad sus discretas y entusiastas palabras.

Sebastian, sin saber ya lo que decia, habiendo bebido como el que más, juró acompañarlos hasta el fin del mundo; lo cual causó aumento de entusiasmo y algazara.

Por último, Herrera, que era el que más despejado estaba, propuso se separasen, para reunirse al siguiente dia allí mismo, á concertar la presentacion de Sebastian y demas pasos necesarios para que el jóven se afiliase en su nueva carrera.

Despues de lo cual, tomó cada uno por su lado, acompañando Herrera á Sebastian hasta la puerta de su casa.

CAPÍTULO XXX.

Nihil est ab omni
Parte beatum.

HORACIO.

Hizo el acaso, que en los momentos en que Herrera entraba á la mañana siguiente en casa de su nuevo amigo, impaciente por saber si, ya más despejada su cabeza de los vapores de la noche pasada, se hallaba aún con las mismas ideas; topase en el patio, con el distinguido letrado don Buenaventura Aldarrias, que se paseaba de arriba abajo, en tanto que Sebastian despachaba su almuerzo.

« Caballero, » díjole el jóven con su natural desembarazo y acostumbrada gentileza, « hacedme la merced de decirme, si sabeis, si mi amigo Sebastian de Hurtado está en casa, y lo que es más, si creis podré hablarle de un asunto que le interesa mucho á él y no poco á mí. »

« Señor mio, » contestó al punto don Buenaventura,

« Sebastian está en este momento almorzando: no os invito á que paseis á hacerle compañía, pues se halla á estas horas con él, la vieja Justina, antigua criada de su madre, que, como sabeis, murió ha cosa de dos meses; y como la buena vieja, con achaque de que ha visto nacer al hijo y de que la madre murió en sus brazos, está charlando que se las pela y riñendo á mi pupilo, porque parece que anoche, entró en casa más tarde que de costumbre y un tantito más alegre que lo que á su duelo cuadra. Pero supongo que vos, caballero, sabeis á lo que me refiero; y creo excusado continuar. Entretanto, venid conmigo á esta sala, que os tengo de pié; y de esa manera evitaremos el sermon de Justina y sus lágrimas, tanto más cuanto que, es principalmente contra mí, que ella pone su grito en el cielo: llamándome viejo libertino, cabeza chocha; y acusándome de pervertir al chico. Y como don Nuño, á quien no sé si conoceis, es un aliado débil y sin resistencia, héme aquí solo y abandonado á los furores de la pobre vieja, que desatina que da miedo. »

Herrera riendo de buena gana al oir los chistes tan naturales y sencillos de don Buenaventura, replicó:

« Hé aquí, pues, á vuestro cómplice; os confieso que anoche yo mismo, conduje á Sebastian hasta la puerta de esta casa; y os juro, que, no nos preocupaban sombríos ni lúgubres pensamientos. Ahora

hacedme la gracia de explicarme, cómo vos, una persona . . . . »

« Pues, » agregó Aldarrias, invitándole á sentarse, « una persona mayor y de respeto, pervierte y seduce al inocente corderillo : vais á oirlo, he aquí la queja de Justina.

« Diz que Sebastian no ama á su madre, porque ayer vestido de terciopelo negro y dorados galones, montado en Zadir, que relucia como si lo hubiesen bañado en aceite, marchó, por indicaciones mias, á donde lo llamaba su deber ; ya me entendeis, salió al encuentro del rey. ¡Vaya una culpa! Por que aún falta no sé qué misa ó responso, que, segun ella, habrá de minorar los tormentos de la difunta su madre, que era una santa, más buena y virtuosa que la misma santa María de la Encina ; y aún hay más ; pero no sé si debo, ignorando vuestro parecer con respecto á estas materias, hablaros con la franqueza que acostumbro, porque por los tiempos que atravesamos, es tanta la diferencia de opiniones, que uno no sabe cuando disgusta ó agrada, y como yo charlo y charlo ; ya se ve, ese es mi oficio, pues, con vuestro permiso, me llamo Buenaventura Aldarrias y Rohela, jurisconsulto, para lo que gusteis ordenar ; y líbreos Dios de necesitar jamas de mis consejos, pues *beatus ille quid procul negotiis,* como dice Horacio. »

Herrera, levantándose de la silla, contestó á su nuevo conocido : « Quiero, señor mio, responderos

con igual franqueza, para que sin embarazo ni temor, me confieis vuestros proyectos, pues me intereso mucho por Sebastian, y quizá á mi vez, os pida segundeis mis miras, si es que no están en abierta oposicion con las vuestras. »

« Que me place, así lo entiendo yo; tengo para mí, que nos hemos de entender y os miro ya como un aliado. »

Herrera agregó sonriendo: « Me llamo Felipe Herrera y Balbuenas, soy Sevillano, noble si gustais, tengo veinte y cuatro años y muchas esperanzas; me hallo á las órdenes del duque de Medinaceli, con quien cuento seguir al rey Cárlos I á Aragon y á Alemania. Mediante la intercesion de mi santo patron, espero guerrear pronto con los Franceses; ¿qué os parece? Creo que no os será difícil adivinar, seor licenciado, con vuestra natural agudeza y perspicacia, que rabio por llevarme conmigo á Sebastian, para que alcancemos juntos gloria y honores; ¿aprobais mi plan? »

Á medida que el jóven hablaba, el semblante del buen letrado se iluminaba por un reflejo de gozo interior, que al fin, y cuando Herrera callara, estalló de esta manera, con agradable sorpresa por parte de éste:

« ¡Dadme esos brazos, bizarro mancebo; sois el mismo Barrabás, venir á proponerme mi mismísimo plan! ¡Con todo mi corazon lo apruebo, lo apoyo y

os juro que, ó no me llamo Buenaventura Aldarrias y Rohela, ó la ganaremos, la ganaremos! Seguidme, Herrera, seguidme, que con vuestra ayuda, no temo ya á Justina ni á sus lágrimas, pues fio en vuestro ascendiente sobre Sebastian; y por San Bruno, jóvenes ambos, bizarros, válgame Dios! si aún creo que os asemejais como una gota á otra gota. Venid; pero me ocurre. . . . escuchadme. ¿Creis que él?. . . . »

Contóle Herrera, entónces, cuanto la noche anterior, Sebastian habia prometido á varios jóvenes, todos nobles y soldados, empeñando su palabra.

« Comprendo, comprendo, » replicó Aldarrias; « el muchacho habia bebido más de lo que acostumbra; y en vuestra atmósfera de juventud y entusiasmo, quién resiste? Pero ahora más apaciguado, más reflexivo . . . . ; es necesario, que os diga, que tenemos un terrible enemigo, ó mejor dicho, una dulce resistencia. »

« Cómo! » esclamó Herrera, « Sebastian . . . . »

« Sí, » repuso don Buenaventura, « mucho me temo que el chico esté enamorado, porque aunque me habla siempre de su cariño fraternal, tengo mis dudas y creo que ama á la jóven Lucia, más como amante que como hermano; aún no se ha dado cuenta de lo que siente, pero no tardará y quizá ya . . . . »

« Lo siento muy deveras, » dijo Herrera tristemente; « si se aman, á qué separarlos; pobre niña, quizá le espera impaciente, en tanto que nosotros

aquí conspiramos crueles contra su dicha: mucho lo siento! »

« ¿Cómo se entiende, señor Herrera y Balbuenas, » replicó don Buenaventura de mal humor, « así desertais tan buena causa? Por vida de Papiniano, que yo miro ese asunto, con más formalidad y acierto.

« Se aman, sea en buena hora, no me opongo á tan dichosa ley de la naturaleza; pero ¿cómo es eso, que á los veinte y dos años, Sebastian, que tiene tan bellas prendas, habrá de sacrificarlo todo á los lindos ojos de la hermosa niña? Que la vea, que se despida de ella, que le jure ser más constante que Ulises y más fiel que . . . ; pero que marche en seguida, á conquistar un nombre para sus hijos, pues bien sabeis, que por lo mismo que sois nobles, habeis de miraros más en vuestras acciones: que lo que en el plebeyo no desdice ni choca, suele ser deshonra, para el hidalgo.

« Ved amigo, » continuó don Buenaventura con tono más amable, « que cuento con vos; habladle de su promesa, mirad que tiene honor y es pundonoroso; recordadle que no sólo os lo prometiera á vos, sino á muchos otros; insistid, daos por ofendido, que yo he de segundaros. Y en cuanto á lo demas; no os aflijais: si se aman, pues ésto no es sino una suposicion mia, la ausencia, suele ser provechosa á los que de veras se quieren y no curan si el objeto está

cercano ó ausente, para dedicarle todos sus pensamientos y deseos. Suponed que al cabo de cuatro ó cinco años, Sebastian vuelve hecho un hombre, estimado de sus compañeros y temido de sus enemigos; qué gusto para vos, mi querido Herrera, volverle á los brazos de la enamorada doncella, que durante este tiempo no habrá hecho sino amarle y esperarle. Y luego, cuanto agradecerá él vuestros consejos, pues merced á ellos, podrá ofrecer á su amada, en vez de un nombre ilustrado, sólo por los hechos pasados y remotos, de sus muertos y olvidados antepasados, las verdes y frescas hojas de sus nuevos laureles! Vos le conducireis al altar, ella con sus miradas os bendice, por que vos se lo habeis vuelto; y en su felicidad presente, confúndese para siempre el recuerdo de su dolor y angustias pasadas. »

Herrera, enternecido, contestó á don Buenaventura: « Habeis vencido, caballero; amigo mio, pues quiero que desde hoy, me dispenseis ese honor; contad conmigo, soy vuestro ya, sin que nada pueda alterar mi resolucion. »

Al concluir estas palabras, salieron ambos en busca de Sebastian.

¿No hay entretanto, quién tome por suya la causa de la pobre amante? Quién hablará por ella? Quién pensará en su pena? Quién? Sebastian. Sebastian, que, inquieto y preocupado, por la imprudente promesa que hiciera, no ha dormido un momento en la

noche. Agitado y sin saber qué lo atormenta, acúsase de frívolo, de insensible, sin que pueda darse cuenta, de por qué se agolpan á su mente, en aquellas horas, los recuerdos de esas horas dulcísimas, de esos dias tan dichosos, pasados al lado de su hermana. ¿Pero qué es lo que siente su corazon, al recordar el último beso, que estampó en la frente de la bella jóven? Aún le parece sentir entre sus brazos, el delicado y flexible talle de la vírgen. ¿Por qué una creciente agitacion, un fuego que del corazon parte y le abrasa y le consume, muéstrale juntas y una á una, las púdicas gracias, de la enamorada doncella? Por momentos, imagina que estrecha cariñoso entre las suyas, las tibias y sonrosadas manos de Lucia; pero ya su tormento es mayor; aún cree sentir en ellas el calor de sus labios; el fuego de esos besos, que entónces fueran tan dulces y hoy le queman. Fuera de sí, deja el lecho, abre las ventanas de su alcoba y ofrece la abrasada frente á las brisas de la noche. El aire puro le hace bien; se siente más tranquilo, cálmase un tanto el fuego de su pecho, brotan lágrimas de sus ojos, parécele que la brisa le trae, los contenidos suspiros de su amiga; ve lo que entónces no viera, comprende lo que significaban esas miradas fijas siempre y anhelando por las suyas, recuerda y se estasía en tierna y voluptuosa sensacion, el estremecimiento imperceptible que á la doncella agitaba, cuando con ojos secos y ardiente

mirada, se abandonó en la última hora de angustia, á sus tiernos abrazos.

Así, la palmera flexible y esbelta, inclina su tallo y pudorosa y amante, se entrega tímida y enamorada á las caricias del viento, que refresca sus marchitadas hojas, y en cada beso, le deja nuevo verdor, nueva frescura, nueva vida. Y llora Sebastian y envia á su Lucia, más suspiros, que lágrimas brotan de sus ojos, y siente que la ama y es amado; y enamorado y dichoso, júrase á sí mismo, no abandonarla jamas. El sueño en tanto, le sorprende ocupado con tan tiernas imágenes; y en sus sueños píntase aún más viva y apasionada su Lucia, que lo que jamas la vieron sus ojos cuando despierto.

Huyó la noche y con ella se alejaron de su mente las bellas imágenes. Á medida que el sol sube en el horizonte, cambian sus sueños; cree verse solo en un sombrío monte, rodeado de fieras, que le muestran, las unas los agudos dientes, las otras, que, erizándose horribles y espantosas, abren sus descomunales bocas y arrojan al aire feroz rugido; y de repente las caras de las fieras toman algo de humano. ¡Ay, que no es ilusion! El tigre, la pantera, el hambriento lobo, se parecen á sus compañeros de la posada, revisten sus facciones, tienen toda su expresion, son ellos mismos. ¡Qué horror! Le hablan, le amenazan, le recuerdan su promesa, le enrostran su falta de fe y todos uno á uno, con eco de bestia y lenguaje

humano, le repiten, *¡perjuro! ¡perjuro!* y el monte repite, *¡perjuro!* y hasta el viento gime á lo léjos, *¡perjuro, perjuro!*

Bañado en sudor, extraviada su razon, abre repentinamente los ojos y ve á Justina, que trata de despertarle, reprochándole su vuelta de la noche anterior y el desórden en que lo encuentra.

Fuera del lecho y caido cerca de la ventana, como le sorprendiera el sueño, Sebastian ofrecia la imágen más completa de una noche pasada en la mayor agitacion.

Sin responder una palabra á la buena criada, mudo y cabizbajo, se cambia de traje, arregla sus cabellos, refresca su abrasada frente y sigue á Justina al comedor, donde le esperaba don Nuño, no para reñirle, como no cesaba de hacerlo la criada, sino para entregarle una carta de fray Pablo, que acababa de recibir. Cuando el jóven oyó nombrar á fray Pablo, sintió que sus mejillas se abrasaban; y sin responder palabra á don Nuño, ni preguntar noticias de nadie, guardó la carta en su escarcela sin mirarla y se apresuró á satisfacer un apetito que no tenía.

Tal era la disposicion de espíritu en que se hallaba Sebastian, cuando don Buenaventura y Herrera, entraron en la habitacion.

CAPÍTULO XXXI.

Au revoir.

Ya podeis imaginar, conociendo las encontradas y opuestas emociones, que al jóven agitaron en aquella noche tempestuosa, cuál sería el resultado de las maquinaciones del letrado y su nuevo aliado. Sebastian, por más que en su corazon sentia elevarse una voz que gemia y suplicaba, intercediendo por la amante Lucia, á quien tan cruel sacrificaba, prometió nuevamente alejarse de ella y partir en busca de honores, afrontando no sólo aquella terrible ausencia, sino desafiando, osado, toda clase de riesgos y aún la misma muerte.

Empeñóse don Nuño, en ser de la partida: advirtiendo, sin embargo, á Herrera, que en tanto ellos pasaban á Aragon, él y Sebastian, irian á despedirse de su tio y de su hermana que ya, impacientes, les llamaban con instancia en la carta que acababan de recibir; y que en seguida, irian á reunirse á sus banderas para pasar á Alemania.

¡Cuánto agradeció Sebastian, tan feliz ocurrencia, ansiando por de más volverse á Murcia, en donde el ingrato olvidaba al pobre fray Pablo, que, sabedor de su desgracia, le exhortaba cariñoso á que se resignara obediente á los mandatos de la Providencia, confiando en su misericordia!

Gracias á la actividad infatigable de Aldarrias, al buen desempeño de Herrera y al conocido nombre de don Nuño de Lara, admitióle Medinaceli, sin embarazos ni trabas, aquel mismo dia, en su estado mayor, á pesar de ser ya muy brillante el séquito que en su compañía llevaba; asegurando, además, á don Nuño, que oportunamente pondria bajo su mando uno de los famosos tercios, que tan conocidos suyos eran. Concedióles al mismo tiempo, licencia para acabar de arreglar sus asuntos y les dió cita para Barcelona, en donde debian reunirse las tropas, para pasar de allí á Alemania, al mando del duque de Alba, general en jefe, pues Medinaceli no tenía sino el segundo puesto; y aunque entónces en los ejércitos no existia la misma organizacion que en los nuestros, sin embargo, sea dicho de paso, que en esa época ya empezaban los generales á estimar en más la infantería, que lo que hasta entónces fuera de costumbre hacerlo, pues las tropas suizas, que tan á la moda estaban, hacian consistir toda su fuerza en la infantería tan menospreciada ántes, por los nobles como indigna de su rango.

Cuando Herrera y sus demas compañeros, se separaron de Sebastian, que, fiel á la cita, no faltó al meson de los Valientes, los jóvenes, con marcadas muestras de interes, le abrazaron como á un nuevo compañero de armas, á quien desde entónces, miraban como á un hermano; prometiéndole todos, compartir con él, así las fatigas, como las ventajas; y poniendo á su disposicion los recursos pecuniarios que cada uno poseia. Sebastian, conmovido por tan espontáneas cuanto sinceras ofertas, les contestó enternecido, aceptando con toda su alma, el nombre de hermano y compañero que le daban; ofreciéndoles tambien á su vez, su corazon, su brazo y su escarcela, en todos los momentos, sin reparo ni tasa; despues de lo cual, despidiérons e, abrazándole todos con efusion; y muy especialmente Herrera, que al separarse, le dijo: « Cuida que la bella Lucia, no haga que te olvides de tu nuevo amigo. » Lo que dió motivo, á que Sebastian, le respondiese con una sonrisa y poniendo la mano sobre el corazon: « Hay sitio aquí para ambos; no temas, que soy tu amigo para siempre. » Y los jóvenes se abrazaron nuevamente; pensando el egoísta amante, que puesto que Herrera conocia ya su amor, sería para él un consuelo, tener á quien hablar de Lucia, durante aquella ausencia, que aún no podia imaginar el tiempo que habia de durar, pues á ese respecto, nada habia hablado con don Nuño.

No me parece de más, decir algo, sobre la despedida que á Sebastian, hicieron Justina y Aldarrias. Con cuánto interes se ocupó el buen letrado, de explicar á la pobre criada, que tanto amaba al jóven, la necesidad que habia para su propio bien, de que éste se alejase por algun tiempo, de los lugares en que habia nacido, para ir á correr tierras y buscar aumento á su fortuna!

La pobre vieja, de vuelta á la casa materna, despues de la última ceremonia, que con toda pompa se celebró, para el descanso eterno del alma de la difunta su ama, abrazó á Sebastian, con lágrimas en los ojos, pidiéndole no la olvidase, y al mismo tiempo, agradeciéndole enternecida, la generosa dádiva de una pequeña hacienda, que el jóven, en remuneracion á los servicios fieles, que á su madre habia prestado, durante tantos años, acababa de hacerle.

Don Buenaventura, por su parte, abrazó tambien á Sebastian y á don Nuño, tratando de ocultar su visible emocion, y encargándoles no se demorasen demasiado en Murcia, pues urgia fueran á reunirse á sus compañeros. Despues de lo cual y viendo que á pesar de lo mucho que hacia, sus lagrimas pugnaban por salir contra su expresa voluntad, con un gesto de mal humor y dándose una palmada en la frente, exclamó: « ¡Qué demonio! Si por más que quiera ocultarlo no puedo! ¡Pese á mí! Lloro como un niño, y ésto, porque os marchais. Idos, pues, en

hora mala, que ya rabio por verme libre de vosotros. »
Y don Buenaventura, al decir tales palabras, se entró repentinamente en casa de Sebastian, dejando á éste y á don Nuño á la puerta, prontos ya á montar á caballo.

Justina y Pedro les acompañaron á pié, hasta las puertas de la ciudad, siendo esto motivo de que el impaciente Sebastian, que hubiera deseado ver volar á Zadir, contuviese el ardor de su pecho y el paso de su cabalgadura.

CAPÍTULO XXXII.

De quel espoir mon coeur s'enivre!

HUGO.

¡Con cuán diferente espíritu, recorre Sebastian los mismos lugares que hace quince dias atravesó distraido y tan infeliz! ¡Cuán bellos le parecen esos mismos sitios, animados hoy por la luz de su esperanza! Va á ver á Lucia; podrá decirla ya cuánto la ama; cómo su vida le pertenece; y, sin embargo, va á separarse de ella, va á exponer á mil riesgos esa misma vida á que su amor da hoy tanto precio. Cuando tal idea cruza por su mente, mete espuelas al caballo, se agita impaciente sobre el lomo del brioso corcel y parece, con su esfuerzo, querer salvar la distancia que aún le falta. ¿Cómo decir á Lucia el cambio de sus afectos? ¿Cómo hablar á la doncella del fuego que arde en su pecho? En tales momentos, se vuelve el jóven á don Nuño con la idea de hacerle una confidencia; mas, el semblante austero y grave de su compañero, sus ojos

apagados, en cuya mirada hay tan poca animacion, aquella falta de vida, que parece aislarle de toda emocion, de todo goce, paralizan los labios del amante. ¿Cómo podrá comprenderlo, un corazon helado ya y sin fuerza? Suspira tristemente Sebastian, inclina la cabeza sobre el pecho y torna á engolfarse, en sus amorosos pensamientos. Y, sin embargo, don Nuño ama mucho á Lucia; Lucia es la única flor que el cielo deja en su áspera senda; más de una vez se ha preguntado el desgraciado amante: « ¿Serán dichosos? ¡Se aman! ¡Ay! Desgraciados si se aman demasiado, pues celoso el Cielo de tan perfecta dicha, les arrebatará su tesoro, ó les preparará quizá más cruel martirio. » Don Nuño, desde los primeros tiempos en que los sencillos jóvenes ni soñaban siquiera en el amor, que iba en breve á hacer de sus almas, una sola, por una intuicion verdaderamente divina, adivinó aquel amor, confió en él, prometiéndose desde entónces, amparar á Sebastian, no abandonarle jamas y velar aquel naciente cariño como un reflejo de aquel, que en otros dias, fué la vida de su vida y que hoy, á pesar de sus blancos cabellos, es el faro luminoso que aún alumbra su triste existencia, mostrándole más allá y despues de la muerte, el brillo de una bendita esperanza.

Así fué que, cuando don Buenaventura le habló tan juiciosamente de alejar al jóven por algun tiempo, de hacer que tomase una carrera y marchase en

busca de glorias y honores don Nuño; como si se tratase de su propio corazon, sintió una cruel opresion, cual si amenazase á Lucia un inminente riesgo. « ¡Infelices jóvenes, » dijo para sí, « cuando tienen la dicha tan cierta, tan cercana, habrá de separárseles con desapiadada dureza! ¿Habrá de sacrificar Sebastian, lo que posee el hombre, de más precioso, al humo vago de la gloria, que nada, nada deja en el alma? » Y, sin embargo, don Nuño se contentó con deplorar tan triste necesidad, callando, como tenía de costumbre, temeroso siempre, despues de tantos años, de que un ojo extraño é indiferente, pudiera ver la cruel herida que ocultaba en su pecho. Así, por el amor de Nina, sacrificó el amor de Lucia, injusto tan sólo porque ama; como si la felicidad, planta exótica en la tierra, tuviese necesidad de ser eternamente regada con lágrimas, para que apénas alcancemos á ver por unas pocas horas, el más tierno y endeble de sus retoños; que muere apénas nace, sin alcanzar jamas á echar la flor.

Sebastian es dichoso, sin embargo; que el corazon del que ama, por desgraciado y combatido que esté, lleva siempre en sí mismo un paraíso que le alienta, le alimenta, le hace sentirse otro, nuevo; poseedor de la divinidad; como si aquella sola chispa, bastara sólo á hacer una inmensa diferencia entre lo que fuera ántes y lo que hoy es.

Ingrato Sebastian, ahogada su alma, en aquel mar

violento á que hoy se abandona, apénas en sus ojos se han secado las lágrimas que derramó sobre la reciente tumba de su madre y ya su corazon, rico de porvenir y de entusiasmo, indicándole un más allá, de dichas y contento, le impide volver la vista al mal que deja y que aún lloran sus ojos. Pobre Sebastian, compadecedle, no os apresureis aún á condenarle; ved que su dicha habrá de ser tan duradera, como la vida de la fresca rosa que el inocente y aturdido niño, estruja sin saberlo y aún sin quererlo, entre sus dedos, que le dan la muerte. Ved que su misma madre, desde el Cielo le mira, le perdona y llora por él, gozando de la cruel felicidad que poseen las almas de los justos, de leer lo que le espera al caminante, que, con rostro alegre y corazon tranquilo, emprende su jornada, fascinado por la luz de una esperanza que le anima, que le alienta, que le lleva.

CAPÍTULO XXXIII.

Moi j'étais devant toi plein de joie et de flammes
Car tu me regardais, avec toute ton âme.

HUGO.

« ¡Madre, madre! » gritó de repente Lucia, que sentada á la ventana, miraba siempre en la misma direccion. « ¡Ellos son, ellos son! » Hallábase Mariana, en la otra habitacion ocupada de los aprestos de su modesta comida, á la cual, desde la partida de Sebastian, asistia siempre fray Pablo, y dejando lo que tenía entre manos, con la priesa que le permitieron sus piernas, vino á donde estaba la jóven, diciéndo: « ¿Cómo? ¿Y no corres á recibirlos? ¿Pero, qué pálida estás: ¿te sientes mala? ¡Lucia, Lucia! » Y la buena Mariana, sacudia el brazo de la jóven, que un tanto más repuesta, replicó con trémula voz: « No es nada, madrecita, no tengo nada, la sorpresa únicamente. » En ese momento, entraban en la habitacion los viajeros, seguidos de fray Pablo.

Don Nuño corrió á abrazar á Lucia, que se arrojó

en sus brazos, sollozando. Qué no hubiera dado en ese momento, el de Lara, porque aquella nueva separacion no tuviese lugar; pero, ¿qué remedio? lo habian prometido. Entretanto, Sebastian, despues de abrazar á Mariana, pálido y casi tan turbado como Lucia, esperaba á que don Nuño dejase la jóven para abrazarla á su turno; pero ella, sin levantar la cabeza, que apoyaba en el pecho de su padre, y casi sin mirarle, le tendió la mano, diciéndole tan sólo: « ¡Sebastian! » El jóven estrechó dulcemente aquella mano; y sin saber por qué, ó mejor dicho, sabiéndolo muy bien, agradeció más aquel *Sebastian,* que si la doncella, como en su primer entrevista, le hubiera ofrecido su frente, echándole los brazos al cuello.

Mariana, fuera de sí de alegría, iba y venía de un lado á otro. «¡Qué suerte! » repetia, « hayais llegado á la hora de comer. Ya se ve, vendreis mal acostumbrados y mis guisos habrán de pareceros por fuerza insípidos, no hay remedio; pero sospecho que por allá no teníais quien os quisiese tanto como nosotras; ¡oh! lo que es yo, mi querido Sebastian, compongo muy poco mundo; pero la chica, Lucia! Vírgen Santísima, sentada siempre á la ventana, espera y más espera; sin comer ni dormir. »

« Madre, » dijo Lucia, « basta ya de tristes recuerdos, basta. » Pero Mariana replicó: « No, hija mia, quiero que don Nuño y Sebastian te riñan; y eso que

no hablo de tus lágrimas . . . de tus . . . qué sé yo . . . si ésto dura, creo que me marcho yo tambien, por no verla sufrir. »

La jóven puso fin al diálogo, yendo á abrazar á su madre y pidiéndole perdon.

Sebastian, entretanto, devoraba á Lucia con sus miradas, que ella parecia evitar; pero al fin sus ojos se encontraron, pudiendo ver uno y otro, en aquella primer mirada, cuánto se amaban y cuán pagados estaban ya, de tanto sufrir y esperar.

¡Qué diferencia entre la animacion y la alegría de esa comida, y las que de ordinario se hacian en aquella casa! Todos estaban contentos, la dicha de los amantes parecia reflejarse en todos los semblantes. ¡Cosa extraña, hasta ese momento; ninguno de ellos se habia comunicado su pensamiento ni sus proyectos; pero tácitamente y sin que hubiera sido necesario explicarse, á porfía se disputaban el placer de contemplar y protejer tan inocente amor!

No se engañó Sebastian, respecto á las preguntas de Mariana, pues la buena madre, no cesaba de interrogarle sobre los más ínfimos detalles. Pero él, sin omitir circunstancia alguna, que á Mariana y á Lucia pudiese interesar, les describió con su natural despejo y gracia, aquella famosa fiesta de Valladolid, sin olvidar su traje, ni el de don Nuño; absteniéndose, no obstante, de decir nada que tuviese referencia al resultado de ese dia, tan alegre

y que acabó con la fatal promesa, tan dura hoy para su corazon.

Mariana estaba encantada. « Hijo de mi alma, » exclamaba, « ¡qué hermoso estarias con tan rico traje: jubon de terciopelo, calzas negras, toca con pluma blanca; qué lástima que Lucia no te haya visto tan guapo! Ya se ve, para nosotras siempre eres el mismo; pero imagino, cuánto debian sentar á esos ojos negros, el brillo del terciopelo y los galones. Pero ya te veremos, te veremos, pues espero no habrá de ser ese el último dia, que con tan bello traje te engalanes. »

Mientras el jóven hablaba, Lucia le miraba en silencio, pendiente de sus labios. ¡Cuán bella estaba la enamorada doncella, con sus hermosos ojos, que parecian ese dia más grandes que de costumbre, tal era la fijeza é intensidad de su mirar, con las manos cruzadas sobre el pecho, pareciendo escuchar celestes armonías, que tal eran para ella las palabras de Sebastian! ¡Poder del amor, cambias la más sencilla expresion en dulce trova, la más simple narracion hecha por el que se ama, tiene el poder de absorber el alma enamorada! ¿Qué encanto es el tuyo, amor? ¿Qué no consigues? Parece que cuando se ama, la vida se reduce sólo á estas dos frases: gozar cuando cerca miramos aquel que amamos; sufrir cuando de nuestro lado se aparta.

Pasaron juntos la velada, nuestros amantes, como

tenian ántes de costumbre; sin más, que sus lecturas favoritas, fueron reemplazadas por la conversacion íntima y esas dulces confidencias, que cambian los que han estado ausentes. Esas eternas preguntas y respuestas, que hacen el encanto del que llega á donde es esperado y donde todo lo que le pertenece, interesa y es dulce saber. Sebastian, recordó tambien á su pobre madre; en pocas palabras, dejó comprender á sus amigas, cuánto habia sufrido en aquel triste dia de su llegada y en los que le siguieron. Mil veces dichoso Sebastian, la anciana y la jóven, derramaron abundantes lágrimas, que de nuevo hicieron correr las suyas; y aquel llanto hizo más bien á su corazon, que las más sentidas y elocuentes expresiones. Sin decir una palabra, cuando el jóven habló de su sorpresa, al encontrar desierta la habitacion de su madre, y el agudo dolor que sintió su pecho, reconociendo el silencio y la soledad de la muerte, Lucia, que estaba sentada á su lado, le tendió la mano, que él estrechara tiernamente y guardó entre las suyas, hasta el momento de separarse. Fray Pablo, fué quien recordó á su sobrino, la necesidad que tenía de descanso; y no sin tristeza, abandonó éste aquella pequeña manecita, que tan grande felicidad le daba. Pero era forzoso seguir la indicacion de su tio, que estaba ya de pié, y daba las buenas noches á don Nuño. Despidióse Sebastian de Lucia, con aquel dulce *hasta*

mañana, que encierra en sí, tantas esperanzas y que es un bálsamo suavísimo, para el corazon que ha sido combatido con una cruel ausencia. « Hasta mañana, hijo mio, » respondió Mariana. Y aquel *hasta mañana*, más grato al oido del que ama, que el canto de la alondra y el trino del ruiseñor, como una divina armonía, resonó en el oido de la enamorada doncella, aún mucho despues que el sueño cerró sus fatigados ojos.

CAPÍTULO XXXIV.

Y en el incierto vaiven
De la fortuna inconstante
Nace y muere en un instante
La esperanza del amor.

ECHEVERRÍA.

El siguiente dia, muy de mañana, Mariana y Lucia fueron á la iglesia, á dar gracias á María Santísima, por la feliz llegada de los viajeros, pidiendo la jóven muy especialmente, á la Vírgen de los Desamparados, no alejase jamas á Sebastian de su lado. Su plegaria, tan pura y santa, digna era de que la Vírgen sin mancha, la escuchara con semblante gozoso. Mas, ¡ay! todo era en vano, lágrimas habian de correr. Lucia tenía aún que purificar su amor por el sufrimiento y la amargura. Confiada, en tanto, en la sentida súplica, que acababa de hacer; con semblante sereno y ligero paso, volvióse á casa, la sencilla doncella, á desempeñar sus modestas

obligaciones, pareciéndole encontrar en todas ellas, nuevo encanto, pues veia á lo léjos, la recompensa á sus tareas del dia.

En la noche veria á Sebastian. ¡Cuánto tienen que decirse, cuánta felicidad les aguarda! No imagina más completa dicha, que verle todos los dias, tenerle tan cerca; ¡bendita María, es obra suya, aquella! Razon tuvo fray Pablo: su corazon esperó y alcanzó.

Entretanto llega el momento de verle; la jóven, despues de haber ayudado á Mariana en el arreglo y limpieza de la casa, y haber adornado la habitacion con flores lo mejor que pudo, poniendo las sillas en el órden que en la noche ocupaban, como si de ese modo acercase la llegada de tan deseado instante; y habiendo abierto los libros en los pasajes que Sebastian preferia, se ocupaba en hacer una labor que destinaba á don Nuño para el dia de su santo, ya próximo.

De repente y sin saber cómo, Lucia, que con el pensamiento ausente, fijaba los ojos en su labor, ve á sus piés á Sebastian; éste, sin pronunciar palabra, ni hacer ruido, de rodillas la mira, con ojos apasionados. Sorprendida y sin saber qué decir, con el rostro encendido y turbados ojos, ni repara siquiera la doncella que Sebastian se ha apoderado de sus manos y con ardor las besa.

« Perdóname, ángel, te haya causado susto;

perdóname, dime que me amas y aceptas mi corazon. Soy tuyo! ¿Pero qué? ¿No respondes? ¿Te ofende acaso la vehemencia de mi pasion? ¿Me habré engañado, Lucia? ¿No me amas? ¡Ah! si supieses! . . . ¿Pero si no me amas, qué te importa? ¿Por qué ocultas tu rostro celestial? ¿Por qué no fijas tus ojos en los mios? ¡Ay! cruel! Cuando tan pronto me veré privado de tí, cuando la ausencia . . . . »

« ¿Qué dices, Sebastian? » exclama la jóven, clavando sus ojos en los suyos. « ¿Qué hablas de ausencia? ¿Responde? »

Sebastian, viendo el cambio de la que ama, que ya en vez de huir sus miradas parece ansiar por ellas, responde, estrechando fuertemente sus manos: « Es fuerza partir. »

Al oir Lucia, tan crueles palabras, se arroja en sus brazos, repitiendo entre sollozos: « ¡Cruel! ¡Cruel! »

En vano trata el jóven por medio de sus caricias de tranquilizar á la pobre niña, que tan repentinamente pasa de la esperanza al desengaño; á medida que sus palabras son más dulces, más amargas y abundantes corren sus lágrimas.

De improviso y como quien despierta de un sueño, soltándose la doncella de los brazos de su amante y pasando las manos por la frente, como para aclarar sus pensamientos, exclama: « ¡Dices que es fuerza dejarme! ¡Ay! Sebastian, tú me amas; y sin embargo, me dejas? Cree ingrato, que nada en el

mundo, ni aún la idea de conocer á mi pobre madre, pudiera voluntariamente separarme de tí. ¡Ingrato! ¿Y dices que me amas? No, no es posible que quieras que muera; dí que me engaño, dí . . . . »

En este momento don Nuño entró en la habitacion. « ¡Padre! ¡Padre! » repite Lucia volviéndose á él y tendiendo los brazos como para hallar amparo. « Quiere dejarnos. ¡Ay! ¡vos no lo permitireis! »

« Pobre hija mia, » respondió don Nuño, « es necesario; escucha la razon; nada puedo por él, ha empeñado su honor, lo ha jurado. »

Inmóvil, Sebastian, de pié, con semblante alterado y mustia mirada, parece la estátua de la desesperacion.

Viendo Lucia, que en nadie encontraba apoyo, se arrojó desconsolada sobre una silla, exclamando: « ¡Madre, madre, quién me consolará! »

Fray Pablo y Mariana, que en la otra habitacion esperaban, sabedores de la entrevista de los jóvenes, entraron juntos, cuando lo creyeron oportuno; Mariana corrió á consolar á Lucia y fray Pablo abrazó á Sebastian.

Mucho tiempo lloró Lucia, sobre el pecho de su vieja madre; que sin saber qué decirla, desolada, viendo su llanto, le prodigaba los nombres más tiernos, hablándole como lo hacia en sus primeros años, cuando trataba de apaciguar sus pasajeros dolores de niña.

Todos callaban; Sebastian, sentado entre don Nuño y fray Pablo, miraba sin cesar el grupo de la madre y de la hija; de vez en cuando, fray Pablo, alzando los ojos al Cielo, pedia misericordia al Señor: don Nuño, con las facciones contraidas y la mirada ausente, parecia asombrarse de que hubiesen aún dolores que conmovieran su corazon helado.

Así se pasó aquel dia, que empezaba con tan risueñas ilusiones; nadie pensó sino en sufrir, en consolar, en orar.

Cuando estaba cercana la noche, fray Pablo pidió á Mariana le dejase solo con Lucia. Y todos salieron de la habitacion. La jóven levantó entónces su pálida frente, y despues de tantas horas de sufrir y callar, con acento desgarrador, arrodillándose á los piés del sacerdote, con las manos juntas, en actitud suplicante, exclamó: «¡Piedad, piedad, padre mio!» Fray Pablo, levantándola dulcemente, respondió: «Sí, hija mia, piedad tambien para él, que es muy desgraciado; piedad para ese corazon que tu duelo desgarra y que necesita de todo su vigor. Piedad, hija mia, para él, que tanto te ama, para él que daria hasta su vida por ahorrarte una queja. Pero su nombre, Lucia, su honor, ese mismo honor que tú algun dia guardarás puro y sin mancha, exigen de vosotros este sacrificio. Contempla de hoy en más á Sebastian como á tu esposo. En nombre del santo lazo que ha de uniros, ten piedad de su afliccion, no destroces

sin piedad, ese corazon que es prenda tuya. La mision sacrosanta de la que ama, es sacrificarse por el objeto amado; inmola tu corazon en la cruz de tan cruel ausencia, purifica tu amor por tus lágrimas. Aún no es tiempo, Lucia; piensa que Aquel, que es el perfecto amor, murió amando y perdonando. El corazon de la mujer debe ser el refugio del hombre; de allí debe su flaqueza sacar fuerza, en él debe siempre encontrar consuelo, pues la compañera del hombre está á su lado, para guiarle, para animarle cuando desfallece, con su ejemplo, con su dulzura, con su paciencia. No llores, Lucia; hija mia, oculta, reprime ese llanto que filtra en el corazon de Sebastian como gotas de hielo, que le embarga, le destroza y acabaria, quizá, por enervar su fuerza, haciéndole capaz de todo, hasta de olvidar un juramento sagrado. »

Cuando fray Pablo calló, Lucia, que le habia escuchado de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, besó la mano del sacerdote, que, de pié, delante de ella, la contemplaba con semblante cariñoso. « Gracias, padre mio, le dijo, vuestras palabras son siempre el más dulce consuelo para mi corazon; bendito una y mil veces el momento en que el Cielo me puso bajo vuestro amparo: ayudadme en mis tribulaciones, padre mio; alentad mi espíritu, me siento débil. Ahora os pido como una grande merced, me dejeis durante algunos instantes

sola con mis pensamientos; necesito tranquilizarme y llorar todavía algo más: éstas han de ser las últimas lágrimas, que él ha de ver en mis ojos. Decidle, os pido, que pronto seré digna de su amor y le recibiré como conviene á la que ha de ser su esposa. »

El religioso, despues de bendecirla, salió de la habitacion en busca de Sebastian, á quien halló tan triste y abatido, como si hubiese perdido las alas del corazon. Sin embargo, cuando fray Pablo le repitió las palabras de Lucia, el jóven, más animado, exclamó, volviendo los ojos al lugar hácia donde ella estaba: « Angel; Dios premiará tu valor y fortaleza. »

La doncella, entretanto, sola consigo misma apuró hasta las heces su amargo cáliz; nadie sabe lo que pasó por aquel corazon en esa hora de recogimiento; nunca reveló á alma viviente el sobrehumano esfuerzo que hizo, para presentarse en seguida al que amaba, con frente serena y enjutos ojos, devorada por la fiebre que interiormente la consumia. Perdió para siempre Lucia, en aquella tremenda hora, los últimos vestigios infantiles que aún poseia: hundiéronse sus ojos, empalidecieron las redondas mejillas; los sonrosados labios, que aún sonreian con la gracia y espontaneidad de los primeros años, tomaron desde entónces, una expresion amarga y seria, que parecia convenir mejor á su apagada y melancólica mirada: hasta su flexible talle se inclinó suavemente, como delicada planta que á impulso

del aquilon dobla sus tallos. La jóven estaba quizá más bella en su dolor y resignacion de lo que ántes fuera, cuando alegre ó indiferente, sonreia y amaba, como aman y cantan las tiernas avecillas. Lucia poseia ya toda la irresistible gracia de la mujer amante, que comprende su mision y se apasiona y ama hasta sus dolores, porque son causados por su mismo amor. La fresca rosa cambióse en pálida azucena, ménos fresca y colorida, pero más fragante y bella.

Aquel mismo dia, en presencia de Mariana, que lloraba sin saber, si de gozo ó de pena y de don Nuño y fray Pablo, Sebastian puso en la mano de Lucia el anillo de novia, que unia ya sus corazones para siempre; y despues de besarla en la frente, le dijo estas palabras: « Lucia, á mi vuelta seré tu esposo; entretanto, conserva ese anillo como símbolo del amor que te dejo y confio guardarás sin alteracion. Amada mia, espera en tu Sebastian que volverá pronto, para consagrarte su vida entera. » Lucia besó el anillo, puso la mano sobre el corazon, y levantando sus bellos ojos al Cielo, como para hacerle testigo de la promesa que hacia, respondió dulcemente: « Siempre. »

Como Sebastian debe tan sólo pasar ocho dias en Murcia, esfuérzase la doncella, en todos los momentos, en contentarle y hacerle olvidar, cuánto sufren ambos. Con suma delicadeza, háblale de sus proyectos

para el porvenir; pásanse horas y horas, formando dulces planes, como si para realizarlos no les fuese necesario sufrir aún, la cruel prueba que les espera ya tan de cerca. Juntos, como en otro tiempo, fueron á visitar á su ahijadita varias ocasiones, llevándo la madrina mil chucherías y golosinas del agrado de los niños; pues ella decia, que aquella criaturita inocente, era la buena hada que habia hecho que Sebastian la amase. Á lo que el jóven respondia cariñoso: « No te afanes en buscarle razon á mi amor, porque todo el que te ve, por fuerza te ama, ángel mio. »

Cuando la jóven supo, que don Nuño debia nuevamente acompañar á su amante, conmovida por el agradecimiento, que desbordaba de su pecho, dijo á su buen padre: « ¿Con qué podré pagaros, señor, lo que por mi haceis? Huérfana y sin amparo, habeis sido para mí más que padre, ¿cómo pagar vuestro amor, vuestros desvelos? »

« ¿Cómo, hija mia? » le respondió don Nuño enternecido, « esperando resignada y no desesperando demasiado. »

Mariana, que escuchaba el diálogo ocupada en hilar su algodon, como si aquella ocupacion la absorbiese completamente, exclamó, enjugando sus ojos: « ¡Ay! triste de mí; dice que es huérfana, como si jamas hubiese tenido ocasion de sentirlo, como si yo no la amase como á mi propia hija. ¡Ingrata, por

que don Nuño acompaña á Sebastian, olvidas á la pobre vieja, que moriria cien veces, porque no le vieses alejarse de tí! » Lucia y Sebastian, se arrodillaron delante de la anciana, para que los perdonase y bendijese como verdadera madre: lo que hizo la vieja Mariana, diciendo, apénas estuvieron léjos los amantes: « ¡No los veré felices, jamas! Siento que mi alma se va, pobre hija mia! »

Llegó el tremendo dia de la separacion; la víspera, por la noche, Lucia, hizo que don Nuño y Sebastian le prometiesen no marcharse, sin despedirse de ella, asegurándoles estaba preparada para el terrible momento y deseaba verles, todo el mayor tiempo posible. En seguida, pidió á Sebastian le leyese esos cantos de la Eneida, que tanto les habian hecho gozar, en mejores dias, prometiéndole leerlos siempre, como recuerdo de aquellos dias y de esa última noche.

Mariana y fray Pablo, cambiaban miradas de contínuo, sintiéndose ambos desgarrados por el espectáculo de aquellos dos desgraciados. Don Nuño, más triste que nunca, les volvia la espalda, no pudiendo, segun su decir, resistir la horrible serenidad de Lucia.

Aquella noche nadie durmió. Lucia, arrodillada delante de una imágen de Cristo, pedia fuerza, para soportar tan horrendo trance. La anciana, sin querer ponerse al lecho, sentada detras de su desventurada

hija, pasaba las cuentas de su rosario en silencio, sin que ni la fatiga de tan larga velada, ni el peso de sus años, cerrasen un momento sus cansados ojos.

Y Sebastian, á pesar de las instancias de su tio, se echó vestido sobre la cama y no hizo sino sollozar y desesperarse, como un niño.

Al rayar el alba, don Nuño, que tambien velaba, se fué á casa de Sebastian, pues éste le habia pedido pasara á buscarle, cuando lo hallase conveniente. Ocupáronse ambos de sus cabalgaduras, y advirtiendo el de Lara, la alteracion del semblante del jóven, no le habló sino lo referente á los aprestos del viaje, sin hallar qué decir, que estuviese á la altura de tan críticos momentos: tan cierto es, que la palabra no alcanza siempre á revelar lo que el alma siente.

Una vez que estuvieron prontos, dirigiéronse ambos á casa de Lucia, llevando sus caballos de la brida.

En la pequeña sala, donde se reunia de noche la familia, estaba Lucia, más pálida que una estátua, sentada en su asiento de costumbre. Mariana y fray Pablo, á poca distancia, hablaban en voz baja. Cuando Sebastian entró, Lucia, parándose de improviso, exclamó: « ¿Vienes á decirme adios? Amigo mio, no pronuncien jamás tus lábios tan cruel palabra, abrázame, soy tu esposa, solo la muerte podrá acabar con mi amor y aún asimismo, mi alma

conservará la dulce reminiscencia, de lo que fué para la tuya.

« Anda, Sebastian; cumple con lo que debes á tu rey y á tu patria; acuérdate, de la que aquí queda suspirando por tí; no para que tu corazon, se enerve y desfallezca: No; recuérdame como á tu ángel bueno, que desde léjos y á fuerza de amor y de constancia, apartará de tí los peligros y sabrá, á pesar de todo, volverte á mis brazos. Anda, esposo mio; no te cures de mi pena, no repares en el llanto, que pugna por brotar de mis ojos; acuérdate tan sólo de que es necesario padecer y sufrir mucho, para que el Cielo nos conceda, misericordioso, un reflejo de su luz, á los que estamos en la tierra. » Y la doncella abrazó á Sebastian y en seguida á don Nuño, á quien dijo: « Padre, os confio mi tesoro, devolvédmelo. » Don Nuño respondió con acento inspirado: « Lo juro. »

Era fuerza alejarse; Sebastian, inmóvil en el mismo sitio, parecia clavado al suelo; don Nuño tomándole del brazo, le dijo: « ¡ Á caballo! » Entónces él, volviendo de su estupor, corrió á donde estaba Lucia, y abrazándola con pasion y como si sus brazos se resistiesen á soltarla, la oprimia convulso contra su corazon. La jóven, pálida, fria, con los largos cabellos en desórden, casi sin responder á aquellas ardientes caricias, hacia un contraste espantoso con su amante; Lucia parecia la pálida resignacion, en brazos de la horrible desesperacion.

Fray Pablo, deseoso de dar fin á tan horrible escena, se acercó á Sebastian y con tono severo, pronunció estas palabras: «En nombre de tu padre, Sebastian de Hurtado, oye la voz del deber.» Esto bastó; arrancóse de la jóven y corrió desesperado fuera de la habitacion, seguido por don Nuño. Fray Pablo recibió en sus brazos á la exánime Lucia, que fiel á su promesa, sin dar un suspiro ni proferir una queja, resistió hasta el último instante, en que su débil cuerpo cedió ante el inmenso peso de aquella cruel angustia. Mariana, viendo á su hija amada, fria y sin alientos, en brazos del anciano, exclamó: «Hija mia, ampárente siempre esos brazos! Se ha marchado sin acordarse de mí, á quien ya no volverá á ver. ¡Ingrato! ¡Lo perdono y lo bendigo! Dios se apiade de nosotras.» Y la buena anciana, casi tan desfallecida como la jóven, se puso de rodillas en el suelo para tratar de calentar con sus helados dedos, las frias y húmedas manos de su hija.

Hé aquí á Lucia, en medio de los dos únicos protectores, que en la tierra le quedan. Su jóven amante párte á tierras lejanas á encontrar quiza la muerte, seguido del fiel don Nuño, que ha prometido salvarle, aún á costa de su propia vida. La nube del futuro envuelve aún su destino.

¡Pobre flor, combatida por enemigos vientos! La doncella, amparada por aquellos dos troncos casi secos, ¿cómo resistirá á nuevos combates, á nuevas luchas?

Allá en los Cielos, el Padre Celestial, que ve su alma cándida y virginal, vela por ella. Él la protejerá, Él la amparará, como proteje y da vida á la inocente tórtola y á la modesta flor del campo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

Roges tuum labore quid juven mco
Imbellis ac firmus parum ?

HORACIO.

En un meson, que por el año de 1525, era de los más afamados, de cuántos habia por esa época en la ciudad de Cadiz, hallábanse reunidas el dia que empieza esta narracion, dos personas conocidas nuestras, y quizá las más importantes de esta historia. La sala principal de la posada, estaba llena de gente, que parecia venir de léjos, ó por lo ménos, prepararse para un largo viaje. Por todos lados, veíanse baules, atados de ropa, canastos de diversas clases y dimensiones; y ese sinnúmero de objetos, que acompañan siempre al viajero de todas partes y que sólo varian de especie y calidad, segun su nacionalidad, ó su fortuna.

Hallábanse allí, mezclados en confusion, siendo mayor el número del que cómodamente podia contener aquella estrecha sala, oficiales, soldados y

marineros; mujeres y muchachos; hombres de diferentes edades y variados trajes, que hablaban entre sí y se afanaban por acomodar sus equipajes, en el lugar más seguro y apartado, de los que aún quedaban en la revuelta habitacion. ¿Qué hacen allí esos buenos campesinos, en tan estrecha liga, con esos rudos soldados? ¿Qué buscan aquellas sencillas mujeres, que con sus hijos en brazos las unas, las otras arrimadas lo más que pueden á sus amantes ó maridos, parecen pedir una proteccion, que al parecer no han menester, pues, á pesar de la algazara y general bullicio, todos están alegres y satisfechos, reinando entre aquellas gentes de distintas y opuestas profesiones, la más grata cordialidad y armonía? ¿Á dónde van? ¿De dónde vienen? Subamos á un cuarto pequeño, que da sobre el segundo patio, escuchemos y quizá sepamos eso y algo más.

En la habitacion, que es alta, hay una ventana que da al mar, cerca de la cual está sentado un anciano en traje de religioso, leyendo con constante atencion un pequeño libro, que, á no dudarlo, es un breviario. El anciano, tranquilo y recogido, embebido en la lectura, de espaldas á la ventana por la cual penetra el sol lujoso de Andalucía, que al pasar, parece acariciarle mansamente, recibe complacido aquella caricia, que conviene cumplidamente á la nieve que ostentan sus raros cabellos. No será difícil adivinar quién es aquel anciano, que supongo habrá

conocido ya el lector, por el hábito de religioso que viste, no obstante haber descuidado hasta este momento, hacer una descripcion de su figura. Y como puede haber, quien desee conocerle más íntimamente, me apresuro á decir, que la cara de fray Pablo hubiera podido servir de modelo, por la dulzura inteligente y grandeza de su expresion, para un retrato del celoso apóstol, cuyo nombre llevaba.

Á poca distancia de fray Pablo, y en frente suyo, vése una jóven arrodillada en el suelo, delante de un inmenso baul, ocupada en acomodar en él alguna ropa y varios papeles, que de vez en cuando recorre con sus bellos ojos, como si encontrase en cada uno de ellos algo de muy agradable. Á medida que los lee y los dobla cuidadosamente, una sonrisa de contento brilla en su cara. Ella es, es Lucia, nuestra tierna amante, la misma que abandonamos ántes cruelmente, en brazos de Mariana y de fray Pablo; pero, ¡cuánta mudanza hay en ella! La angustiada y marchita jóven, tornó de nuevo á sus galas y frescor; sus mejillas, si bien se conservaron siempre pálidas, no es ya con esa palidez ocasionada por el continuo riego de las lágrimas; ántes parece que aquella ausencia de color, unida á la dulce languidez de su mirar, proviene, más bien del goce íntimo y sin tasa del placer, en su más ardiente manifestacion que de melancólicos solitarios ensueños. Todo en ella lleva un sello especial de íntimo contentamiento. Su

flexible talle, su busto más lleno ahora, presenta el bello conjunto de la mujer jóven y hermosa, en el pleno desarrollo de sus gracias y tesoros. Hasta en sus más leves movimientos, hay algo de mórbido y voluptuoso, que revela un mundo de misterios.

Lucia, que seguia siempre de rodillas y leia atenta un libro, que al parecer, le interesaba mucho, dijo, mirando al anciano: « Amigo mio, ved como no olvido ninguno de *los mios,* » y le enseñaba el libro. El anciano replicó: « Bien, hija mia, como siempre, tu corazon conserva sus delicadas impresiones. ¡Pobre Mariana! Esos romances me la han traido á la memoria. »

« ¡Ah! padre mio, » exclamó Lucia, « si supiéseis que no hay un momento de mi dia, en que no la recuerde! ¡Madre mia! ¡Nos abandonó en bien terribles momentos! ¡Murió sin verme dichosa, haciendo votos que el Cielo ha escuchado! ¡Cuán buena era! » Y al decir tales palabras, la jóven guardó el libro, cerró con llave el baul y vino á sentarse cerca de fray Pablo.

Desde la ventana, se distinguian cuatro buques muy cerca del embarcadero, en los cuales se notaba esa animacion y movimiento que preceden á la próxima partida. Multitud de marineros, que iban y venian sobre la cubierta, se ocupaban en desplegar las velas, retirar las cadenas y preparar los cables, con esa buena voluntad y alegría, que son el alma

del marino, cuando el sol brilla en el horizonte y que el viento favorable y un cielo azul, le presagian feliz viaje. Varios botes conducian hasta los buques, á los individuos que esperaban en la sala baja de la posada. El embarcadero estaba lleno de gente; los unos que se embarcaban y los otros que acompañaban hasta allí á los viajeros, sin contar un sinnúmero de curiosos, que con ojos indiferentes y distraidos, escuchaban los lamentos de los que en tierra quedaban, siguiendo con sus miradas, á aquellos que, ya próximos á los barcos, agitaban todavía sus pañuelos y sus sombreros, en señal de despedida. Lucia contemplaba enternecida aquel espectáculo. El dia no podia ser más bello. El cielo y el mar, rivalizaban en color y tersura. El viento favorable, que soplaba mansamente, hinchaba ya las velas, que empezaban á desplegarse coquetamente, imprimiendo á los buques un ligero movimiento de oscilacion, sin alterar la limpidez y serenidad de las aguas. « ¡Cuán felices somos! » exclamó Lucia, enjugando una lágrima compasiva, que se deslizaba por su megilla, « nada dejamos detras de nosotros, si no es la tumba de mi buena madre, que nos contempla desde el Cielo. Nadie llora nuestra partida. ¡Ved, padre mio, esas pobres gentes, cuán tristes se quedan! ¡Y cómo siguen con los ojos, aquellos buques, que les roban á cual un padre, un esposo, ó un hermano! ¡Qué dicha tan grande para mí, que vos, mi querido

padrino, consintais en acompañarnos! ¡Cuán bueno sois!» «Hija mia,» replicó fray Pablo, «¿acaso hubiera yo podido quedarme en España sin vosotros. ¿No eres tú, y Sebastian, lo único que me liga á la tierra? ¿Cómo quedarme solo en Murcia, despues de haber vivido en vuestra dulce compañía? Tú, hija mia, has sido hasta hoy el ángel de mi vida, ¿cómo abandonaros, puesto que consentis en llevar con vosotros á este pobre viejo, que de nada puede ya serviros?»

«¡Ah! padre mio! jamás os hubiéramos abandonado, tan solo, en vuestra avanzada edad!

«El dia que Sebastian por vez primera me habló de sus proyectos de viaje, de esa sed de descubrimientos y conquistas que le anima, y que le fuera inspirada por su estrecha amistad con el caballero Veneciano, que le acompañó, en su vuelta á España y que tantas maravillas contaba de sus viajes anteriores, ¿sabeis, querido padrino, lo que le respondí? Estas fueron mis palabras:

«Esposo mio, puesto que amas los viajes, y deseas visitar lejanas tierras, con la noble ambicion de adquirir nombradía y aumento de fortuna para nuestros hijos, atiende á tus impulsos, no los desapruebo; sigue á Gaboto en su nueva expedicion, emplea cuantos medios tienes, para tomar parte, como te corresponde, en esa expedicion, de la que tanto te prometes; pero, en nombre de lo mucho que por tu

ausencia padecí en estos cinco años, llévame contigo. No temas para mí, ni las fatigas ni las privaciones de ese viaje; porque tú eres mi vida, mi contento, mi sola alegría; lo soportaré todo, con tal que pueda reclinar mi cabeza sobre tu pecho, y aliviar con mis caricias, las fatigas y angustias de tu nueva carrera. Sebastian, padre mio, me recibió en sus brazos, me juró por la memoria de su madre, no alejarse jamas de mi lado. Pero el amor que á mi esposo tengo, no es el único que guardo en mi corazon. Vos, que habeis sido el refugio de mis pesares, el consuelo de mi alma, durante tan cruda ausencia, érais ya una necesidad para mi tranquilidad. Él, que, como sabeis, es siempre el primero en leer en mi corazon, me dijo, que además de la dicha de llevar con nosotros á nuestro viejo padre, que no podria ya separarse de Sebastian, tanto es el apego que, desde su campaña en Alemania, le ha cobrado, estaba seguro de que vos, nos acompañaríais, contando con el cariño que nos profesais. Os confieso, que al principio, no me atreví á esperarlo, porque en vuestra avanzada edad, seguirnos á tierras remotas, á países desconocidos, me parecia exigir demasiado de vuestro afecto; pero me he engañado. ¡Dulce engaño, que hoy me colma de alegría! »

« ¡Cuán grato me es, hija mia, escuchar las palabras tan tiernas y sinceras con que recompensas, lo que tú crees ser un sacrificio, y es tan sólo una necesidad

para mí! Sebastian y sus compañeros, no pueden ya tardar; el viento comienza á refrescar y el momento es favorable. ¿Estás pronta? ¿Has concluido de arreglar tu baul? »

« Sí, padre mio, » respondió Lucia, « todo está listo, nada olvido; y para no hacer esperar á nuestros amigos, voy á ponerme al punto mi manta y á dar una mirada á esta habitacion, en donde he pasado mi última noche de España. »

« ¡Eres un ángel! » exclamó fray Pablo; « tienes razon, demos gracias al Todopoderoso, por sus constantes beneficios, y pidámosle nos asista en nuestro viaje. »

El religioso y la jóven esposa, oraron un momento en silencio. Lucia marchó en seguida á decir adios á la buena mujèr del meson, que, como todos cuantos la veian, le habia cobrado gran simpatía; y como la pobre mujer tenía un hijo, entre los que debian acompañar á Gaboto á las Molucas, Lucia, con su buen corazon, que siempre le dictaba lo mejor y lo más caritativo, se fué á consolar á la madre, prometiéndole velar por su hijo, que era un jóven de sólo diez y ocho años y el único que tenía.

CAPÍTULO II.

Allons, jeune homme! allons, marche!

CHENIER.

Es conveniente decir algo más sobre este viaje, que la conversacion que hemos escuchado entre fray Pablo y Lucia. Creo que todos comprenden ya, que los jóvenes amantes, despues de tanto desear y esperar, vieron por fin coronados sus sacrificios, y que al cabo de cinco años, el lazo del matrimonio los unió para siempre. Mariana, la anciana madre, murió un mes despues de la partida de Sebastian, no pudiendo ya resistir á aquella última emocion. Murió la buena mujer, como habia vivido, oscura y desconocida, reuniendo en sí misma cualidades poco comunes; espiró en brazos de su hija querida, recomendándola muy especialmente, á fray Pablo, que fué el consolador y amparo de aquellos últimos momentos. Su alma voló al Cielo, al lugar que deben ocupar allí, las de los justos, que han cumplido su mision aquí en la tierra, sin ostentacion ni brillo y aún sin darse

cuenta á sí mismos, de los tesoros de bondad y dulzura, que al mundo han prodigado, embebidos siempre en la contemplacion de sus deberes y de lo que creen lo mejor y lo más santo.

Don Nuño y Sebastian, que durante esos cinco años de ausencia, habian asistido á las más importantes batallas, que por esa época tuvieron lugar, con motivo de la antigua é interminable contienda del ducado de Milan; á las órdenes del duque de Medinaceli unas veces y otras á las del famoso duque de Alba; fueron siempre de los primeros, acreditando el uno con su pericia y bravura, pasados timbres, miéntras que su pupilo, digno compañero suyo, consiguió en poco tiempo, por el esfuerzo de su brazo, y singular arrojo, el grado de teniente, que le concedió en el campo de batalla, el mismo duque de Alba, que á la verdad, no era muy amigo de prodigarlos á quien de derecho no le tocaban, Al cabo de esos cinco años, durante los cuales, muy pocas noticias de Murcia tuvieron nuestros guerreros, comprendiendo don Nuño los sentimientos de Sebastian, que fiel siempre al recuerdo de Lucia, le hablaba de continuo, del dichoso dia en que volverian á Murcia, juzgó conveniente pedir su retiro y el de su compañero, hasta tanto que el jóven deseara volver á aquella vida de constantes emociones, animado siempre por la idea de hacerse digno de la que amaba.

Cuando Sebastian y don Nuño se separaron de sus camaradas, el pesar fué general, pues tanto el uno como el otro, se habian hecho amar de todos. El duque de Alba recomendó muy especialmente á don Nuño, un célebre piloto veneciano, cosmógrafo inteligente, de nombre Gaboto, que al servicio de Enrique VII de Inglaterra, habia descubierto la Terranova y el Canadá.

Descontento éste de la acogida, que el monarca inglés hizo á sus descubrimientos y á los proyectos que de continuarlos hacia, resolvió pasar á España, á ofrecer sus servicios á Cárlos V, que, más que ningun otro monarca, tenía por aquella época (si se esceptúa el de Portugal), interés en continuar los descubrimientos, que veintiseis años ántes, Colon habia iniciado.

Gaboto, que segun sus contemporáneos y el juicio de ilustres historiógrafos, era un hombre muy distinguido y poseedor de vastos conocimientos, sólo inferior á Colon; inflamado por los descubrimientos del ilustre Genovés y por manera alguna aleccionado por la ingrata recompensa, que sus inmensos trabajos merecieron, formó vastos proyectos, con grandes esperanzas de realizarlos en corto tiempo. Algunos años ántes, Magallanes, inspirado por la idea que fué siempre la dominante en Colon, acababa de descubrir, en provecho del rey de España, el tan buscado paso á las Indias Orientales.

No encontrando Gaboto, apoyo á sus pretensiones, en el poco emprendedor Enrique, para descubrir nuevas tierras por aquel famoso paso, que fué causa de los grandes descubrimientos que inmortalizaron á Colon, decidió dirigirse al jóven monarca español, para continuar en provecho de España, los descubrimientos que, merced al Portugues, debian por fuerza hacerse por el lado del sud. No dudando que al fin era llegado el momento, de realizar lo que tantos sacrificios y desengaños habia costado á Colon.

Muy luego, trabaron amistad nuestros viajeros, siendo así que además de sus vastos conocimientos, poseia Gaboto un corazon sensible y un exterior atractivo, logrando bien pronto ganarse la simpatía de Sebastian, que, á pesar de la diferencia de edades, (pues Gaboto contaba ya cerca de cincuenta años) se ligó estrechamente con él, apasionándose el entusiasta Español, de los proyectos y esperanzas del Veneciano, con ese ardor inherente á las almas jóvenes. Sebastian comprendió en breve, sus aventajadas teorías, resultado muchas de ellas de las juiciosas y sabias observaciones del desgraciado Colon.

Gaboto, hablaba de sus esperanzas, con esa ardorosa inspiracion, que acompaña siempre las palabras del hombre de genio, y el jóven las escuchaba con una atencion en sumo grado halagadora, para el inspirado Veneciano, el cual no cesaba de pintar, con los más vivos colores, la inmensa serie de ventajas

que su viaje ofrecia á los jóvenes nobles é inteligentes como él; no ya insistiendo en las ventajas materiales y de ganancia directa de fortuna, que, á la verdad, sea dicho, aunque en desdoro de los compañeros de Colon, Cabral y sus imitadores, fuera su principal incentivo. Sino haciéndole ver, que además de esas riquezas, que tanto atraian á la generalidad de sus compatriotas, habia otros medios, ménos interesados y más nobles, de alcanzar nombradía y buena fama, para aquellos que se dedicasen á cultivar y utilizar las tierras conquistadas y sus desgraciados habitantes, Inflamábase el jóven con tan risueños proyectos, y hasta don Nuño, á pesar de sus años, al escuchar las ardientes expresiones de Gaboto.

Sin embargo, Sebastian, más enamorado que nunca, volvia con la dulce esperanza de hacer suya á Lucia, para no abandonarla jamas. Vivo aún el recuerdo de aquella triste despedida, luchaba con encontrados afectos, sin saber cómo combinar un amor que era su vida, con aquella sed de emociones y descubrimientos, que se disputaban el imperio de su alma. Decidió, por fin, consultar á don Nuño; pero su viejo amigo, juzgó conveniente, sin embargo, dejar que por propia inspiracion, decidiese el amante, lo que hallara más conveniente y de su agrado, no sin recordarle ántes lo que á Lucia debia y la palabra que á su partida le habia empeñado, de hacerla su esposa. Sebastian juró por cuanto de más sagrado

habia, no haberle jamas ocurrido, ni la sombra de un deseo contrario al amor que á la doncella profesaba; y que en prueba de ello, renunciaba desde luego á nuevos viajes, prometiéndose dedicar el resto de su vida, á hacer la felicidad de su amada. Pero Gaboto, que era tesonero, y conocia muy á fondo el corazon humano, observando el cambio de ideas de su jóven amigo, juzgó conveniente no insistir en su demanda, hasta hallarlo conveniente de nuevo.

Llegados á España, pasó el Veneciano á Madrid, que era el lugar en que á la sazon se hallaba el rey con la Corte, prometiendo á Sebastian y á don Nuño, que así que consiguiese lo que del rey deseaba, volveria á Murcia, á ver en qué disposicion se hallaban ellos para el viaje. Ya hemos visto, como la hermosa, cuanto discreta Lucia, hallara medio de contentar el propio corazon y el de su esposo, ofreciéndose á participar de las aventuras de aquel viaje, del cual, Sebastian y don Nuño, esperaban tanto provecho, y que para ella no representaba sino la dicha de seguir á Sebastian.

Lucia abandonaba la España sin pesar. El mundo suyo, el mundo de su corazon, el horizonte de sus afectos, se encerraba en aquella estrecha carabela, que iba á conducirles á remotas playas.

———

CAPÍTULO III.

The sails were filled and fair the light wind blew
As glad to waft him from his native home.

BYRON.

Era más de medio dia; el sol en el zenit, repartia por igual su luz, cuando nuestros viajeros, merced á un viento favorable, zarparon del puerto de Cádiz, con el corazon henchido de esperanza y con la fe más viva en el hábil piloto que los guiaba. Lucia, de pié sobre la cubierta, apoyada en Sebastian, teniendo á su lado á fray Pablo y á don Nuño, rodeada de lo que más amaba en el mundo, dió un último adios á las playas españolas y permaneció allí, hasta perderlas de vista.

Componíase la flotilla que mandaba Gaboto, de tres pequeños buques, costeados por la corona y de una carabela, propiedad de varios, entre los cuales, nuestros amigos tenian una parte considerable. Como doscientas personas acompañaban á Gaboto, que con el título de piloto mayor del Reino, que ántes

alcanzaron Américo Vespucio y el desgraciado Solis, llevaba plenos poderes, para tomar posesion de las tierras conquistadas, en nombre del rey de España.

Algunas personas de distincion le seguian, deseosos los unos de atravesar de los primeros aquel famoso paso al Océano Índico, con idea de aprovechar de las inmensas ventajas que al comercio ofrecia; y otros, movidos por el deseo, tan general por aquellos tiempos, de poseer los fabulosos tesoros que encerraban las Indias, y que hasta entónces habian sido exclusivamente monopolizados por los Portugueses.

El viaje empezaba bajo favorables auspicios, el tiempo no podia ser más bello ni despejado, las naves se deslizaban rápidamente sobre las aguas, perdiéndose de vista al siguiente dia, las costas europeas, así que pasaron el cabo San Vicente.

Todos estaban animados y contentos; especialmente los que se hallaban á bordo de la carabela, el buque montado por Gaboto, y en el cual se encontraban reunidas las personas más distinguidas y conocidas nuestras.

Durante los primeros quince dias, nada importante ocurrió que mereciera la atencion de aquellos, que, animados por el deseo de descubrir tierras desconocidas, abandonaban su patria y sus familias; tocando sólo en la Isla de Tenerife, que hallaron á su paso, con el objeto de refrescar los víveres.

Lucia, que por vez primera veia el mar en toda

su magnificencia y grandeza, se pasaba largas horas en muda contemplacion y recogimiento, en ese dulcísimo estado en que los pensamientos parecen tomar mayor ensanche que en el habitual; participando el espíritu de una extraña mezcla de sueño y de vigilia. Sentada en la elevada popa, siguen sus ojos la fugitiva estela que sobre las aguas marca la ágil carabela; allá van sus pensamientos á perderse, á confundirse con el gran misterio de la creacion. Sin saber qué la ocupa y sin tener nada que echar de ménos, se sorprende muchas veces, bañada en lágrimas; lágrimas dulces, que corren sin causa de pena, vertidas tan sólo por el irresistible enternecimiento que se apodera del corazon de los que saben sentir y amar, al contemplar las manifestaciones del poder divino.

Acompáñala siempre fray Pablo en sus mudas y solitarias reflexiones; de vez en cuando y gracias á sus variados conocimientos, explica éste á la jóven esposa, como en los tiempos antiguos, algunos filósofos, merced á una asidua contraccion, y al incesante estudio de la naturaleza, predijeron, aunque con ligeras diferencias, algunos de los más importantes descubrimientos, que fueron despues asombro de las edades presentes.

Sebastian, compañero inseparable de Gaboto, le asiste en sus observaciones astronómicas, gracias á la buena voluntad y aplicacion con que el hábil

piloto le instruye y le enseña á servirse de los instrumentos náuticos. Escribiendo, además, el diario de observaciones, que aquél llevaba con la más escrupulosa religiosidad.

Los dias de fiesta, fray Pablo decia una misa sobre la cubierta del buque, á la que asistia la tripulacion, presentando en tales momentos, el espectáculo conmovedor del hombre, que, en todas las horas de su vida, alza los ojos al Cielo y pide luz y amparo al Padre comun.

Por la noche, los esposos leian á fray Pablo y á don Nuño sus amados cantos de la Eneida, y aquellos famosos romances, que tanto gustaban á Mariana. Más de una velada han pasado los viajeros escuchando á don Nuño, que narra con singular viveza, alguno de los muchos combates á que asistió siempre como actor.

« ¡ Ah, padre mio ! » exclama en una ocasion Lucia, oyéndole describir una tremenda carga, que dieron en las playas de la Vega, á un famoso escuadron de moros. « ¿ Esta es la guerra ? ¡ Qué horrible cuadro haceis de esos desgraciados perseguidos sin piedad ! ¿ Es posible ? Vos, tan bueno, tan dulce de carácter, dar muerte, por vuestras propias manos, á tan bizarro jefe ! ¡ Dura ley, que convierte en terrible y desapiadado, al mejor de los hombres ! ¡ Qué suerte, que las mujeres, estemos siempre libres de semejantes espectáculos ! ¡ Oh, entónces los héroes

que tanto admiramos, nos causarian horror! » « Á no dudarlo, » replicó Sebastian; « á buen seguro, que no amarias tanto á ese bravo Cid Campeador, si le hubieras visto tú misma, dar cruda muerte al tremendo conde Lozano. » « Entónces, » agregó don Nuño, « ¿quiere decir, mi bella Lucia, que me miras ya como á un monstruo sin corazon, indigno de ser querido? »

« Padre mio, exclamó Lucia sonriendo, » merecíais por la sospecha, que fuese cierto; pero es una triste verdad, segun mi sentir, que los héroes, conocidos de léjos y sólo por sus grandes hazañas, es que son admirables, y ejercen influencia sobre los corazones sensibles, por más que esto no sea para vos de fácil comprension. »

« ¡Tienes razon, hija mia! » dijo fray Pablo, «que así se minoran sus defectos, como la dura ley que los empuja, entre el cúmulo de grandes acciones, que caracterizan al verdadero héroe. »

CAPÍTULO IV.

Dans cette tourmente fatale
J'ai passé les nuits et les jours,
J'ai pleuré la terre-natale
Et mon enfance et mes amours.

V. HUGO.

Entretanto, continuaban su viaje, habiendo avanzado ya mucho camino, pues segun las observaciones de Gaboto, debian hallarse muy cerca de los trópicos. Sin embargo, despues de mes y medio de camino, en que el tiempo habia sido constantemente sereno y despejado, empezaron á experimentar frecuentes lluvias, á la par que el viento, que hasta entónces soplara bonancible, comenzó á decaer tan visiblemente, que muy luego se vieron imposibilitados de continuar la marcha. Comprendiendo la necesidad que tenian, de no separarse unos buques de otros, por temor de cualquier accidente, habíales ordenado Gaboto á los comandantes de los otros buques, que si por algun evento, de los muchos que en el mar acontecen, se veian forzados á separarse de

la carabela, continuaran siempre el rumbo occidental directo. Pero ya sea obra de la fatalidad, ó más bien, efecto de rivalidad, contra los que á bordo de la carabela navegaban, uno de los comandantes insistió con otro, para que en el supuesto, de que sabian fijamente el rumbo en que debian continuar, no siguieran tan ciegamente á Gaboto; que en vez de embarcarse, como lo creian de su deber, en los buques de la Corona, se hallaba á bordo de la carabela, que era tan sólo de propiedad particular.

Una noche de las más tempestuosas y oscuras que hasta entónces habian experimentado nuestros viajeros, soplaba el viento con desapiadada fuerza, el agua caia á torrentes, inundando la cubierta de los bateles; el trueno, que en esas latitudes, acompañado de un sinnúmero de relámpagos, aumenta con su horrible fragor el espanto causado por el vendabal, que por lo mismo que es poco comun en aquellas alturas parece desatarse con mayor fuerza y rigor, Gaboto, infatigable, acompañado de sus bravos compañeros, seguia sobre la cubierta de su buque con ojo avisado é inteligente, las diversas faces que la tempestad presentaba, en tan horrible noche. Parecióle de repente, á la luz prolongada de un relámpago, que su flotilla no estaba completa. Temeroso de que, alguno de los buques, estuviese en apuros, se disponia á tomar medidas para descubrir la verdad, con la idea de auxiliarle si posible fuera, pues la lluvia

cesaba y el huracan calmaba ya sus furores. Sin embargo, como el dia no podia estar ya muy lejano, decidió aguardar la luz para saltar en un bote y pasar á los otros buques, movido siempre por la generosa idea de prestarles socorro.

Lucia y fray Pablo, en oracion delante de una imágen de Cristo, pasáronse toda aquella horrible noche pidiendo al Padre de los afligidos, calmase las furias de los dos elementos. El Cielo pareció al fin escuchar clemente sus voces; á medida que la luz del dia se acercaba, la lluvia cesaba y el viento caia. Cuando fué completamente de dia, nuestro piloto, con singular pesar y asombro, vió que de los cuatro buques que mandaba, sólo tres le quedaban; habiendo el otro sin duda sido arrebatado por la tormenta.

Al punto se trasladó á bordo de los buques que le quedaban, teniendo allí aumento de pesar, al saber que el malogrado bergantin, habia sido destrozado tan sólo por la mala voluntad y desobediencia de su comandante, que en vano quiso arrastrar en pos de sí al jóven Aguilera, que tenía á su cargo el mando de uno de los otros buques. Despues de elogiar cumplidamente la buena conducta del comandante, recomendando á todos la más estricta vigilancia, volvióse Gaboto á la carabela, deplorando la pérdida del bergantin y de su desgraciada tripulacion, á la par que lastimado por aquel primer síntoma de desafeccion en los que mandaba; que si bien habíales

sido fatal á ellos mismos, era ya un mal precedente para los preceptos de rígida disciplina, que eran sus más constantes deseos.

¡Con cuánta amargura lloró Lucia la suerte de aquellos desgraciados, que en sus hogares habian dejado tantas esperanzas, que no debian realizarse jamas! Aumentando á bordo de los tres buques el malestar y descontento, cuando á eso de medio dia, vieron sobre la superficie de la revueltas y enturbiadas aguas del Océano, pedazos de mástiles y tablas, últimos vestigios del malogrado bergantin.

El mal tiempo parecia conspirar en contra de los viajeros; el sol continuaba oculto entre las nubes, y si bien por momentos se mostraba pálido y descolorido, era para tornar luego á ocultarse trás más opacas y negras nubes, que dejaban en pos de sí una llovizna menuda y fria. En este estado se pasaron dos dias, sin que la más mínima ráfaga de viento agitase las mojadas y arrugadas velas. El corazon de los navegantes, oprimido por la reciente desgracia y por aquel tiempo tan opaco y tempestuoso, del cual nada bueno esperaban, pintaba en sus semblantes el más completo desaliento. Gaboto, viendo el malestar de los suyos y temiendo además que la escasez de víveres, que empezaba ya á hacerse sentir, fuera causa de algun levantamiento, en gente que tanto se prometia, les pintaba, con el ánimo de distraerlos, la magnificencia de los países á donde los

llevaba y aquellas islas del mar Índico, cargadas de oro y piedras preciosas. Ofrecimientos que, á la verdad, no eran engañosos en el dictámen suyo y que creia verlos realizados todos.

Lucia, en tales momentos de general abatimiento y desconsuelo, fué el ángel salvador de aquella pobre gente. De las provisiones especiales y regaladas, que para uso propio traia, hizo partícipes á todos los marineros, repartiendo entre ellos, aquellos presentes, acompañándolos siempre de una palabra de consuelo. Además durante aquellos penosos dias, se reunía á las mujeres que acompañaban á los navegantes, y gracias á la apacibilidad y dulzura de su corazon, conseguia, por medio de halagüeñas expresiones, animar al decaido espíritu de los unos y encender el apagado celo de los otros.

CAPÍTULO V.

Thus bendig ó er the vessels waving side
To gaze on Dians wave reflected sphere
Her soul forget her schemes of Hope and Pride.

BYRON.

Felizmente, al espirar el tercer dia, despues de tanto sufrir y desear, el tiempo cambió de aspecto, prometiendo en aquella noche, que el siguiente, sería del todo distinto á los anteriores. Gaboto, como hábil piloto, que preveia este cambio por esos insignificantes fenómenos que escapan al ojo del ignorante y son el más seguro guia del hombre avezado al mar, aseguró á los suyos, que, el siguiente dia, volveria de nuevo á soplar favorable el viento y que serian muy pronto coronados sus esfuerzos, por el más completo éxito. En efecto, la mañana amaneció clara y despejada, viéndose de una manera muy visible, que á medida que el sol subia, el viento que desde luego soplara bonancible, llenaba las velas, prometiendo no caer, en todo el dia. Gracias á la mudanza tan completa y ventajosa que el tiempo sufrió,

lograron avanzar nuestros viajeros, en aquel dia y muchos otros que se subsiguieron, una notable distancia; haciéndose luego muy perceptible el cambio de hemisferio en que entraban, por una serie de fenómenos, que se sucedian, á medida que navegaban.

¡Cómo pintar la espléndida serenidad y hermosura de esas noches tropicales, en que el cielo, cubierto de millares de astros refulgentes, semeja una trasparente gasa, al traves de la cual, asoman resplandecientes los diamantinos ojos multitud de celestes querubines!

Lucia, más que nadie, goza con el espectáculo encantador de aquella naturaleza, en su más lujosa manifestacion, aspirando con delicia, las perfumadas y blandísimas auras, que traen hasta los bateles, la amenidad y fragancia que de sí exhalan las arboledas y florestas del Nuevo Mundo, como en los más floridos y risueños meses de la coqueta Andalucía.

Parecia que, á medida que se acercaban á tierra, hasta las aguas del salobre Océano, con todo aquel conjunto de amenidad y blandura, disminuian benéficas, la acritud y aspereza de su sabor. Varios pájaros, de aquellos que no aventuran jamas su vuelo á gran distancia de las costas, revoloteando curiosos al rededor de las naves, parecian acoger amigablemente aquellos huéspedes, que al Nuevo Mundo venian. Gaboto, aseguró á sus compañeros, que, segun sus observaciones, al cabo de dos dias,

á lo más, distinguirian claramente las costas del Brasil. La esperanza de ver tierra, despues de dos meses de navegacion, fué saludable bálsamo, que reanimó los tristes y desalentados corazones; siendo tanta la ansiedad por ver la tierra, que nadie pensó en dormir en aquellas dos noches, que precedieron al dia 15 de Abril, en que se avistaron las costas brasileñas. Más de una vez, el imperioso deseo de nuestros navegantes, tomó por tierra esos mirajes, que en los trópicos se ven con tanta frecuencia, formados por las nubes que se levantan sobre el horizonte. Más de un falso grito de *¡ tierra !* agitó á los impacientes viajeros. Fué, por último, el infatigable Gaboto, quien tuvo lo suerte de distinguir el primero, las costas de Pernambuco, que se avistaron muy de mañana, así que el sol, con sus esplendentes rayos, brilló en el horizonte. Al punto el grito de *¡ tierra ! ¡ tierra !* corrió como una chispa eléctrica, de uno en otro buque, siendo únanime el movimiento de caer de rodillas, para dar gracias al Todopoderoso, por aquella primera esperanza, que presagiaba cercano, el fin de tantas angustias.

Muy luego y gracias á los vientos reinantes, que por aquella estacion soplan de Oriente á Occidente, perdiéronse de vista las costas de Pernambuco y de Bahía, no sin que el Veneciano tuviese más de un choque, con sus impacientes compañeros, que insistian con marcadas señales de descontento, por acercarse

á la costa, con el deseo vehemente de desembarcar, para procurarse algunas provisiones. Pero él, que sabia el doble riesgo que corrian, una vez desembarcados, siendo aquellas tierras, propiedad del rey de Portugal, por descubrimientos del Portugués Cabral, algunos años ántes; y que además de las rivalidades que por aquella época existian, entre la Corte española y la de Portugal, respecto á las tierras descubiertas, para cuya legítima posesion habian acudido ambos soberanos, al Sumo Pontífice; y suponiendo que de los naturales, no podia esperar sino las más duras agresiones, recordaba el espantoso fin del malogrado Solis, que habia perecido á manos de aquellas tribus antropófagas. Trataba de alejarse, merced al viento favorable, á pesar de las instancias de los suyos, costándole mucho persuadir de estas terribles verdades, á sus hambrientos y desconsolados compañeros, viéndose, por último, obligado á variar de itinerario, atendidos los riesgos que de una y otra parte, le amenazaban.

Los Españoles, que desde sus naves miraban con envidiosos ojos, aquellas risueñas costas, coronadas de palmeras, donde el Creador, con pródiga mano, acumuló cuanto de más bello y prodigioso produce su inagotable poder; amenazaban á Gaboto con duras palabras y crueles reproches, abandonarle con aquellos que quisieran seguirle en su aventurado viaje, si al punto no dirigia á tierra sus naves. En

tan crítico momento, comprendiendo el Veneciano que nada puede el raciocinio sobre gente abandonada al furor de sus pasiones, recurrió al único medio que le inspiró su corazon, para no caer en manos de los Portugueses, que tratarian por todos los medios de retenerlos prisioneros, ó lo que era peor aún, les abandonarian al furor de los indígenas. Lucia y fray Pablo, á ruegos de Gaboto, pedian á las mujeres de los amotinados, con las más tiernas y enternecedoras expresiones, se resignasen á aquellos sufrimientos, confiando en la incansable misericordia divina, que les concederia en premio, abundante y preciosa recompensa; exigiéndoles, jurasen sobre una imágen de Cristo, obedecer ciegamente las inspiraciones del hábil piloto, que á seguro puerto les guiaba.

CAPÍTULO VI.

Reunidos en consejo, á bordo de la carabela, los comandantes y las personas más notables, entre las cuales se hallaban dos hermanos de Balboa, el descubridor del Pacífico, Gaboto, en pocas palabras, les demostró la necesidad en que se veia, de entrar al rio de Solis, esperando que los descubrimientos que allí harian, les recompensarian ámpliamente aquel cambio. Atendida la urgente necesidad de alimentos, que de dia en dia se hacia más apremiante, unida al desaliento y mala voluntad de las tripulaciones, comprendiendo todos, la importancia de escuchar los sensatos consejos del prudente Gaboto, asegurándole con las más visibles muestras de simpatía, estar dispuestos á seguir en todo, su valiosa opinion, escuchando las juiciosas observaciones de su experiencia. Agradeció Gaboto, con enternecimiento, aquellas palabras amigas, de que tanta necesidad tenía su combatido espíritu, anunciándoles, juzgaba, por la costa que llevaban á su derecha,

hallarse próximos á descubrir alguna gran porcion de tierra, desconocida hasta entónces.

¿Cómo esplicar debidamente el descontento que sentia Sebastian, viendo la série de privaciones y malos ratos, que con fortaleza verdaderamente sublime, soportaba la constante Lucia? «Torpe de mí, amiga mia,» exclamaba con profunda tristeza, «que expuse tu sensible corazon á tan terribles pruebas. ¿Qué hacer? ¿Cómo podrás resistir las tremendas pruebas que aún te esperan? ¡Ay! ¿Si pudiera yo á fuerza de amor, y de constancia librarte de los tormentos á que te he expuesto? ¿Qué haré Lucia, qué haré el dia que te falte aún ese tosco pan de marinero, que comes con tanta resignacion, sin empaparlo ántes con amargas lágrimas?» Lucia, á tan tristes quejas, respondia con estas palabras, acompañadas de su más encantadora sonrisa: «¿Qué haremos, Sebastian? Moriremos, y en un último abrazo, subirán juntas nuestras almas, á reunirse á aquellos que en el Cielo nos esperan! ¿Por qué te agitas? ¿Por qué te arrepientes de haberme creido digna de compartir contigo estas calamidades, que no lo son para mí, puesto que aún me resta la dicha de estrecharte contra mi corazon! ¡Ay! Cuando comparo estos sufrimientos, esta privacion de un poco de pan blanco y regalados manjares, con la constante muerte de una prolongada ausencia, entónces bendigo una y mil veces, el momento, en que me

aceptaste por compañera de tus peregrinaciones. ¡Ea! ¡mi valiente Hurtado, recobra tus antiguos brios, confia en la Providencia, abrázame y no temas desmaye, quien vive más de la luz de tus ojos, que del grosero alimento del cuerpo!»

«¡Ah! Lucia,» exclama Sebastian abrazándola y cubriéndola de amorosos besos, «¿qué he hecho yo para merecer tu cariño?» Y ambos esposos, tomados de la mano, subieron sobre la cubierta, en donde todos, con ojos ansiosos, miraban un punto blanco, que en el horizonte asomaba. Despues de navegar algunas horas, con un viento amorosísimo, continuaron siempre costeando el Brasil, y doblando el cabo de Santa María, entraron en el magnífico rio, que hasta entónces fué llamado de Solís; y que despues, por algunas causas sobre las cuales hay gran divergencia entre los historiadores, tomó el de rio de la Plata, que hasta hoy conserva. Á poco andar, descubrieron ser aquel punto blanco, una pequeña isleta, que parecia desierta. Una vez que fueron llegados, mandó Gaboto echar las anclas, con la idea de que su gente, que habia pasado del más completo abatimiento, á la más bulliciosa alegría, saltara en tierra é hiciese provision de lo más conveniente, que allí encontrase.

Al punto, desbandarónse por la isla los ansiosos navegantes; no sin haber ántes, precedidos por fray Pablo y Gaboto, dado gracias á María Santísima, por

haber encontrado tan á tiempo aquel socorro; despues de lo cual, tomaron posesion, como en aquellos casos se estilaba, en nombre de Su Majestad Cárlos I, de aquel pequeño pedazo de tierra, que no era sino el principio de sus descubrimientos futuros. Muy poco ó nada de valimiento, hallaron los descubridores en la desierta isla, á no ser algunos pájaros, con los que se regalaron los hambrientos Españoles, como lo hubiesen hecho con el más sabroso y suculento manjar.

Luego que hubieron recorrido la isla, en todas direcciones, que á la verdad, por la estrechez de su tamaño, fué cosa de muy corto rato, viendo Gaboto que el puerto era poco reparado, mandó levantar las anclas y se dispuso para continuar la marcha, dando por nombre á la isla, San Gabriel, en honor del divino arcángel, mensajero de la santísima Vírgen.

Con alegres corazones y animados semblantes, continuaron el viaje, llegando ese mismo dia hasta el punto en que el Paraná y el Uruguay, confunden sus aguas.

El siguiente, resolvió Gaboto dejar en aquel lugar, al cual llamó de las Palmas, la más grande de sus naves, pues á medida que avanzaban, el rio tenía ménos fondo, determinando seguir solo con la carabela y el más pequeño de los buques, hasta descubrir la tierra firme, que parecia ya muy cercana. Desde entónces, navegando el Paraná hácia el Oriente, no

tardaron en encontrar un sinnúmero de floridas islas, que parecian jardines flotantes.

Lucia, desde la cubierta, cogia con sus manos, á la pasada, infinita variedad de pintadas y fragantes flores, que de los sauces colgaban, formando con sus enroscados y flexibles tallos, un gracioso puente de hojas y flores, de un árbol á otro. Veíanse bandadas de loros de variados colores, que, seguidos de sus bulliciosos pichones, se acercaban á los buques, que con sus blancas y henchidas velas, no dejaban ellos de tomar por inmensos nubarrones, cerca de los cuales venian á revolotear curiosos y confiados, hasta que el movimiento de la gente, les hacia desbandarse en ruidosa algazara.

En algunas partes se estrechaba tanto el rio, que los árboles, que en una y otra márgen habia, confundian sus ramas, cubriendo con sus verdes y lustrosas hojas la cubierta de los buques y enredándose caprichosos en los cordajes y mástiles. Grande asombro y contento causaba á los Españoles, el ver algunas de esas ramas, que en su rápida marcha, tronchaban los bajeles, dejar á sus piés, hermosísimas naranjas, que por lo relucientes y amarillas parecian de oro macizo.

El 8 de Mayo de 1526 entraron por fin en un rio más pequeño, formado por uno de los cien brazos del Paraná y descubrieron á poco andar una inmensa costa, que en vasta llanura se extendia.

Difícil es expresar el gozo de Gaboto, al descubrir aquella inmensa extension de tierra, desconocida hasta entónces y que parecia habitada por gente mansa é inofensiva, á juzgar por el asombro y tranquilidad con que desde tierra, un grupo de indios, contemplaba las naves que avanzaban rápidamente. Los Españoles, á su turno, miraban con curiosidad á unos veinte ó treinta indios, que con los cuerpos casi desnudos, con las cabezas cubiertas de plumas y en la más completa inmovilidad, semejaban estátuas de barro.

Desde ese momento, olvidáronse las pasadas privaciones y rencillas, ocupándose todos en tributar su accion de gracias á la benéfica Providencia y al excelente piloto, que con lágrimas de enternecimiento abrazaba á sus compañeros.

Al punto, comprendiendo que aquellos indios, á pesar de estar armados muchos de ellos con flechas, no parecian dispuestos á hostilidad alguna, ordenó Gaboto á los suyos bajasen todos á tierra, intimándoles observaran cordura y moderacion. Acercábanse los indios con creciente curiosidad á los Españoles, tocaban sus vestidos y sus armas, con pueril asombro y lanzaban gritos de alegría.

Despues de disponer, que los buques tomasen sus medidas, para no ser sorprendidos por algun accidente, despachó Gaboto una lancha, en busca del bergantin y se internó con los suyos tierra adentro, guiado por los indios.

Lucia, encantada con el espectáculo de aquella naturaleza vírgen, seguia á Sebastian y á don Nuño, asistiendo con su brazo al viejo fray Pablo, que, á pesar de sus años, andaba con paso ágil. El lugar en que se hallaban, llamado por los indios, del Carcarañal, no es ciertamente de los más bellos de la costa del rio Paraná; y aunque su vasta y verde llanura cautivaba especialmente la admiracion de los Europeos, el terreno era por de más árido, cubierto de una yerba muy verde y alta, bastante dura.

Precedidos por los indios, á los cuales, por señas únicamente, habian explicado, venian desde muy léjos, no con la intencion de hacerles daño, sino de trabar amistad con ellos, llegaron al campamento, en donde fueron introducidos á presencia del cacique.

El jefe de esta tribu, llamada de los Timbúes, era un viejo bastante entrado en años, el cual recibió á los extrangeros con suma cordialidad, ofreciéndoles en el momento algun refrigerio, de los que ellos habitualmente tomaban y dándoles á comprender, que así que volviesen otros indios, que habian salido á cazar, el alimento sería abundante y nutritivo. Entónces, mandó Gaboto á uno de sus compañeros, hiciese ver á los indígenas la superioridad de sus armas. Al punto volteó el Español de un tiro de arcabuz, una pequeña rama de algarrobo, que estaba á distancia de cien pasos, por este medio hízoles comprender, que ellos

podian en muy corto tiempo cazar lo necesario para su alimento, lo que en el momento trataron de poner en práctica, seguidos de varios indios que se ofrecieron á acompañarlos, maravillados de la inmensa superioridad de aquellas armas, de ellos no conocidas.

Las indias, que, en gran número, estaban apiñadas detras de los indios, miraban con expresiva admiracion á la graciosa jóven, que en extremo fatigada por la distancia que habia andado, se habia dejado caer sobre un monton de paja, con esa gracia especial que acompañaba á todos sus movimientos, dejando visibles fuera del borde de su vestido, sus piecitos, calzados con unos zapatos de tela negra, que la aspereza de la yerba, habia roto en varias partes. Las demas Españolas, acostumbradas á ver siempre á la animosa Lucia, dar consuelo á todos los que sufrian, la rodeaban solícitas, ofreciéndole sus servicios, pesarosas por la expresion de cansancio, que alteraba sus bellas facciones.

Pasaron el resto del dia, recorriendo en todas direcciones aquella tierra poblada de una variada cantidad de animales, muchos de ellos desconocidos para los Europeos ; y á la noche, recogiéronse á sus naves, no siendo dable quedarse en tierra, en las estrechas chozas de los indios.

CAPÍTULO VII.

Convencido Gaboto, de que los indígenas no opondrian resistencia á sus miras, decidió levantar allí, la primera habitacion, que tuvieron los Españoles en el rio de la Plata. Al punto ocupáronse en acopiar madera, que en grande abundancia encontraban en los alrededores; y ayudados de gruesos puntales que clavaban en tierra y de un barro, para el cual el terreno se prestaba admirablemente, levantaron en poco tiempo, un fuerte que se llamó del Espíritu Santo, en el cual se vieron obligados á trabajar, desde el último marinero, hasta el más distinguido personaje, de los que acompañaban á Gaboto.

Sebastian, que es de los más ardientes en el trabajo, impacientado con la idea de procurar un abrigo para la delicada Lucia, se ocupa con esmero singular, en la confeccion de dos pequeños cuartos, algo separados del cuerpo principal del edificio, los cuales quiso la jóven esposa, así que estuvieron concluidos, adornar lo mejor posible, con los pocos muebles, que de España trajo. Allí veremos de nuevo,

figurar el cómodo sillon, compañero inseparable de fray Pablo, la mesa de encina sobre la cual se habian apoyado tantas veces los amantes, embebidos en la lectura de sus libros, los mismos que, colocados simétricamente sobre la mesa, daban á la rústica habitacion, un sello de cultura, extraño hasta entónces, á aquellas remotas tierras.

La vieja arca de Mariana, convertida en sofá, unas pocas sillas, un hermoso tapiz, presente de boda de Sebastian, y algunos cuadros de imágenes sagradas, sin olvidar dos hermosos floreros, que don Nuño habia regalado á Lucia el dia de su casamiento, á título de padrino, adornados siempre con las pocas flores que por aquel árido lugar se hallaban, completaban el mueblaje de uno de los cuartos. En el segundo, habia una cama, un espejo pequeño, en el cual arreglaba la jóven esposa sus modestos atavíos, y algunos otros artículos de *toilette,* que hubieran hecho sonreir desdeñosamente á las exigentes petimetras del siglo XIX.

En tan estrecha y desnuda vivienda, sentíase Lucia más dichosa, que lo que nunca fuera altiva sultana, en su dorado y perfumado retrete; allí estaba Sebastian, á quien tanto amaba, y que tan enamorado y solícito pagaba aquel amor con constantes y nunca desmentidas pruebas de acendrado cariño. ¿Qué más podia apetecer aquella alma, nacida sólo para sentir los goces de la más esquisita ternura? El

mundo suyo, era el mundo del amor, su universo acababa, donde no habia á quien amar.

Gracias á tan bellas disposiciones, el ascendiente de Lucia sobre su pequeña tribu, como ella graciosamente llamaba á las pocas familias españolas, que en su compañía habian venido, era cada dia mayor. ¡Viéseis cómo la madre, que sentia á su hijo descontento y afiebrado, se llegaba á la habitacion de Lucia para pedirle consuelos y socorro, escuchando con religiosa atencion, los consejos y tiernas expresiones, que en tales casos, de los labios de la esposa salian, cual mana de la fuente que da vida, el agua cristalina y trasparente! ¿Qué corazon lastimado acudió á ella jamas, que no saliera de su presencia, reanimado y entero, templado al dulce calor de aquella alma fuerte y delicada, que parecia siempre y con mayor desarrollo, adquirir fuerzas para sí y para cuantos á ella acudian?

Al cabo de unos pocos meses, durante los cuales, los Españoles habian recorrido alguna parte de la tierra que ocupaban, acompañados siempre de los Timbúes, que por medio de señas trataban de hacerles comprender el riesgo que corrian internándose, por hallarse rodeados de feroces enemigos, consiguieron entenderse regularmente y tener conocimiento de lo que aún ignoraban.

El cacique Carripilun, á quien hemos visto agasajar á los recien llegados, lo mejor que le fuera posible,

contaba, segun su cuenta, cerca de novecientas lunas y era considerado por los indios que mandaba con absoluto poder, como un sér muy superior á los demas caciques, que hasta entónces habian gobernado su tribu; pues, ademas del rango que como jefe ocupaba, poseia méritos muy superiores á los de todos sus súbditos.

Marangoré, su hijo mayor, heredero del cacicazgo, hallábase á la sazon ausente, con su hermano Siripo y los más distinguidos personajes de la tribu. El jóven cacique, no obstante sus pocos años, gozaba de la consideracion más completa por parte de los suyos, que le juzgaban digno de suceder á su ilustre padre, tanto por la singular riqueza de su ingenio, cuanto por su denuedo y prendas guerreras.

Acostumbraban los indios casar sus primogénitos con las hijas de aquellos otros caciques amigos, con los cuales deseaban formar alianzas para sus guerras; y segun esta costumbre, Marangoré habia ido en busca de la hermosa Lirupé, hija del cacique de los Gubachos, que era una tribu que se hallaba, andando hácia el Oeste; gente guerrera y esforzada, merced á la cual, esperaba Carripilun, podria resistir los constantes ataques de los feroces Charrúas.

Así que los Españoles pudieron entenderse libremente con los indígenas, merced á la prodigiosa facilidad, con que la bella Española se hizo dueña en poco tiempo del habla de los indios, explicó

Carripilun á Gaboto, cómo, hallándose ausente su hijo, deseaba esperar su vuelta, para tomar cualquier resolucion, en el supuesto que él, hallándose ya próximo á su última hora, deseaba cuanto ántes que Marangoré entrase en posesion del cacicazgo. Prestóse Gaboto á esperar al jóven cacique, para continuar internándose, exigiendo sin embargo, ántes, de Carripilun, reconociese al rey Cárlos I, como á su soberano y legítimo señor, poseedor, desde ese momento, de aquella tierra y de las que en adelante fuesen por ellos descubiertas. El indio, que era prudente y avisado, le dijo que, en cuanto á reconocer al rey Cárlos, como soberano de las tierras conquistadas y por conquistar, poco incumbia eso á él ó á sus súbditos, atendido á que ellos eran una tribu nómade, que tan pronto estaba en un sitio como en otro, segun sus necesidades; y que no cultivando la tierra, creian á todos con igual derecho para llamarla suya, siempre que supiesen defenderla contra los enemigos, que por todos lados habia. Y que, como á juzgar por ellos, el soberano debia ser hombre de buenas prendas y de palabra, él y todos los suyos, dábanse ya por sus amigos y aceptaban su alianza.

Muy pronto, gracias á la nueva facilidad que de entenderse tenian, ligáronse los Españoles con los indios; teniendo Gaboto la felicidad de que las gentes que le acompañaban, gracias á su buen natural y moderacion, tratasen á los indios, como no habian

sido tratados hasta entónces en ninguna parte, aquellos desgraciados habitantes del Nuevo Mundo.

Gaboto nombró comandante del fuerte á don Nuño de Lara, poniendo de segundo jefe á Sebastian de Hurtado; y como el fuerte se hallaba situado á poca distancia del campamento de los Timbúes, las relaciones eran cada vez más amistosas de una y otra parte.

Á decir verdad, muchos ó el mayor número de los aventureros, se encontraban bastante descontentos, porque hasta ese momento, las grandes privaciones que habian sufrido, por manera alguna, les habian sido compensadas; siendo así que en vez de las pingües riquezas que esperaban, habian tan sólo hallado una vastísima extension de tierra inculta, poblada de terribles enemigos, de la cual no parecia posible sacar provecho, sino despues de muchos años de duro trabajo. Perspectiva nada risueña para los indolentes Españoles, que confiados en las maravillas que de las Indias se contaban, abrigaban la esperanza de poseer vastísimos tesoros, con sólo bajarse al suelo, para recoger un sinnúmero de piedras preciosas, de extraordinario tamaño y riqueza. Imaginad el desaliento de estos ambiciosos, viéndose obligados á á fabricar una tosca habitacion y á vivir tan sólo de la caza y de la pesca, que ellos mismos se procuraban, sin ver más oro ni riquezas, que aquellas que su ardiente imaginacion, de contínuo les pintaba.

Quiso, sin embargo, la buena suerte de Gaboto, que esta vez escuchasen sus consejos y esperasen la vuelta de Marangoré, con la esperanza, que era la luz que les guiaba, de hallar algun dia, los soñados tesoros en cuya busca corrian.

Marangoré y su hermano Siripo, conduciendo á la hermosa Lirupé, seguidos de un numeroso cortejo, llegaron una mañana al campamento, despues de ocho meses de espera, por parte de los ansiosos descubridores.

Cuando Marangoré, jóven indio de veinticinco años, vestido solamente con una cintura de plumas rojas, que ceñia su delgado talle, con la cabeza adornada con plumas del mismo color y con una aguda flecha adornada tambien con plumas rojas, se presentó en el fuerte del Espíritu Santo, en compañía de Siripo y de dos compañeros, que vestian casi el mismo traje, con excepcion de la flecha, pues ellos venian desarmados; cautivados los Españoles por la gentil presencia del indio y por el acto de cortesía que hacia, viniendo á entregarles la flecha que significaba, segun ellos: *hé aquí mis armas, soy amigo,* rodeáronle solícitos, ofreciéndole su amistad y pidiéndole noticias de su viaje. Marangoré, contestó en su lenguaje expresivo y figurado, que habia traido consigo, á la más brillante estrella del cielo de la Pampa, y que su padre se habia ofrecido á auxiliarlos en sus guerras: asegurándoles en seguida,

hallarse dispuesto á cumplir lo prometido por Carripilun *el Sabio,* ansiando, tanto como ellos, lanzarse en persecucion de los Charrúas. Despues de lo cual invitó á Gaboto y los suyos, para que el siguiente dia, despues de la salida del sol, viniesen á sus chozas, para tomar parte en el regocijo, que con motivo de su casamiento debia tener lugar. Gaboto y nuestros amigos le prometieron no faltar y le acompañaron hasta mitad camino.

Pocos momentos despues, una docena de indias se presentaron en el fuerte, con la comision de invitar á la blanca Española y á las suyas, en nombre de la hermosa y opulenta princesa Lirupé, hija del valiente cacique Antritipay, el de los ojos grandes, para que asistiesen á la fiesta de su matrimonio.

CAPÍTULO VIII.

Fiesta.

Cuando los Españoles, el siguiente dia, poco despues de la salida del sol, llegaron á las chozas de los Timbúes, halláronles formados, todos en línea de batalla, con sus trajes de fiesta, que consistian, en la cintura de plumas de colores y en una especie de turbante, hecho tambien de plumas, de tintes más vivos.

En los dias de fiesta y de pelea, usaban darse en la cara y en el pecho unas pinceladas con zumo de yerbas y barros de diferentes colores, que contribuian á darles una expresion horrible, de que ellos se vanagloriaban.

Marangoré, diferenciábase de los demas, por un inmenso collar de cuentas de colores, que al cuello llevaba y por una lista roja muy marcada, que le dividia el rostro, por medio de la frente. Las mujeres, más recatadas y modestas en su apostura, estaban cubiertas de una red tejida de una especie de cáñamo muy fino, que desde el cuello hasta los piés les caia en graciosos pliegues; en la cintura tenian

el delantal de plumas blancas y rojas, que hacia juego con el turbante; llevando además en las piernas y en los brazos, brazaletes de cuentas azules. * Con excepcion de la novia, que tenía un collar semejante al de Marangoré y unas argollas muy grandes como pendientes, que por lo relucientes parecian ser de plata.

Sentado Carripilun, en medio de un círculo marcado en tierra, con pequeñas estacas adornadas con plumas de avestruz y ramas de espino, saludó á los recien llegados, con una inclinacion de cabeza y permaneció de nuevo en completa inmovilidad.

Siripo, llevó á Lucia y á las demas mujeres españolas, á colocarse en la línea de las indias, diciéndoles, permaneciesen de pié, miéntras su padre conferenciaba con los malos espíritus; haciendo otro tanto con los Españoles, que tomaron lugar entre los indios.

Lirupé y Marangoré, el uno en frente del otro, á poca distancia del círculo, en que Carripilun se hallaba en conferencia con los demonios, parecian petrificados, tal era la inmovilidad y rigidez de sus personas y la constante fijeza con que miraban el sol; siendo así, que desde mucho ántes de la salida del astro, debian permanecer en la misma actitud, dependiendo de su inmovilidad, el mayor ó menor grado de felicidad, que habian de disfrutar en su matrimonio.

* GUEVARA.

Despues de dos horas de absoluto silencio, pronunció Carripilun unas palabras que se dirigian al espíritu del mal; lanzó un gemido agudo y prolongado y llamó por tres veces á los desposados. Marangoré y Lirupé, que estaban ya casados, vinieron en silencio á deshacer ellos mismos el círculo de estacas y plumas, que aprisionaba á Carripilun, repartiendo despues las estacas y las plumas entre los circunstantes. Una vez concluída la ceremonia del casamiento, dió principio una especie de torneo, á la manera indígena.

Sentados todos, formando un inmenso círculo, quedó abierta la liza. Presentáronse dos indios bastante jóvenes, á disputarse el premio de la carrera, que era una hermosísima flecha, costeada, como todos los demas presentes, por la familia de la novia. La distancia que debian recorrer, era como de cuatro cuadras en redondo; y á una señal de Carripilun, partieron los corredores con paso mesurado, que apresuraban, á medida que avanzaban, acabando por correr con extraordinaria rapidez. Durante la carrera, no se crea que los demas indios demostrasen la menor agitacion ó interes, por ninguno de los corredores, siendo de notarse que aquellos salvajes mostraban siempre la mayor reserva y moderacion, en casi todos los actos, que más conmueven y agitan á los civilizados habitantes del Viejo Mundo.. Alcanzó uno de los indios, notable ventaja sobre su

competidor y presentóse luego, seguido de sus parientes y amigos, á recibir el premio, de manos de Marangoré, que al dárselo, le dijo: «Eres ágil como el *cheuque;*» nombre que debia quedarle y pasar á sus descendientes. Advirtieron los Españoles, que aquel que habia perdido la carrera no se presentó en todo el dia; y que hasta sus parientes y allegados, se vieron en la necesidad de no tomar parte en las fiestas que se siguieron. Vino luego el tiro de flecha, para el cual se presentaron diez ó doce competidores; quedando los Europeos asombrados del acierto de aquellos tiros, que por blanco tenian, muchos de ellos, una simple pluma de gaviota. Fué Siripo quien consiguió el premio, de un magnífico collar de cuentas rojas, que le puso al cuello su hermano, llamándole *ojo de chispa,* observándose en ese caso, las mismas circunstancias que en el anterior.

Luego que acabaron estos divertimientos y otros semejantes, en los cuales á porfia disputáronse los premios de la lucha y de la macana, los más distinguidos de la tribu; Marangoré, que no habia tomado parte en la jornada, pidió á los Españoles tuviesen á bien, como obsequio á sus desposorios, hacer algunos de los ejercicios militares, que eran de uso entre ellos. Prestáronse á ello muy gustosos sus huéspedes, deplorando la falta de caballos, que allí no eran conocidos, por no poder darles una idea más aventajada de sus lides. Tuvo Sebastian la dicha de

ser de los primeros en el tiro de arcabuz, así como el alférez Oviedo, que se distinguió tambien en el manejo del sable. Marangoré, regaló al primero una hermosa macana muy pulida y liviana que era de sus armas la favorita; y al segundo, una flecha semejante á la que ántes recibió el *ligero cheuque;* llamando al uno *ojo de luz,* y al otro *brazo de viento.* Maravillados los indios, de que aquellos que habian sido ménos afortunados, no tuviesen vergüenza de continuar en presencia de todos, preguntaron á los Españoles qué significaba tan extraño proceder. Entónces Sebastian les hizo saber, cómo entre ellos, sólo era despreciado el que huia cobardemente de los peligros.

El banquete tuvo lugar allí mismo, á campo raso. La comida se componía generalmente de gamas, liebres y mulitas, pero ese dia hubieron, además, una especie de tortas hechas de mandioca y maíz, presente de los Gualaches, que eran agricultores y cultivaban con gran éxito aquellas plantas.

Como los Timbúes eran muy sóbrios, no tenian casi aficion á las bebidas fuertes y excitantes, contentándose tan sólo, con una especie de chicha muy floja, que extraian de los algarrobos.

Despues de la comida, dió principio el baile, al cual no asistió Lucia ni sus compañeras, que se retiraron al fuerte á la caida de la tarde. El baile sólo consistia en dar vueltas en redondo, tomados todos

de las manos, siguiendo el compás de una calabaza con piedrezuelas dentro, que agitaba en medio de ellos una jovencita de pocos años, que no hubiese entrado aún en la pubertad, pues creian ellos, que la música era atribucion de la inocencia. Generalmente despues del baile, seguian bebiendo hasta el dia siguiente, teniendo cuidado las mujeres, que no beben jamas, de esconder las armas, para evitar pendencias.

CAPITULO IX.

Y no sabeis lo que será en el dia de mañana.

SANTIAGO, APÓSTOL.

Á pesar de los deseos que Gaboto tenía de continuar su expedicion, no le fué posible hacerlo, por hallarse atacado de una fiebre que le duró algunos meses, hasta mediados del año siguiente, teniendo que recurrir á mil artificios, para distraer á sus compañeros, que empezaban á murmurar, con instancia, por dejar aquel sitio.

Una vez restablecido, decidió seguir aguas arriba con sus buques y aquellos más impacientes, dejando en el fuerte á don Nuño y á Sebastian, al mando de cien hombres, encargados de explorar la tierra hácia el Oeste y Sud Oeste; luego que Marangoré, pasado el término de ocho meses, fijado por sus costumbres, pudiese acompañarles, sin detrimento de sus deberes de esposo.

Y recomendando encarecidamente á unos y á otros, mantuviesen paz y buena armonía, lanzóse el Veneciano á nuevas aventuras.

Poco tiempo despues de la partida de las naves, tuvo Lucia la desdicha de perder á fray Pablo, siendo este un rudo golpe para su corazon. El anciano acostumbraba ir todos los dias, al campamento de los indios, movido por el piadoso celo de abrir sus ojos á la luz de la fe; allí, con dulces palabras, al alcance de aquellos escasos entendimientos, les mostraba la infinita bondad y misericordia del Dios de los Cristianos, con el fin de irles preparando, por grados y sin violencia, para el gran dia en que recibiesen el bautismo. Más de una vez el sabio Carripilun, prestó oido atento á las divinas palabras del Redentor del Mundo, que repetia fray Pablo, con inspirado acento Y como aquellos indios no tenian ideas fijas sobre religion y sólo creian en un espíritu malo, al cual estaban sujetos los hombres y era necesario tratar de agradar, por todos los medios posibles; el anciano esperaba á fuerza de constancia, vencer su ignorancia, confiando con el andar del tiempo y merced al terror mismo, que el espíritu del mal les inspiraba, vendrian á refugiarse en brazos de la divina Madre de Jesus, amparo de los afligidos.

Pero con quienes más valimiento alcanzaban sus piadosas exhortaciones, era con las indias; especialmente con una jovencita de pocos años, llamada Anté, que desde los primeros tiempos habia cobrado grande aficion á las Españolas, consintiendo, siempre que al fuerte venía, en que le pusiesen vestidos y

adornos á la europea, segundando Lucia por éste y otros medios análogos, las constantes miras del religioso.

Una mañana, que segun su costumbre, se dirigia el anciano al campamento de los Timbúes, un violento ataque dió con él en tierra, permaneciendo allí, hasta que una hora despues acertó á pasar, en aquella direccion, la jóven Anté, que al verle en tal estado, alarmó con sus gritos á los habitantes del fuerte. Lucia y Sebastian, ayudados por don Nuño y varios de los suyos, se apresuraron á auxiliar al desgraciado fray Pablo, que falto ya de fuerza y sin poder hablar, agradecia con expresivas miradas los cuidados que á porfia le prodigaban. En vano Anté corrió solícita al campamento, en busca de sus más afamados curanderos; el anciano espiró poco tiempo despues, sin exhalar un gemido y sin haber podido decir una palabra de despedida á sus amigos.

Lucia, con el corazon traspasado, cerró respetuosamente los ojos de su virtuoso amigo, y despues de colocarle entre las manos, sobre el pecho, la imágen de Jesus crucificado, se arrodilló cerca del lecho y permaneció en oracion toda la noche, en compañía de las pocas mujeres que en el fuerte quedaban. La jóven Anté, recitaba en voz baja las primeras palabras del *Padre nuestro,* que le habian sido enseñadas por el anciano.

El dia siguiente, diéronle sepultura en un sitio, que de continuo visitaba y era muy de su agrado, por la amena vista que desde allí se alcanzaba. Situado en una pequeña eminencia, muy cerca de la costa, estaba pintorescamente rodeado de un montecillo de algarrobos y espinos, crecidos y frondosos.

Allí fué conducido el cuerpo del religioso, seguido de todos aquellos, que habian sido constantes apreciadores de sus virtudes. Tanto cristianos como indios, iban en mustio silencio, con abatidos semblantes, á pagar aquel último tributo á sus restos mortales. El tosco ataud, fabricado con tablones de aquellos mismos árboles que debian prestarle sombra, fué conducido hasta allí por Sebastian, el alférez Oviedo y el jóven Alejo Diez, seguidos de don Nuño y de Lucia, que á pesar de su dolor, quiso acompañar á su amado padrino, en aquel último viaje. Los indios, con sus mujeres y sus hijos, asistieron á aquella triste ceremonia, con la más respetuosa compostura. Lucia, con voz melancólica, pronunció cerca de la tumba, estas palabras: « Duerme en paz, querido amigo, consuelo de los afligidos, y refugio de todos los corazones; allá en los Cielos, cuando tu espíritu, tan puro como el de los mismos ángeles, tome asiento en trono de luz, cerca de Dios nuestro Padre, ruega por nosotros los que quedamos en este valle de lágrimas. » La jóven besó el ataud;

Sebastian y Oviedo, lo cubrieron de tierra. Despues de concluida aquella piadosa operacion, colocó don Nuño sobre la tumba, una cruz blanca, groseramente formada de dos gajos de un espino; y todos oraron juntos, por el descanso eterno del virtuoso anciano.

Desde entónces, aquel sitio fué llamado por los indios, la *Cruz del santo,* y considerado como un lugar privilegiado, cerca del cual era irreverente dar muerte á ninguna de las muchas aves, que con sus gorgeos, prestaban mayor encanto á tan poético lugar.

Todos, todos, deploraron la pérdida de aquel valioso compañero; pero ningun corazon lloró tan amargas lágrimas, como la sensible esposa de Sebastian, la humilde discípula, de las veladas de Murcia.

CAPÍTULO X.

Enseñar al que no sabe.

Muerto fray Pablo, tomó Lucia por suya la piadosa tarea de instruir á las sencillas habitantes del desierto, en las sublimes verdades del Cristianismo. Todos los dias, con incansable perseverancia, su celo la llevó á las chozas de los Timbúes. Veíasele allí, rodeada de las indias, sentadas sobre la yerba, con sus hijos en brazos las unas, las otras con las manos cruzadas sobre las rodillas, en atenta actitud, sueltos los cabellos sobre la espalda, y fijos los grandes ojos en el semblante de la jóven, escuchar las palabras de amor y caridad, que despertaban en sus almas adormidos ecos; semejantes al niño que repite la oracion primera, enseñada por su madre y que sin darse cuenta, siente en el fondo del alma, mística revelacion, que sube del corazon hasta el semblante, iluminado con celestial reflejo.

Sentíanse aquellas rústicas criaturas, especialmente

atraidas por la belleza de Lucia, encontrando singular agrado en tocar sus finos cabellos, que comparaban ellas, con las negras y relucientes plumas del tordo; ensalzando de continuo, la blancura de su tez, llamándola rostro de luna, cuello de leche; y comparando su talle gentil, ora á la garza que remonta su vuelo hasta las nubes, ora á los flexibles *rancoles* * que ceden á la influencia del viento.

Con dulce sonrisa, escuchaba Lucia, tan ingénuas alabanzas, insistiendo con las indias, para que, por medio de los presentes que les hacia, cubriesen su desnudez y tratasen de observar en todos sus actos la modestia y decencia, que constituyen los más valiosos encantos de la mujer. Muchas de ellas adelantaban visiblemente en algunas labores de mano, que la hacendosa esposa les enseñaba, deplorando la falta de materiales, que empezaba ya á sentir, hasta para el propio uso. Una de las cosas á que más las exhortaba la virtuosa Española, era á que inspirasen respeto á sus hijos, educándoles desde pequeños, respetuosos y sumisos, porque las indias, á ese respecto, tenian las más equivocadas creencias; juzgando que el amor maternal consistia en permitirles hasta los más descompuestos y chocantes actos. ¡Con cuánto dolor veía Lucia, á esos pequeños tiranuelos, levantar sus manos para herir en el rostro al viejo padre y á la

* Cañas.

paciente madre, que con estóica tranquilidad sufrian aquella torpe accion, digna sólo del estado de barbarie en que estaban sumidos. Consideraban ellos tales desmanes como una prueba del futuro coraje de sus hijos, que refluir debia en provecho de sus padres, por haberles los primeros embravecido como lo hacen las bestias feroces.

CAPÍTULO XI.

Cuando espiró el plazo, que las costumbres imponian á Marangoré, éste advirtió á Sebastian y á don Nuño, hallarse dispuesto á salir en busca de los Charrúas, por saber á punto fijo el sitio en donde encontrarlos.

Los Españoles hicieron sus preparativos para aquella expedicion, que segun los deseos de todos, debia dar por resultado el exterminio de aquellos bárbaros, que eran una constante amenaza á su tranquilidad. Pero, ante todo, pidieron á Carripilun, observase que los indios y los Españoles que en el fuerte quedaban, mantuviesen extricta vigilancia y buena armonía, siendo él responsable y garante, de la seguridad de Lucia y sus compañeros.

Juróles Carripilun, tratar á los Españoles como á sus propios hermanos, recibiendo de manos de don Nuño, las de Lucia y las del alférez Oviedo, que de comandante del fuerte quedaba.

Ántes de ahora, hemos nombrado al jóven Alejo, con motivo del entierro de Fray Pablo; éste

Diez no era otro, que el hijo de la posadera de Cádiz, que tanto lo habia recomendado á Lucia. Á la verdad, cosa más fácil no habia, que interesarse por el jóven villano, pues natural despejo, bravura y cortesía, eran dotes que en él se disputaban la primacia y le hacian acreedor á la general estimacion; mereciendo, segun el dicho de cuantos le conocieron, haber nacido de noble estirpe.

De buena gana hubiera Alejo tomado parte en la expedicion; pero como Lucia le habia pedido quedase á hacerle compañía, hubo de sacrificar sus primeros laureles, en obsequio de su protectora; siendo así que, además del cumplimiento de aquel deber, habia para su corazon dulce atractivo, que le compensaba cumplidamente aquel sacrificio.

Amaba á la jóven Anté; y ella á su turno, se sentia fuertemente atraida por la varonil belleza, del bizarro Español. Lucia, que veia el naciente amor de los dos jóvenes, tomaba especial esmero, en preparar el corazon de la india, al goce íntimo y delicado de los dulces afectos, templando por medio de prédicas, la ardiente fogosidad de su alma de salvaje. Y á medida que el tiempo pasaba, el corazon de la Española trasmitia á la jóven india una porcion de su delicado perfume.

El dia de la partida, Lucia y Lirupé, acompañadas de un numeroso séquito, siguieron á sus maridos, hasta un lugar distante del fuerte, como diez cuadras

y que se llamaba de la Espina; allí, despues de prometer de nuevo los indios, con las más sagradas promesas, tratar á Lucia como á una hermana y defenderla hasta el último trance, se separaron las dos comitivas, cambiando unos con otros amistosas palabras de despedida.

Aquellos que quedaban, se volvieron al fuerte, en tanto que los demas, tomaban el camino de la laguna del Cheuque, que era el sitio á donde estaban acampados los Charrúas, segun noticias traidas por el adivino Gachemané, de la tribu de los Gualaches.

CAPÍTULO XII.

Y léjos de su patria derribados
No fueron justamente sepultados.

HERRERA.

Marangoré y Sebastian, á la cabeza de la tropa compuesta de cerca de ochenta Españoles y más de cien indios, seguian la direccion indicada por el adivino, divididos en tres grupos. Formában el primer grupo cincuenta Europeos, armados de arcabuces y pequeñas espadas y aquellos indios más diestros en el uso de la macana, arma favorita del cacique. En seguida, venía el resto de los Españoles, al mando de don Nuño, armados igualmente de largas espadas y mosquetes; y llevando ademas, el escudo, el casco y la cota, que tanto asombro habian causado á los indígenas, que creian por este medio, ser imposible dar muerte á los extrangeros. El último grupo ó cuerpo de reserva, á las órdenes de Siripo, que para esa expedicion, habia sido aclamado segundo jefe, se componia tan sólo de indios armados con agudas flechas y zaetas.

Siguieron largo tiempo por un vasto llano, desnudo

y sin la más leve ondulacion, un camino que no ofrecia á nuestros aventureros interes alguno.

Apénas si de vez en cuando, una que otra gama, ó algun avestruz, que cruza en rápida carrera por aquel vasto horizonte, rompe la monotonía del paisaje. Más de cuatro leguas han avanzado en aquel primer dia, sin encontrar un solo árbol; por todos lados la ancha pampa presenta su grandeza y desnudez. Paréceles que ante aquella creciente inmensidad, cuyo límite no se alcanza, el pecho respira con mayor fuerza, la vista salva mayor distancia.

El calor excesivo, el mucho polvo que incesante remolinea, hacen sentir en demasía la falta de agua, que internándose hacia el Oeste, escasea considerablemente. Fatigados los Españoles con el peso de sus armaduras, ansian por hallar un árbol, bajo el cual guarecerse de los rayos del sol. Marangoré, que los ve abatidos y desalentados, les asegura que á poco andar, entrarán en un terreno quebrado y fértil, donde hallarán agua y sombra.

El siguiente dia, despues de cuatro horas de constante marcha, empezaron á notar gran diferencia en el terreno; á medida que avanzaban, la frescura del aire aumentaba y pequeños arbustos, que iban en aumento, convencieron á los expedicionarios, del conocimiento de los lugares que el cacique tenía.

Llegaron aquella misma tarde á una inmensa laguna llamada por los indios, de los Macangues, en

donde los Españoles pudieron apagar su sed y refrescar sus cuerpos, abrasados por el sol y el polvo, tendiéndose con delicia sobre una yerba verde y fresca, que debajo de los árboles crecia en abundancia y la llamaban *rimu*.

Cobraba Marangoré mayor simpatía á Sebastian; el franco continente del Español, su mucha fuerza corporal, la admirable destreza en todas las armas y su carácter abierto y caballerezco, eran cualidades propias para cautivar el ánimo del salvaje. Tambien Hurtado y don Nuño, tuvieron ocasion entónces, de admirar la caballerosa cortesía de Marangoré, si tal frase conviene á un héroe de las Pampas; y la maestría y agilidad del indio en todos los ejercicios varoniles.

Siripo, á quien los suyos prestaban casi igual acatamiento que al jóven cacique, era igualmente diestro en el manejo de todas las armas por ellos usadas, especialmente en la flecha, en la que ya le hemos visto alcanzar el primer premio. Pero no poseia las atractivas prendas de su hermano, que á sus méritos como guerrero, unia ademas, una conversacion franca, que bien se hermanaba con la varonil belleza de su semblante. Por lo contrario, reservado en sus ademanes y esquivo por demas, apénas si ha cambiado con los Españoles, otras palabras que aquellas extrictamente necesarias: contrastando singularmente su figura, con la regularidad

y belleza de formas, que hacian de Marangoré un modelo de proporcion y regularidad. Contrahecho y desairado, tenía la cabeza dos veces más grande, que lo que convenia á sus escasas y mezquinas formas. Haciendo más notable aún esta diferencia, la circunstancia de ser estos dos hermanos, gemelos, nacidos con diferencia de horas.

Siripo, que como todos, debia notar la inmensa serie de ventajas, que sobre él alcanzaba el primogénito, no parecia, sin embargo, guardarle por ello rencor; ántes al contrario, aparentaba amar mucho á Marangoré y respetarle como á su futuro soberano. Más de una vez chocó á los Españoles la especie de obsequiosa oficiosidad y moderada reserva, que observaba en presencia del cacique, como si se trasluciese en ella algo de hipócrita falsía, siendo de notarse, que desde los jefes hasta los soldados, todos sentian hacia él igual alejamiento; mientras acontecia precisamente lo contrario con su hermano. Marangoré, que tenía mucho afecto á Siripo y escuchaba siempre sus consejos, consultó á éste, al salir de aquel lugar, sobre lo que creia más conveniente hacer, hallándose cercano el enemigo.

Los jefes españoles dejaron que los indios conferenciasen á parte, aprovechando ellos ese momento, para comunicarse sus pensamientos íntimos, y recordar á Luçia, que tan sola habia quedado y debia ansiar tanto por su vuelta.

No se crea empero, que nuestros amigos tuviesen la idea de seguir ciegamente las indicaciones de sus aliados y como tal esperasen su decision, para saber á qué atenerse; ántes al contrario, ellos habian tratado de demostrarles la confianza y seguridad que les inspiraba su propia fuerza, lanzándose á tan riesgosa expedicion sin el auxilio de los Gualaches. Pero no conociendo ni los lugares, ni la clase de enemigos que iban á combatir, don Nuño, con la prudencia y reserva, que son apreciables dotes en un jefe, juzgó conveniente, seguir las indicaciones de los indígenas, en todo aquello que oportuno hallase.

Concluida la conferencia, dijo Marangoré á los Españoles, que él y su hermano Siripo, marcharian adelante, con la mitad de su jente, hasta descubrir los rastros del enemigo, para que ellos en seguida y merced á la superioridad de las armas, pudiesen hacerle el mayor daño posible.

Los árboles que ántes eran pequeños y en escaso número, habian aumentado considerablemente de tamaño. Hallábanse á la sazon en un tupido monte de algarrobos, cuyos nudosos troncos, se extendian por todos lados.

Al cabo de cuatro dias y medio de marcha, recibieron aviso de Marangoré, para que permaneciesen ocultos lo mejor que les fuera dable, observando extricta vigilancia.

Dispuso al punto don Nuño, acampase la gente, ordenándoles guardar el mayor silencio. Era ya muy cerca de la noche, cuando el tiempo, que hasta entónces habia sido despejado, empezó á oscurecerse, ocultándose esquivo el sol, mucho ántes del momento en que debia bajar á su ocaso. Los Españoles, tendidos bajo los árboles, esperaban la señal del cacique. Pasóse gran parte de la noche en la más completa tranquilidad, atentos á escuchar el más leve ruido. El silencio majestuoso y triste del desierto, turbado sólo por el grito lastimero y quejumbroso de la lechuza, imponia su gravedad, á los agitados corazones de los Españoles. Durante aquellas largas horas de espera, próximos á desafiar la muerte á manos de feroces enemigos, más de un hondo suspiro rompió el silencio de la triste noche. ¡Cuántos dulces recuerdos, rozando blandamente el corazon en rápido vuelo, trajeron á la memoria de los extranjeros, la imágen de la patria, de la madre y de los tiernos hijos! La luna amarillenta y empañada, oculto el mústio semblante tras densas nubes, semejaba, sobre la oscura bóveda, la descolorida faz de un muerto descansando en fúnebre ataud; todo era triste, angustioso; todo presagiaba duelo. De repente resonó á lo léjos el grito de un yajá. Los Españoles, movidos como por un resorte, se pusieron de pié; los indios continuaron tendidos: el silencio volvió á reinar exclusivamente.

Despues de algunos momentos de espera, los Españoles, con el alma en los oidos, volvieron á tenderse sobre la yerba. Al cabo de una media hora, el yajá lanzó de nuevo dos gritos en vez de uno, todos á la vez se levantaron y prepararon las armas; hízose oir de nuevo el yajá y la tropa se puso en marcha, sin hacer el menor ruido. La luna veló completamente su escasa luz y quedaron envueltos en tinieblas. Los indios pasaron de los primeros, guiando á los extranjeros con el más extraño acierto, por entre un laberinto de árboles pequeños y troncos secos. Á medida que avanzaban, el terreno formaba pendiente, y poco á poco sus ojos, que se hacian á las tinieblas, les permitian distinguir los objetos. El grito del yajá repetido por tres veces y muy cerca ya, les indicó que debian detenerse. Hallábanse á poca distancia de un gran arroyo, cerca del cual, distinguian unas masas negras, que parecian enormes piedras. De improviso el silvido de las flechas y el grito de guerra de los Timbúes, les advirtió que era llegado el momento. Dispararon sus armas los Españoles, sobre aquellos bultos que se arrastraban como reptiles hácia la orilla del agua, cayendo al punto los Timbúes con sus macanas, sobre los descuidados Charrúas, que aturdidos por la extraña detonacion de las armas de fuego, se lanzaban al arroyo, desde donde disparaban sus flechas con notable ventaja; pero la oscuridad de la noche hacia muy inciertos

sus tiros, miéntras que los Españoles, no perdian uno solo de sus disparos, obligándoles, mal de su grado, á sumergirse, en tanto que los Timbúes, con sus terribles macanas, derribaban en tierra, de cada golpe, un enemigo.

Despues de un cuarto de hora de aquella lucha á oscuras, advirtieron los Europeos, no habia ya más enemigos que combatir; sus flechas habian cesado, y el arroyo arrebataba en su corriente, una gran cantidad de oscuras masas, que flotaban sobre las aguas.

Entónces pensaron en darse cuenta de lo sucedido. Sebastian, que habia permanecido todo el tiempo cerca de don Nuño, muy satisfecho al ver que éste no estaba herido, se ocupó de llamar por sus nombres á sus compañeros. Todos los Españoles, con excepcion de tres, acudieron al llamado deseosos de saber si él ó don Nuño, habian sido heridos.

Marangoré y Siripo les aseguraban, que los enemigos que acababan de combatir, no era posible fuesen aquellos Charrúas, que segun noticias de Gachemané, habian quedado allí acampados; tratando al punto de examinar los cadáveres para cerciorarse de la verdad.

Los Españoles que faltaban, estaban muertos; así como una media docena de indios, que resultaron ser indias; causando este descubrimiento asombro y descontento á los guerreros. Halló Marangoré por

suerte á una de ellas herida tan sólo en la pierna, de un arcabuzaso; y habiendo sido interrogada por él con amenazas, para que no mintiese, dijo, despues de muchos lamentos y protestas, que ocho dias ántes los indios habian estado allí, pero que sabedores de la intencion de los Timbúes, habíanse internado hácia el Oeste, quedando ellas con los restos del campamento, Aunque sin dar entera fe á sus respuestas, el cacique las trasmitió á los Españoles é insistió nuevamente con la india, para que dijese la verdad, asegurando ella de todos modos, con exageradas expresiones, ser esa la pura verdad, y pidiendo la dejasen en libertad.

Movido á compasion Sebastian, por el acento suplicante de la india, rogó á Marangoré le concediese, lo que con tan humilde acento le pedia; pero el cacique le contestó era necesario no fiar en aquellas falsas lágrimas y que sólo la dejaria marcharse, cuando ya no pudiera hacerles daño.

Temeroso don Nuño que si se internaban hácia el Oeste, guiados por aquella mujer, que debia tener tanto interes en engañarles, corrian riesgo de caer en alguna emboscada, despues de consultar con los dos caciques, dió órden de hacer alto en aquel lugar hasta la venida del dia. Á pesar de estar muy fatigados unos y otros, nadie pensó en dormir, por temor de alguna sorpresa; custodiada la india por algunos indios, no cesaba de pedir la dejasen ir á cuidar de

sus hijos, que eran muchos y pequeños, sin obtener otra respuesta, que injuriosos reproches de aquellos que la guardaban, habiéndola, no obstante, dejado suelta, por empeños de Sebastian, á pesar de las instancias de Siripo, para que le diesen muerte.

Llegó por fin el tan deseado dia, y así que la luz bienhechora mostró claramente los objetos, se pusieron en marcha, dando una última mirada de despedida á los compañeros, que quedaban tendidos é insepultos en extraño suelo.

Siendo las indicaciones del adivino, las únicas que tenian los Timbúes sobre el paradero de los Charrúas, juzgaron conveniente, volverse por donde mismo habian venido, hasta la altura del campamento de los Gualaches. La india, vigilada de cerca, seguia la comitiva, á pesar de su herida, que la hacia arrastrarse con dificultad. Don Nuño, movido por un sentimiento caritativo, habíale vendado la pierna con dos pañuelos, á pesar de sus gritos y contorsiones.

¡Cómo pintar el asombro de unos y otros, cuando á eso del medio dia, al entrar en el bosque de algarrobos, que anteriormente habian atravesado, oyeron un chasquido de honda! El asombro fué grande: creyeron que los enemigos estaban cercanos; pero con grande entereza y resolucion, don Nuño, les dijo: « Compañeros, el peligro es ya inevitable, lo que importa es salir de él cuanto ántes. » Y avivando el paso, mandó que le siguiesen.

En efecto, no bien hubieron penetrado en el bosque, cuando una lluvia de flechas y piedras que partia de los árboles, cayó sobre sus cabezas. Los Españoles dispararon sus arcabuces, miéntras que los Timbúes, aterrorizados por aquel súbito ataque, huian despavoridos, á pesar de los esfuerzos de sus dos jefes. Siripo y Marangoré, lanzaban agudos gritos, arrojando sus flechas con singular destreza é incitando á los suyos, con el brioso ejemplo de los Europeos.

Infinidad de indios, caian desplomados de los árboles, heridos por los certeros disparos de los arcabuceros, que se mantenian en completa disciplina, á pesar de la dispersion de sus aliados y de los muchos claros que el enemigo hacia en sus filas. Despues de luchar media hora, con singular bravura de una y otra parte, cesó el combate, habiendo perdido en él los Españoles, como diez ó doce de los suyos y los Timbúes, más de treinta de sus aterrorizados compañeros. En cuanto al enemigo, el monte cubierto con sus desfigurados cadáveres, mostraba bien claro su derrota.

Despues de despojarles de sus armas, resolvieron los vencedores, continuar la marcha; y Siripo, con sereno rostro y tranquilo ademan, hizo pedazos de un golpe de macana el cráneo de la india herida, que cayó en tierra sin arrojar un solo gemido.

En vano los Timbúes, con gritos de alegría animaban á los Españoles á celebrar tan valioso triunfo;

los Europeos cabizbajos y silenciosos, seguian su marcha deplorando la triste suerte de sus perdidos compañeros.

Tomáronse precauciones, para no ser sorprendidos nuevamente, pero todo fué en vano; en aquella terrible retirada, los Charrúas escalonados de media en media legua, si bien perecieron en número de mil y más, vendieron muy caras sus vidas, á la fuerza de los Españoles y de los indios.

Marangoré, convencido de la traicion de Gachemané, juraba por todos los espíritus infernales, darle horrenda muerte, para que con su traidora vida, vengara la suerte de tantos valientes; Don Nuño y Sebastian, acongojados á cual más, se dirigian hácia el fuerte, seguidos de la mitad de su gente, en el más triste estado de cuerpo y de espíritu.

CAPÍTULO XIII.

Black spirits and white,
Red spirit and grey;
Mingle, mingle, mingle,
You that mingle may.

SHAKESPEARE.

Ocho dias despues de la partida de Sebastian, una mañana que Lucia se dirigia al campamento, acompañada por Alejo, vieron venir de carrera á Anté, que desde una distancia les hacia señas para que se detuviesen. «¿Qué traes, hija mia, que así te agitas?» díjole Lucia. Anté respondió jadeando: «Deteneos, deteneos!» «¿Qué sucede, Anté?» preguntó Alejo alarmado. La jóven india replicó, con misterioso acento: «En el fuerte os lo diré, amigos mios, aquí podrian oirnos, venid, venid.» Pensando Lucia, en Sebastian, en extremo agitada, esclamó: «¿Qué es de mi marido, Anté? Responde, responde!» Y sacudia el brazo de la india, que trataba de arrastrarles hácia el fuerte. «Nada, nada, madrina; nada sé de él; vos sola estais en peligro.» Y la jóven, con lacrimoso acento, insistia para que la siguiesen. Condescendió

Lucia y así que hubieron llegado, Anté, con voz conmovida y volviendo á Lucia sus enormes ojos, dijo: « El adivino dice que tú eres espíritu malo y que el demonio pide tu muerte. » « ¡ Ay, Alejo! ¿ Qué haremos ? Pobre madrina, pobrecita, la matarán. » « ¡ Eso aún está por ver, ¡ raza de tigres ! » exclamó el jóven, apartando bruscamente á su amante, que abria desmesurados ojos, con creciente alarma. Corro al campamento, allí esos malditos indios me esplicarán qué significan sus amenazas. » « Detente, Alejo, » agregó Lucia, « no culpes á la pobre Anté; yo misma iré á pedir á Carripilun la explicacion que deseas; no te alarmes, hija mia, pronto aclararemos el misterio, prepárate á acompañarme. Tú, Alejo, vendrás tambien conmigo; pero, sobre todo, prudencia y obediencia á mis mandatos. » Sin advertir á Oviedo ni á los demas Españoles, la intrépida jóven se dirigió al campo de los indios, seguida de los dos amantes.

Carripilun, sentado en el suelo, rodeado de todos los suyos, hombres y mujeres, hablaba en voz baja con el adivino. Cuando la Española se presentó en medio de ellos, oyóse un extraño murmullo por todos lados; Alejo lanzó terribles miradas á los indios; y Lucia, sin turbarse por aquella visible hostilidad, les dijo con dulce habla: « Buenos dias, hermanos. » Carripilun fué el único que respondió: « Buenos dias, Española, ¿ qué buscas? » Sin darse por agraviada

por tan seca respuesta, la jóven dirigió á Carripilun estas palabras: « Cacique principal de los Timbúes, tengo que hablarte; y cuida que has prometido tratarme como á tus propios hermanos, á quien tiene voluntad y fuerza. » « Habla, Española, » respondió el cacique, « el indio mantendrá su promesa hasta que aquellos que *quieren y pueden* más, que indios y Españoles, pidan lo contrario. » « Está bien, á ellos acudiré, » repuso Lucia. Y volviéndose luego al adivino, agregó: « ¡Oh tú, sabio Gachemané, cuyos brillantes ojos tienen el poder de leer lo que aún se oculta, tras la oscura niebla de lo futuro; tú, cuyas palabras alcanzan lo que no es dado á ningun mortal; tú, que puedes evocar al mismo espíritu del mal; yo, que aspiro á conocer los secretos más recónditos de tu ciencia, te pido me inicies en los misterios de tu poder. »

El indio Gachemané, seducido por tan pomposo elogio, replicó con aire importante: « ¿Qué quieres de mí? ¿Qué exiges de mi poder, mujer venida de extrañas tierras? » « Pido, » respondió Lucia, « me permitas ir, yo y los mios, al lugar sagrado, en donde evocarás mañana al rayar el alba, los espíritus malos: ellos pronunciarán nuestra sentencia, ellos decidirán si somos aún dignos de conocer los misterios de vuestras sagradas creencias. » El adivino respondió, que consentia en ello, siempre que Carripilun no lo desaprobase, convencido de que el espíritu del

mal hablaria, así que le interrogase. En seguida, acercóse Lucia á aquellas indias, con las cuales tenía más amistad, y les dijo deseaba mucho saber, si aquellos dioses malos, eran en realidad superiores al Dios de los Cristianos, hallándose dispuesta, en tal caso, ella y sus compañeros, á reverenciarlos desde ese momento.

Como Carripilun consintiese en su demanda, prometió ella no faltar el siguiente dia, volviéndose luego al fuerte. Allí explicó á los Españoles, como era necesario tuviesen acierto y prudencia para llevar á cabo el proyecto que se habia propuesto, explicándoles cuanto era del caso hacer para desbaratar las intrigas del pérfido Gachemané, siendo así que de ello dependia su salvacion, hallándose como se hallaban á la merced de aquellos salvajes. En vano le aseguraban los Españoles con ardientes protestas, bastar ellos con sus armas y el esfuerzo de su brazo, á intimidar á los salvajes; por fin, con el grande ascendiente que sobre ellos ejercia la discreta jóven, logró que se prestasen á segundar sus miras, dejando para otra ocasion el recurrir á la violencia.

Muy de mañana, acudió Lucia, al lugar de la cita, situado en las inmediaciones de un tupido bosque de espinillos y algarrobos, á unas cuadras del campamento de los Timbúes. Seguida de varios de los Españoles, se presentó cubierta con un gran

manto negro á la veneciana, que la cubria de la cabeza á los piés. Cuando llegaron, aún no se habia dado principio á la solemne evocacion. Pocos momentos despues, vieron llegar al hechicero, precedido por Carripilun, Lirupé como esposa principal del cacique, la jóven prometida de Siripo y algunos nobles de la tribu.

Saludó Carripilun á los Españoles, y en seguida, tomando por las dos manos al hechicero, lo condujo hasta las inmediaciones de una pequeña choza hecha de barro y paja que se hallaba á la entrada del bosque, diciéndole: « Alza tu voz inspirada y que el demonio nos explique sus deseos por medio de su propia presencia. » El hechicero, sin responder, levantó los ojos al cielo, y permaneció en esa posicion largo rato. Acostumbraban los tales hechiceros, ántes de sus ceremonias, confortarse debidamente con abundantes libaciones, sin duda con idea de despejar por este medio las tinieblas del espíritu.

Luego que Gachemané hubo meditado lo suficiente, comenzó la terrible ceremonia. Los indios, de pié á poca distancia de la chozuela, en la cual debia aparecer el demonio, fijaban en ella inquietas miradas, temerosos y ansiando á la vez, ver aparecer al horrible monstruo, cuya forma revestia siempre el espíritu del mal. El hechicero, bien bebido y alegre con los espíritus ardientes de la chicha, saltando y brincando cerca de la chozuela, evocaba al diablo

con gritos descomunales. Torcíase espantosamente, arrojando por intervalos hondos gemidos, que iban aumentando de fuerza, hasta degenerar en horribles alaridos, llamando con la mayor fuerza de sus pulmones al demonio, con todos los nombres imaginables. Los indios, con el rostro bañado en sudor, fatigados con las cabriolas del adivino, como si ellos mismos las hiciesen, parecian querer devorar con la vista la chozuela. Nada se oía aún, la estera que cubria la pequeña entrada, permanecia inmóvil.

Fatigado en extremo el adivino, recurrió á un último expediente para convencer al tardío demonio; y rompió en terribles insultos y maldiciones por tan descortés tardanza. Al punto, convencidos los demonios por tan elocuentes expresiones, hicieron oir un espantoso rugido, semejante al del tigre, que llenó de espanto el corazon de los circunstantes: sintiéndose en seguida gritos y ahullidos de todas clases.

Gachemané, más sosegado, limpiaba con las manos el abundante sudor que corria de su rostro, y volviéndose á los indios, gritó como hubiera podido hacerlo un titiritero: « ¡ Atencion! » En efecto, la estera de la chozuela, agitada con gran fuerza, amenazaba derrumbar las frágiles paredes; apareciendo por último, en medio de la puerta, el mismo demonio, en figura semi-humana. El espanto no tuvo límites; las mujeres arrojaron gritos de desesperacion

y los hombres agacharon las cabezas, espantados por tan terrible espectáculo. El monstruo, con una especie de cabeza humana, cubierto el deforme cuerpo con una piel de tigre y de guanaco, descansando sobre cuatro enormes patas, que á la distancia parecian manos humanas, se agitaba para todos lados, como si estuviese muy agraviado. Á lo ménos, así explicó Gachemané su extraña inquietud, que hacia temer á los aterrados indios, saliese de la chozuela y se lanzase sobre ellos para devorarles.

Interrogado directamente el demonio sobre la importante cuestion que allí le habia traido, respondió en español, un tanto chapurreado: « Que Lucia y los suyos merecian morir despedazados en número de veinte mil pedazos. » Y despues de tan explícita respuesta, se entró repentinamente en la chozuela: la estera cubrió de nuevo la abertura.

Reinaba un silencio de muerte entre los circunstantes, nadie se animaba á romperlo. Las mujeres se cubrian la cara con las manos, y estrechaban sus hijos contra el seno. Los hombres contemplaban en silencio la terrible choza, casi sin atreverse á respirar. Carripilun con el rostro triste y reflexivo, ora fijaba con espanto sus miradas en la choza, ora las volvia compasivas al grupo de Españoles, donde Lucia, con su velo echado atras, ostentaba, en medio del general espanto, su rostro angelical. « Amigos mios, » dijo la intrépida jóven á los indios, « ya lo

habeis oido, el terrible demonio pide nuestra muerte. ¿ Quién podrá discutir sus mandatos ? » En seguida, acercándose á Carripilun, cuya agitacion crecia á medida que la jóven hablaba, agregó : « Concédeme, ilustre Carripilun, padre de los más afamados caciques de la Pampa, la gracia que te pido. El demonio quiere la muerte de mis hermanos, á la par que la mia, y yo, en nombre de esa ley de caridad que él condena, quiero pedirle perdone sus vidas y tome tan sólo la mia. Déjame penetrar en la chozuela, quizá mis ruegos logren ablandar al feroz monstruo. »

Al oir tales palabras, los indios, que todos amaban á Lucia, á pesar de las maldiciones del demonio, movidos á compasion, se llegaron á pedir al anciano no consistiese en tan espantosa prueba. Pero Lucia suplicó é insistió con tal instancia, que Carripilun, con paternal acento, contestó : « Que cumpla su destino, es una buena criatura y quién sabe.... » Luego, sintiendo que se enternecía, ocultó el rostro entre las palmas. Lucia, con ágil paso y á pesar de las grandes instancias del mismo Gachemané, penetró en la tremenda chozuela, dejando caer tras de sí la estera.

Á pesar del temor, que á los indios inspiraba la vecindad de aquel lugar de misterio, acercáronse involuntariamente, movidos por un generoso impulso hácia la desventurada jóven, que suponian ya presa de las garras del monstruo. De repente, un feroz

rugido que resonó en el interior, heló la sangre en las venas, prorumpiendo muchos de los circunstantes, en gritos desaforados, volviendo furiosos sus ojos á los inmóviles Españoles, que con la más estúpida sangre fria habian consentido en tan generoso sacrificio.

La jóven Anté, con rostro tranquilo y sereno continente, contrastaba singularmente con la general agitacion.

Cuando hubieron pasado algunos minutos, Gachemané, que parecia deseoso de entrar en la chozuela, tal era su agitacion, dijo á Carripilun que todo estaba concluido, y que era oportuno retirarse; pero entónces los Españoles se acercaron al cacique, pidiéndole esperase la decision del demonio; tomando especial cuidado de que el adivino no saliese del círculo, formado en derredor de la choza.

De repente, la estera se agitó de nuevo; y con singular asombro de todos, apareció en la puerta Lucia, tan bella y serena como de costumbre. Un grito de alegría acogió la aparicion de la jóven; á sus piés, el demonio, en actitud suplicante, imploraba su proteccion! « Acercaos, amigos mios,» les dijo ella con dulce acento, « nada temais ya; hé aquí el terrible demonio rendido á mis piés; acercaos y sobre todo, cuidad que el sabio Gachemané venga á presenciar el fruto de sus estupendas maravillas. »

Carripilun fué el primero que, á pesar de su edad,

llegó cerca de la jóven, seguido luego por todos los indios, que empezaban á sentirse ménos tímidos. Entretanto, Gachemané sujeto por ambos brazos por dos Españoles, se deshacia en injurias pugnando por escaparse. ¡ Cuál sería el asombro del sabio y prudente Carripilun, al reconocer en el terrible demonio, á una de las muchas mujeres de Gachemané, la vieja Upay, que á toda prisa se despojaba de sus diabólicos atavíos, pidiendo á Lucia, no la abandonase á la venganza de los indios.

La jóven, con expresiones cariñosas, le aseguraba no correr riesgo alguno y que debia fiar en su promesa.

Los indios, que se veian burlados de una manera tan grosera, querian echarse sobre la pobre vieja, que tanto terror les habia impuesto ántes, penetrando osados en la chozuela, por los mil agujeros que por todos lados tenía. Pero lo que puso colmo á su furor, fué la aparicion de Oviedo y Alejo, trayendo del interior del monte nuevos demonios, todos pintarrajeados, cuyo aire mohino y cabisbajo contrastaba grotescamente con las pieles de tigre y leon que los cubrian. Sobre ellos se arrojaron furiosos, hombres y mujeres, no bastando á contenerlos las mansas exhortaciones de Lucia, ni las palabras de Carripilun. Aquellos infelices, cómplices de Gachemané, perecieron sofocados por los rabiosos indios, cuyo espíritu, con esa elasticidad propia del salvaje, habia

pasado del más completo abatimiento á la más ardiente exasperacion. Las indias besaban las manos de Lucia, llamándola Dios, luna, sol, pero ella con angelical sonrisa, les decia: « Sólo es Dios aquel que está en los Cielos, que abate al orgulloso y eleva al humilde. » Fué necesario todo el valimiento que con ellos tenía al presente Lucia, para conseguir el perdon de la vieja Upay, que, aterrada, no osaba desprenderse un momento de sus ropas. Pero no le fué posible conseguir otro tanto para Gachemané, que segun allí mismo sentenció el sabio Carripilun, debia ser ahorcado aquel mismo dia, frente á la chozuela, al caer la tarde, cuando el sol velase su faz divina, para no insultar con el suplicio de aquel infame, á la soberana majestad.

Lucia fué conducida en triunfo, seguida del vencido demonio, que desde entónces no salió jamas del fuerte, temerosa de que los indios satisfaciesen en ella su venganza.

Anté, cuya alegría era desmedida, tomada de la mano de Alejo, no cesaba de alabar su conducta por haber, con su actividad y celo, salvado la vida á su querida madrina.

Carripilun y todos los nobles Timbúes, seguidos de sus familias, vinieron aquella misma noche al fuerte á dar cuenta á Lucia, de haberse cumplido ya la sentencia del infeliz hechicero y á renovarle sus protestas de amistad.

Enternecida Lucia, respondió, pidiéndoles creyesen siempre en la buena intencion de sus palabras, que eran inspiradas por el caritativo impulso de hacerles conocer el verdadero Dios, y como expiacion al error que habian cometido, hízoles prometer vendrian el dia siguiente á visitar con ella la cruz del Santo.

CAPÍTULO XIV.

Amor.

Cuando don Nuño y Sebastian, de vuelta de su desgraciada expedicion, supieron el peligro que Lucia y sus compañeros habian corrido, y del cual se libraron, sólo gracias á la entereza y sagacidad de la jóven esposa, entraron en alarma, temiendo las terribles consecuencias de tan odiosa trama. Al punto dirigieron sus quejas á Marangoré, intimándole con amenazas, cesaran una vez por todas, tan estúpidas como crueles sospechas. El jóven cacique, que deploraba no haber podido hacer justicia por sus manos, con el pérfido adivino, qué les habia preparado tan traidora emboscada, siendo causante ademas, de una agitacion, cuyas consecuencias hubieran sido terribles para los cristianos, que tan valioso auxilio acababan de prestarle en aquella importante expedicion, disculpó lo mejor que pudo, la conducta de los suyos, alegando razones más ó ménos fuertes, y prometiendo solemnemente á los Españoles, no

volverian jamas á repetirse tan penosas escenas. Renovóse el pacto de alianza; y en aquellos mismos dias tomó Marangoré posesion del cacicazgo, con toda solemnidad, reservándose tan sólo el anciano padre, el derecho de sacerdocio, que en los matrimonios ejercia el cacique principal.

Poco tiempo despues que tuvieron lugar estos acontecimientos, volvió Gaboto de su viaje al Paraguay, en donde permaneció sólo tres meses. Ya hemos visto los resultados que obtuvo y cómo algunos meses despues de su regreso, decidió ir en persona, á dar cuenta de ellos al emperador.

El dia mismo de la partida de Gaboto y de sus naves, Alejo Diez, que como buen hijo habia escrito unas pocas letras á su anciana madre, dándole noticias del lugar en que se hallaba y de la vida que allí llevaba, resolvió pedir consejo á Lucia para realizar su proyectado matrimonio con la jóven indígena. La falta de un sacerdote cristiano, que santificara su enlace, con la sagrada bendicion, era un embarazo que en sumo grado preocupaba al devoto Alejo, educado en las severas prácticas católicas. Viendo Lucia la afliccion del jóven amante, que ansiaba por dar á la bella Anté el título de esposa, segun los ritos cristianos, halló medio de combinarlo todo lo mejor posible, gracias á la juiciosidad de su espíritu; sin embargo, fué necesario obtener ántes el permiso de las *viejas* ó matronas de

la tribu, que sólo lo concedian, cuando la jóven habia entrado ya en la pubertad y no sin hacerle sufrir la ceremonia de usanza.

Deseosa de no darles ningun motivo de queja, decidió Lucia llegar ella misma á pedirles su aprobacion, prestándose á que se observasen sus severos ritos, que á la verdad, en nada se oponian, á la nueva dignidad de cristiana, á que Anté pertenecia.

El dia que las viejas concedieron el permiso para el enlace de la enamorada Anté, presenció Lucia la ceremonia que hacian sufrir á la jóven púber, luego que la consideraban en estado de casarse. Con una gruesa espina de *raya,* muy afilada, rapábanle completamente la cabeza, entre dos de las más ancianas; miéntras que las demas, sentadas en círculo al derredor, murmuraban una especie de canto muy lastimero. Luego que la jóven estuvo con la cabeza completamente desnuda, hiciéronla poner de rodillas, y con voz solemne le dijo una de las viejas que la habia rapado: « *Mujer,* no comerás carne de *tatú,* ni de *cheuque,* ni de *micuren,* hasta que tus cabellos no hayan crecido hasta cubrirte las orejas; ni levantarás tus ojos del suelo, para mirar á los hombres. hasta el dia en que te entreguemos á tu señor; y si no lo observas, los espíritus malos carguen contigo. ¡Levanta! » Y le dieron un fuerte golpe sobre la espalda, que hizo caer en tierra á la pobre Anté.

Desde entónces, la enamorada india, tuvo que

resistir á la terrible tentacion, que de contínuo la asediaba, absteniéndose como del más espantoso pecado, de fijar los ojos en el rostro de su amado.

En cuanto á Alejo, no podia disimular el mal efecto que le causaba, la singular reserva de la jóven y el notable estrago, que sus atractivos habian sufrido con la pérdida del cabello: efectivamente, estaba horrible con su inmensa cabeza desnuda y más blanca que el aceitunado rostro, que parecia más lustroso y moreno, privado del auxilio de los negros cabellos que tan bien caian á sus grandes y pensativos ojos. Con cierta tristeza observa Lucia que Alejo hace más de una infidelidad á la pobre *pelada,* como la llaman sus compañeras.

Marangoré venía todas las mañanas al fuerte, y despues de acompañar á los Españoles en su almuerzo, iba con Sebastian y algunos otros jóvenes á cazar avestruces y gamas, siendo para el cacique un inmenso placer, disparar de vez en cuando, un hermoso arcabuz, presente de Sebastian. Como no era justo, sin embargo, gastar las pocas municiones que les quedaban, hasta la vuelta de Gaboto, disparando tiros al aire, el Español ofrecia, sólo de vez en cuando al cacique, uno que otro tiro, en sus frecuentes cacerías.

En los dias de mal tiempo, pasábase Marangoré horas y horas, escuchando al viejo Nuño y á Sebastian recordar sus hechos de armas, inflamándose extraordinariamente el intrépido jóven, con el vivo

relato de las guerras europeas. Le explica Sebastian, la manera de disponer un ejército, sus evoluciones, sus marchas, háblale de la utilidad que en sus guerras reportan del uso de unos animales muy valientes y hermosos, llamados caballos, dibújaselos en tierra con la punta de su sable y le explica el modo de adiestrarlos y manejarlos, convirtiéndolos así en indispensables compañeros del soldado.

« Feliz yo, » exclama Marangoré, « si pudiera montar uno de esos soberbios potros y lanzarme á nuestra pampa, arrebatado en su rápida carrera; entónces fuera el indio, poderoso y más libre que el viento; entónces yo sería superior aún al mismo espíritu del mal. Diera por uno de ellos, mi macana de alerce, mi arco nuevo y el hermoso collar de cuentas, regalo de boda de Antritipay. »

« En cuanto á eso, ya lo comprendo, » replicó don Nuño, « pues para ser verdaderamente soberano en vuestras desnudas pampas, os falta el caballo; con él, todo lo podríais vosotros, que estais acostumbrados al aire libre y necesitais cambiar de alojamiento como las golondrinas; no os aflijais, quizas los tendreis muy pronto. Á su vuelta, Gaboto nos traerá algunos de ellos; contad cuando ménos con uno, mi querido cacique. » El indio no respondió, pero sus ojos lanzaron chispas, tal fué el gozo que sintió.

Lucia, que asistia siempre á estas conferencias, dijo de improviso: « ¿No deseais, Marangoré, conocer

nuestra España? ¡Cómo me gustaria poder pagaros allá en nuestra patria, la hospitalidad que nos habeis dado en la vuestra! Espero que el dia en que nos demos á la vela, para las costas europeas, consentireis en seguirnos; allí vereis esos famosos caballos que tanto deseais; admirareis la belleza de nuestras ciudades; visitareis los expléndidos templos, donde reverenciaremos la imágen de nuestro Dios. ¡Qué suerte, si pudiésemos conseguir, que vos y la hermosa Lirupé, abrazáseis nuestra santa fe! Seríais nuestros hermanos, viviríamos juntos; y yo, Sebastian y todos á porfía, nos disputaríamos la dicha de instruiros en los divinos misterios! Oh! ¡qué bien sentarán á vuestra esposa, nuestros atavíos, allá en Murcia, en nuestra pequeña casa! ¡Pobre fray Pablo! ¡Seríamos felices, muy felices! »

En tanto la jóven hablaba, el salvaje la escuchó mudo, fija la profunda y melancólica mirada, en aquel rostro encantador, pendiente de sus labios y como si desease prolongar por más tiempo, el encanto de aquella voz dulcísima.

Interrumpió Sebastian su distraccion, diciéndole: « Y bien, Marangoré, ?qué respondes? ¿Aceptas nuestra hospitalidad? » El cacique, como despertando de un sueño, pareció sorprenderse, por las palabras de Sebastian; cerró repentinamente los ojos, abriólos como á su pesar y contestó suspirando:

« El dia que vuestras naves se den á la vela, para

las costas europeas, el hijo del desierto os contemplará silencioso desde la orilla; idos en buena hora; marchaos á vuestras bellas ciudades; el hijo de la pampa, no podrá jamas respirar con libertad, en la estrechez de vuestras habitaciones. Yo me quedaré aquí con mis indios, que no me abandonarán jamas, porque son indios como Marangoré y no visten vuestros trajes, ni montan vuestros caballos; yo me quedaré aquí á guardar la cruz del santo.» Y al pronunciar estas palabras, el indio salió de la habitacion y no volvió en muchos dias.

Lucia, que temia haberle ofendido, deseaba vivamente decirle algunas palabras amistosas; pero los dias pasaban y sólo Siripo venía al fuerte. Siendo de notarse, que, á medida que iba en aumento el afecto que á Marangoré tenian, Siripo se hacía más odioso á los Españoles, pues siempre silencioso y reservado, apénas hablaba una que otra palabra, permaneciendo horas enteras en el fuerte, mudo como una estátua: parece no entender el español, responde apénas, nunca pregunta.

Una tarde en que Lucia iba á rezar á la tumba de fray Pablo, vió cerca de la cruz un indio recostado sobre su flecha; de léjos, parécele Marangoré; al punto le llama por su nombre, apresura su paso, y temiendo se marche, le grita: «Aguarda!» Al escuchar aquella voz, el indio levanta la cabeza, reconoce á Lucia y trata de huir; pero ya no es

tiempo; la jóven está á su lado y le pide que no se marche. Marangoré se detiene, inclina la cabeza sobre el pecho y espera las palabras de Lucia, que, agitada aún por la carrera, le dice con voz trémula: « ¡Qué suerte que estés aquí, amigo; espera, escucha; ¿por qué no vienes ya al fuerte? ¿Qué te hemos hecho? ¿Acaso ya no eres nuestro amigo? Habla, Marangoré, contesta á tu amiga. » Y la jóven puso su delicada mano sobre el brazo del indio. Marangoré, al contacto de aquella mano, sintió que su sangre toda, convertida en fuego, abrasaba sus venas; extraño vértigo dobló sus rodillas, ahogósele la voz en la garganta, hondo gemido arrojó su pecho. Lucia, sin adivinar lo que pasa por el alma del salvaje, agrega con acento cariñoso: « ¿Qué tienes, Marangoré; de qué te acusas? » Y trata de levantarle; pero él, con voz apagada, responde: « Perdona, perdona, *señora*. »

« Bien está, » replicó Lucia, sonriendo, « te perdono, aunque venía dispuesta á pedirte á tí, que me perdonases mis imprudentes palabras del otro dia; díjelas, indio amigo, sin intencion de ofenderte.» Y la jóven pronunció la palabra *indio* con marcado acento, deseosa de halagar la salvaje vanidad del cacique.

Levantándose entónces, Marangoré, de la humilde postura en que habia permanecido hasta entónces y volviéndose á la cruz, dijo con acento solemne, estas palabras:

« Cristiana, pídele al santo, calme las tempestades de la Pampa; el indio se va á su choza; tú puedes rogar en paz á tus dioses, mujer de rostro de luna y ojos de estrellas. »

No comprende Lucia las palabras de Marangoré; de pié, en el mismo sitio, sigue involuntariamente con distraidos ojos la figura del indio, que se aleja por aquella vasta llanura, en donde ni una yerba crece más alta que otra: el sol poniente tiñe con sus reflejos encendidos el horizonte, celajes de oro y púrpura cambian el color de las nubes. Á medida que el salvaje se aleja, siente Lucia en el fondo del corazon una voz que gime mansamente y le presagia lágrimas y duelo.

Ausente de pensamiento, inmóvil, permanece largo rato, sin darse cuenta de la opresion que siente su alma, olvida el sagrado deber que á aquel santo lugar la llevaba; de improviso, el volido de una tórtola, que viene á posarse sobre la cruz, sácala de su distraccion; y levantando sus miradas al cielo, exclama: « Padre que estás en el Cielo, ten misericordia de nosotros. » Y fué á arrodillarse en seguida delante de la cruz.

Mucho tiempo oró Lucia sobre aquella tumba amada, y cuando al cabo de dos horas volvió al fuerte, la regeneradora influencia de la oracion, habia disipado completamente las aprehensiones del corazon.

CAPÍTULO XV.

Phyar avait vécu presque l'âge des chênes.

LAMARTINE.

Carripilun se siente cada dia más achacoso; apénas si puede levantarse ya del monton de paja, que en el interior de su choza le sirve de lecho; sus hijos y sus mujeres lo rodean de contínuo, temerosos de que la muerte le sorprenda solo.

Los Españoles le visitan todos los dias; don Nuño va de mañana, durante la fuerza del sol, á distraer con su conversacion al abatido anciano.

Marangoré, desde el dia en que su padre no pudo levantarse del lecho, parece sumido en la más negra melancolía, nada le gusta ya; las animadas descripciones de aquellos combates europeos, que hasta al moribundo cacique agradan y distraen, y que ántes inflamaban su ardimiento, apénas si son escuchados. Sus ojos, fijos constantemente en tierra, son indicio cierto, de la preocupacion que le devora. Las gracias y tesoros de la hermosa Lirupé, olvidados

yacen, sin alcanzar siquiera una mirada del ántes tan enamorado cacique. No va á la caza ni á la pesca, floja la cuerda de su arco, allá está, en un rincon de su choza, cubierta de polvo en compañía de las agudas flechas y de la terrible macana. Él, ántes tan cuidado del sencillo atavío, que tanto realce daba á su varonil belleza, no cuida ya de las vistosas plumas, que el viento arrebata y destroza, sueltos los largos cabellos en confuso descuido, apénas cubre la desnudez de su cuerpo, con la cintura, que, con mustio semblante, le ofrece todos los dias la abandonada esposa.

Los indios todos, deploran al triste estado en que ven sumido á su amado cacique y lo atribuyen al pesar que le causa el estudo de su padre. No falta, sin embargo, quien lea más claramente en el abatido semblante del hermoso Marangoré. La lucha que le consume se revela á las escudriñadoras miradas de su hermano. Siripo ha descubierto el secreto de aquella alma; que más de una vez, sorprendió sus ojos, devorando osados, los castos encantos de la Española; sin embargo, aún nada ha preguntado á Marangoré, ni siquiera parece notar el cambio, que cada dia se hace más visible en sus hábitos y en sus gustos. El astuto Siripo aguarda el momento favorable, silencioso y reservado, casi tanto como su hermano; semejante al buitre que se complace en observar las agitaciones de la presa que atisba, ántes de echarse

sobre ella, para devorarla, sigue con ojo avisado, los rápidos estragos que la pasion hace en el alma del enamorado jóven.

Murió Carripilun, despues de una penosa enfermedad; y desde ese momento, Marangoré reinó exclusivamente sobre los Timbúes.

Luego que el anciano espiró, se ocuparon de la importante ceremonia del entierro. Lucia, que era la única mujer europea, que habia quedado en aquellos lugares, despues de la partida de Gaboto, vino de nuevo á ofrecer sus servicios en tan tristes momentos, á pesar de que, durante la enfermedad del cacique, sus médicos no habian consentido jamas, en que le hiciesen ninguno de los remedios que ella indicara.

Despues que vistieron al anciano sus más vistosas plumas y que le pintarrajearon el cuerpo y la cara, con los más grotestos garabatos, le llevaron en brazos varios indios, hasta el lugar en que estaba ya la fosa preparada. Esta consistia, en una excavacion muy profunda y ancha, que podia contener cómodamente cuatro cadáveres; allí pusiéronle medio sentado, colocando al alcance de sus manos, varios animales muertos, que debian servirle de alimento, durante el corto tiempo, que su alma permaneciese en aquel cuerpo tan viejo; poniéndole tambien sus armas, para que se defendiese de los ataques, que por fuerza habian de hacerle los demonios. Pero, lo que

más asombro y disgusto causó á los Españoles, fué el ver conducir á dos pobres indias muy viejas, que como inservibles ya, debian sacrificarse allí en provecho de Carripilun, á quien en la otra vida servirian de criadas, á lo ménos. En vano quisieron ellos oponer alguna resistencia á tan bárbara como inútil carnicería. Las indias, muy ufanas del honor que alcanzaban, participando de la tumba del cacique, pedian á gritos la muerte y ofrecian su garganta á la terrible flecha de los sacrificadores, que se apresuraron á darles muerte. En seguida, las pusieron en la fosa, y cubrieron todo, prolijamente, con unas esteras muy finas, hechas de paja, que taparon al fin con tierra.

Todos los indios debian presenciar la ceremonia, y volverse en seguida á sus chozas, guardando absoluta sobriedad, durante dos dias, siendo esta la única manifestacion de dolor, que usaban hacer, cuando un indio moria, ya tan viejo y de muerte natural. Mucho pesar causó á los Españoles la muerte de Carripilun, que habia sido el primer amigo que habian tenido desde su llegada á las Pampas, y con el cual habian conservado hasta entónces, tan buenas relaciones.

CAPÍTULO XVI.

> Tis not in words to tell the power
> The despotism, that from, that hour
> Passion held ó er me.

Muchos dias han pasado desde la muerte del antiguo cacique; los Españoles y los indios siguen viviendo en buena armonía, ocupándose unos y otros constantemente, en procurarse, por medio de la pesca y de la caza, lo necesario para la subsistencia.

Los indios hablan ya entre sí de cambiar de campamento, como acostumbran hacerlo, cuando comienzan en los alrededores á escasear aquellos animales, que son de su especial agrado; consistiendo este cambio, tan sólo en avanzar apénas una media legua, del lugar que ántes ocupaban.

En vano don Nuño y Sebastian se disputaban á porfia los medios de halagar al descontento cacique; Marangoré huye de su sociedad; y sin dar respuesta satisfactoria, que esplique su creciente abatimiento y descontento, se aparta de los suyos, dias

enteros, entregándose solo y sin buscar consuelo, á la cruel preocupacion que le consume. Nuestros amigos, desalentados tambien con la partida de Gaboto y de muchos de los suyos, ven con disgusto el malestar creciente del indio, atribuyéndolo, en parte, al pesar causado por la muerte de su padre.

Síguele Sebastian en sus solitarias excursiones, insiste para que se adiestre en el manejo de aquellas armas que tanto le gustaban ántes; pero el jóven advierte que sus instancias son disgustosas y que el indio trata de huirle con marcada insistencia. Teme don Nuño comunicar sus aprehensiones á su amigo, no porque el viejo soldado, hubiera descubierto la pasion que ardia en el pecho del salvaje; pero no escapan á su ojo avisado, los desdenes del cacique, causándole extraños temores. ¡Cuánto deplora la especial circunstancia de hallarse allí Lucia! ¡Cómo le pesa no haber condescendido á las instancias de Gaboto! Con cautelosa vigilancia, aunque sin confiar á nadie su inquietud, por temor de alarmar inoportunamente á sus jóvenes compañeros, observa los manejos de los indios, mézclase con ellos diariamente, é introdúcese en sus juegos, amoldando su reserva habitual á guisa de su variable espíritu.

Preocúpase especialmente de captarse la amistad del astuto Siripo, que fiel al papel que se ha impuesto, insiste en su ignorancia del castellano, negándose con una tenacidad verdaderamente india, á contestar á

ninguna de las diversas preguntas que el Español le hace. Muy luego se convence, sin embargo, don Nuño, de la falsía del indio; y se propone observarle especialmente, afectando al propio tiempo la más entera confianza y buena fe. ¿Por qué el prudente anciano no sospechó siquiera, ni por un momento, cuál era la causa del extrañamiento del cacique? ¿Por qué, al contemplar las gracias de su hija adoptiva, un rayo de luz no alumbró su espíritu? ¡Cuántos males no hubieran podido evitarse entónces, cuántas lágrimas, cuánta sangre! Pero el corazon helado del Español, no descubria la llama ardiente que consumia el fogoso corazon del indio, y su fria razon, era lo único que oponia, al torrente de desencadenadas pasiones, que habian de arrebatarle en su furia.

Llegó por fin, el momento esperado con tanto disimulo y frialdad por el odioso Siripo. Era ya oportuno usar las armas aguzadas durante tanto tiempo, para enconar con diabólico arte, la herida hecha por los seductores encantos de Lucia. Buscó á Marangoré, donde estaba seguro de hallarle; y afectando un interes, que su hermano, tan favorecido por todos los dotes que él no poseia, no le habia inspirado jamas, le dijo:

«¿Qué tienes, hermano mio? ¿Qué puede así abatir el animoso corazon del más hermoso y esforzado cacique de las Pampas? ¿Acaso la bella

Lirupé te dió motivo de queja? ¿Y si tal fué, quién podrá oponerse á la pena que su falta merece? ¿Acaso tu voluntad no es aquí ley para todos? Habla, cacique, confia al hermano, las penas de tu corazon de águila. ¿Qué deseas? ¿Qué mandas? » Y arrodillado, esperó una respuesta á sus insidiosas palabras. Marangoré, tendido sobre la yerba, en lánguida y abandonada actitud, semeja un leon herido en el desierto por la flecha de hábil cazador; apénas mueve su hermosa cabeza de la posicion en que se halla, descansando sobre uno de sus brazos; responde sólo con un profundo suspiro. Levantándose entónces Siripo, acércasele más, y sentándose á su lado, continúa con voz suave: « Bien lo veo, hermano mio, tus preocupaciones tienen un objeto más atrevido y ventajoso para tus amados Timbúes; piensas en ellos, en los Españoles; *ya comprendo.* » Marangoré, conservando siempre la inmovilidad, volvió, al escuchar estas palabras, su penetrante mirada hácia los chispeantes ojos de su hermano, y fijándola por algunos instantes, pareció incitarle á concluir su pensamiento; pero el hábil diplomático de la Pampa, mantuvo aquella mirada, sin desconcertarse, guardó silencio y esperó el efecto de lo que acababa de decir. Marangoré tornó á mirar al cielo con distraccion. El tentador esperó.

Largo rato permanecieron ambos en silencio, pareciéndole por momentos á Siripo, que á hurtadillas

miraba á su hermano, que el cacique dormia, acariciado por el sol que bañaba su rostro; pero un nuevo suspiro que exhaló el amante, le indicó claramente el camino que debia seguir.

« Sabe, » dijo de repente Siripo, « que no es más bella la esbelta garza que refresca y lava sus plumas en las claras aguas del arroyo, que la hermosa Lucia, cuando sueltos los largos cabellos, baña su desnudo cuerpo en la pura corriente del rio, que amoroso refleja su imágen. » Marangoré, como si hubiera sido picado por venenoso reptil, se incorporó de improviso, y extrujando convulso el brazo de su hermano, le dijo, apretando los dientes: « ¿La viste tú? traidor! » Siripo, bajó la cabeza, y contestó con humilde acento: « Ántes me diera yo mismo la muerte; ántes clavara mi flecha en la garganta; guárdenme los espíritus del mal de fijar mis indignos ojos en la mujer amada por mi señor; súpelo por Anté, su protegida, su ahijada. » Marangoré soltó el brazo de su hermano y se dejó caer de nuevo, con indolencia. « ¡Digna es de que la ames, » continuó Siripo, « tú el primero entre los primeros; pero la blanca Española, de rostro de liutos y voz de zorzal, tiene otro dueño y sus encantos . . . . »

« ¡Qué quieres de mí, demonio! » exclamó el cacique con voz ronca, cubriéndose el rostro con ambas manos, « calla; no me atormentes. »

« Acaso, » agregó Siripo, « el ilustre descendiente

de tantos héroes, se contentará tan sólo con gemir y lamentarse, como la inofensiva *torcaza* del monte? ¿Qué se hicieron tus brios, luz de la Pampa? ¿Qué se hizo el antiguo esfuerzo? ¿Dónde están tus armas? Aguza la aguda flecha; llama á los tuyos, y todos acudirán á tu voz, rápidos como la muerte que da mi zaeta. Levanta, descendiente de Agachac, despierta hijo del Sol; corre á disputar la hermosa Lucia, de ojos de tórtola, á ese puñado de hambrientos Españoles. Aquí estamos nosotros, tus hermanos, tus fieles Timbúes.»

«¿Olvidas,» replicó el amante en voz baja y con mirar que contrastaba con sus palabras, «que nuestro padre, que yo mismo, juré protejerles, defenderles como á nuestros hermanos? ¡Oh! no, jamas! No puedo ser traidor, aparta; déjame.» Y el valiente cacique huyó del lado del tentador. Pero éste, viéndole alejarse, exclamó con sonrisa irónica. «No importa, ilustre, hermoso Marangoré, el preferido de todos, *mi cacique, mi señor,* tú mismo la pondrás en mis manos, esperaré.»

Entretanto, la hermosa Lirupé, gime y se afana viéndose desdeñada por aquel que tanto ama. En tan triste situacion, corre á consultar las matronas de la tribu. Ellas, reunidas en grave conciliábulo le dicen ser necesario aguarde hasta el dia siguiente, en que decidirán qué es lo más prudente hacer en tan crítico momento.

Tambien Anté es infeliz, ella tambien se apercibe del alejamiento de Alejo y no puede ménos que deplorar su triste suerte. ¿Qué ha podido así, cambiarlo de tierno y amante, en esquivo y desapegado? La doncella teme confiar su pena á Lucia, y, sin embargo, no sabe cómo remediar su mal. ¿Qué hará? Apénas si sus cabellos comienzan á crecer, en vano impaciente asoma su rostro pálido y abatido por el ayuno, al claro rio, que le sirve de espejo y que desapiadado refleja su despoblado cráneo. ¡Aún falta tanto que esperar! ¡Qué remedio sino llorar y llorar! El cruel, ni siquiera nota el abatimiento que la devora, y con traidora buena fe cíñese á los severos ritos, que son única causa de su martirio. La pobre Anté fija más de una vez sus grandes ojos en la rápida corriente, con ideas de muerte; pero tiene miedo; y espantada de sí misma, corre á refugiarse á los piés de Lucia.

« ¡Pobre hija mia! » dícele con ademan cariñoso su madrina, acariciando aquel pálido rostro; no te apesadumbres tanto, ya empiezan á crecer esos tardíos cabellos, no quiero ser yo tan severa como vuestras matronas; Alejo, abraza á tu novia, que pronto dejará de serlo, mira cuan pálida está, sus ojos tienen lágrimas; mucho te quiere! »

Alejo, que, á pesar de todo, amaba á la jóven india, sintió en ese momento algo parecido á un remordimiento, y abrazándola con pasion, se permitió

estampar en sus mejillas dos besos. Anté, con el corazon que queria saltársele del pecho, recibió las caricias de su amante con el rostro encendido como la flor de los ceibos, creyendo no faltar á lo prometido, pues apénas si habia mirado sin saber cómo al bizarro Español.

CAPÍTULO XVII.

L'amour, miel et poison, l'amour philtre de feu,
Fait du souffle melé de l'homme et de la femme,
Des frisons de la chair et des rêves de l'âme.

HUGO.

Un dia solo no faltó Siripo al lugar apartado y solitario, en que ántes habló al infeliz Marangoré; allí, con el más refinado arte, torturó el herido corazon de su hermano, ora pintándole con vivas imágenes los encantos de Lucia, ora mostrándosela en brazos de Sebastian, enamorado y dichoso, incitando sin piedad sus agudos celos de salvaje.

Con diabólica maestría, aparta uno á uno los escollos, que impone al caballeresco cacique su palabra dada; el tentador todo lo convierte en armas para su demanda; él todo lo combina y facilita á guisa de su deseo; insiste, suplica, manda; no hay medio que no toque. Marangoré, abatido, rendido por la violencia de sus pasiones, subyugado por las instancias, resiste, lucha, y cede al fin, ahogando los generosos impulsos del corazon. No le abandona

ya Siripo, ni de noche ni de dia, semejante á un mal pensamiento, que se impone, que atosiga, que mata; el desapiadado hermano, no da un momento de descanso á su víctima, que, confiada, vencida, se entrega á él y le da nueva palabra de no oponerse á sus designios. Con obsequiosa maña, toma el tentador á su cargo el desenlace de sus acertadas maquinaciones y espera la ocasion favorable.

Las matronas de la tribu, decidieron, que el único medio de atraer nuevamente á Marangoré al amor que ántes habia profesado á su esposa, era que ésta se sometiese á la más rigorosa abstinencia y que obtuviese de los principales nobles de la tribu, aconsejasen al cacique, cambiasen de campo cuanto ántes, pues aquella no era sino una de las muchas calamidades que habian de sufrir, si se obstinaban en seguir despoblando aquel lugar, de los pocos animales que aún quedaban.

Ansiosa Lirupé, de ver á su amado Marangoré recobrar los antiguos brios y volver á los dichosos tiempos de sus primeros amores, fuése aquel mismo dia á la choza de Siripo, para interesarlo en su demanda. Con lágrimas de amargura, pintó á su cuñado la triste vida que llevaba hacia tres meses, pidiéndole en nombre de lo que más amaba, no la dejase morir desesperada.

Prometió Siripo segundar sus miras, y ofrecióse á hablar aquel mismo dia á Marangoré, logrando

de esta manera calmar un tanto el crudo dolor de la bella Lirupé, que, agradecida, le ofreció pediria á á su padre la más bella de sus hermanas, para dársela á él por esposa.

Al punto llegó el traidor á las chozas de aquellos indios más valientes y atrevidos, y les dijo era necesario, que aquella misma noche, despues de la salida de la luna, se hallasen reunidos todos en un sitio poco distante del campamento, llamado de los Liutos; y que se preparasen á escuchar, cosas de suma importancia.

Marangoré, cuyo abatimiento va en aumento desde el fatal instante en que consintió en escuchar los falsos consejos de su hermano, se pasa dias enteros léjos de sus chozas, sin probar alimento, contentándose sólo, con ver á Lucia desde léjos, cuando va á rezar sobre la tumba del santo. Oculto tras los árboles, la devora en silencio con ardientes miradas, revolviendo en su pecho los planes de Siripo y dando nuevo alimento á la pasion, que se anida en su alma.

Con creciente avidez, descubre uno á uno, los tesoros que encierra en casto conjunto el cuerpo de la bella Española; parécele por momentos, que la jóven le mira cariñosa, que lee en sus ojos el tormento cruel que ella sola le causa, y, fuera de sí, embriagado con la ilusion del propio deseo, se siente desfallecer. ¡Infeliz, más infeliz mil veces, que el

hombre educado, cuyo corazon desde los primeros dias de la vida, templado de continuo en la tibia atmósfera de las conveniencias sociales, aprende á desamar y á desear sin cesar, reprimiendo con dureza sus más ardientes aspiraciones, y vive y muere con replegadas alas, que ni un instante siquiera, se despliegan libremente para dar libre vuelo á los más caros afectos! El hijo del desierto, nacido al aire libre de las Pampas, cuyos ojos abiertos á la calorosa luz del sol, abrazan desde el primer dia la inmensidad de la Pampa y la esplendente bóveda del cielo, imágenes de libertad y amor; él, sin más ley que su deseo, sin más guia que el altivo pensamiento, siente, delante de Lucia, subyugada su rebelde naturaleza. Le vencen tanta gracia y mansedumbre; apénas si se atreve á mirarla, parécele que tiene miedo; brotan lágrimas de sus ojos, que no lloraron jamas desde la infancia, desalentado, abatido, se esconde cauteloso entre las ramas; caeria sin vida si el vestido de la jóven rozase á la pasada el árbol que le oculta á sus miradas.

CAPÍTULO XVIII.

Cuando Marangoré y Siripo acudieron al lugar en que estaban reunidos los nobles de la tribu, éste dijo á su hermano: « Yo me encargo de hablarles; y te pido tan sólo, no desapruebes ninguna de mis medidas. »

El distraido cacique prometió cuanto le exigia, y en seguida se juntaron á los demas indios.

Dos dias despues que tuvo lugar esta reunion, hallándose don Nuño y Sebastian sentados cerca del rio, entregados al recuerdo de los amigos, que debian á la sazon hallarse muy cerca de la patria; discurriendo ambos sobre el tiempo que Gaboto necesitaba para arreglar los complicados asuntos que á España le llevaban, y sobre las probabilidades que de realizarlos tenía, vieron venir hácia ellos varios indios, precedidos de una especie de caciquillo llamado Gachay, que era muy estimado por los Españoles y por los indígenas. Gachay venía á invitarles para que le acompañasen á una expedicion de pocos dias, que, con el objeto de traer alguna

buena caza, hacian en direccion al Sud Oeste, en la cual, esperaban tomase parte tambien el cacique; agregando, contaban como seguro, no le dejarian ellos ir solo con los suyos, temiendo, como temian, encontrar alguna tribu desconocida que les fuese hostil. Sebastian, que odiaba aquella vida tan monótona y poco variada, y muy especialmente, cuando se le anunciaba un peligro probable, aceptó al punto en su nombre y en el de los Españoles más principales, incitando al viejo Nuño á que sacudiese la pereza. Pero éste, por esa ú otra causa, se negó á tomar parte en la expedicion, prefiriendo quedarse en compañia de Lucia, con Oviedo y algunos soldados.

Muy de mañana, salieron los cazadores; y Sebastian, no queriendo turbar el sueño de su esposa, á quien habia prevenido la víspera. encomendó á Anté, le dijese, que á su vuelta le traeria dos chuñas y un yajá.

A pesar de que don Nuño, veia al alférez Oviedo, muy deseoso de seguir á sus compañeros, le ordenó se quedase de segundo jefe, para guardar el fuerte.

Luego que Lucia, saliendo de su habitacion, vino á saludar á su viejo padre, éste, sin saber por qué y acusándose casi de exceso de poltronería, causa sin duda de sus sesenta, que estaban ya cercanos, deploró que Sebastian hubiese llevado consigo aquellos soldados que eran de su mayor confianza; sin embargo,

la idea del próximo regreso, calmó sus aprehensiones.

Algunos dias han pasado ya desde que los Españoles se ausentaron; todo ha seguido en el mismo estado: Lucia va como de costumbre al campo de los indios, y de vuelta, hace una visita á la tumba de su amado padrino; Anté la acompaña siempre, pues desde la partida de Sebastian, pasa la noche en el fuerte.

Alejo marchó tambien; y, sin embargo, la jóven amante, resiste con rostro alegre y animado aquella ausencia; sus cabellos han crecido mucho ya, y á su vuelta, Lucia le ha prometido que será su esposo. Lirupé, más pálida y abatida que ántes, espera con impaciente agitacion, el resultado de su riguroso ayuno; su esposo, más esquivo que nunca, pasa muchos dias ausente de su lado, sin que nadie parezca inquietarse por tan extraña conducta.

Una mañana que Lucia se ocupaba de arreglar sus hermosos cabellos, delante del pequeño espejo que tenía frente al lecho, cubiertas las desnudas espaldas con una sencilla camisola de blanco lino, en tanto fijaba distraidos sus ojos, en la propia imájen; le pareció sentir un ligero ruido cerca de sí; y suponiendo desde luego, fuese su fiel Anté, le dijo, sin volverse: « Hija mia, alcánzame esa manta que esta ahí; » pero como no recibiese respuesta alguna, se volvió y vió que estaba sola. La jóven continuó peinándose, y miéntras que con una de sus bellas

manos, sujetaba la inmensa cantidad de cabellos que tanto la embellecian, paseaba indiferente miradas de un lado á otro de la pared en que estaba colgado el espejo. De repente, por una de las muchas grietas que se habian formado en el barro de la pared, creyó ver dos ojos relucientes, que con extraña fijeza la miraban; su primer movimiento instintivo, fué cubrirse con ambas manos el desnudo seno y volver el rostro á otro lado; pero luego, un impulso involuntario de curiosidad, le hizo mirar de nuevo. Los ojos habian desaparecido ya, la luz tan sólo, filtraba por entre las junturas. « Era Anté, » dijo Lucia en voz alta. « ¡Jesus me valga! ¡Qué susto me ha dado! »

Sin embargo, cuando más tarde interrogó á la india, ésta le aseguró no saber de qué le hablaba, y que jamas se hubiera atrevido á espiarla, habiéndoselo ella recomendado tantas veces. Lucia, aunque sin dar entera fe á las palabras de su ahijada, no se alarmó con tan extraña circunstancia, contentándose tan sólo con tapar aquellas grietas con algunas de sus ropas.

Los dias corren. Sebastian no puede ya tardar, y don Nuño se felicita interiormente de lo infundado desus temores. Los Timbúes continúan tan pacíficos como ántes, dando á los Españoles contínuas pruebas de amistad; especialmente Siripo, que viene con frecuencia al fuerte y habla del triste estado de su hermano, á quien cree poseido de algun mal espíritu.

CAPÍTULO XIX.

Horrible, ¡ most horrible !

SHAKESPEARE.

Una noche, poco despues de las doce, don Nuño, que en ausencia de Sebastian, dormia en una de las habitaciones de Lucia, se hallaba profundamente dormido soñando que un escuadron de moros que sobre él caia, destrozaba su tropa y le forzaba á huir. Agitado por tan terrible sueño, despertó el viejo soldado bañado en sudor, y aún despierto, costábale convencerse de su engaño. La luz de la luna, en toda su plenitud, entraba por la puerta, que por efecto del excesivo calor, habia dejado abierta; el aire, que á esas horas refresca la atmósfera, volvió la calma al anciano; pero como en la avanzada edad, cuesta tanto conciliar el perdido sueño, don Nuño, sin poder dormir, se agitaba en su lecho. De improviso, le pareció oir rumor lejano de pasos que se acercaban, y creyéndose aún impresionado por su desagradable sueño, se incorporó

para escuchar mejor; pero no era ilusion, sus oidos de soldado no le han engañado; gente se acerca, y á pesar de que marchan con sigilo, en el silencio de la noche se oye el ruido de las hojas secas, que quiebran con sus pisadas.

Sin atender á más, monta el arcabuz que á su lado tiene y aguarda unos pocos segundos. El ruido ha cesado, pero el reflejo de la luna desviado por un cuerpo que se arrastra suavemente por el suelo, le muestra que su sospecha no fué vana. El prudente anciano, no sabe qué creer; le parece un indio, aquel que, inmóvil quedó tendido cerca de la puerta; ¿pero qué busca aquel indio? ¿Vendrá solo? No, que oyó pasos de muchos; ¿qué hará? Está tan cerca de Lucia; ¿si los habrán sentido los suyos? En la duda, observa con ojo vigilante, aquella masa negra que parece inerte, y se prepara á disparar su arma, al primer movimiento que haga.

Lucia, que tambien ha creido oir ruido de pasos, llama con dulce voz á Anté, que duerme al pié de su cama y le pregunta si oyó algun rumor. Apénas la india responde, que creyó reconocer pisadas humanas, un tiro que partió de la habitacion inmediata, llenó de espanto á las dos mujeres. Saltó Lucia de la cama, y medio desnuda, corrió á echarse á los piés de una imágen, imitando Anté su piadoso movimiento. Una confusion de gritos y de tiros se

sucedian sin tregua. Don Nuño, despues de disparar su arcabuz y sus pistolas, matando de cada tiro un indio, cayó al fin abrumado por los golpes de macana, que le asestaban furiosos cuatro salvajes. El fuerte, rodeado, cercado por todos lados, de enemigos que habian sorprendido dormidos á los confiados Españoles, presentaba el más horroroso cuadro de matanza y desolacion. En el mismo cuarto en que el valiente anciano yacia tendido en tierra, con el desnudo cuerpo ensangrentado y desfigurado, por los golpes de macana á que habia sucumbido, un odioso espectáculo, aumentaba el horror de aquella escena. Marangoré y Siripo luchaban cuerpo á cuerpo, disputándose la entrada de la habitacion de Lucia, semejantes á dos rabiosas fieras, que encarnizadas se embisten y se despedazan. El traidor, se veia traicionado á su vez.

Un grupo de indios los contempla en silencio; por todos lados se oyen alaridos y quejidos; los tiros han cesado, los Españoles no oponen ya resistencia. Oviedo, cubierto de heridas, sucumbe alentando á los pocos soldados que le quedan. Silencio de muerte sucede á las amenazas, á los gritos feroces y á la detonacion de las armas de fuego.

Siripo, sin dar tregua á los recios golpes de macana, que con salvaje ferocidad descarga sobre su brioso hermano, que debilitado por el voluntario ayuno, no resiste con la fuerza acostumbrada, incita

á los suyos para que den muerte al cacique, llamándole endemoniado, poseido de los malos espíritus.

Por fin, uno de los indios, seducido por las palabras del pérfido Siripo, derriba de un macanazo al hermoso cacique, que cayó en tierra sin vida, víctima de su pasion tan desgraciada. Sin atender á más, lánzase el vencedor desatinado al cuarto de Lucia, tómala, á pesar de sus gritos, entre los ensangrentados brazos, y saltando sobre cadáveres de indios y Españoles, corre en direccion á sus chozas, dando feroces alaridos. La desventurada jóven, suelto el cabello, y apénas vestida, con su hermosa cabeza colgando por sobre el hombro del indio, vió en aquella rápida carrera, el cadáver de su anciano padre y del infeliz Marangoré, revueltos en espantosa confusion, con los de los indios, que cayeron heridos por los certeros tiros del anciano. El horror aceleró los latidos de su corazon, perdió el sentido, y fria y casi sin vida, quedó exánime en brazos del feroz cacique.

CAPÍTULO XX.

Listen and if a tear there be
Left in your heart, weep it for me.

MOORE.

Cuando Lucia vuelve de su desmayo, el dia está ya muy adelantado; un sol ardiente inunda los campos con su luz rojiza. El primer momento, creése presa de una terrible pesadilla, agolpándose á su memoria las horribles imágenes que habia visto en aquella fantástica carrera. Pasa las manos por su abrasada frente, vuelve los ojos en derredor, hállase en una choza estrecha y miserable, y al fijar la extraviada mirada en su desnudo cuerpo, cubierto apénas por lijeras y estrujadas ropas, la horrible realidad, se le presenta en toda su más palpable verdad. Amargas lágrimas brotan de sus ojos, hondos suspiros arroja su pecho, siente un terror extraño, indefinible; hállase sola, abandonada; y el nombre de Sebastian se escapa mil veces de sus labios,

confundido con repetidos sollozos. ¿Qué ha pasado?

¡Ay! Aquel cadáver desfigurado, pisoteado; aquella confusion, aquellos tiros disparados en el silencio de la noche, el lugar en que se encuentra; ¡oh! no hay duda, han dado muerte á su padre, y está ella misma en poder de sus verdugos. Apénas estas crueles reflexiones han sumido su espíritu en nuevas tinieblas, cuando el deforme cuerpo de un indio cubre la estrecha puerta. La infeliz mujer lanza un ahogado gemido; y sin saber qué es lo que teme, ni qué es lo que más le asusta, en tan crítico momento; viéndose expuesta á las miradas del indio, que teme más que sus flechas, oculta el rostro entre las manos.

« Nada temas, luz de la Pampa, astro del dia, » le dice el indio, que no es otro sino Siripo, « yo soy ya, el único cacique que manda en estos lugares; Marangoré ha muerto; me perteneces á mí solo; y yo no permitiré que nadie te ofenda! »

« Eres más bella que el mismo cielo, » agregó tratando de descubrirle el rostro. Más ella, al sentir el contacto de aquellas manos, como si hubiesen sido un hierro candente, echóse atrás con brusco movimiento; y descubriendo el rostro inflamado por una indignacion que la hacia más bella, dijo con acento que hizo retroceder al cacique:

« Aparta, indio, aparta! ¿Cómo te atreves á poner tus infames manos en mi rostro? Aparta, ó teme que

mi ofendido esposo, á su vuelta, vengue como cumple tan torpe accion. »

« Calma, bella Española, la cólera que te enardece; calma esa irritacion que enciende tus mejillas como rojas achiras, y da más brillo á tus ojos, que el rutilar de las estrellas. No quiero sino asegurarte, que en el lugar en que Siripo mande, serás reverenciada y obedecida por todos. Desde este momento, eres mi mujer; serás dueña de cuanto poseo; indios é indias reconocerán en tí desde hoy á su soberana. » « ¿Qué dices, infiel? » exclamó Lucia con trémulo acento; « ¿qué espantoso delirio se apodera de tí? ¡Huye de mi presencia, monstruo! ¿Cómo te atreves? ¡Ay! ¡Sebastian! ¡Sebastian! » gritó la desgraciada Española con acento desgarrador, y echó á llorar de nuevo. « Calma ese llanto, torcaza mia, » agregó Siripo con voz cariñosa; « no te agites, no estrujes con cruel dureza esas mejillas más frescas que el fruto del quelghuen; él mismo consentirá en que seas mia, él mismo hablará en mi favor, ya lo verás, pronto has de verle. » « ¿Qué dices, indio, qué dices? » preguntó Lucia con avidez. « ¡Ah! vuélveme á mi esposo, vuélvemelo, y te perdono y te bendigo. ¡Ah! Siripo, ten lástima de mí, que ningun mal te hice! » Y Lucia tendia sus manos suplicantes al cacique. « ¡Oh! qué hermosa estás así! Atiende, pronto vuelvo, » replicó el indio. « Entretanto, enjuga esas lágrimas que empañan el brillo

de tus ojos. Pronto, tórtola mia, vendré á hacerte compañía; » y al decir estas expresiones, Siripo dejó la choza. « ¡ Dios mio, Dios mio! » exclamó Lucia, levantando sus ojos al cielo, « ¿ qué es lo que me aguarda? Aparta, Jesus mio, este amargo cáliz de mis labios, vuélveme á mi esposo! » Y la infeliz, deshecha en llanto, cayó en el más completo abatimiento.

Todo aquel dia lo pasara Lucia entregada á su dolor, sin fijar siquiera la vista en los alimentos, que unas dos indias, con obsequiosa solicitud, habian colocado á su lado. Nada ha respondido, ella tan afectuosa, á las amables expresiones con que aquellas incultas criaturas trataban de mitigar su dolor, siendo para su corazon mayor tormento, escuchar palabras, que le revelan claramente la horrible suerte que le aguarda.

Á la entrada de la noche, un extraño rumor aumentó su alarma; oyó gritos y alaridos; agitada por una terrible aprehension, se asomó á la puerta de la choza. El espectáculo que vió, heló la sangre de sus venas.

Todos los indios, armados de teas encendidas, estaban formados en círculo. En medio de ellos, una media docena de indias viejas, que parecian brujas, se ocupaban á la luz vacilante de las teas de arrancar los dientes al cadáver de Marangoré, operacion que tenía por objeto, hacer de aquellos

dientes un collar, que los indios estimaban sobre cualquier otro adorno, por haber pertenecido á un valiente que habia muerto en la refriega; siendo éste, privilegio de aquellas horribles parcas, que despues lo cambiaban por objetos de más utilidad para ellas. Siripo presidia esta reunion, y la infeliz Lirupé, abrazada del frio cadáver de su esposo, se lamentaba sin cesar, con los más angustiosos gemidos. No pudiendo resistir aquella horrible ceremonia, volvióse Lucia al interior de la choza temiendo que su razon la abandonara.

Aquella misma noche, enterraron al difunto cacique, sin preocuparse mucho de la manera como habia sido muerto, pues todos estaban muy complacidos con tener al popular Siripo á su cabeza, siendo así que, en los últimos tiempos, Marangoré se habia procurado muchos resentimientos, no faltando quien hiciese correr sobre él perjudiciales voces. Sólo la apasionada Lirupé, siguió, con rostro desfigurado por el sufrimiento, el cortejo fúnebre del ingrato cacique; notando todos, cómo en pocas horas, se habia marchitado la flor de aquella hermosura.

Cuando acabó la ceremonia, la desesperada viuda, de vuelta al campamento, buscó la choza en que se hallaba Lucia, guardada por algunos indios; y merced al antiguo ascendiente que, como mujer del cacique tenía, logró penetrar, hasta donde estaba ésta temblando á cada momento, á la idea de ver aparecer

de nuevo á Siripo; pero la infeliz, reconociendo á Lirupé, corrió á pedirle que la amparase. La india, con seco ademan, la rechazó, diciéndole: « Española, causa de mi tormento, pérfida y más cruel que el gavilan, que se complace en dar muerte á la inocente tórtola; vengo á vengarme, vengo á pedirte cuenta de mis lágrimas, de mis noches solitarias y desesperadas. Tú sola me lo has arrebatado; la luz de tus ojos, más relucientes que las inquietas luciérnagas, fué causa sola de su desvío. ¿Acaso yo pensé jamas en atraer las miradas de tus blancos Españoles? No te bastaban ellos . . . . ¡Ah! pérfida, vas á morir á mis manos, tiembla! »

« Lirupé, Lirupé, hermana mia, no desvaries; tu dolor te extravía, vuelve en tí; ten compasion de mí, que soy tambien desgraciada. ¡Ah! si tu bravo Marangoré estuviese aquí, él me defenderia, me volveria á mi esposo. »

La india, con acento airado, replicó: « ¿Le llamas, cristiana, le llamas? Es en vano; está tendido sin vida detras del montecillo de Keiges; no te oirá, no; está su cuerpo ya frio; sus brazos endurecidos por el hielo de la muerte, no me han devuelto mis abrazos; él tan apasionado, tan amante; pero . . . . prepárate, vas á morir; tú le has dado muerte, tú harás que los gusanos roedores, devoren sin piedad aquel cuerpo tan esbelto como el árbol del alerce, que está á la puerta de la choza de mi padre. » Luego, con

acento más tranquilo, agregaba la infeliz criatura: « Recuerdo la vez primera que le vieron mis ojos. El reflejo del sol poniente, doraba sus bellas facciones; sus miradas se fijaron en mí; y desde entónces me disgustó el astro del dia.

« Mi pensamiento no tuvo ya otro alimento. Pero, ¿qué es lo que recuerdo delante de tí, cristiana? Mira, ¿vés estas dos flechas que oculté á las miradas de todos? Una de ellas te dará muerte así que la luna se muestre sobre el horizonte; y en seguida, despues de vengada, la india Lirupé, irá á dormir tambien en brazos de su cacique. »

Lucia, conmovida por el dolor de la india, olvidando sus terribles amenazas, la decia con dulce habla: « ¡Pobre amiga mia, eres muy infeliz, han muerto al que tanto amabas. Cuánto me duelen tus quejas! »

Irritada por tan dulces expresiones, iba Lirupé á lanzarse sobre la indefensa jóven, cuando la llegada de Siripo puso fin á tan penosa situacion; ordenando al punto á los indios que le seguian, le dejasen solo con la Española.

Lucia, al escuchar aquellas odiosas palabras, pidió á Lirupé le diese muerte ó se quedase con ella; pero ésta, sin atender á sus súplicas, con la razon extraviada y sin ocuparse más de sus celos, corrió desatinada en direccion al bosquecillo en que habia sido enterrado Marangoré, seguida de muchos indios, que trataban en vano de volverla á su choza.

Apénas habian quedado solos el indio y su víctima, cuando un ruido de voces hízose oir de fuera. Lucia, creyendo reconocer la voz de su esposo, arrojó un grito de gozo. Y al punto, el mismo Sebastian se presentó en medio de ellos. Cual ave herida que descubre por fin el lejano nido, corrió á abrazarse de su esposo la infeliz criatura, exclamando con acento reconocido: « ¡Gracias, Dios mio, gracias; tú me lo has vuelto! »

Entretanto, Sebastian, sin darse cuenta de los encontrados sentimientos que luchaban en su pecho, ora estrecha cariñoso entre sus brazos á su esposa, ora fija airadas miradas sobre el cacique, que con sonrisa diabólica los contempla.

Hurtado habia vuelto al fuerte aquella misma noche, adelantándose á sus compañeros, seguido tan sólo de Alejo. ¡Cual sería su espanto, al encontrarlo desierto, guardado sólo por los mutilados cadáveres de sus valientes defensores! Corre al cuarto de Lucia, cuya puerta obstruida por un lago de sangre cede al fin á los recios golpes con que la derrumba, y halla tan sólo á la infeliz Anté, muda de espanto, que sólo responde con ahogados sollozos á sus ávidas preguntas. ¿Qué es de su esposa? ¿Cómo halla allí el cadáver de su viejo amigo, que parece haber caido en aquel sitio, en defensa del tesoro confiado á su cariño y vigilancia? Anté no puede hablar, su garganta arroja inarticulados gemidos, y al fin de

muchos esfuerzos, pronuncia el nombre de Siripo por repetidas veces, y caé sin sentido, al recuerdo de tan espantosa noche.

Vuela Sebastian al campamento, sin cuidarse de la india, y se presenta en la choza, sin que nadie piense en impedírselo, y es Alejo quien presta los primeros socorros á su infeliz amante. En vano quiere seguir á su jefe; ésta le pide con las más tiernas expresiones no la deje sola en aquel lugar de muerte.

Repuesto ya de su emocion, con gesto amenazador, se vuelve Sebastian al indio: « Tigre, ¿qué has hecho de mis hermanos? » le dice. « Prepárate á darme cuenta de las lágrimas que has hecho derramar á este ángel. No tardarás en sentir el peso de mi venganza; sígueme, Lucia. » Siripo, con refinada maldad, contestó con voz suave y melíflua, tendiéndole su mano: « Seamos amigos; yo te perdono tus injurias y te doy mis más bellas mujeres, y tú, en cambio, me darás la tuya; ¿consientes? » No tuvo tiempo el indio de concluir la frase; á pesar de la resistencia de Lucia, echóse Sebastian sobre él, diciéndole con terrible acento: « Pero, ¿qué es lo que te atreves á proponer á un soldado español? » Á no ser por la agilidad con que saltó Siripo hácia un lado, la espada del intrépido jóven hubiera tomado en aquel momento cumplida venganza de sus crímenes. Más de diez indios, que á una señal

del cacique habian acudido, rodearon á Sebastian; y á pesar de sus extraordinarios esfuerzos, lograron desarmarle.

Entónces, con cobarde bajeza, empezó Siripo á insultar á su brioso enemigo, que á sus torpes expresiones, respondia tan sólo con el más despreciativo silencio. Lucia, á los piés del cacique, intercedia llorando por su esposo. El indio se volvió diciéndole: « ¿Serás mia, mujer? Sólo con esta condicion lograrás calmar mi cólera. » En mustio callar manteníase la jóven de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho. « Responde, hermosa, » agregó Siripo, con suave acento. « Sí, » responde Sebastian, « mujer cristiana, esposa de un noble Español, responde! » Lucia levantó entónces su hermoso rostro, en el cual las lágrimas habian impreso palidez mortal, y fijando sus ojos en el cielo, respondió con voz serena: « Moriremos; indio, manda que nos den muerte; te desprecio. »

« Vais á ser obedecida, tórtola convertida en milano! Separadles; y que dentro de pocos momentos muera él ante sus ojos, clavado por mil saetas; y en seguida, que consuma el fuego ese bello cuerpo, que no ha sido mio. » Y al decir estas palabras, el indio salió de la choza.

CAPÍTULO XXI.

¿ The dreaful hero can it be told ?

MOORE.

Alejo, detenido en el fuerte por las instancias de Anté, á la llegada de sus compañeros, que contemplaban consternados el triste espectáculo que á sus ojos ofrecian los cadáveres de sus amigos, tan bárbaramente sacrificados á las brutales pasiones de los salvajes, pensó en el riesgo que corria Sebastian, que solo y apénas armado, habíase lanzado en busca de su esposa; pero sus ardientes expresiones no encontraron eco en los desalentados corazones de los suyos. La imágen desoladora que veian; hablaba con mayor fuerza que las palabras de Alejo; en valde rogó, mandó que le siguiesen; el terror habíase apoderado de aquellos hombres que por primera vez contaban el número de sus enemigos, y ántes que seguirle, permitieron que el generoso jóven, acompañado sólo de su fiel Anté, partiera en busca de Sebastian y de Lucia.

Cuando los amantes llegaron á un bosque de espinillos que á la izquierda del camino del campamento habia, vieron con un horror que las palabras no alcanzan á pintar, que los dos esposos iban ya á ser sacrificados á la espantosa venganza del cacique; y que ellos, débiles y solos, no bastaban á contrarestar su inmenso poder. Anté, prendida del brazo de Alejo, sigue con ojos de espanto, por entre las ramas de los árboles, los lúgubres aprestos. Alejo, fuera sí, desesperado, arde en deseos de lanzarse á morir con los esposos mártires; y apénas si las débiles manos de la india, bastan á contenerle. Sebastian, atado á uno de los árboles, mira con el alma á su Lucia, que con los brazos ceñidos por fuertes ataduras, le exhorta con cariñosas palabras y angélica dulzura, á soportar cristianamente aquel último trance. En medio de ellos, arde una inmensa fogata de zarzas que chisporrotea, y con su luz rojiza, alumbra el rostro de las víctimas. Los indios, en la sombra, contemplan mudos el dolor de los esposos. Siripo sólo falta, para autorizar con su presencia, la consumacion del sacrificio; la luna vela su casto rostro entre densas nubes; ni una estrella presta su dulce luz á tan horrenda noche; todas las aves nocturnas callan en sus nidos; se oye apénas el dulce piar del inocente jilguero, asediado por la traidora vívora. Silencio de muerte reina en la Pampa.

¡Hélo allí! Con pausado pisar, preséntase en

medio de su tribu el terrible cacique; todos sienten dentro del pecho mortal terror, todos inclinan la frente ante el poder del déspota, que toma asiento frente á sus víctimas; sólo ellos, ausentes de cuanto les rodea, no han notado su llegada, fijos tan sólo el uno en el otro. Sebastian, ¡ay! no puede hablar; los bárbaros pusiéronle innoble mordaza, apénas si con sus ojos, fijos como dos estrellas, parece acariciar y protejer aún al ídolo de su corazon. Lucia le conforta sin cesar; sus cristianas palabras, sus cariñosas expresiones, son la divina aureola, que le aisla de sus terrestres padecimientos. «*¡Muera!*» pronunció el déspota con voz ronca; y al punto una nube de flechas, clavó el desnudo pecho de Sebastian. Oyéronse dos gritos, que despertaron los écos de la Pampa y llevaron el espanto hasta las profundas cavernas del yacaré; el silbido de las flechas que debian atravesar el pecho de su esposo, hirió de muerte el corazon de Lucia; matóla su amor, el exceso del dolor, rompió los lazos que ceñian su alma al hermoso cuerpo, causante de tanto duelo. Los verdugos entregaron á las llamas aquella forma sin vida. Apénas si el fuego devorador, ha consumido las lijeras ropas, que la cubren, cuando su alma, unida á la de Sebastian, subió hasta el Cielo, contemplando angustiada sus mortales despojos!

Los indios se han retirado; la luna oculta aún el ofendido semblante; la llama de la hoguera, apénas

deja ver el cuerpo de Sebastian acribillado de flechas. Sopla de improviso el viento, resuena en lontananza el eco de su voz quejumbrosa; la llama, próxima á extinguirse revive con mayor fuerza, enciéndese de nuevo la hoguera, que incendia, que consume cuanto halla á su alcance. Arden los árboles vecinos, ya el tronco que suspende el desfigurado cadáver, oscila, cae; un momento más, y las cenizas de Lucia y Sebastian se confunden en un último abrazo!

Á la luz viva del bosque que se enciende, vése un hombre que lleva en brazos una mujer desmayada. ¿Á dónde irán? ¿dónde hallarán un abrigo para su amor? ¡La Pampa entera les brinda su inmensidad!

El bosque se convirtió en cenizas; hoy no quedan de él ni vestigios. Los Timbúes, mudaron su campamento el siguiente dia.

FIN DE LUCIA MIRANDA.